
JINA BACARR
Sobrevivir es
la única opción...
La chica perdida en París
LIRA

Jina Bacarr

La chica perdida en París

Traducción de
Isabel Fuentes

LIRA

A las valientes almas judías y gitanas que murieron
en el Holocausto, y a todos aquellos que sobrevivieron.
Nunca seréis olvidados.

Nota de la autora

La Casa Doujan en París es famosa por sus perfumes únicos que embrujan a quien los lleva. Como un perfume puede componerse de muchos ingredientes distintos, solo he incluido las notas dominantes de salida, corazón y fondo para daros a «oler mentalmente» la fragancia. *Merci.*

Capítulo 1

Nueva York, 2003



Emma

Perfume:
Mystère D'Amour
Mandarina toscana, mimosa, almizcle de hibisco

Inclino la cabeza cuando madame de Cadieux, la *grande dame* del perfume francés, hace su entrada en el Gran Salón de Baile del Waldorf. Se detiene bajo una lámpara de araña de cristal; los mechones encendidos de su cabello enmarcan un rostro hermoso, tan impecable como la perla de una reina. Apostaría a que pactó con el diablo para tener una piel tan tersa a su edad. Dios, debe de tener ochenta años.

Me mantengo a distancia, observando a esta mujer con detalle y tomando notas en mi cuaderno de reportera. Es más alta de lo que imaginaba, delgada como una única rosa, con ese *je ne sais quoi* de las francesas que te hace sentir tan insulsa como un ratón de iglesia. La barbilla erguida, la espalda recta, los gestos elegantes de la mano dicen que no le importa lo que piensen los demás. Angéline de Cadieux atrae toda la atención incluso cuando no habla. Sus labios son rojo París, los párpados ahumados con un velo oscuro. Ninguna joya.

Me acerco un poco más y percibo un soplo de la estela que deja tras de sí, un perfume sutil pero inolvidable: absoluto de rosa, pimienta, lavanda.

Su seña de identidad.

Naomie’s Dream.

Creado en París en 1941 para la Casa Doujan.

Sonrío al recordar una noche de verano, cuando tenía dieciséis años y mi cita me regaló un frasco de Naomie’s Dream. Estaba obsesionada con impresionarle con mi increíble talento olfativo, recitando los ingredientes de carrerilla. Más tarde, en la universidad, vendí fragancias en grandes almacenes, aunque me arrepiento de no haber ido a París a aprender el arte del perfume. Daría lo que fuera por estudiar con madame de Cadieux. Ver a la leyenda en persona mezclando esencias.

Con un vestido blanco de *georgette* de seda y mangas largas de estilo Julieta, no esboza jamás una sonrisa. Como si posara para un cuadro de Renoir. Muero por saber qué mueve a esta mujer. Por conseguir una entrevista con ella para ver si logra destapar esta extraña adicción mía a desentrañar los secretos de los aromas. Conocer qué la impulsa me permitirá entenderme a mí misma.

Y ayudar a mi madre a encontrar sus raíces.

Mi abuela fue una presa política, una polaca que murió en Dachau al final de la guerra… *Madame* estuvo allí encarcelada entre 1944 y 1945. ¿Se conocieron? Menuda historia sería esa.

Cuando a mamá le diagnosticaron cáncer de pulmón el año pasado, intentó conseguir más información sobre su familia biológica en esas páginas web de «encuentra a tus parientes», pero no logró nada. Sé que se sintió decepcionada, y me encantaría verla sonreír si descubriera algo sobre su madre. Por eso siempre he sentido debilidad por las historias de supervivientes como la de *madame.*

Sus ojos se mueven en todas direcciones, escrutando la multitud con precisión, la nariz contrayéndose como si el aroma colectivo le resultara desagradable. Solo puedo imaginar lo que habrá olido en su vida. Amor, odio…, guerra. Hay un aura de peligro a su alrededor, una existencia repleta de momentos al límite, dificultades y emoción, según lo que averigüé en los archivos de la cadena. Es conocida en el mundo del perfume como una *première nez,* nariz. Cuesta creer que esta mujer sobreviviera a dos campos de concentración nazis —

Auschwitz y Dachau— y alcanzara la cima del negocio de las fragancias en una época en que las creadoras eran ignoradas, cuando no directamente vetadas.

Mi jefe, Theodore Granger, montó en cólera cuando irrumpí en su despacho y le dije que quería hacer un reportaje sobre la legendaria diosa del perfume al enterarme de que había volado desde París para recibir un homenaje de una prestigiosa organización benéfica de Long Island por su labor con los «niños olvidados de la guerra». Conseguí una invitación para cubrir el acto para WJJR-TV Canal 6 Noticias prometiéndole a Granger que aceptaría cualquier encargo aburrido que me echara encima durante los próximos seis meses si me dejaba seguir mi corazonada.

Tenía que cubrirlo.

Hace dos años, cuando participé en un proyecto sobre el Holocausto haciendo reportajes de interés humano en residencias de ancianos, oí hablar de una mujer alemana que había sobrevivido a Dachau. Fui a entrevistarla, pero el personal me dijo que aquella mujer delgada y solitaria «no estaba del todo aquí»; que se negaba a cortarse la larga trenza gris que llevaba enrollada en la cabeza, y que se hacía llamar Luise, aunque su nombre era Gretchen. Cuando le pregunté si conocía a una presa política polaca que había tenido un bebé en el campo en 1944, empezó a estremecerse, encogiendo los hombros, girando la cabeza en ángulos extraños. «No», insistió; y después no dejó de parlotear sobre un bebé secreto nacido de una prisionera francesa en un campo cerca de Dachau. Una mujer de París, una señorita rubia que hacía perfumes.

Creo que *madame* es esa francesa.

Llámalo instinto de reportera, pero soy fan de madame de Cadieux desde los quince, cuando olí por primera vez Angéline, el perfume que lleva su nombre. Mimosa española, nardo y almizcle. He adorado el arte del perfume desde niña, cuando me empapaba con el dulce aroma de jazmín de mi abuela hasta apestar. Ella compraba litros de aquella esencia en el economato militar. Volvía loca a mi madre coleccionando frasquitos de muestra en los

mostradores de cosmética e intentando descubrir sus ingredientes florales y especiados. Después pasé a otra cosa al descubrir que tenía olfato para las noticias, aunque todavía me emociono cuando aspiro un perfume exótico que estimula mi cerebro para desentrañar su misterio fragante.

Pero nada resulta tan fascinante como *madame* en persona.

¿Qué ocurrió con su bebé? Quiero saberlo. ¿Quién era el padre? No pienso salir del Waldorf sin plantearle la cuestión a madame de Cadieux.

Satisfecha de haber captado todas las miradas, *madame* cruza el salón deslizándose, el largo vestido blanco de seda flotando tras ella como una nube, una mujer esbelta con una gracia eterna en cada movimiento, rasgos que envidio. Desde niña he saltado de cabeza a las situaciones y he hecho preguntas después. Esa vena alocada me convierte en una reportera de armas tomar.

La fijo en mi punto de mira, mi cámara pisándome los talones mientras me abro paso para arrancarle una entrevista rápida a la famosa *parfumeuse* para las noticias de las once. Se mueve deprisa para su edad, esquivando a los admiradores que intentan llamar su atención. Acelero el paso, zigzagueando entre los asistentes engalanados y charlatanes, sudando ya a chorros.

—Hank, enfoca a madame de Cadieux al fondo —le digo—, cuando haga la entradilla.

—Hecho, nena.

Pongo los ojos en blanco.

—No soy tu nena. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Se ríe, pero hace lo que le digo. ¿Dónde habrá encontrado Granger a este tipo? Cómo no, tenía que encasquetarme a un imbécil para recordarme que acabe la historia rápido y vuelva a cubrir «noticias de verdad».

Paso de su comentario y cambio al modo «Aquí Emma Keane, informando desde el legendario Waldorf Astoria…» esperando que Hank esté grabando mientras hago la presentación; luego saldré a

por la entrevista para demostrarle a mi jefe que no estoy loca. Me abro paso entre la multitud que contempla a *madame* cuando…

Un momento, ¿esa no es Brooke Hansen, del *NYC Sun?*

¿Qué hace aquí?

Hace un par de años entrevistó a *madame* sobre los sintéticos en perfumería. Lo que en realidad buscaba era una confesión sobre la guerra.

Cuando madame de Cadieux se negó a hablar de sus experiencias durante la contienda, Brooke estampó la historia en la portada del tabloide con el titular: «Perfumes falsos de una nariz falsa». La acusó de inventarse su paso por Auschwitz porque la francesa se negó a mostrarle un tatuaje con número de prisionera en el brazo. Brooke escribió que nunca lo tuvo.

También insinuó que *madame* colaboró con los alemanes durante la guerra.

Jamás me creí una palabra y la historia acabó enterrada. Imagino que los inversores neoyorquinos que compraron la Casa Doujan tuvieron algo que ver. Me sorprende la desfachatez de la rubia al presentarse aquí. Perdió el trabajo y no volvió a ejercer hasta que la contrató un tercer tabloide de mala muerte especializado en basura.

Estudio sus movimientos. Se comporta con cautela… intentando mimetizarse con las fans risueñas que rodean a la *parfumeuse* francesa. Aprieto el paso para lograr la entrevista cuando…

¡Ostras! Casi se me cae el micrófono cuando un hombre alto y guapísimo, con traje gris de seda, pasa corriendo a mi lado con el móvil en la oreja y se dirige hacia las mujeres embelesadas.

Niego con la cabeza. Es esa clase de hombre. Nunca tiene suficientes números de teléfono en su agenda. O es un actor en paro deseoso de caerle bien a Brooke —si es que alguien le puede caer bien— y salir en las fotos. Sea lo que sea, no va a fastidiar mi entrevista.

—Eh, usted, señor Traje Gris. Estoy trabajando.

Se da la vuelta de golpe y me encuentro con la mirada de un apuesto moreno con pura masculinidad Bond.

—¿Se dirige a mí? —replica en tono de desaprobación con un acento irlandés *sexy,* los brazos cruzados y un desdén por cualquiera que se cruce en su camino tan evidente que noto cómo se me tiñen las mejillas.

—Casi me atropella.

—Usted se me echó encima —insiste, aunque ni una arruga estropea su elegante traje de seda—. Claro que, siendo periodista —añade, leyendo mi acreditación—, suelen entregarse a un comportamiento temerario e irresponsable.

—No sé cómo harán las cosas en Dublín —le replico, muy consciente de que su masculinidad arrolladora haría desfallecer a cualquier otra mujer—, pero aquí en Nueva York un caballero dice «disculpe».

—¿Y quién ha dicho que yo sea un caballero? —contraataca, quitándome importancia como si la culpable fuera yo.

¿Por qué siempre me topo con los *playboys* taciturnos? No es que tenga tiempo para hombres con mi horario de locos. De vez en cuando me lanzo, pero nunca acaba bien.

Cuando me vuelvo, el galán irlandés ha desaparecido. Y también las fans.

Mejor. Esta entrevista es más importante que darle una lección al señor Traje Gris. Cuando le propuse a Granger la historia del bebé secreto de madame de Cadieux, me dijo que necesitaba pruebas concluyentes para una fábula tan inverosímil. El rumor decía que la francesa abandonó a su hijo y escapó del campo. Escribir sobre ella era casi imposible: nunca he estado en París ni frecuento los mismos círculos sociales que la famosa *parfumeuse.* En su lugar, escribí un bonito artículo para el periódico local sobre la valiente mujer de la residencia que sobrevivió a la guerra y escapó a América, dándole un cierre antes de morir.

Me giro. Maldición, esos minutos discutiendo con el irlandés me han salido caros. Madame de Cadieux se me escapa… Ni hablar, después de haber llegado tan lejos.

—Según leí en antiguos periódicos de París de después de la guerra —empiezo, adelantándome a los otros periodistas y poniendo mi mejor sonrisa para cámara—, usted es una mujer con secretos, madame de Cadieux.

Ignora mi pregunta.

—¿Habla francés, *mademoiselle?*

—Con el traductor en línea.

Risas del público curioso por ver qué ocurre. Madame de Cadieux frunce el ceño. Mi chascarrillo no le sienta bien. Se aleja a toda prisa. Deduzco que no le gustan las entrevistas televisivas, así que envío a Hank a por un café y pruebo otro enfoque.

Apelo a su ego.

—Creó un perfume extraordinario durante la guerra, *madame* —empiezo, hablándole en voz baja, aparte de la multitud—, que no se ha vuelto a producir desde entonces.

—¿Qué sabe de ese perfume, *mademoiselle?* —pregunta, impresionada.

—Que lo llamó *Le Courage.*

Sus ojos se encienden.

—Habla usted de un momento oscuro de la historia de Francia, *mademoiselle.*

—Por eso su perfume fue una sensación. Usted dio esperanza a las mujeres cuando nadie más podía hacerlo.

Sus párpados tiemblan. Sí, me escucha…, recuerda.

Llega el momento culminante. Cito de memoria un artículo sobre el perfume, cada palabra con el efecto que busco.

—Un perfume con corazón, madame de Cadieux, que evocaba las mañanas de manzanos en flor cuando el mundo estaba en paz. Noches picantes, exóticas, cuando el hada verde danzaba alrededor de los amantes en ritmos embriagadores, envolviendo a quien lo llevaba en una lenta y ardiente pasión… —Hago una pausa para imaginar París en guerra y la locura de no saber si ese día sería el último—. Y la ferviente pureza del lirio francés, impávido ante la

presencia de los ocupantes, símbolo de esperanza para cada mujer que esperaba el regreso de su hombre.

—Me impresiona, *mademoiselle.* —Me mira con los ojos muy abiertos, como si le hubiera traído el Santo Grial del perfume—. Bien. Le concederé la entrevista… la próxima vez que venga a Nueva York.

Nunca viene a Estados Unidos.

—Su marca está en boga ahora, *madame,* con la publicidad que le ha dado este premio. —Recorro con la mirada el salón abarrotado. Necesito mantener la conversación con ella en un tono discreto, así que la conduzco hacia un rincón oscuro. Para mi sorpresa, no protesta—. Haga la entrevista conmigo sobre un tema del que nunca ha hablado: los años de guerra en la Casa Doujan y cómo se convirtió en la diva del perfume. —Suelto las palabras de un tirón antes de perder el valor—. Le garantizo que las ventas de su línea de perfumes se dispararán.

Me echa «esa» mirada.

—Le diré a mi publicista que le envíe un dosier de prensa. Tiene todo lo que necesita para escribir un artículo.

—¿De veras, *madame*? —la desafío—. ¿Cómo puedo escribir sobre madame de Cadieux si no la conozco, si no me meto en su cabeza?

—¿Y por qué querría hacer eso? —pregunta, curiosa.

—Porque yo no estuve allí, *madame.* No viví con racionamiento; no temblé cada vez que oía un golpe en la puerta, preguntándome si era la Gestapo; no olí el hedor de los muertos en los campos; no lloré con los vivos… No temí que me dispararan por robar una miga de pan. Pero usted sí. Y metiéndome en su cabeza —repito con énfasis— podré crear para mis espectadores una experiencia tan poderosa como cualquier recuerdo.

—No soy la única mujer que sobrevivió a los campos, señorita, somos cientos, miles. ¿Por qué iba a importarle yo a nadie?

—Porque tiene que contar su relato, *madame,* entero. Usted vivió un tiempo extraordinario de la historia y nadie tiene idea del papel

que desempeñó.

—Nadie quiere leer sobre la pena y el dolor de una anciana, *mademoiselle* —insiste—. La tortura y denigración a manos de los nazis no «molan», como dicen ustedes.

—Se equivoca. Mis lectores tienen hambre de emociones sinceras, sentidas, no de risas enlatadas.

Me mira desconcertada.

—¿Cómo dice?

—No importa; lo que importa es que deje de esconderse detrás de esa máscara de glamur que ha creado y se desmelene. Se lo debe a usted misma… y a ellos. —No sé por qué lo digo, pero la tristeza persistente en sus ojos me alerta de que he tocado algo.

—¿Quién me creería si dijera la verdad?

—Yo.

Me dedica una sonrisa sombría.

—No se rinde usted, ¿verdad?

—No —respondo sin avergonzarme.

Piensa un instante y luego asiente.

—De acuerdo.

Suelto el aire que había estado conteniendo.

—¿Cuándo podemos empezar?

Agita su mano enguantada y espero ver polvo de hadas en el aire.

—Mañana.

—¿Aquí en el hotel? —pregunto, rezando para que Granger me apruebe los gastos de las comidas lujosas que me costará impresionar a *madame.*

—No… Saldremos de aventuras.

Exhalo.

—Podemos ir a City Island. Conozco un restaurante de pescado estupendo junto al agua…

Levanta la mano para detenerme.

—Me acompañará en mi vuelo de regreso a París, *mademoiselle.* Salimos a las ocho en punto.

Esbozo una sonrisa débil.

—¿Es broma, verdad?

Ella, una gran sonrisa.

—En el Concorde, por supuesto.

Lanzo un silbido bajo. Esto no es en absoluto lo que esperaba. Un viaje de ida y vuelta a París en el avión supersónico cuesta más de tres meses de sueldo. Tiene que estar tomándome el pelo.

—No puedo ir a París, *madame.* Tengo trabajo aquí, plazos que cumplir…

Tengo varias historias importantes en ciernes, pero todas palidecen ante la oportunidad de conocer a esta mujer, averiguar si el rumor del bebé secreto es cierto, además de perseguir mi sueño con los perfumes…, pero, sobre todo, ayudar a mi madre a descubrir lo que su madre pasó en los campos para traerla al mundo.

Madame de Cadieux frunce el ceño.

—¿Tiene pasaporte?

—Sí.

Lo saqué por trabajo, nunca lo he usado.

—Entonces puede venir.

—Tengo que pedir permiso a mi jefe —admito, confiando en que me dirá que sí y me liaré la manta a la cabeza. Le pediré a Granger un anticipo de mi salario—. Es algo particular para enviar reporteros a Europa.

Sobre todo después de rechazar de plano mi historia original sobre madame de Cadieux.

—Será mi invitada. Yo me encargaré de sus gastos.

¿Ha dicho su invitada? Miro alrededor, preguntándome si su generosa oferta es un montaje publicitario, pero el público se ha dispersado y nadie nos presta atención. Están demasiado ocupados apurando la «última llamada» del champán gratis. Estoy a punto de soltar un «sí» rotundo a su oferta, pero mis antenas de reportera escéptica se alzan.

Ella interpreta mi vacilación como debilidad.

—Ya veo. No tiene usted el valor de ponerse en mi lugar; ver los horrores que yo he visto, sufrir el dolor de la pérdida, una pérdida

insoportable, y aun así creer tanto en una misma que no te rindes porque no puedes. Haría cualquier cosa por vivir un día más.

Aprieto los dientes.

—Soy más parecida a usted de lo que cree, *madame.*

Me sostiene la mirada. Algo en mis ojos ha debido decirle que yo también tengo secretos y eso la intriga.

Me pregunta:

—¿Desea usted la entrevista o no?

—Sí, sí, quiero la entrevista.

¿A quién le importa perder el trabajo si no cumplo los plazos? El reloj corre. No tendré otra oportunidad así.

—*Bon.* ¿Cuál es su nombre, *mademoiselle?*

—Emma. Emma Keane.

—Ahora veremos de qué está hecha, *mademoiselle.* —Me mira de arriba abajo y su nariz se contrae—. Aunque tengo poca fe en lo que vamos a encontrar.



ANGÉLINE

Exhalo y los mechones de pelo postizo me flotan alrededor del rostro mientras miro el espejo ovalado. Qué ganas tenía de volver a la habitación del hotel y quitarme los zapatos. Malditas extensiones, me tiran del cuero cabelludo, me pican… ¿Cómo aguanta la gente estas cosas? Mi asistente, Henri-Justin, insistió en que el glamur impresiona a los medios estadounidenses, así que Marie se pasó horas maquillándome (¿desde cuándo el lápiz rojo me hace los labios tan finos?). Frustrada, me lo quito. He estado desconectada desde que me quedé sola. Durante años he vivido aislada, presentando un misterio digno de los perfumes que creo, pero se ha convertido en una coraza, una forma de vida.

Y no pienso cambiar.

Después de esta noche volveré a mi *château* en París, a mi jardín, mis libros. Mis perfumes. Me muero de ganas. Los pies me matan. Rojos e hinchados tras estar aprisionados en unos tacones de satén blanco, pero no dejé que el dolor me frenara, cualquier cosa por mantener la apariencia de empresaria exitosa con la energía de una mujer con la mitad de años.

Cuesta recordar que una vez corrí más rápido que la Gestapo.

Y ahora he aceptado tontamente hacer una entrevista sobre aquella época de mi vida. Me hierve la sangre, recordándome por qué nunca hablo de esos días. ¿Por qué sacarlo ahora? No me queda nadie, no tengo familia. En vez de sentirme valiente por haber sobrevivido, sufro una irritación punzante porque tantos otros no lo hicieron. Cómo burlé a la muerte usando mi ingenio.

No confío en nadie.

No se puede evitar cuando se ha caminado descalza por el infierno. Me sentí como una impostora antes, pavoneándome por el famoso hotel como una estrella de cine cuando no soy nada de eso. Soy una chica descarada de sangre romaní que se atrevió a soñar en un mundo que nos despreciaba y después intentó destruirnos. Nunca retrocedí ante la adversidad: me crie en ella. Era joven, estaba llena de fuego y construí un imperio del perfume. Ese éxito es lo que me trajo aquí a Nueva York, para rendir homenaje a los niños olvidados de todas las guerras y añadir el nombre Doujan a esta causa importante.

Mi manera de rendir tributo a los que perdí durante la guerra. Nadie sabe más de esa pérdida que yo.

Enderezo la espalda, pero la mujer que me devuelve la mirada en el tocador está muy alejada de la muchacha obstinada que fui durante la guerra, aquella que luchó contra los nazis y creó *L*e Courage.

Adivinad, malditos boches,* sigo aquí.

Y, *merde,* no voy a disculparme por quien soy.

¿Por qué todos tienen tanta fascinación por aquella época de mi vida? Esta noche he rechazado numerosas peticiones de entrevistas

de reporteros hurgando en la mugre.

Hasta que esa periodista americana insistente me ha pillado desprevenida.

¿Cómo se me ocurre concederle una entrevista a Emma Keane? No debe de tener más de veintitantos, quizá treinta. Cabello rubio con mechas y piel muy clara, pero fueron sus ojos los que me atrajeron. Una extraña mezcla de azul y avellana.

Como los de mamá.

Una dulzura entrañable me recorre el cuerpo al pensar en mi madre, pero me da miedo abrazarla. Lo atribuyo a las ensoñaciones de una anciana que se permite recordar en secreto, y a demasiado champán.

Durante treinta años no pude hablar de ello, ni siquiera con quienes estaban cerca de mí.

Tiritando, siento la determinación de no dejar que mademoiselle Keane se ponga demasiado curiosa durante nuestra entrevista; me recuerda por qué me tomo a los periodistas con calma y nunca entro en lo personal con ellos después de mi encuentro con aquella periodista… Brooke Hansen. Me duele la cabeza al pensar en ella. Cuando esa reportera asquerosa me engañó para que le diera una entrevista, esperaba simpatía, compasión, pero su extraña curiosidad por ver el tatuaje de prisionera en mi antebrazo izquierdo me dio una sensación diferente. Para ella yo solo era un monstruo de feria al que observar con la boca abierta. Me hizo sentir barata, usada, así que fingí no entender cuando me pidió que le enseñara la serie de números.

Jamás lo haré. Eso sería exponer mi alma. Y mi pasado.

El número tatuado en mi brazo izquierdo empieza por una z de *zigeuner.*

Gitana.

No he olvidado sus preguntas hirientes sobre el tiempo que estuve en los campos.

He tenido un *déjà vu* cuando he creído verla antes en la multitud, pero he debido de equivocarme. Me he puesto enseguida a hablar

con la reportera más cercana para evitarla, pero me he metido en otro jardín peor.

Mademoiselle Keane me ha tocado la fibra al sacar a relucir el perfume *Le Courage,* pellizcando mi memoria con las palabras que yo misma escribí cuando lo lanzamos de una forma nunca vista.

¿No eras tú así de joven e insolente cuando escalabas peldaños?

¿No te recuerda a ti misma?

Ah, *mais oui,* claro que sí. Su figura alta y esbelta, esa graciosa inclinación de la cabeza, los dedos largos como los míos, incluso esa sonrisa ladeada y traviesa. Hacía mucho que no pensaba en aquellos años de juventud en los que mi alma ardía de romanticismo y pasión por Francia…, cuando quería ayudar a las parisinas a mantener la cabeza erguida y sentirse orgullosas de ser francesas, pese a lo que nos hicieran los alemanes. No debemos olvidar jamás.

Así que asegúrate de que no se olvide. Cuenta tu historia a la chica.

No, no puedo. Soy demasiado vieja para atravesar de nuevo el dolor, la angustia de los años de guerra. Llamaré a la cadena de televisión, le diré que he cambiado de opinión…

¿Y luego qué? ¿Te quedas en ese viejo *château* compadeciéndote de ti misma?

Es una reportera. No puedo confiar en ella.

Mejor ella que la Hansen esa.

Alors, ¿qué hacer? He pensado escribir unas memorias centradas en los años de la guerra: dejarlo todo por escrito, desde la alegría de amar a un hombre bueno y fuerte hasta los momentos horribles y sádicos que viví a manos de los ocupantes durante la contienda y que aún me roban el sueño.

No podría afrontarlo sola.

¿Me atrevo a correr el riesgo con esta chica?

¿Tengo otra opción? Puedo pasar el resto de mi vida deseando haberme atrevido a abrir viejas heridas… o hacerlo.

En el fondo de mi corazón, siempre he creído que algún día encontraré a la hija que me arrebataron antes de que fuera

demasiado tarde. Un pensamiento caprichoso, pero al que me aferro. Es mi secreto. Todos, incluso el hombre al que amé durante casi cincuenta años, aceptaron mi versión de que la niña murió en Dachau. Nunca encontré rastro alguno de ella, aunque lo intenté en secreto. Quizá al poner por escrito la verdad de mi vida con esta reportera inquisitiva, alguien lo lea y me dé las respuestas que busco.

Sintiéndome más en paz con mi decisión impulsiva, llamo a Henri-Justin y le informo de que mademoiselle Emma Keane nos acompañará de regreso a París. Le oigo reírse. Piensa que he perdido la cabeza, pero hay algo en esta chica que me pincha el corazón, y me recuerda que tengo asuntos pendientes con mi pasado.

Hace años guardé ese pasado en una urna de cristal que aún está por romper para poder hablar de ello.

Ahora lo haré.

Hasta entonces, he aprendido a abrazar lo que soy: una mujer de cierta edad para la que cuenta más la ilusión que crea con maquillaje y peinado que la realidad de una vida bien vivida. A partir de mañana dejaré a un lado a la *madame* pelirroja conocida como Angéline de Cadieux y me reconciliaré con la joven que fui entonces.

Una chica de largo cabello rubio y temperamento de fuego.

Una gitana llamada Tiena.

Espero no arrepentirme.

* Término francés que significa 'asno', utilizada para designar a los militares nazis alemanes desde la Primera Guerra Mundial

Capítulo 2

Chamboise-sur-Marly, Francia, agosto de 1940



Tiena

Perfume:
Un Bel Jour
Rosa dulce, lila, cítricos, musgo amaderado

Un hombre extraño nos sigue. A mamá y a mí. Su olor y su atuendo me dicen que no es francés. Gabardina negra con un cinturón de cuero bien ceñido. Sombrero calado sobre el rostro bien afeitado. Un hedor penetrante, a lejía, y un fuerte tufo a tabaco flotan hasta mis fosas nasales y se intensifican cuanto más se nos acerca.

Me da escalofríos.

He oído historias sobre hombres así alrededor de la fogata encendida por la noche, con mi padrastro, Zegul, vomitando jerga en francés y romaní sobre esas odiosas criaturas que paran a nuestro pueblo y nos piden los papeles. Cartillas antropométricas que nos obligan a llevar encima, con páginas y páginas de rasgos físicos y visados estampados con tinta azul para tenernos controlados.

Somos lo que ellos llaman «gitanos».

Zigeuner.

Cuando esos hombres chasquean los dedos, alguien desaparece. Eso es lo que me asusta. Rezo para que no sea ese su objetivo en este día de verano, caluroso e insufrible. Un día en que el calor parece hacer que todo huela, incluso los adoquines gris monja que

se clavan en las suelas finas de mis botas de montar. Agito la falda de varias capas y el aroma de jazmín y rosa intenta animarme, pero la vida ya no es la misma desde que los boches violaron la tierra que mi clan ha llamado hogar durante cientos de años.

La bella Francia.

Somos nómadas, viajeros del clan Litaro, y nos hemos convertido en blanco de los bastardos nazis que han devastado el país. Nunca olvidaré la larga hilera de gente, jóvenes y viejos, clamando en la carretera del sur de París, huyendo de la ciudad a pie empujando carretillas cargadas con sus pertenencias, en automóviles y en bicicleta, mientras nosotros enganchábamos nuestros carros y caballos y nos quedábamos para combatir. Amamos Francia, aunque nos prohíban movernos a voluntad y acampar, obligándonos a escondernos. Luchamos contra los alemanes, aunque la policía francesa nos persiga, con sus guantes blancos manchados por la derrota como gatos heridos con zarpas ensangrentadas, echándonos la culpa a nosotros por los ocupantes.

¿Nosotros? Somos una pequeña caravana… Cinco, seis carros… Cuatro, cinco familias según la temporada… Aunque hay quienes proclaman que no pertenecemos a ningún sitio.

Alzan el puño y nos llaman gitanos.

Me echo por encima del hombro mi melena hasta la cintura y me niego a dejar que sus insultos me afecten. Mi pequeño clan es un orgulloso pueblo de músicos y tratantes de caballos. Mamá me enseñó que descendemos de romaníes que trabajaron en la restauración de *châteaux* y casas solariegas y en la finca de un rey de Francia: un escándalo entonces. Cómo mis antepasados rompieron el linaje y fueron arrojados al exilio por hallar pasión entre la realeza. A menudo otros clanes de sangre gitana pura, como los Sinti, nos rechazan cuando ven mi pelo claro y los ojos azules de mamá. Ella dice que debemos sentirnos orgullosas, que tenemos un don especial para curar y un corazón compasivo, y que esa es la medicina más importante.

Algo que aprendí junto a una olla de pétalos de rosa. Tenía ocho años, mejillas redondas, el pelo del color de la gardenia blanca, y tanta curiosidad. Al aspirar los pétalos que flotaban en el agua templada, me quedé hipnotizada por aquellas flores burbujeantes, rosas, rojas y anaranjadas, que despedían los aromas más deliciosos.

Rosa dulce, afrutada, incluso clavo.

Mamá dijo que nunca había conocido a nadie que oliera como yo salvo a su madre. Me sentí tan orgullosa que pasé tres días recogiendo pétalos de rosa en los jardines del *château.*

—Déjalos hervir a fuego lento, Tiena —me dijo mamá—, para regalar a tu curiosa nariz el placer que busca, hija mía.

De puntillas, removía los pétalos en la olla. Ya era una chica mayor… Papá me subía a su caballo negro y me dejaba llevar las riendas aunque los pies no me llegaran a los estribos.

Mamá le dijo a papá que yo no tenía edad para montar sola. Él se rio y dijo que podía hacer cualquier cosa que me propusiera porque era romaní.

Levanté la olla llena de pétalos y agua caliente del fogón de nuestro vardo —carromato— con las dos manos. Uf, pesaba mucho… Uy, la bota se me resbaló del taburete.

—¡Mamá, ven rápido, *vite!* —grité, tambaleándome.

No pude sujetar el asa…

¡Pum!

Se me cayó… Pétalos y agua de rosas salpicándolo todo. A mí. Al suelo limpio de mamá.

—¡Tiena!

Mamá entró corriendo en el carromato, con los ojos azules oscuros como la medianoche. Me alzó en brazos y me miró la cara, las manos.

—Mi niña… ¿Te has hecho daño?

Negué con la cabeza.

—Mi agua de rosas, mamá… ¡Se ha perdido!

Me quedé mirando los pétalos desparramados por el fogón y el suelo. Todos brillantes, empapados.

—Recogeremos más pétalos, Tiena, te lo prometo. —Luego me abrazó y se echó a reír.

Nunca he olvidado aquel día… El amor que encontré arropada en los brazos de mi madre… Las lágrimas bajándole por las mejillas al ver que no me había hecho daño. No me riñó, sino que mostró compasión por mi sueño. Claro que me hizo recoger el estropicio. Nuestro carromato olió a rosas preciosas durante días.

Ahora esos recuerdos están en peligro.

Lanzo una mirada recelosa por encima del hombro.

Sigue ahí.

Escribiendo en lo que parece un periódico.

Tengo un mal presentimiento. No me asustan los jóvenes curiosos que se asoman a mi blusa blanca de escote bajo y luego intentan agarrarme la cintura ceñida con un corpiño de terciopelo negro cuando bailo en la calle por unos francos mientras mamá canta y toca el violín. Sé lo que pasa por sus cabezas, pero este hombre que nos sigue me da escalofríos. No trama nada bueno.

¿Qué quiere de nosotras?

Dos mujeres romaníes que hacen sus recados en un día bochornoso en este pueblo con calles empedradas y tejados en pendiente. Mamá, con sus trenzas negras veteadas de plata cayéndole por la espalda, un pañuelo rojo y dorado atado a la cabeza, sus pendientes dorados y la pulsera de monedas de bronce antiguas tintineando, los dedos adornados con anillos viejos, entre ellos su favorito. Un anillo heráldico de granate y zafiro que le regaló papá.

Y yo, con mi melena rubia y larga atrapando la luz como un halo perdido.

Mi cabello es salvaje y rizado y siempre se me mete en los ojos, así que me lo recojo y lo sujeto con un pasador plateado que fue de mi abuela, luego de mi madre y ahora es mío. Una horquilla de adorno que, dice mamá, perteneció a una «reina de Francia», y

luego me guiña un ojo. Le encanta tomarme el pelo con que descendemos de aristócratas, pero sé que mi *grand-mère* la cambió por dos gallinas a un buhonero y quién sabe de dónde la sacó él. Nunca salgo sin ella porque yo no llevo pañuelo. Solo lo llevan las mujeres casadas.

Alors, esas miradas curiosas suelen divertirme y las aprovecho para ganarme a la gente del pueblo, impregnando de perfume mi pañuelo de algodón y agitándolo ante ellos, persuadiéndoles para que se pongan una gota en las muñecas… y luego me compren un frasquito de perfume.

A este hombre no.

Noto el peligro; huele tan real como el hedor acre de flores muertas. Mamá también percibe que algo pasa. Gira la cabeza a izquierda y derecha, y sus ojos azules brillan con un toque de avellana que ensombrece su profundidad.

Hace sonar la pulsera de su muñeca, como suele cuando está nerviosa. Una costumbre. Cree que el tintineo de esas viejas monedas de bronce ahuyenta la energía negativa.

«¿Me he fijado en algún caballero apuesto?», preguntan sus ojos. No. Mi corazón no está en venta, ni mi cuerpo. No tengo tiempo para el romance. Tengo ambiciones. Grandes ambiciones de estudiar el arte del perfume en París, pero jamás dejaría a mamá. Preferiría morir.

Aunque últimamente sale a menudo el tema de mi boda. Mamá se casó a los quince con el «viajero» salvaje e impetuoso de Inglaterra al que amaba, un exsoldado alto y rubio que le robó el corazón con sus historias de cómo la Gran Guerra le arrancó el alma y de cómo mi madre se la devolvió. A los dieciocho ya había perdido dos bebés y estaba embarazada de mí.

Y aquí estoy, sin siquiera rozar el amor. A diferencia de mi amiga Hannah. Desde que besó al hijo mayor de los Simms se cree especial. Yo tengo mejores cosas que hacer que atarme a un chico al que no amo, se me revuelven las tripas de pensarlo.

Según mamá, cuando conozca al hombre adecuado sentiré algo especial. «¿Cómo lo sabré?», le pregunto. Ella sonríe y hace tintinear su pulsera. «Lo sabrás cuando el corazón te galope como si bailaras en una nube. Y, cuando eso ocurra —le gusta añadir—, *la vie est bonne…,* la vida es buena, *n'est-ce pas?».*

Aun así, los ancianos me sermonean con que es mala suerte no unirme a un hombre y bendecir a la tribu con un niño pronto. Yo quiero usar esta nariz que Dios me dio y crear perfumes hermosos, dar esperanza a las mujeres que veo arrastrarse por la vida con delantales sucios y el pelo revuelto, bebés en la cadera y manchas de carbón en las mejillas. Que sepan que son guapas y lo valiosas que son para sus familias… Como mamá. Le encanta la fragancia que hice para ella con rosa, jacinto, lavanda…, jengibre y…, le faltan notas, especias que aún no tengo, pero las conseguiré. Tengo tiempo de sobra.

Solo tengo diecisiete…, virgen por elección. No volveré a hablar del tema.

Aunque no es raro que los hombres romaníes de otros clanes rapten a una chica mientras duerme, por eso mamá me enseñó la puerta oculta detrás del cajón del fondo del carro, una puerta que ella usaba para escabullirse y verse con papá antes de casarse.

No me la juego. Llevo una navaja celta de punta afilada que me regaló papá, metida en una vaina y sujeta al sostén junto al tirante, fácil de agarrar con la otra mano si necesito defenderme. Mamá dice que no me preocupe, que mi olfato me avisa cuando hay lío, que tengo un don raro.

Puedo detectar cientos de olores.

Mezclar esencias en perfumes aromáticos y hermosos. No tengo formación, lo admito, y eso me limita a la hora de definir la parte técnica de lo que hago. Mamá dice que lo compenso con mi capacidad innata para crear fragancias florales y afrutadas solo por el olfato.

De algún modo, algún día, seré *parfumeuse.*

Intento apartar el miedo al hombre que nos sigue e inhalo la singularidad de esta aldea del valle del Loira, un lugar donde las palomas arrullan un pasado glorioso no olvidado, con pechos grises y blancos hinchados de orgullo pese a los feos uniformes verdes que las apartan de una patada cuando bajan a picotear migas sueltas. Un lugar donde hemos venido a vender a los comercios nuestros aceites, nuestras esencias y los perfumes que creé, embelesando a las señoras y haciendo que encarguen frascos de las maravillosas fragancias. Desde que papá murió, hace tres años, mamá y yo nos mantenemos con nuestros aceites curativos, como el de pétalos de rosa para frotar en las plantas de los pies y aliviar el dolor de cabeza fuerte.

No como mi holgazán padrastro, que juega a las cartas cuando no trafica con caballos. Del coñac de la mañana al brandi de la noche, sus ojos negros e inyectados en sangre desean a mi madre. Ella agradece verlo caer borracho en el catre, ciñéndose el chal sobre el pecho, tapando los moratones de los brazos, con la mente tranquila por esa noche. Cuando le pregunto por qué lo aguanta, insiste en que tenía que seguir la tradición del clan Litaro y casarse con él después de que mataran a mi padre.

—Una mujer sola con una hija no entra dentro de nuestras costumbres, Tiena —me repite cada vez que le pregunto, evitando mi mirada.

Sé que mi padrastro la golpea, pero ella se niega a dejarlo. Sostengo que nos iría bien sin él, que ganaríamos suficiente con mis perfumes. Le suplico a mamá que huya de esa vida terrible con un hombre tan cruel como cualquier boche, pero no me escucha.

Acelero el paso, con miedo de las pisadas fuertes que nos recortan distancia, sin que el hombre intente disimular la persecución. Cada nervio de mis pies arde al golpear con fuerza los adoquines. Su muestra notoria de intenciones y arrogancia no deja lugar a dudas: es de la Gestapo. Debe de habernos seguido hasta el pueblo mientras yo, tonta de mí, tenía la cabeza en vender perfume y no en cuidar de mamá.

Está en todas partes.

Detrás, fumando. Luego vigilándonos desde un portal… Escribiendo otra vez en su periódico, después doblando la esquina y esperándonos al otro lado. Mamá también se fija, y sus preciosos ojos azules me dicen que no paremos, que no mostremos miedo.

Avanzamos del brazo por la calle, mirando a nuestras espaldas y cantando una cancioncilla que me enseñó. El sol de verano me enciende las mejillas de escarlata, la blusa blanca se me pega a la piel.

Llegamos al mercado de flores hacia el mediodía, en la villa medieval, después de alojar a nuestros caballos —Zeus, mi brioso semental negro, y la yegua alazana de mamá, Faithful Mary— en un establo elegante de la finca señorial al final de la carretera. Mamá conoce desde hace años a monsieur Du Monde, el mozo de cuadra, desde que salvó a su esposa con sus dotes de curandera cuando la mujer enfermó. Es buen amigo de mi gente, comercia y compra caballos con nosotros y nunca le falta una sonrisa para ella, aunque esta vez nos dijo que no nos demoráramos en el pueblo…, que era demasiado peligroso con «esos nazis» por ahí, y por eso la convencí de tomar un atajo hacia el establo, un túnel que pasa bajo las letrinas hasta la carretera y entra en el bosque.

Rezo para que nuestros caballos estén descansados y listos para montar.

Mi clan pasa por aquí cada pocos meses, acampa en las afueras de la finca mientras mamá y yo vamos solas al pueblo. Los demás están demasiado asustados; temen que los culpen de algo que no han hecho.

Giro un poco. El hombre de la Gestapo nos está dando alcance; se baja el ala del sombrero y resopla como cansado del juego. Correr es mi primer impulso, pero a mamá no le resulta fácil, con su espalda dándole problemas de nuevo tras estar encorvada anoche llenando viales de esencias para vender hoy.

Ahora ya es tarde.

El alemán se me pone a la altura y, con un tono notablemente suave pero inquisitivo, dice:

—¿Son gitanas, *mademoiselle?*

El policía secreto me mira de arriba abajo con curiosidad. Sonrío a mi pesar. Por muchas veces que los boches me sometan a este simulacro de interrogatorio, me divierte cómo fingen no saber las respuestas antes de que yo las dé.

—Somos romaníes, *monsieur* —respondo, la cabeza alta—. Soy Tiena Cordova y esta es mi madre, Naomie.

Le aprieto la mano a mamá. No hago ademán de sacar la cartilla de identidad, guardada en el corpiño junto con mi navaja celta, sujeta al tirante del sostén. Rezo para que mi respuesta le baste.

Me equivoco, terriblemente.

—Vengan conmigo, *mademoiselle.* Las dos —dice con la arrogancia de quien no concibe que le rebatan una orden.

—No hemos hecho nada, *monsieur* —protesto—. Somos vendedoras de perfume. —Me agarra del brazo izquierdo y, por un instante, se queda mirando la cicatriz dentada de mi antebrazo. Roja, la carne tierna. Me estremezco, pero me niego a mostrar debilidad delante de él. No me avergüenza admitir que me defendí cuando mi padrastro me cortó con una botella rota hace quince días al intentar salvar a mamá de su furia ebria—. ¿Adónde nos lleva?

—Ya lo sabrá. —Se le tensa la cara, los ojos, antinaturalmente oscuros y siniestros—. Ahora cállese o le cierro esa boquita con el puño.

Nos agarra del pelo, primero a mí y luego a mamá, y nos arrastra de vuelta a la plaza mayor, donde hay un coche negro, cuadrado, aparcado; nos empuja al asiento trasero. Mamá y yo nos abrazamos, demasiado aturdidas para hablar. Escapar es imposible cuando él se instala delante, en el lado del acompañante. El conductor hace rugir el motor y arranca mientras el hombre de la Gestapo saca su periódico y tararea una cancioncilla alegre. Lo veo sonreír y garabatear letras en un crucigrama; su tarareo satisfecho al dar con

la palabra correcta me retumba en los oídos más fuerte que una campana de difuntos.

Tengo miedo de él.



—Zeus no está en venta, *monsieur.*

Me planto frente al oficial alemán que me mira con desprecio y me inspecciona como si fuera una esclava puesta en subasta. Un hombre de complexión algo huesuda que llena el uniforme nazi con más pompa que corpulencia; los hombros acolchados y cuadrados le dan aspecto de triángulo invertido. Cabello rubio salpicado de canas, mejillas enrojecidas por el sol y un reguero de sudor cuando se quita la gorra y se seca la cara con el dorso de la mano enguantada. Se toma su tiempo con la «inspección», refunfuñando en alemán al hombre de la Gestapo que nos dejó en la puerta del establo y luego salió disparado, seguramente para acosar a alguien más que no encaje en su perfil ario.

No importa. Surge un problema mayor.

El comandante nazi nos esperaba, con el pie derecho apoyado en el gran guardabarros de su Mercedes descapotable, golpeando con la fusta en la mano enguantada. Me dedicó una sonrisa hosca y luego nos obligó a entrar en el establo, donde empezó a pasearse arriba y abajo por el suelo cubierto de paja. Mascullaba que Herr Reichsmarschall Göring se alegraría de su última apropiación de la cultura francesa. Conozco este tipo de hombres. Se dan aires de importancia por codearse con los poderosos. Como mi padrastro, Zegul. Un grandullón que se regocija con las autoridades locales allá donde acampamos, sobornándolas con una botella de coñac y un discurso para que nos dejen en paz. Este hombre usa el brazalete con la esvástica para infundir miedo. No me impresiona. Un rayo de sol, agudo, que entra por la ventana alta del pajar le arroja un foco teatral a su triste figura. El aire caliente y pegajoso satura el establo;

el olor a caballos lo domina todo. Aparta de una patada una horca que le estorba y luego hace una mueca de asco.

Sus palabras salen rápidas, sombrías y perturbadoras.

—Tengo intención de comprar sus caballos. —El oficial señala a Zeus, que resopla y sacude la cabeza en su cuadra—. El semental negro para las carreras… —Agita la mano con desgana, apenas reparando en Faithful Mary, que mastica avena—. Y la yegua alazana, que ya no se tiene, al matadero.

—No…, no puede…, por favor —jadea mamá, llevándose la mano a la garganta.

Para ella es un acto imperdonable. Ayudó a traer al mundo a la mansa yegua… La yegua es un signo sagrado de vida para esta mujer que enterró a dos bebés antes de que yo naciera y ya no puede concebir.

Yo, en cambio, respondo con una valentía inexplicable, más necia que sensata, porque aún no se me llevan los demonios con el boche.

—Nuestros caballos no están en venta, *monsieur.* Los guardamos aquí mientras hacemos recados en el pueblo.

—Mientras se dedican a robar carteras —escupe.

—Me ofende, *monsieur.* —Lo miro con desprecio y lo demuestro sacando la barbilla—. Somos gente temerosa de Dios, no ladrones.

—¿Son gitanos?

—Sí…

Esboza una mueca de desprecio.

—La ley, *mademoiselle,* no permite a los gitanos tener caballos.

Saco pecho.

—No conozco esa ley, *monsieur.*

—Ustedes y los suyos deberían divertirse mientras puedan. El Führer tiene planes. Pronto limpiaremos este país de porquería como sus amigos gitanos. De judíos también. —Escupe en el suelo para enfatizar la amenaza.

—No le creo.

—¿No? —Sus ojos recorren mi cuerpo con esa mirada de superioridad que me revuelve el estómago—. Si coopera,

mademoiselle, puedo conseguir librarle de una situación tan desagradable.

—Prefiero morir… —Doy un paso al frente. Palabras valientes, creyendo que el bien derrota al mal nazi.

—Por favor, *monsieur* —interrumpe mamá, manteniéndose serena, sabiendo que es mejor no cuestionar el poder de un oficial alemán—. Le ruego que nos permita conservar a Faithful Mary para volver al campamento.

—No, mamá, no podemos dejar que se lleve a Zeus o lo habremos perdido todo. —He aprendido que hombres como él fanfarronean, pero si les demuestras que no eres una mujer indefensa tienes más opciones—. Le repito, *monsieur,* que mi caballo no está en venta. Nos vamos ya.

Me vuelvo, pero el comandante me agarra del brazo y me aprieta fuerte. Me encojo del dolor.

—Qué lástima que *mademoiselle* sea tan terca. —Sonríe, y contrae la nariz cuando mi aroma domina el hedor insoportable del lugar—. No he visto mejor ejemplar desde que llegué de Berlín. —Me respira al oído y tiemblo. La doble intención de sus palabras no se me escapa. Ni a mamá. Ella hace tintinear las pulseras y se muerde el labio. Le arrancaría los ojos si la prudencia no le impidiera cometer el mismo error que yo.

—Suélteme, *monsieur* —digo—, me hace daño.

—No tenga tanta prisa, *mademoiselle;* le pagaré por el semental.

—No quiero su dinero.

Alza una ceja.

—No le ofrezco dinero, sino el honor de servir a un oficial del Reich. —Me suelta y hace chasquear los talones—. Comandante Ernst von Risinger, a su servicio.

—Claro, qué tonta soy —divago, con las manos en las caderas—. El Reich no negocia con nadie; coge lo que quiere sin importar quién sale herido.

—Prefiero llamarlo intercambio cultural. —Me rodea, golpeándose el muslo con la fusta—. Monsieur Du Monde no mencionó que la

dueña del semental fuera una potra tan briosa, o habría enviado antes a Herr Geller a buscarla.

—No se atreverá a tocar a mi hija. —Mamá acude en mi defensa. Ya no puede contener la emoción que la desborda—. Es pura, demasiado buena para alguien como usted.

—¿Es gitana y virgen, *madame*? —Se me acerca y me entran arcadas. Huele a cerveza tibia y a sudor de ramera—. Creía que no existía tal criatura mítica.

Me trago una réplica venenosa, pero ese segundo me sale caro. Avanza hacia mí, relamiéndose los labios.

—Es mi deber examinarla para salvaguardar la moral del pueblo francés.

—No me toque, cerdo nazi asqueroso.

Saco la navaja de dentro de la blusa blanca y arremeto contra el alemán con un barrido de brazo hacia la cara. El muy bastardo es zorro viejo. Se agacha y me tira la navaja de un manotazo, pero consigo hacerle sangre rajándole el pómulo con la hoja afilada. Me maldice en alemán; la raya roja rezuma y le chorrea por la barbilla rasurada. Se limpia con el dorso del guante y mira la mancha, incrédulo de que pueda sangrar; el brillo de sus ojos es tan salvaje como el de un jabalí incapaz de frenarse cuando embiste a su presa.

He ido demasiado lejos.

—Pagará su insolencia, *mademoiselle.* —Saca la Luger de la cartuchera y me apunta directo al corazón, la mano firme, el pulso seguro—. Con su vida. Primero la haré suplicar. De rodillas.

—No.

No puedo dejar que me dispare.

Jamás imaginé enfrentar a un nazi con un arma apuntándome, pero el instinto me dice que su sentimiento de superioridad nace de llevar ese uniforme, no de lo que tiene dentro. Es un recadero de algún pez gordo alemán que quiere demostrarse algo. Si muestro debilidad, apretará el gatillo sin titubear. Quiere jugar, exhibir su poder sobre mí. Luego presumirá de cómo me doblegó.

Entonces juguemos.

Cruzo los brazos sobre el pecho, la barbilla alta.

—Le daré una última oportunidad, *mademoiselle.* —Amartilla el arma.

—No me inclinaré ante usted ni ante ningún nazi.

Respira con fuerza, se excita. *Bon.* Si logro que la lujuria venza a su ego, podré derribarlo con una patada certera en la entrepierna. Es lo que hago con mi padrastro cuando se me echa encima, me agarra un pecho y me planta un beso baboso.

No conté con mamá.

—Por favor, *monsieur,* tenga piedad. Es una niña inocente —grita mamá, juntando las manos en súplica.

—¡Corre, mamá, vete!

—No, Tiena, deja que ayude al comandante. —Se arranca el pañuelo e intenta curarle la herida, pero él le suelta una patada con la bota negra. Ella trastabilla, llevándose las manos al vientre.

—¡Cómo se atreve a hacerle daño a mi madre!

La rabia de verlo tocar a mi madre aplasta mi miedo. Tengo que coger algo, lo que sea, para lanzárselo. Una herradura suelta. Una horca. Incluso la maldita paja.

—Se acabó el tiempo, *mademoiselle.*

Me apunta. Mamá entra en pánico.

—No, no a mi Tiena… ¡Maldito canalla!

Sus palabras afiladas lo sobresaltan y él se vuelve, la mira, y todo sucede tan deprisa que no alcanzo a comprender cómo los segundos siguientes ponen en marcha lo más horrible que puedo concebir.

Gritando a voz en cuello en alemán, el comandante dispara…

Pero no antes de que mamá se arroje delante del nazi.

Y recibe la bala destinada a mí.

Capítulo 3

Concorde, 2003



Emma

Perfume:
Naomie's Dream
Absoluto de rosa, pimienta, lavanda

Sentada en mi asiento al fondo del reactor, con la boca abierta y el corazón desbocado, jadeo, esperando a que madame de Cadieux me cuente qué pasó después de que el comandante nazi disparara a su madre.

En lugar de eso, mira al frente. En silencio.

He leído su biografía y en ninguna parte se mencionan sus raíces romaníes. Ahora sé por qué.

Es demasiado doloroso para ella.

No lo soporto. Estoy en ascuas, muriéndome por saber qué viene después sin desvelar que ella es la clave para entender mi talento con los aromas y saber más de mi abuela polaca. El suspense me mata. Este terreno es desconocido para mí: una mujer obsesionada con su privacidad y con una perspectiva de la vida mucho más profunda de la que yo podría soñar; un choque generacional que pone a prueba mi habilidad para encontrar un punto en común con ella.

Por fin, dice con voz serena:

—Seguiré con mi historia después de que disfrutemos de un café especial, *mademoiselle.*

Se recuesta en el mullido asiento.

—Por favor, *madame* —la insto, todavía impresionada por lo que me ha contado, con los huesos temblándome y el cuerpo entero en modo pánico—. No me deje en vilo como si nos fuéramos a publicidad.

Sonríe.

—Encuentro refrescante su sentido del humor americano, *mademoiselle,* pero primero el café, y después tendrá su respuesta.

Hace sonar el timbre y la azafata aparece enseguida con una cafetera plateada, humeante, y las tazas de porcelana más delicadas, blancas, con el emblema de la aerolínea grabado en pan de oro. Juro que *madame* inhala el tentador aroma del café como si así calmara su dolor. Estudio su expresión rígida, los labios apretados, los ojos cerrados. Estoy a su lado, lo bastante cerca como para notar el cambio de ánimo, como si se obligara a no llorar, algo que, me da la impresión, considera una debilidad.

Reconozco una sonrisa forzada cuando la veo. Sus labios rojos están cuarteados como arcilla seca y en sus ojos, donde antes relucían motas verdes y castañas, habita una tristeza negrísima. Sufre al revivir aquel día. Sí, presume de entereza, pero entonces era una adolescente. Ni siquiera la habían besado. A los diecisiete yo estaba deslumbrante en el campamento de animadoras, escribía columnas sarcásticas para el periódico del instituto y salía con el guapo capitán del equipo de natación con cuerpo de un dios de bronce (las chicas nunca olvidamos el primer beso).

Me llega un aroma delicioso de café; mi cerebro detecta cada ingrediente… Canela, menta y anís… Mmm… También huelo el grano de tueste oscuro de la isla de Bali.

Me callo. ¿Para qué revelar mi secreto?

Mientras tanto, no aguanto la tensión que se ha instalado entre nosotras como un té frío, así que divago sobre historias que he cubierto para romper el hielo. Estrellas de cine comportándose mal, políticos comportándose peor.

—Pues estoy entrevistando a un actor de primera que me está tirando los tejos en un restaurante italiano cuando aparece su ex y

le vacía un cuenco de espaguetis en la cabeza.

—*Mais non!* —Por fin se le escapa una sonrisa auténtica.

—*Mais si* —le replico—. Con albóndigas.

Se ríe y yo sigo alimentándola con cotilleos de famosos ególatras para apartar su mente de la pena. Le gusta reír. Me parece una mujer que ya no lo hace mucho, y eso me anima a seguir con historias graciosas.

—Luego conseguí una entrevista bomba con una estrella del rock —prosigo entusiasmada—, que quiso quedar en un sitio de comida rápida.

Me lanza esa «mirada».

—*Excusez-moi?*

—Ya sabe…, hamburguesas y patatas fritas.

—*Pommes frites.*

—Sí, *Pommes frites…* Se las metía en la boca sin parar cada vez que le preguntaba algo, así que le hice escribir las respuestas en servilletas cutres. Tenía los dedos demasiado grasientos para mandarme un SMS.

—¿Un… SMS?

—Un mensaje en el móvil… Esto.

Tecleo «Bonjour, madame de Cadieux» en la pantalla de mi teléfono y se lo enseño.

Frunce la nariz.

—Bah, es como abrir un frasco de perfume precioso y no oler nada. No tiene corazón.

Asiento. Tiene razón.

Seguimos varios minutos de charla y bromas sobre muchas cosas, desde dónde hacen las patatas más crujientes —¿París o Nueva York?— a la decadencia de la civilización moderna si los mensajes siguen ganando terreno. Durante todo el rato, oigo en la cabeza una banda sonora animada de éxitos del pop *vintage,* en serio. Y entonces caigo: estoy hablando de patatas y mensajitos con la *grande dame* del perfume como si fuéramos íntimas.

¿Estoy loca?

Debo de parecerle impulsiva y superficial. Que lo soy, o no habría llegado hasta aquí. Ser chica en el mundo de las noticias es duro y sé que estoy aquí gracias a las mujeres valientes que me precedieron en los años setenta y ochenta. Todavía me tengo que enfrentar al síndrome del «cariño» («Tráeme un latte, cariño, que voy contrarreloj». Como si yo no), pero mi jefe, Granger, es de los buenos. Duro pero justo. Me fichó como reportera de calle en WJJR News aquí, en Nueva York, tras hacer prácticas con él y pasar por una emisora pequeña de Nueva Jersey.

En los cuatro años siguientes aprendí la mecánica del oficio: que en el vocabulario de una reportera no existe el «no» y que no hay que correr con tacones detrás de un congresista escurridizo (ahora llevo zapatillas o bailarinas). El resto fue sencillo: llegar a tiempo a la retransmisión en directo, notas preparadas, pintalabios sin manchar los dientes y fiarte de tu instinto, siempre.

Trabajo duro, consiguiendo entrevistas importantes y cubriendo actuaciones policiales, incluida la unidad de víctimas especiales. Lo que lo convenció para traerme a Nueva York fue una serie de reportajes de interés social que hice sobre el día a día en la ciudad tras el 11-S. *Latidos de Emma.* Entrevisté a supervivientes, a sus familias y a la gente de la calle.

Llevar la batalla en la sangre es cosa mía. El padre de mi madre fue capitán del Ejército de Estados Unidos y sirvió en Europa durante la Segunda Guerra Mundial: él y mi abuela disfrutaron de cincuenta y tres años de matrimonio hasta que ella sufrió una caída y murió por complicaciones. El abuelo se pierde mucho últimamente, algo que pone a prueba la paciencia de mi madre. Judy Elizabeth Keane, de soltera O'Flaherty, fue enfermera del Ejército y conoció a mi padre, Terence «Capitán Terry» Keane, cuando lo hirieron en Vietnam. Él trabaja con veteranos heridos después de una carrera como profesor de matemáticas.

Nadie entiende de dónde me viene el olfato para las noticias. Ni para el perfume.

Me muerdo el labio. Mi madre… Ella es la razón por la que corrí tras esta historia como Alicia en una misión, pero no vivo en el país de las maravillas. Intento no recrearme en lo que sufre desde el diagnóstico de cáncer de pulmón. Los tratamientos, la pérdida de dignidad… Maldita sea, daría lo que fuera por verla feliz. Dice que está orgullosa de mí, de lo que he logrado. Mi profe de Periodismo dijo que escribo «desde muy adentro, mientras la mayoría se limita a sacar titulares», de ahí el título de mi serie. Me empleo a fondo en contar bien los hechos, pero me importan más las personas y su vínculo con la historia, por doloroso que sea.

Y esta promete.

Un comandante nazi sádico y retorcido…, una madre romaní que se sacrificó por su hija… y una joven hermosa, rubia, oledora de fragancias.

Dejo que la idea macere mientras *madame* cierra los ojos con una sonrisa y yo sorbo mi café, caliente y delicioso. Me doy el capricho de la crema de frambuesa y los cruasanes mientras espero a que continúe su historia. Llevamos más de dos horas de vuelo de las tres y media totales, a treinta mil pies sobre el Atlántico rumbo al aeropuerto Charles de Gaulle. Madame de Cadieux insistió en sentarnos en la cola del avión para tener la mayor privacidad posible.

Observo cómo tamborilea con las uñas, transparentes, sobre la bandeja, tarareando. La noto más en sintonía conmigo, aunque antes fue tajante: «Nada de grabadora, nada de aporrear el teclado».

Cuando le pregunté por qué, se negó a contestar.

He estado garabateando como loca en un bloc de rayas amarillas desde que despegamos de JFK en el vuelo de las ocho a París. Apenas tuve tiempo de llamar a Granger (no le di opción a decir que no), coger mi equipaje de emergencia junto con un sobre lleno de información sobre Angéline de Cadieux e ir al aeropuerto. Rezo para poder descifrar luego mi letra y pasar las notas al portátil.

Veo a esa muchacha gitana con toda claridad en mi cabeza… Orgullosa, desafiante…, valiente. No, *romaní,* me corrige enseguida, aunque creo que a *madame* le gusta la mala fama de la palabra «gitana». Que denote una hembra fuerte, misteriosa, rebelde, pasional, soñadora…, que deja una huella profunda y duradera en aquellos que toca con su magia.

Incluida yo.

Me corroe la culpa por no haberle dicho el verdadero motivo de esta entrevista. ¿Estaría aquí si lo hubiera hecho? Lo dudo. Y eso me deja en un aprieto. Aquí estoy, apenas un día después de ver por primera vez a Angéline de Cadieux, pensando cómo contarle mis verdaderas intenciones. Cuánto significa para mí ayudar a mi madre a averiguar más cosas sobre su propia madre y lo que vivió en los campos… y comprender este talento extraño que tengo para identificar aromas.

La respuesta sencilla es que no puedo.

Si le digo que quiero preguntarle si una *parfumeuse* nace o se hace, que sospecho que soy una nariz, pensará que estoy loca. También soy sensible a tocar lo de los campos antes de que esté lista. Podría ahuyentarla del todo. Y me quedaría sin historia, sin nariz y sin cierre para mamá.

Madame se ha envuelto en el glamur, pero me da que no ha permitido a nadie levantar las capas para ver qué hay debajo.

Hasta ahora.

No sé por qué aceptó primero esta entrevista, pero entre nosotras se ha creado algo que funciona. Charlamos como dos gallinas francesas. Me sorprende que se haya abierto conmigo: ¿la ablandaron mis historias graciosas? ¿O fue otra cosa? Como que nunca nadie se tomó el tiempo de escucharla de verdad. Ser simpática. Trabajo en un mundo acelerado en el que todos persiguen la última hora por encima de la entrevista en profundidad que lleva semanas y, aun así, tienes que encontrar un «gancho».

Yo no busco un gancho. Quiero verle el alma a esta mujer.

Así que, sea lo que sea lo que haya entre nosotras, no puedo ponerlo en riesgo. No ahora que su pasado se perfila. El relato honesto de sus primeros años no solo fascina: rompe el corazón. No puedo imaginar sufrir el odio denigrante dirigido contra los romaníes.

Un carraspeo me avisa de su mirada fija. ¿Cuánto tiempo lleva observándome?

—He vivido demasiado tiempo en el pasado, a puerta cerrada, *mademoiselle.* Es hora de salir a la luz del sol. —Sonríe abiertamente —. Quizá hasta aprenda a mandar SMS.

Vaya…, quién lo diría.

—Seguiré con mi historia —dice—, pero le advierto que no me guardaré nada. La tortura, la fealdad de lo que los nazis nos hicieron en los campos. Humillación, suciedad, dormir junto a los moribundos, sus cuerpos fríos robándote el calor, el barro colándose por las suelas y aplastándose entre los dedos… El olor penetrante y abrasador de los crematorios.

Da un sorbo al café, esperando.

—Puedo con ello, *madame.* He cubierto escenas del crimen horribles. —No sé por qué lo digo, pero siento una urgencia por dejar claro que no soy una blandengue.

—*Bon.* Pero no ha cubierto un crimen contra la humanidad, *mademoiselle.* Es importante que conozca el dolor que sufrí, y las alegrías. La llevaré a un lugar donde lo impensable sucede por ser mujer. Solo así entenderá las decisiones que tomé, la humillación que sufrí a manos de los boches.

Cierra los párpados y una lágrima asoma en el ojo derecho, pero no hace ademán de secársela.

No me cabe duda de que será la primera de muchas antes de que terminemos.

Capítulo 4

Chamboise-sur-Marly,
Francia, agosto de 1940



Tiena

Perfume:
Lady Pink
Mandarina rosa, rosa, pachulí de Indonesia

Corro hacia mi madre, caigo de rodillas y le tomo el pulso. Rápido. Pupilas dilatadas. Piel sudorosa y ardiente. Un puro terror le hace brillar los ojos como espadas de ángel chocando mientras lucha por respirar.

—Ti-e-na… —exhala mi nombre en un susurro.

El dolor en sus ojos me golpea en el vientre. Yo me descompongo… Balbuceos torpes, divagaciones estúpidas. Nada en mi vida me preparó para esta atrocidad sin corazón. Ni las burlas de los matones ni el ataque de un borracho. Y me destroza el alma.

Mi madre, dulce y querida, perdida si no actúo deprisa.

Y aun así no puedo ignorar al nazi enfurecido que me insulta en alemán mientras revisa la pistola, contando cuántas balas le quedan. Espero sentir el ardor de una 9 mm atravesándome la carne.

Entonces él hace algo que jamás hubiera esperado.

Da un paso atrás y resopla.

—Debería matarla, *mademoiselle,* pero no había pasado una tarde tan interesante desde que disparamos a judíos por diversión en el cumpleaños del general Dunkelfuhr, en Varsovia.

—Es usted inhumano, ¿cómo puede ser tan cruel?

—Es cuestión de orden, *mademoiselle.* Solo los más aptos sobreviven en el Reich y lamento decir que esta mujer no lo hará.

—Es mi madre. ¡No dejaré que muera!

—No puede salvarla, *mademoiselle,* aunque me gusta verla intentarlo.

Empieza a silbar una tonadilla irritante mientras yo me arranco el pañuelo de la cintura y lo encajo en la herida abierta del hombro de mamá; el corazón me golpea tan fuerte que parece una pesadilla.

No lo es.

Desplomada sobre la paja sucia, con el pecho apenas moviéndose, me apoyo con fuerza sobre la herida para detener la hemorragia. Mamá grita de dolor cuando presiono; el rostro se le contrae de angustia, las manos le tiemblan, sacude la cabeza. Los ojos le van de un lado a otro como si intentara frenar la oscuridad que avanza por su cerebro. Le cuesta respirar, pero no puedo aflojar la presión. El calor sofocante del establo se vuelve un frío espectral. El tintineo de su pulsera me repica en los oídos mientras gime y juraría que veo la estela de su aroma aparecer como un hilo de humo ante mis ojos, mareándome.

Merde, la hemorragia no se detiene.

Me apoyo con la rodilla en la herida, rezando para que coagule. Por fin se frena y yo rasgo el bajo de mi enagua para hacer un vendaje.

Mientras tanto, el asqueroso boche no deja de insultarme, de darme patadas con la bota claveteada. Me sujeto las costillas, jurando que el dolor no me impedirá socorrer a mamá. Lo miro desde abajo: la depravación de ese hombre reflejada en la forma en que disfruta usando las palabras tanto como las balas para herirme. Cuanto más vomita, más me duele el pecho. El cerebro me gira a una velocidad frenética mientras proceso la escena desgarradora. No son los insultos lo que me enfurece —he oído peores—, sino que este boche goza infligiendo dolor, y eso lo hace un enemigo

peligroso. No puedo prever su siguiente movimiento y eso me aterra.

Revisa la recámara de su arma… otra vez… sopesando qué más hacer… ¿Disparar sin aviso? No dejo de temblar y se me revuelve el estómago. La bilis me sube a la garganta.

Dios, no, por favor.

—¿Todavía no se ha muerto? —suelta, impaciente.

Quiere terminar el juego y mi pobre madre complica su placer. Golpea con la bota el suelo de tierra, la paja empaña su brillo; luego sale disgustado del establo mascullando en alemán. Es insufrible; la situación se despeña, y la rabia por su complacencia me desgarra. Esa furia intensa alimenta mi determinación. Tengo un cometido. Es mi madre y haría cualquier cosa por ella.

Debo sacarla de aquí antes de que el nazi regrese.

Es todo lo que tengo.

—Tiena…, vete a París —murmura mamá, rascándose la cara, los brazos.

Le cojo la mano y se la aprieto fuerte. La pérdida de sangre la hace delirar.

—Quédate conmigo, mamá. Quédate conmigo.

Gime; se agarra el pecho, farfulla incoherencias: señales de que sufre y apenas puede respirar. En lo más hondo de su mente me está diciendo que me vaya, que corra.

—No, mamá, ¡no voy a dejarte!

Veo una mirada salvaje en sus ojos que me asusta. Sabe que se muere.

Un gemido interminable se me escapa de la garganta. Siempre dije que mamá tenía los ojos azules más luminosos. Ahora se oscurecen de miedo. Es culpa mía, por no saber tragarme el orgullo, bajar la cabeza y no rebelarme cuando nos insultaban. Mamá decía que mi vena salvaje me metería en líos; luego sonreía y añadía que no me querría de otro modo, que yo era heredera de aquellas fuertes curanderas romaníes veneradas por la comunidad por sanar

con hierbas y que algún día sería famosa. Que haría lo que ella no pudo, porque tenía el don de un olfato extraordinario.

Ahora no lo verá. Por ese nazi cabrón.

Me busca la mano, su calor pegajoso me quema la piel helada; luego cierra los ojos y sus dedos se sueltan de los míos.

Le alzo la mano y le tomo el pulso. Nada.

Se ha ido.

Un dolor creciente me perfora el pecho, clavándose tan hondo que siento como si me atravesaran cuchillos. No puedo cambiar lo que ha pasado. El día se vuelve gris, opacado por la esperanza perdida, los sueños rotos, los pensamientos enredados en la paja empapada con la sangre de mamá. La boca abierta. Los labios azulados. Su cuerpo esbelto pierde la suavidad mientras su espíritu, invisible, flota en el aire, a punto de abandonar la tierra.

No puede.

No es la manera romaní. Tengo que llevarla al campamento, hacerle una despedida como es debido. Nunca me he sentido tan abatida; mi alma terrenal, apresada por el demonio nazi que me la arrebató.

Entonces vuelve. Lo huelo. Agrio como el vinagre.

—*Gut.* Está muerta. Ahora te toca a ti, Fräulein.

Me vuelvo. Lleva el corte de la mejilla limpio, los guantes cambiados… ¿La Luger recargada?

Tengo que resistir, distraerlo.

Dios, ayúdame, por favor.

Por el rabillo del ojo veo a Zeus, que se revuelve en el pesebre; el instinto de mi caballo le dice que algo va mal. La voz se me atasca en la garganta:

—No saldrá impune de este asesinato a sangre fría, *monsieur.* La ley lo alcanzará.

El comandante se ríe.

—La ley soy yo, *mademoiselle.* —Alza la Luger, despacio, con deleite, triunfante. Disfruta provocándome—. Usted y los suyos se darán cuenta cuando los destruyamos.

—Mi gente es fuerte y amamos Francia. Jamás nos destruirán.

Vacila, con la mirada fija en mi cuerpo.

—Tengo la tentación de prolongar el juego… Nunca he visto gitana más hermosa, ni en los cabarets de París… Las curvas de su cuerpo…, esa pasión terrenal… levanta la pulsión de un hombre con tanta dureza que sufre por liberarse…

Me da asco.

Aprovecho su arrogancia aria en mi favor.

—Jamás me tocará… ¡Nunca, cerdo nazi!

Se le enciende la cara.

—Ya he tenido bastante de sus insultos, *mademoiselle…*

—¡Váyase al infierno!

Lanzo un silbido agudo y el gran semental resopla y arma un tumulto en el *box,* intentando romperlo; el nazi se sobresalta. Se gira y apunta a Zeus…

El corazón se me sube a la garganta. El frío del miedo me dispara el instinto y agarro con ambas manos un buen fajo de paja dura y punzante del suelo.

—¡Cobarde! —grito.

Y cuando se vuelve le arrojo la paja a la cara. Puñados grandes, que lo pillan a contrapié.

—¡Puta gitana!

A gritos, maldiciendo, dispara a ciegas con la paja hincándosele en los ojos. Se los restriega gimiendo de dolor.

Es mi oportunidad.

Agarro la horca que hay cerca y le asesto un golpe en los hombros. Fuerte. Se tambalea y gira buscándome. Veo mi navaja y la cojo. Me tienta rajarle el cuello con su filo, pero ¿y si me vence? Entonces no podría hacer justicia por mamá. En vez de eso, me recojo la falda y corro, corro, corro fuera del establo, por el bosque, entre la espesura de zarzas.

Tiritando, agitada, cada nervio en tensión, los dientes apretados. ¿Por qué huyo? ¿No tengo agallas? Las tripas me dicen que, si no corro, estoy perdida; no soy rival para un nazi enfurecido con un

arma. Un monstruo tan depravado que hasta el diablo lo repudió. Debo dejar a mamá y volver cuando se haya disipado la peste del boche para recoger su cuerpo.

Ese pensamiento me empuja a apostar por la gracia de Dios para dar a esta muchacha romaní una oportunidad de vivir y así cumplir con *ma maman.* Darle el respeto que merece. Ya habrá tiempo de llorar. Oh, Dios, lo habrá… Nunca volveré a ser la misma.

Me escondo en el viejo túnel derruido, cerca de las letrinas, acurrucada, temblando, llorando, envuelta en tinieblas, hasta que oigo el traqueteo de un camión sobre mi cabeza, luego lo que imagino que es un remolque de caballos y después un coche potente, con el conductor acelerando.

El comandante.

Me desplomo de rodillas, me sujeto la cabeza con las manos, pero no dejo de temblar. De algún modo debo grabar en el cerebro lo ocurrido hoy: el aspecto del nazi, su voz, su hedor repugnante, mezcla de moho, levadura dulce y tabaco quemado. Cada detalle de ese degenerado, para que, cuando llegue el día y me lo encuentre de nuevo, no haya duda.

En cuanto al corazón y el recuerdo del dolor de perder a mamá…, ¿olvida alguna vez la rosa damascena la angustia de que la arranquen de raíz?

Nunca olvidaré lo que el nazi me hizo. Nunca.

Con los puños cerrados en alto, juro vengarme de todo el maldito Tercer Reich.

Capítulo 5

Concorde, 2003



Emma

Perfume:
Séduction de Noir
Jazmín de Casablanca, nardo, pachulí

Me dirijo hacia la parte delantera del avión y, tan absorta en la historia de *madame,* me estrello de lleno contra un hombre que viene por el estrecho pasillo. Uf, es como chocar con un saco de boxeo.

—*Pardon, monsieur* —digo, intentando sonar francesa.

Un olor de seda gris, aroma de cítricos, almizcle… ¿y eso es regaliz? Alzo la vista. En un instante, el mundo se me pone patas arriba. Oh, no, él no. No puede ser. El señor Traje Gris. Aquí, en este avión. Torturándome con su descortesía. Y con su buena planta. ¿Cómo ha subido sin que lo viera? Claro que yo estaba tan pendiente de no meter la pata con *madame* que debió de escabullirse.

No necesito esto. No lo quiero.

Nuestras miradas se cruzan a través del pasillo.

—Mademoiselle —dice con desdén.

—¿Qué retorcida mala suerte lo ha puesto en este vuelo?

—Podría preguntarle lo mismo —replica con una sonrisita.

No le daré el gusto de que use esos ojos azules de mirada penetrante para ponerme en mi sitio. Su aire de príncipe me irrita incluso a esta altitud. Alzo la barbilla.

—Solo hay una razón por la que está aquí. Está acechando a madame de Cadieux.

—Podría decir lo mismo de usted. —Vuelve a dedicarme esa sonrisa, aunque con preguntas grabadas en el gesto.

Me tomo mi tiempo, lo evalúo. A diferencia de la mayoría de pasajeros del Concorde, que optan por un aire informal, él va superarreglado con un traje entallado, camisa blanca impoluta que se amolda a su figura alta y corbata gris oscura con un perfecto nudo Windsor. El efecto es muy atractivo, más si cabe con ese bronceado que hace que los ojos azul claro le brillen como láseres de hielo.

—Ya lo sé. Es un *playboy* internacional con demasiado tiempo libre.

—No lo soy —afirma, seco—. Voy a París por negocios.

—¿Qué clase de negocios? —Muerdo el anzuelo, intrigada.

—Podría decirse que soy empresario.

—Lo que es otra forma de decir que persigue a famosas adineradas. Podría ser ladrón de joyas —añado con cara de desprecio.

—No.

—¿Falsificador de arte?

—No.

—Entonces anda a la caza de una mujer rica para casarse.

Una luz triste le pasa por los ojos, pero se recompone enseguida.

—No.

—No se libra, *monsieur.* Lo vi en el Waldorf y me da igual qué cuento se invente para explicar qué hace en este avión, no va a colar.

—¿Ah, no? —Me mira divertido.

—No. Voy a avisar a la azafata. —Suspiro. Qué suerte la mía: un soltero con hombros de infarto y tengo que denunciarlo por acosar a *madame.*

Entorna los ojos.

—Yo no lo haría en su lugar.

—No me amenace. Estoy en este vuelo para proteger a madame de Cadieux de acosadores como usted.

—¿Ah, sí? —Parece genuinamente sorprendido.

—Sí. Hago de su guardaespaldas personal.

—¿Dos trabajos, *mademoiselle?*

—Sí. Mi cadena ofrece servicios de protección a entrevistados importantes como *madame* —miento—. Así que ni se le ocurra: tendrá que vérselas conmigo. Soy más dura de lo que aparento. —Enderezo los hombros, saco pecho, y él se da por enterado. Ser alta tiene sus ventajas, pero aun así me saca tres o cuatro centímetros.

—No me cabe duda de que sabrá defenderse en un aprieto, *mademoiselle.* Que tenga un buen día —dice por fin—. Por desgracia, estoy seguro de que volveremos a vernos.

El tono es frío.

Antes de que le suelte una réplica mordaz, vuelve a su asiento de pasillo junto a una señora mayor que lleva un sombrero de verano azul y amarillo y está tejiendo. Ella lo mira y sonríe. Naturalmente, él le devuelve la sonrisa y se le forman dos hoyuelos. ¿No se le acaba nunca el arsenal de encantos? Lo que me molesta es que no parecía sorprendido de verme, aunque no sé si se creyó lo de que soy la guardaespaldas de *madame.* Siento la necesidad de protegerla, aunque la haya conocido ayer.

Tengo esa idea romántica de que la diva francesa y yo estábamos destinadas a encontrarnos. Como si hubiese destapado una carta de tarot con su cara y tuviera que ver cómo se resuelve esta historia… a pesar del señor Traje Gris, que juraría que tiene hielo en las venas.

—Ah, mademoiselle Keane —oigo a mi espalda—. Supongo que *madame* le ha pedido que venga a buscarme para repasar las últimas instrucciones antes de aterrizar en París.

Me vuelvo y el asistente personal de *madame,* Henri-Justin, me saluda con un beso en la mano y una ligera reverencia. Todo un caballero, de sonrisa cultivada y ojos inquisitivos, rondando los cuarenta, con un rubio juvenil que le roza el cuello de la camisa. Nos conocimos antes en la exclusiva sala VIP de la aerolínea, en Nueva

York. El alegre francés se aseguró de que embarcáramos primero, como deseaba *madame,* y luego desapareció con el teléfono en la oreja parloteando en francés.

Charlamos de que este es mi primer viaje a París y del tiempo, y me dice que no me preocupe por nada. Yo apenas le escucho mientras regresamos a la parte trasera del avión. Entonces veo al señor Traje Gris asomar la cabeza al pasillo, hacerme la V de la victoria y desaparecer.

No caigo hasta volver a mi asiento.

¿Qué quiso decir con «volveremos a vernos»?

Capítulo 6

Un campamento romaní a las afueras de París, 1940



Tiena

Perfume:
Blue Rose
Rosa azul del desierto, violeta, vainilla

Hoy he ido en contra de la tradición romaní para el tránsito de la vida a la muerte. Bajo un cielo hinchado de nubes oscuras a punto de estallar, deposité a mamá en su último descanso. Sin llantos ni ceremonia, sin procesión ni pompa. Rezo para que su mulo, su fantasma, comprenda mi decisión. Me vi obligada por el destino más cruel. Nunca olvidaré las palabras de monsieur Du Monde cuando regresé al establo para recoger el cuerpo de mamá después de que la escoria nazi se marchara.

—Debe irse, señorita, y no volver jamás —gritó horrorizado al irrumpir por la puerta trasera del establo y dedicarse a calmar a los caballos—. Se ha ganado un enemigo peligroso en el comandante Von Risinger, un hombre que no olvida una cara, y menos una tan hermosa como la suya.

Por lo que entiendo, el nazi se marchó airado tras mi huida, desdeñando el incidente como si fuera una trivialidad mientras mi madre yacía muerta en un charco de su propia sangre. A ojos del alemán, mi gente, mi mamá, maldito sea, no cuentan más que una pulga muerta. Lo que me hace estar alerta es saber que el

comandante anda por ahí, con mi rostro clasificado para exterminio en esa mente puritana suya.

Monsieur Du Monde me ayudó a envolver a mamá en una manta caliente, acomodando sus trenzas largas y cruzándole las manos sobre el pecho. La blusa blanca teñida de rojo por su sangre realzaba la frialdad del rostro y la hacía parecer tan joven. Cuando la tumbamos sobre el lomo de Faithful Mary, di gracias a Dios de que el comandante dejara atrás a la yegua alazana.

Qué ironía.

No merecía la pena molestarse por ese animal.

Ahora, cuando las primeras gotas de un cielo lloroso me humedecen las mejillas, debo aceptar que estamos en guerra con el régimen más inhumano al que nuestro pueblo se ha enfrentado jamás. Se rumorea que la Policía francesa presume de haber resuelto el «problema gitano» internando a nuestro pueblo en campos de la Zona No Ocupada. ¿Y aquí, en el norte? Si es cierto lo que dijo el comandante y las escuadras de la muerte nazis recorren el campo francés buscando romaníes, mi vida pende de un hilo de plata. Un hilo tan frágil que, si llega noticia a las autoridades francesas de una «caravana gitana» que viaja a la vista por los caminos para enterrar a una mujer romaní, caerán sobre nosotros. La fortuna nos favorece porque los gendarmes locales son lentos echando el guante, pero el comandante nazi es capaz de rastrearnos y detener a todo el clan si nos dejamos ver.

Y enviarnos a los campos de trabajo de los que hemos oído hablar.

Mamá nunca encontraría la paz.

Suelto un largo suspiro. Qué silencio hay aquí, en *la forêt* de Chouffard, apenas una brisa susurra el adiós. Casi es la puesta del sol y me golpea el aroma maduro de la flora estival en su apogeo. Me rodean pétalos amarillos, morados y blancos bajo un dosel de árboles verde lima que nos protegen de cualquier mirada. Solo me acompañan en el entierro mi amiga Hannah y sus dos hermanos mayores. Mi padrastro, Zegul, se marchó ayer a una feria de caballos

al sur de París, aunque es peligroso para cualquier romaní viajar. Casi ni parpadeó cuando le conté mi historia: que a mamá la había disparado un cazador anónimo confundiéndola con caza mayor. Una muerte honorable a ojos de los romaníes, pues suelen vilipendiarnos en los anales de la ley cuando acabamos en el extremo equivocado de la soga. Decir que la mató un nazi traería más dolor al clan y no devolvería a mamá.

No paso pena por que se vaya. El fantasma de mamá lo mantiene alejado de mí. Nunca me fie de él. Sus manos permaneciendo en la curva de mi espalda, susurros calientes en mi oído. Me repugna. Por ahora, lamento no poder darle a mi madre un funeral romaní en toda regla. Un tributo para despedir al ser querido con recuerdos y algunas pertenencias que celebren su vida bien vivida: sus vestidos de colores, sus joyas cautivadoras. La tradición me obliga a cubrir el espejo oval del carro y vaciar la vasija de agua, vestir faldas de tafetán negro y blusa negra (yo he añadido una enagua roja de encaje; a mamá le encantaba el rojo). No peinarme ni lavarme; no comer. Beber solo café y brandi, aunque huyo del licor. Necesito tener la cabeza despierta.

El cielo retiene la lluvia el tiempo justo para enterrarla y así depositamos a mamá en una ladera de tierra rica, violetas silvestres y flores. La dejamos descansar en un bosquecillo enmarañado de ramas caídas con tantas hojas que el lugar queda cubierto con un manto de terciopelo verde.

Nadie la buscará aquí.

Pero yo siempre sabré dónde está.



Mi tiempo para llorar a mamá dura poco.

Una semana después, cuando el sol arrogante chamusca la tierra con calor insufrible, oigo las botas pesadas de mi padrastro subiendo los peldaños desconchados de madera de mi carro. La puerta se

abre de un portazo y se planta allí, una botella de coñac en una mano y una soga basta en la otra.

—Te he esperado dos años, Tiena. Ya no aguanto más.

—No sé de qué habla —miento.

Pero sí lo sé. Yo tenía quince cuando el vagabundo fanfarrón se unió a la caravana, grande y fuerte, con ojo inquieto para caballos y mujeres.

—¿No? Debería haberte llevado a la cama entonces, pero tu madre se me ofreció en tu lugar, me emborrachó y me convenció de casarme con ella. —Resopla—. Ahora la situación ha cambiado y te quiero a ti…

—¿Qué clase de demonio es usted? —exclamo, dándole la espalda, conteniendo la rabia—. Mamá está muerta y ¿solo piensa en sexo?

Ignorando mi ruego, se me acerca por detrás y me sopla en la nuca. A pesar del calor, tiemblo.

—Eres más hermosa que tu madre, Tiena. —Me husmea y una sensación viscosa me hace rascarme los brazos como si vinieran gusanos a darse un festín—. Y hueles como los ángeles.

Nunca imaginé que mi padrastro me obligaría a llegar tan lejos.

—Y usted huele al infierno —replico—. Coñac y tabaco de clavo.

Me aparto, pero me tira hacia él; sus manos, ásperas y dolientes, recorren mi cuerpo arriba y abajo, deleitándose en mis pechos.

Le hundo los codos en los brazos. Fuerte.

—Si me vuelve a tocar, Zegul… —saco la navaja— le abriré un boquete en el corazón.

Se ríe.

—No tienes agallas, Tiena.

—Pruébeme. —Gruño como una loba defendiendo la camada.

—Baja la navaja.

Avanza hacia mí. Yo retrocedo y bajo el arma, rebajando la amenaza un punto, rezando por poder razonar con él. Querría gritarle que no es mejor que el comandante nazi, un hombre con la arrogancia de una víbora siseante arrastrándose entre un rebaño de

ovejas, pero me callo. No me fío de que el oficial alemán no avise al hombre de la Gestapo y venga a buscarme, sin duda para ponerme en las casillas de su crucigrama bajo la definición de «muerta».

No le quito los ojos de encima; en sus pupilas negras, inyectadas, leo cómo saborea por adelantado el tenerme retorciéndome bajo él, acto que juro que no sucederá jamás. Debería separarme de la caravana y hacer mi camino. El carro no es de mi padrastro, es mío, pero no dudo de que lo reclamará, pues mis padres han muerto. A diferencia de la mayoría de los romaníes, él es desalmado y no cree en los fantasmas de los nuestros, que se ciernen cerca, vigilándome y juzgándolo.

En su mente pregunta: ¿quién se va a enterar?

Nadie sabe que nuestra caravana se dirigió hacia el sur, hacia París, tras escapar de la última redada de la policía francesa. Por suerte para nosotros, la gendarmería ha estado demasiado ocupada apaciguando a sus jefes nazis como para hacer cumplir el decreto de primavera que ordena internar a todos los «nómadas» —incluidos los romaníes—, y acampamos junto a un *château* abandonado, devorado por las malas hierbas y la historia, un lugar olvidado.

Me sacude un nuevo dilema cuando susurra:

—Nos casaremos, Tiena, como quería tu madre.

—Mamá jamás querría eso para mí.

—Es tu palabra contra la mía. —Se medio reprime la risa—. Ahora guarda esa navaja.

—Lo haré, pero espero que cumplas el luto romaní. —Vuelvo a esconder el arma en su sitio bajo la blusa, desesperada por evitar cualquier contacto con él. No soy tonta. Es temperamental y fuerte. No me fío. Agito mi falda negra de tafetán con volantes para dejarlo claro—. La costumbre manda vestir de negro, cuidar su tumba y recibir a quienes vengan a velarla.

Enumero todo lo que se me ocurre, salvo vender sus pertenencias a un no romaní para cortar los lazos materiales y que pueda descansar en paz. Sin duda, mi padrastro se quedaría el dinero. He puesto a salvo su anillo heráldico de granate y zafiro junto con la

pulsera de monedas antiguas de bronce en un bolsillo oculto de mi enagua roja. Conozco a un hombre en París a quien puedo vendérselos… «guardián de sueños», lo llamó papá cuando me llevó a la casa de empeños; un hombre de fiar, pero debo esperar. Es demasiado arriesgado que una romaní entre en la ciudad estando llena de alemanes.

—No hay tiempo para tus estúpidos rituales.

Se me encoge el estómago cuando se limpia la boca con el dorso de la mano. Me doy la vuelta, pero no evita que me lama la nuca con su lengua babosa; huele no solo a clavos y coñac, sino a una absenta nauseabunda.

Sigo hablando, rezando por ganar tiempo para pensar, actuar.

—Tiene que irse, Zegul, ahora. Nuestras enseñanzas espirituales prohíben que un hombre sin lazo de sangre se quede a solas conmigo en mi carro.

—No temas, Tiena, me casaré contigo, pero no esperaré a que un maldito cura del pueblo me dé permiso para tomar lo que ya es mío.

Me encojo en un rincón con un temblor inquietante en los huesos. Entiendo: quiere adueñarse del carro de mis padres y asegurar su puesto en el consejo casándose conmigo.

—No me casarán con un bruto como usted. —Le escupo a los pies —. Me da asco.

Alzo la barbilla, convirtiéndome en un blanco fácil cuando alza la mano y me abofetea. Duro. Me encojo; me arden las mejillas.

—Cuida esa boquita, *ma fille,* o sentirás el latigazo de mi soga en la espalda desnuda.

Hace restallar la cuerda gruesa en el aire con un fuerte chasquido. Estoy temblando. Como sabe que no me acostaría con él por las buenas, pretende intimidarme con la soga.

Me niego a que me amedrente. Sí, le tengo miedo. Maneja el látigo con fuerza, fácil para un hombre de espalda ancha acostumbrado a domar caballos.

Lo odio.

—Le pido que salga de mi carro, Zegul… ¡Fuera!

—¿Tu carro? —Se ríe, la barriga le tiembla—. Tú y el vardo me pertenecéis. Esta noche yacerás conmigo, *ma belle.*

Antes de sopesar las consecuencias, antes de poder detenerme, dejo salir de golpe toda la frustración que me devora desde que el alemán me apuntó con la Luger: el dolor de cuanto he sufrido cobra su precio. Me cuesta centrarme en otra cosa que no sea explotar contra mi padrastro, hacer lo que sea para impedir que me viole. Pero tomo un camino nada sensato.

—Bastardo… No es mejor que el comandante nazi que mató a mamá.

Frunce las negras cejas. Parece genuinamente sorprendido.

—¿De qué demonios hablas?

—Él no pudo tenerme, y usted tampoco.

—Me dijiste que fue un accidente.

Las náuseas me golpean. Retuerzo las manos en la falda de luto. ¿Qué he hecho?

Da un trago a la botella de coñac.

—Maldita idiota. Estamos perdidos si los nazis vienen a buscarte. Vi lo que pasa en las calles de París con quien se les cruza, con quien siquiera respira su odio a los alemanes. Nos pegarán un tiro.

Entrelazo las manos en oración.

—No puede contárselo a nadie…, por favor.

Un ruego débil, pero estoy desesperada.

Sonríe ávido.

—Debería echarte a los perros, pero esa loca historia me hace desearte más. Tomar lo que el nazi no pudo. —Hincha el pecho—. Desnúdate o lo haré yo.

No pienso hacerlo. Si me lleva a la cama, nunca me dejará marchar. ¿Pero cómo puedo frenarlo? Resistirme lo excita más…, suplicarle no sirve de nada. No, debo apelar a su masculinidad romaní, de la que tanto presume.

—Es un hombre fuerte y viril, Zegul, capaz de conseguir a cualquier mujer incluso con unas copas —digo, acercándome a la

caja de frascos con las hierbas especiales de mamá—. ¿Por qué no tomamos un brandi juntos?

—¿Beberías conmigo?

—¿Por qué no? —Sonrío, rogando que tenga tanta urgencia por el alivio sexual que no se dé cuenta —o no le importe— mi dulzura complaciente—. Hará conmigo lo que quiera por mucho que yo diga. Mejor mato el dolor.

Ríe.

—El amor es odio, *ma belle…* Cuando pase el primer dolor, me rogarás que no pare.

Un escalofrío me atraviesa. No, hacer el amor no es eso… ¿o sí?

De espaldas a él, vierto láudano de un frasco en un vaso alto, con las manos temblando. ¿Cuánto tiempo podré evitar que me toque y que viole mi cuerpo con su lujuria repulsiva?

Debo huir…

Antes de echar el brandi, me tumba el vaso del mostrador; se hace añicos contra el suelo del carro, en pedazos grandes y puntiagudos.

—¿Creías que soy tan tonto como para caer en tu juego, Tiena?

—No permitiré que me toque, Zegul, ¡no!

—No tienes elección. Te deseo y te haré mía ahora.

Me agarra por detrás e intento zafarme, pero me inmoviliza los brazos contra el cuerpo, sacude la soga y me la enrolla en las muñecas atándomelas a la espalda. Aprieta tanto que se me clava en la piel desnuda de los brazos y las muñecas, dejándome indefensa. Luego saca mi navaja de la vaina dentro de la blusa y se la mete en la cintura. Seguro de que no puedo cortarlo, me manosea los pechos y gime:

—Eres tan suave, Tiena… No puedo esperar a…

Me resisto con todo mi cuerpo, pero es más fuerte. Me arroja al suelo; el carro se mece bajo nosotros como una cuna.

No puedo usar las manos, pero sí puedo escupirle al ojo cuando intenta besarme; lo sorprendo. Eso me da la oportunidad de alzar la rodilla y darle una patada fuerte en la entrepierna, provocando que

su enorme barriga le haga perder el equilibrio… Su orgullo varonil está hinchado de violento dolor, no de deseo.

—Puta asquerosa —grita con la voz quebrada y el potente cuerpo encogido en un ovillo—. Te crees demasiado buena para mí, como tu madre. No lo eres. Tengo donde elegir: chicas deseosas de meterse en mi cama. Rogándomelo. —Gruñe, resuella; el fuego en sus ojos me deja claro que no ha terminado conmigo—. Vas a lamentar no haberte portado bien, Tiena. Te vas a arrepentir. Pero antes tengo asuntos que atender.

Furioso por mi desafío, me lanza un gruñido e incrusta mi navaja en la puerta, fuera de mi alcance.

El muy bastardo.

Me esfuerzo por liberar los brazos de la cuerda anudada.

—No puede encerrarme aquí.

Se ríe; ata el cabo de la soga a la estufa negra de queroseno.

—Aunque te sueltes, no escaparás a tu destino, *ma fille.* Eso te lo prometo.

Luego echa el cerrojo por fuera, y me deja con el miedo de lo que traerá el amanecer.

Capítulo 7

París, 2003



Angéline

Perfume:
Paris Starry Night
Rosa blanca, lavanda profunda, pachulí

Traer a esta reportera, Emma Keane, a París ha sido un error. Sí, me he soltado la melena y ella no ha aflojado en todo el vuelo: me sonsacaba con su sonrisa, me halagaba y, *mon Dieu,* escuchaba cada palabra que decía, apuntándola con una caligrafía ampulosa. Aun así, estoy tentada de devolverla en el siguiente vuelo a Nueva York nada más aterrizar. Una cosa es concederle una entrevista, recitar fechas y lugares propios de películas en blanco y negro, pero su encantador y peculiar modo de preguntar me ha dejado temblando, como un cuenco de consomé frío que se tambalea. Le he contado cosas de mi vida romaní que no he contado a nadie. Maldita sea. Esa chica tiene una habilidad pasmosa para sacarme las entrañas con su particular franqueza, preguntando con esa mirada abierta como si estuviéramos leyendo juntas un cuento de hadas y a ella le entusiasmara escucharme. O es una reportera endiabladamente buena o…

¿O qué?

No lo sé, pero con ella siento una comodidad extraña, que me facilita soltarlo todo mientras se sienta a mi lado, aferrándose a cada palabra.

Como si para ella significara más que otro relato de guerra y sacrificio en la hora más oscura de Francia. Como si fuera más que una reportera: una mujer en busca de algo.

Daría lo que fuera por conocer su verdadero motivo para aceptar mi propuesta. Imagino que espera que la conduzca a una historia mayor, un «libro de confesiones perfumadas», pero, si es eso lo que busca, se decepcionará. La ropa sucia que la Casa Doujan guarda en las sombras ahí se quedará. Me avergüenza haber cerrado los ojos todos estos años a la marcha del negocio porque no superé un corazón roto. Pensaría cualquiera que después de todo lo que he pasado —los nazis fueron lo peor— no bajaría la guardia. Pero la vida encantada que disfruté tras la guerra se vino abajo como una avalancha hace unos años, y me conformé con quedarme sepultada.

Hasta el gran deshielo. Y tuve que enfrentarme a la realidad.

Que estoy sola… otra vez… y que me voy a pasar el resto de la vida sola.

¿Sabe lo deprimente que es eso para una mujer en su octava década? Nadie lo sabe, a nadie le importa. Podría irme la semana que viene y la prensa diría: «Angéline de Cadieux vivió una vida larga y hermosa». Punto. Nada sobre el dolor, el sufrimiento. O, Dios me ampare, podría llegar a los 104 y vivir cada maldito día sola.

Enderezo los hombros cuando el avión toma tierra con unos botes y una ráfaga de viento. Mi historia no ha hecho más que empezar. Salimos del avión por el puente de embarque hacia la terminal de llegadas. Con una amplia sonrisa de labios rojos, asumo mi «lugar en el mundo», como decía mamá. Hablar de ella durante el vuelo ha hecho aflorar recuerdos maravillosos que había dejado desvanecerse, recuerdos tan refrescantes como un espray de fragancia de limón con una nota de salida de suculenta corteza. Hablarle de ella a mademoiselle Keane ha sido como si estuviera contando la vida de otra persona.

Aún no te has enfrentado a la vida sin mamá… La vida a la fuga con los nazis pisándote los talones… Auschwitz… Dachau.

Oh, Dios… No puedo volver a pasar por eso. No puedo.

Tropiezo con la goma del suelo; culpo a mis tacones inestables. Emma acude en mi ayuda, empeñada en llevar la sombrerera redonda y azul que conservo desde los cincuenta, cuando dejé mi huella en el mundo del perfume. No pesa, pero me gusta llevarla porque evoca otra época en que viajar era una aventura real.

Siempre me fotografía la prensa cuando llevo esa sombrerera.

Ahora la lleva Emma y no me inquieta. Qué raro. Me sonríe y se adelanta, buscando a Henri-Justin. Exhalo, posponiendo la decisión de mandarla de vuelta.

Me hace reír.

Llegamos a la terminal llena de chóferes con uniforme negro o gris, guantes negros, gorras, y esos omnipresentes carteles blancos con el nombre del pasajero. Mi conductor de siempre, Marcel, me espera. Se levanta la gorra y me dice que él recoge el equipaje y que espere aquí. ¿Dónde está monsieur Henri-Justin?

Conociendo a mi asistente, ya estará montando guardia junto al Citroën negro, en la acera. Pero se me cuela en la cabeza un «¿dónde se ha metido Emma?».

Entonces la oigo decir:

—Tiene usted muy poca vergüenza, *monsieur,* intentando robar el bolso de *madame.*

Mon Dieu…, ¿qué es esto?

Me vuelvo y veo a Emma forcejeando por mi gran sombrerera con un hombre alto, oculto por los pasajeros que me tapan la vista.

—Me temo que se equivoca, señorita… —dice él.

—La dejé en el suelo un segundo…, un segundo…, para mirar el móvil y usted va y la agarra.

—No sabe con quién habla.

—Ah, sí que lo sé —responde Emma—. Se arrima a la jovencita mona que acompaña a la *grande dame* famosa y luego le roba las joyas.

—¿Y cómo sé yo que usted no es una ladrona de joyas haciéndose pasar por reportera?

—Porque no sería tan idiota de hacerlo delante de testigos. —Emma resopla—. Suelte el bolso o le machaco.

—Sería divertido.

—Si cree que no puedo tumbar a un tipo de su tamaño…, pruébeme.

—No… me… provoque.

El hombre sale de la sombra y yo me echo a reír. Ryker, por supuesto. Un soldado roto, un hombre solo, lo que los americanos llaman un *heartbreaker.* Le muestra a Emma una arrebatadora sonrisa irlandesa que desbarata sus mejores intenciones —lo admita ella o no—. Hay que reconocérselo: no se achica ni se derrite cuando mi audaz y apuesto escolta privado avanza sobre ella, cada vez más cerca… *Mais oui,* está cediendo. Ya ha olido el aroma que creé para él.

Regaliz…, ciprés y cuero untuoso.

Una sonrisa amplia me tira de los labios rojos. Me calienta el alma verlos en su tira y afloja, los cuerpos encendidos, las voces roncas y bajas…, las miradas clavadas el uno en el otro. A él se le encienden los ojos como ámbar negro, desafiándola; los labios se le curvan en un gruñido sensual. Ella alza la barbilla, desafiante.

Ninguno se echa atrás.

El olor de la caza flota en el aire con un chorro femenino de rosa exuberante que lo tienta, aunque me pregunto quién caza a quién.

Emma no tiene idea de que está lidiando con un consumado artista marcial, exespía y oficial de las Fuerzas de Defensa de Irlanda, y Ryker disfruta cada segundo de la farsa. Es lo más parecido a una sonrisa que le he visto desde que entró a mi servicio hace ocho años.

Agradezco en silencio a mis antepasados romaníes por traerme a este hombre de espíritu quebrado, pero más duro y más listo que cualquier otro equipo de seguridad que haya tenido. Conectamos cuando Ryker me salvó de una agresión a la salida de una refinada boutique londinense: un matón me arrancó del cuello un collar de diamantes a plena luz del día. Me desmayé un instante; el episodio

me devolvió, de golpe, a 1944, cuando un guardia de las SS en Auschwitz me arrancó el sujetador durante una inspección y yo le planté cara, desafiante.

Desde aquel día en Londres, no volví a llevar joyas en público.

Insensata de mí, había rechazado un dispositivo de seguridad para un acto de fragancias diciendo que yo no era tan importante. La realidad es que no soporto que me sigan: secuela de la guerra, cuando la Gestapo a menudo me respiraba en la nuca. Sin embargo, la aseguradora insistió en que tuviera protección y, sin avisarme, se puso en contacto con una empresa y me asignó a Ryker. Aun con lo bien parecido que es, ni lo vi.

No solo es bueno en su trabajo: además habla francés.

¿Por qué? Nunca lo cuenta…, el dolor es demasiado grande.

Lo convencí para que trabajara para mí como mi guardaespaldas personal y jamás me arrepentí. Al contrario: somos almas gemelas.

Ambos tenemos demonios en el pasado que aún no hemos vencido.

Reconsiderándolo, abandono mi resistencia a continuar la entrevista con mademoiselle Keane. No puedo seguir cambiando de idea de un lado a otro. No soy de rendirme. No la enviaré a casa. Además, no he visto a dos personas atraerse tanto desde que conocí a *Mon amour.* No me perdería esto por nada: revivir la dicha de la juventud, descubrirse y enamorarse; me hará falta un desahogo agradable para afrontar la siguiente parte de mi relato. Debo desenterrar un encuentro sórdido y feo que me pone de los nervios; me pregunto de dónde saqué el valor para renunciar a todo mi viejo mundo romaní y poner rumbo a París.

No digo nada cuando mademoiselle Keane y yo subimos al Citroën negro, con Henri-Justin frente a nosotras. Me río por lo bajo. Ahora a ver los fuegos artificiales cuando Ryker se suba al coche y se siente delante con Marcel.

—*¡Madame!* —chilla Emma—, ¡ese hombre que va delante es un acosador!

—Mademoiselle Keane —digo sin pestañear—, me gustaría presentarle a Ryker…, mi guardaespaldas personal.

—¿Su guardaespaldas? —Cruza los brazos y se inclina hacia delante para que Ryker la oiga—. No me ha dicho ni una palabra y me ha dejado hacer el ridículo.

—Seguro que no es la primera vez que se pone a dar voces cuando no consigue lo que quiere.

Su mirada directa hacia Emma anuncia episodios de tormenta. Ay, *mon Dieu.* Nunca había visto a este hombre en esta faceta…, emoción en bruto donde creí que no había ninguna.

—Yo no hablaría mucho si fuera usted, señor Ryker. De angelito no tiene nada. Lo vi en el Waldorf arreando a esas mujeres como si fueran vacas lecheras.

—Me llamo Ryker… a secas.

—Llámese como quiera, pero yo no soy una chica débil a la que pueda encandilar y desarmar con esa sonrisa. Soy una reportera de Nueva York y allí lo que acaba de hacer es toda una declaración de guerra. ¿Enterado?

Veo cómo Ryker dobla sus defensas. Aprieta los puños, el caballero de armadura toma posiciones, aunque más para blindarse contra el dolor. Tenía razón: la joven americana le está tocando la fibra. *La vie est bonne.* La vida es buena.

—Si así lo quiere, mademoiselle Keane. —Se vuelve y le da instrucciones en francés a Marcel, que apenas puede contener la risa.

Sonrío. Ah, ser joven otra vez, cuando comienzas una aventura romántica: ese aleteo en el vientre que no cesa y la emoción que embarga todo tu ser. Me siento mejor que en años. No tan sola… aunque sea por un rato.

Esto va a ser divertido. Ahí están los dos, intentando ignorarse, pero veo a Ryker mirar a sus espaldas cuando cree que ella no lo ve. Es un romance en ciernes aunque ellos aún no lo sepan… Yo sí. Porque yo fui joven y estuve igual de enfrentada a un hombre que me pareció el más pomposo, arrogante, peligroso… que había

conocido, y luego me enamoré de él a finales del verano de 1940, cuando…

Tomo aire y me recojo las emociones antes de ponerme lacrimógena y hacer el ridículo… tengo asuntos que atender.

Me recuesto en el asiento mullido del coche para prepararme a contarle a Emma la siguiente parte de mi historia, distanciarme del rosario de hechos infames que ocurrieron después de que mi padrastro, Zegul, intentara violarme. Su mente sucia y su hedor me hundieron en la desesperación cuando, a la tarde siguiente, apareció en nuestro campamento un desconocido.

El hombre de la gabardina negra.

Capítulo 8

Chamboise-sur-Marly,
Francia, agosto de 1940



Tiena

Perfume:
Chocolat Noir
Chocolate marroquí, naranja dulce, vainilla

—Exijo, en nombre del Tercer Reich, que me entreguen a la gitana llamada Tiena Cordova.

La sangre me retumba en las venas al reconocer esa voz.

El hombre de la Gestapo.

Su tono fanfarrón, que ordena obediencia, me llega nítido. ¿Y ahora qué? Estoy atrapada dentro de mi carromato. Mi única salida es deslizarme por la trampilla oculta bajo el cajón de almacenaje.

No tengo mucho tiempo. El corazón se me dispara, estoy sudorosa y ardiendo…, la piel de las muñecas enrojecida y en carne viva de tanto forcejear por soltarme. Reptando por el suelo, doy con un pedazo grande y afilado de vidrio y empiezo a serrar la cuerda gruesa que me ata las muñecas y me sujeta a la pata redondeada de la estufa.

Entonces aparece él.

Y aún no estoy libre.

Tenso la cuerda, la estiro al máximo para asomarme por la ventanilla lateral. Siento el escozor del reconocimiento al confirmar

mi peor sospecha. Sí, es él. El hombre de la Gestapo del crucigrama. De algún modo, ese hombre espantoso me ha encontrado. ¿Cómo?

—¿Quién es usted, *monsieur?* —Oigo la voz de mi padrastro, en un tono más bravucón de lo que cabría esperar ante la policía secreta alemana.

¿Por qué esa puesta en escena? ¿Qué juego se trae?

—Herr Avicus Geller, *monsieur,* de la Gestapo.

Zegul sonríe:

—*Bon.* La policía francesa me aseguró que recibiría una compensación por mis actos. Creo que tenemos negocios que tratar.

—Yo no hago negocios con gitanos —brama Herr Geller.

—Ese no fue el trato, *monsieur.* —Aprieta los puños, un gesto temerario—. Me dijeron que me recompensarían por ayudar a capturar a la chica.

¿Qué? ¿Él ha traído aquí al alemán?

Oigo la frustración en la voz de Zegul mientras yo sigo serrando la cuerda con el vidrio… Froto las hebras ásperas que me cortan la piel desnuda y me amarran a la estufa. Me quedan minutos…, segundos… antes de que Herr Geller me halle y descargue sobre mí la ira de todo el Ejército nazi. Contengo las lágrimas de rabia; el sabor salado me llega a los labios y me produce náuseas.

Tengo que soltarme…, escapar.

—¿Recompensa? —ríe Herr Geller—. La buscamos por agredir a un oficial del Tercer Reich. Le sugiero que la entregue de inmediato —exige el hombre de la Gestapo—. O arrestaré a todo su asqueroso campamento nómada.

—¿Qué garantía tengo de que nos dejarán en paz? —insiste mi padrastro.

Recula. Es más práctico de lo que pensaba. Por otra parte, es sabido que la policía francesa tiene a los nuestros bajo arresto domiciliario para mantenernos fuera de las carreteras y no entorpecer a las fuerzas alemanas.

—Es cometido del *préfet* local apresar Zigeunerin, gitanos, y le aseguro, *monsieur,* que reciben órdenes de mí. Le aconsejo trasladar

su campamento cuando terminemos nuestro trato. Tráigame a la chica.

—La encontrará atada en mi vardo, el carromato azul con estrellas pintadas.

Asiente.

—He de estar seguro de que es ella. La chica que busco —dice con voz despreocupada— tiene una cicatriz en el antebrazo izquierdo.

—Sí.

Tú me hiciste esa cicatriz cuando intenté proteger a mamá y me cortaste.

—Por lo demás, ¿está intacta, tal como prometió?

Oigo un gruñido fuerte y luego mi padrastro:

—Se lo juro. No la he tocado.

Herr Geller desdeña:

—¿La palabra de un gitano? Bromea.

—Lo juro por mi vida. No la he tocado.

—Gut.

Me aparto de la ventana y me muevo deprisa, con el corazón desbocado, hincando el maldito vidrio en la cuerda, tratando de seccionarla…, rezando por tener una oportunidad…, esperando a que la puerta salte de golpe…

Siento la caricia de la mano de mi madre en la mejilla y me niego a creer que sea la brisa que entra por la ventana y me enfría la piel. El fantasma de mamá…, su susurro instándome a seguir con la cuerda para poder escapar por la trampilla oculta. Dándome valor.

No demasiado pronto.

Afuera oigo a los dos hombres enzarzados, regateando la recompensa por entregarme. Zegul es, sin duda, un bastardo, pero jamás pensé que caería tan bajo. Venderme para llenarse la panza y comprar prostitutas. Debe de ir borracho; ¿por qué si no iba a discutir con la Gestapo? Por fortuna para mí, me da más tiempo. No oigo pisadas de botas pesadas acercándose. Nadie más se ha

atrevido a salir de su carromato, esperando, preguntándose… qué les ocurrirá a ellos.

Zegul sigue con su juego, exigiendo que le paguen.

Estúpido. Lo fusilarán si no se calla.

Aprovecho su codicia a mi favor, apurando el tiempo que los dioses me han concedido, recordando su mirada cruel y lujuriosa arrancándome la dignidad, llenándome de rabia para estirar las hebras de la cuerda, que se van deshilachando poco a poco, retorciéndolas hasta que…

La cuerda cede.

Estoy libre.

Tiemblo de alivio. *Merci,* mamá.

Los instantes siguientes son un borrón: arranco mi navaja de la madera, la meto en la vaina sujeta al sostén y agarro un chal verde con flecos. Me niego a ser víctima de ese hombre. Abro la trampilla oculta bajo el cajón de almacenaje, rogando ser lo bastante delgada para pasar. Soy más alta y ancha que mi madre y rezo para que mis curvas no sean mi fin, para poder deslizarme por el hueco estrecho.

Dejo caer el chal por la abertura y cae sobre la tierra. Respiro hondo. Cuelgo las botas por el agujero cuando…

Oigo pasos crujir sobre la hierba, más cerca…, más cerca.

Contraigo el vientre tan fuerte que casi me desmayo; me quito la falda negra de tafetán con volantes y las enaguas rojas, las dejo caer por el hueco y luego me meto…, me empujo por el agujero con pololos puestos. Apago las voces masculinas airadas que me retumban en los oídos; me imagino a mi padrastro demorándose antes de descorrer el cerrojo, exigiendo la recompensa, creyendo que puede burlar a la Gestapo… Es su estupidez la que me salva cuando oigo…

El sonido seco de un disparo de pistola y el alarido de un hombre. Luego la orden helada de Herr Geller de abrir la puerta ya. No puedo esperar un segundo más. Doy un último empujón, me raspo los brazos contra la madera y caigo de culo sobre la tierra dura. Cojo la falda, las enaguas, el chal, y echo a correr, adentrándome como una

flecha en el bosque hasta el escondite junto al arroyo donde atamos los caballos. Allí encuentro a Faithful Mary, pastando un montón de heno como si me esperara.

—Sssh, chica, tranquila —le cuchicheo al oído mientras engancho la brida que cuelga del árbol; luego me monto a pelo, me coloco para mantener el equilibrio y partimos a través del bosque hacia París como una criatura mítica que corre sobre el viento.

No vuelvo la vista atrás.

Capítulo 9

Hôtel de Vendôme,
París, 2003



Angéline

Perfume:
Paris Débutante
Lavanda, rosa húngara, musgo de roble

Miro en el espejo de mano el rostro de una mujer bien desmaquillada y veo a aquella muchacha gitana, asustada, entregada a la Gestapo por su propio padrastro.

—¿Ha conocido alguna vez a un hombre sin alma? —pregunté años después a mi terapeuta, un *monsieur* callado, con gafas, que siempre llevaba pajarita—. ¿No? Yo sí.

Pasé horas contando los lunares de su pajarita mientras él tomaba notas con letra pulcra. Hablaba de Zegul, una criatura despreciable a la que jamás se debe perdonar. Antes me degollaría como a una gallina cacareando que dejarme ir. Por eso mismo mi padrastro merece el odio más puro, el que guardo en un lugar secreto de mi cabeza (no en el corazón… esa es la morada preciosa donde habitan mamá, papá y *Mon amour),* jurando que nunca olvidaré lo que me hizo a mí ni lo que le hizo a mamá, y rezando para que arda en el infierno.

Mi cólera contra él supura, a la altura de lo que siento por el comandante de modales remilgados y por el hombre de la Gestapo que, hasta Dios lo admitiría, fue un diablo negro con forma humana.

Alzo la mano hacia el espejo, sorprendida de lo que veo.

No tiemblo. La mano firme, el corazón con un ritmo sosegado. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Por lo general, cuando me voy al pasado, al abrir esa puerta aunque sea un resquicio, me pongo de los nervios, empiezo a sudar y a temblar.

Hoy no. Encuentro una libertad extraña, un consuelo que no había sentido, al ir retirando los años con cada pasada del algodón, despojando la fachada que fabriqué para el público.

Entonces Emma suelta la palabra con «g».

—Cuénteme más sobre su vida gitana, *madame.*

—Eh, ¿cómo dice, *mademoiselle?*

Le lanzo una mirada de desaprobación. Para ella es una pregunta inocente. Para mí cala más hondo. Percibe mi incomodidad.

—Oh, Dios mío, *madame,* no quise faltarle al respeto. —En su voz hay disculpa—. Es solo que hay tanta fascinación con las gitanas y los pendientes de oro. Faldas bohemias, rizadas y bonitas, y joyas grandes, y bailar descalza con música fogosa. Tarán… —Chasquea los dedos.

—¿Quiere que baile descalza? —Alzo una ceja—. ¿A mi edad?

—¿Y por qué no, *madame*? —Sonríe—. Usted no es vieja. No podría serlo nunca.

—Alors, mademoiselle, ¿así?

Me quito las zapatillas suaves, me pongo en pie y bailo alrededor del tocador, tarareando una cancioncilla que me enseñó mamá. ¿Por qué no divertirse un poco? Sienta bien soltarse. Lo doy todo, giro y giro hasta quedarme sin aliento y me dejo caer en el taburete.

—¿Qué piensa ahora de esta chica gitana? —pregunto.

Emma aplaude.

—Que es usted más valiente que nadie que yo haya conocido, porque se negó a convertirse en víctima, una mujer maltratada por un padrastro horrible.

La miro en el reflejo, tratando de recomponerme, exprimiendo limón en el té; el bloc amarillo en el regazo, el lápiz apoyado, aunque no dudo de que lo alzará en un segundo cuando yo retome

la historia. Alza la vista, me sostiene la mirada un instante, sonríe al ver la diversión en mis ojos y vuelve a su limón empapado. Le sonrío también, disfrutando de esta nueva camaradería, pero por dentro voy y vengo en mi manera de encararla. A pesar de mis reservas, he conectado con ella de una forma que no consigo sacudirme. Su voz inquisitiva me suena tanto a la de mamá cuando me pedía que no me dejara un solo detalle, y esa manera de olisquear las lociones y cremas que pedí a Marie que le diera para su estancia en París, meneando la nariz, olfateando, las cejas fruncidas, como si descifrara la fórmula de cada mezcla. Melocotón, nardo lechoso, vainilla.

No. Imposible. Será cosa de mi imaginación.

Me seco el sudor del rostro y vuelvo al espejo de mano. Virgen santa, la sociedad valora mucho la juventud, incluso durante la guerra en los campos de concentración donde estuve presa. Recuerdo a las mujeres mayores ennegreciéndose las raíces con carbón del fogón para aparentar juventud y poder trabajar… y vivir un día más. Soy afortunada. Los sueros y las cremas me han mantenido el rostro liso. Nada mal para una mujer en su octava década, aunque hago un mohín al pasar la mano por el cuello, que se niega a obedecer a las cremas más caras. No puedo escapar al tirón del tiempo, pero he aprendido a aceptar que Dios, en su infinito conocimiento, ha bendecido a las mujeres de edad imprecisa con algo más valioso que la sabiduría.

La buena iluminación. Borra todos los pecados.

Y eso me hace sonreír. Da igual lo rica o lo famosa que una llegue a ser, nunca escapa al escrutinio de chismosos y críticos…, como si las mujeres ya no fuéramos válidas una vez pasada la primavera.

Emma no tiene idea de lo que ronda mi cabeza mientras se deleita con cuanto ve en este hotel del siglo xvii, antaño residencia de un arquitecto real del Rey Sol. Le señalé los toques de oro bruñido que adornan las paredes, las hermosas manillas de las puertas, y cómo, cada vez que subo y bajo la escalera de caracol,

juraría que percibo un olor intenso a palisandro o un aroma afrutado de tabaco que permanece allí.

Insistí en alojarnos en este hotelito de negocios de la Place Vendôme por algo más que su historia. Me gusta su intimidad. El Hôtel de Vendôme es todo un clásico y, aunque no tan caro como el cercano Hôtel Ritz, tiene un encanto que me atrae.

Me recoloco en el taburete de brocado de seda. La melancolía no está en el programa de hoy. Dejo el espejo de mano, miro a Emma, que sorbe su té. Me espera. La sorprendí antes asomándose en la esquina del pasillo, mirando a su alrededor cuando creía que yo no la veía. Se le encendieron las mejillas cuando le pregunté si buscaba a alguien.

Claro que buscaba a alguien, pero lo negó con una sonrisa azorada.

No me cabe duda de que esperaba que cierto guardaespaldas irlandés encontrara una excusa para venir a vernos. No lo hizo. Los hombres y su orgullo. Probablemente se muere por volver a verla, pero se lo calla, como hacen cuando una mujer los desafía.

Ryker es un buen hombre, pero también es un hombre con un secreto profundo.

Conoce de primera mano el dolor de la pérdida. Y yo, que he vivido con ese dolor, sé lo que es capaz de hacerte. En su caso, empezó a beber, se volvió huraño, cambiando a menudo de trabajo en el ramo de la seguridad, queriendo olvidar, hasta aquel día en Londres en que me rescató. Es la única vez que me sentí a salvo de nuevo desde que perdí a mi aventurero salvaje, el hombre apuesto que me robó el corazón hace tantos años. Están cortados por el mismo patrón… o, mejor dicho, hechos con el mismo molde de acero, casi imposibles de desarmar para una mujer.

La *belle* Emma tiene tarea por delante, como la tuve yo. Si es lo bastante tenaz para arrancar esa fachada encubridora de desinterés por el sexo femenino. El hombre está solo, necesita el calor de una mujer, pero antes se arrojaría a las llamas del infierno que admitirlo. Lo sé. A mí me hizo falta osadía para conquistar a *Mon amour,* lograr

que me viera como a una mujer, no como a una adolescente a la fuga, como se diría hoy. Y, cuando lo logré, nuestra vida fue gloriosa. Llena de alegría, risas y noches de pasión en las que rezábamos por concebir otro hijo después de que las SS me arrebataran al bebé…, tener dos, tres. Queríamos niños para compartir nuestro amor, nuestra fortuna, nuestro futuro…, pero no pudo ser.

Nunca planeé quedarme sola.

No me siento tan sola con Emma aquí, pero no me hago más joven. He dejado todo previsto para Ryker y Henri-Justin cuando yo falte, para Marie y su prole, y para el resto del personal, asegurándome de que estén bien atendidos. Me da felicidad. No tengo a nadie más, ninguna familia, algo que fue tan importante para esta chica romaní.

Se me escapa una risita. No dudo de que la próxima vez que Emma y Ryker se crucen dará gloria verlos. También me divierte que, desde que empezó esta entrevista, he vuelto a disfrutar del cotilleo, de la mermelada de frambuesa y los cruasanes, y de hablar —Dios me ampare— de sexo. Por primera vez en años, tengo una presencia femenina que me tienta a bajar la guardia.

Anhelo caminar por las calles de París con Emma para que comprenda el rico tapiz de sucesos entretejidos que transformaron a «Tiena» en «Angéline». Admito que con los años he dejado de cultivar relaciones, tras haber sufrido las pérdidas tan terribles de camaradas durante la guerra. Pero me atrae Emma…, me hace reír. Ya no me río desde que *Mon amour* murió. Y me escucha con una intensidad que no sentía desde que mamá me acercaba flores y especias a la nariz y yo, con los ojos cerrados, le decía una tras otra lo que eran. Me imagino que es porque la he invitado a mi pasado. Le he presentado a mamá.

¿Porque ves un parecido en los ojos?

Es bastante arriesgado para una mujer tan vulnerable como yo, pero tampoco quiero renunciar a ello.

Así que no voy a hacerlo.

—¿Qué ocurrió después, madame de Cadieux —pregunta Emma, agitando el lápiz en el aire—, cuando escapó de ese horrible Herr Geller y de su padrastro?

Me relajo, sonrío.

—Llámame Angéline.

—¿En serio? —Se le abren los ojos.

—En serio —repito, sonriendo.

Con ese nuevo acuerdo establecido entre nosotras, me interno de nuevo en mi historia, hablando despacio en inglés, hasta aquel agosto abrasador de 1940, cuando volví a zafarme de la Gestapo. No siempre tendría tanta suerte…, como recordaré después. Por ahora, le cuento mi carrera al galope, a pelo, sobre Faithful Mary por la carretera hacia París, esperando oír el rugido de un coche alemán pegado a mis talones y el escozor de las balas rozándome las mejillas.

Mi confianza recién estrenada tropieza cuando echo un ojo a sus notas y leo: «Buscar la forma de decirle la verdad… y recalcar sus raíces gitanas».

¿Qué quiere decir eso?

Me siento mareada relatándole cada detalle. Aún hay una parte de la vieja yo que se sintió muy herida en el pasado por alguien de la prensa, pero Emma me ha sacado de la cueva con su curiosidad intensa y me ha inducido a revelar una verdad dolorosa… la de cómo ataqué al comandante y busqué venganza. ¿Lo usará contra mí? Rezo para que no, pero no olvido con facilidad. No cuando has aprendido a sobrevivir en los campos sospechando que todos espían, engañan…, mienten.

Me rasco esa vieja herida por costumbre, aunque me detesto por hacerlo. Deseo con todas mis fuerzas seguir cabalgando en la cresta de la ola con esta joven encantadora, pero ¿y si me equivoco con ella? ¿Y si escribe una historia para dejarme en ridículo? No creo que pueda soportarlo.

Para calmar mis temores, haré que Henri-Justin indague en su pasado, que averigüe de qué va esta chica americana. De dónde

viene. Qué esqueletos influyen en su escritura. Mi asistente tiene contactos importantes que pueden cavar hondo y darme más que los típicos datos de nacimiento, educación y empleos.

Sopeso los posibles resultados.

Rezo para que Emma no me defraude.



Emma

Estamos en un punto crítico de la entrevista. Este número asombroso —ver a *madame* frente al tocador— es tan extraordinario que hasta mi atracción por su apuesto guardaespaldas queda en segundo plano. Me pidió que la llamara «Angéline». No puedo. La respeto demasiado para ir tan lejos.

Mientras espero a que reúna sus pensamientos, la observo.

No me sorprende que *madame* me recuerde a la reina de los cuentos con su espejo. Pero, a diferencia de aquella malvada, es la mujer más encantadora, honesta y fascinante que he entrevistado. Mira fijamente el espejo y parece que le va a contestar.

¿Qué ve? ¿A una anciana? ¿O a la chica gitana con agallas?

Me quedo a la sombra, viéndola, aprendiendo más de ella por cómo se aplica la crema en la cara. En sus movimientos vivos hay aceptación de la edad: estira y palpa la piel para lograr el efecto deseado, como si estuviera orgullosa de cada línea que ha dejado el paso de los años.

Cómo pasó los años es lo que me interesa.

Por fin dice:

—Me estaba observando.

—Sí —no lo niego.

Me he pasado la vida metiéndome en la vida ajena, leyendo entre líneas durante una entrevista, averiguando qué intentan ocultar. Y esta estrella por derecho propio me está mostrando el alma al

dejarme verle la cara al natural. Se necesita mucho valor para exponer cada poro y arruga, cada mancha y pestaña rala. Me está acogiendo en su círculo.

Una iniciación a su mundo secreto.

Capítulo 10

En la carretera a París, 1940



Tiena

Perfume:
Her Escapade
Jacinto holandés, clavel rosa, sándalo

Con el viento a la espalda, llevo a Faithful Mary tan rápido como puede por el bosque espeso, cambiando el peso adelante y atrás para darle órdenes, girando la cabeza para asegurarme de que no me siguen. Me cuesta mantenerme sobre ella; el sudor le cubre la piel castaña como una gasa de seda oriental color bronce. Cuanto más deprisa cabalgo, más me falta el aire, sabiendo que mi libertad puede ser una mera ilusión y no durar.

Cobro vida cuando monto… Echo de menos a Zeus, su poder para volar sobre la tierra verde al amparo de la oscuridad, cuando todos en el campamento duermen, corriendo sobre patas fuertes más veloz que los dioses antiguos. Nada puede pararme. Nada. En mi fantasía soy la Reina de los Gitanos, como en las películas. Osada, intrépida, hermosa. *Mais oui,* el término cinematográfico me parece romántico y atrevido, aunque a mis congéneres romaníes no les guste. Pero eso quedó atrás. Debo concentrarme en el ahora. Huyendo de mi padrastro, me libero del yugo impuesto por mi linaje. Y, sin embargo, estoy orgullosa de mi herencia y me duele separarme.

Perdonadme, mamá…, papá…, os amo, pero no puedo seguir siendo romaní si quiero sobrevivir a esta guerra.

El viento me empuja al acercarme a París, un viento suave que ruego no lleve mi olor hasta el hombre de la Gestapo. No me cabe duda de que me busca, así que no me entretengo cuando llego a un campamento disperso y provisional de vardos —carromatos— maltrechos en Saint-Denis, a las afueras del norte de París. Hago que la yegua pase a medio galope y me tomo mi tiempo para evaluar la situación del modo que mejor conozco.

Oliendo.

Calculo cuántos viajeros hay por el hedor de desechos humanos que me asaetea las fosas. El fuerte olor a aceite de fritura y ajo. Estimo una caravana pequeña, no más de una docena de romaníes. No son franceses. Lo sé por los diseños pintados en sus carros.

Desmonto y dejo que mi yegua se enfríe mientras me acerco al campamento sinti, sin duda huidos de su hogar en Alemania. Agacho la cabeza y, con el mayor respeto, pido hablar con el jefe de la tribu.

Un hombre rechoncho, de barbas largas y pantalones a rayas azules y doradas.

—¿Estás sola, *mademoiselle?* —pregunta en un francés macarrónico, fijándose en mi falda negra rasgada y la enagua roja asomando por debajo. Me recojo el chal bien ceñido para que no vea la blusa rota.

—*Oui, monsieur* —respondo en francés y no en romaní. Los Litaro no somos siempre bien recibidos por quienes creen que nuestra sangre no es pura—. Me he escapado para encontrarme con mi amante… Por favor, tome mi yegua y dele comida y agua. —Aclaro la garganta—. Ya no la necesitaré y deseo venderla.

Le paso la mano por el cuello, secándola con la punta del chal. Faithful Mary sacude la cabeza negando, como si la sensible criatura no lo aprobara. Ese instante me destroza; el carácter definitivo de la muerte de mamá duele más al vender su yegua querida. No puedo arriesgarme a que me vean con la montura, y menos ese despreciable hombre de la Gestapo. Con suerte, la caravana irá hacia el sur, a la Zona No Ocupada, donde nadie preguntará por una gitana rubia con una yegua alazana. No tengo elección. No puedo

entrar a caballo en las calles. He oído en los pueblos que los automóviles están prohibidos y solo se permiten carros de caballos y bicicletas. París es una ciudad ocupada, con soldados alemanes por todas partes. Me verían y me enviarían a un campo de trabajo.

El jefe de la caravana niega con la cabeza, se tira del pendiente redondo y grande, pensando.

—Como yegua no vale gran cosa, *mademoiselle.* Yo ni siquiera la robaría… si fuera ladrón. —Me guiña un ojo y luego me recorre con la mirada, mi cuerpo temblando de tensión—. A mí no me engañas, chica, tú eres romaní.

—No, *monsieur* —suelto, pero, como cuando te acusan de robar un reloj, no hago más que negarlo—. Me escapé del convento de Santa Mimosa de Bernadette. —Me invento el primer nombre que se me ocurre usando una raíz perfumada.

—¿Con una enagua roja? —se regodea.

Con la barbilla alta, no me echo atrás.

—Vengo del valle del Loira.

—Sea cual sea tu historia, señorita, nunca vi tanto miedo en los ojos de una chica. —Hurgando en el bolsillo, saca unos billetes doblados—. Te doy cinco francos.

—Es un robo —protesto—. He visto yeguas de cría corrientes pagarse a diez veces más.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde sería eso? ¿En las subastas del Atelier? —me provoca—. ¿Es allí donde encontraré a los tuyos?

Cierro el pico.

—*Merci, monsieur.* Me los quedo.

Con una risotada, me estampa el dinero en la palma. Cierro el puño sobre los billetes. Un cielo de tarde amenaza lluvia, la humedad del aire me hace cosquillas en la nariz. Necesito refugio. Con cinco francos no llegaré lejos. Tengo un plan, gracias a papá y a los viajes que hicimos aquí cuando yo era niña.

Entonces, con una mirada larga a Faithful Mary y un pellizco en el corazón que casi se me deshace en lágrimas, me vuelvo y me encamino al centro de París a pie. El anillo heráldico de granate y

zafiro de mamá escondido en el bolsillo secreto de mi enagua roja, junto con su pulsera.

Sacudo la falda y el tintinear de las monedas de bronce me tañe en los oídos una melodía triste.

Diciéndome que no podré volver jamás.

Capítulo 11

París, 1940



Tiena

Perfume:
Je Suis Une Femme Dangereuse
Ciruela, orquídea, incienso

La tormenta del atardecer arrecia con tal intensidad que no sé si Dios aprueba o desaprueba mi plan disparatado.

Corro por una calle arbolada de la orilla izquierda hacia la casa de empeños cerca de la rue Saint-Jacques, sujetando unas hojas de papel sobre la cabeza para no mojarme y esquivando los charcos. Encontré un montón de panfletos de protesta contra los ocupantes, llamando al pueblo de Francia a alzarse contra ellos. Parecía que los habían tirado a toda prisa en un callejón, y los cogí. Abrí los ojos de par en par al leer palabras sediciosas contra el Reich en aquellas hojas mimeografiadas con tinta azul corrida.

Ya no me siento sola.

Miro a izquierda y derecha, a todas partes, rezando para que no me sigan, para que nadie me haya visto coger las hojas. La gente camina chocándose como conejos nerviosos que evitan el lazo del cazador. Esquivo coches oficiales que ondean banderines nazis y hacen sonar sus cláxones, y salto a un lado cuando un minicoche, requisado por un soldado alemán, surge de la nada. Me pega tal susto al mirarme que aprieto las piernas y me tapo la cara con la hoja, pero sigue de largo.

Acelero el paso. Se hace de noche… Hay toque de queda… ¿a las nueve? La noche que llega atrapa la luz del día en un saco de terciopelo negro y lo cierra con un lazo. La calle está oscura y amenazante. Un fogonazo de un cigarrillo que se enciende parpadea y se apaga con la lluvia.

Un escalofrío súbito me hace tiritar.

Tengo un mal presentimiento. Hay una desagradable sensación de peligro en el aire.

Se rumorea que la policía militar nazi opera en un hotel de esta zona de París. Un lugar antes lleno de artistas y escritores. Hotel Letitia. Ninguna muchacha decente andaría fuera a estas horas, tan cerca del toque de queda.

Camino deprisa por un pasaje estrecho lejos del hotel ocupado por los nazis, donde abundan fachadas ajadas y comercios de segunda mano con lo que parecen trastos ocupando parte de la acera. Los pocos transeúntes pasan con el cuello subido y los hombros encogidos, ocultando el rostro, pero yo doy con lo que busco. La casa de empeños.

Se me acelera el pulso.

Más de un curioso me mira. Un cosquilleo extraño me sacude por dentro, como si el fantasma de mamá me advirtiera de un peligro al frente. La humedad de la noche me hace mover los dedos de los pies dentro de las botas. Llevo las medias de algodón empapadas. He cogido frío. Nada más.

Veo una placa de esmalte blanco que proclama que la casa de empeños está en ese sitio desde 1779. No recuerdo haberla visto cuando vine con papá.

«Encontrarás en monsieur Bémet a un hombre honrado, *ma belle* Tiena, de buen corazón y amigo de los romaníes».

Bajo el alero, pliego las hojas húmedas y me seco las gotas del chal. La última vez que papá me trajo aquí, nos cayó encima un frío aguacero de la misma intensidad y monsieur Bémet nos dio cobijo por la noche. Yo tenía catorce y me dejaron boquiabierta los tesoros

que vi. Una trompeta, relojes de oro, joyas exquisitas, una fuente redonda de plata.

Y frascos de perfume.

«¿Quién empeña perfume?», me preguntaba.

Monsieur Bémet me contó la historia de la bella *madame* de voz sedosa que empeñó sus joyas y pieles para pagar la enfermedad del marido, hasta que solo le quedaron tres frascos de perfumes carísimos. Se los aceptó como préstamo porque era una señora bondadosa, pero nunca volvió. En mi alma anhelaba aquella historia, y el amor de ella por su marido, preguntándome si no sería que no podía recuperar los perfumes porque cada aroma le recordaba un instante en sus brazos.

Yo quiero crear perfumes que evoquen esa emoción, ese corazón.

Recuerdos hermosos que perduren mucho después de que el ardor, la pasión que discurre entre un hombre y una mujer, se enfríe. Sonrío al recordar cómo maravilló a monsieur Bémet que yo supiera nombrar las notas florales y especiadas cuando me dejó oler los frascos. Jamás olvidé la alegría de inhalar las fragancias de Mandel, Ici y la Casa Doujan.

Cierro fuerte los ojos y meto la mano en el bolsillo secreto de mi enagua, y aprieto la pulsera de mamá en el puño para que me dé suerte. Rezo para que monsieur Bémet dé cobijo a esta chica romaní hasta que encuentre una habitación.

Pruebo la puerta principal. El pánico me golpea y descuadra mis gratos recuerdos. Está cerrada. No…, no puede ser. No tengo adónde ir, ni dinero, salvo los cinco francos de Faithful Mary. No me llevarán lejos y aún no sé cómo voy a alquilar una habitación con mis papeles, que me identifican como romaní. Rezo para que monsieur Bémet se apiade de mí y me recomiende a un conserje que no sea una marioneta de los nazis y quiera hacer la vista gorda. Un escalofrío por la espalda me dice que el fantasma de mamá no me perdona haber vendido su yegua, pero no puedo pensar en eso ahora. Miro por el cristal biselado, golpeo el vidrio, pero dentro está oscuro. ¿Qué hago? ¿Resguardarme en el portal hasta el alba, bajo

la lluvia? Algo no encaja… Hay algo diferente… Sí, monsieur Bémet nos hizo usar la entrada secreta a través del convento, por detrás de la iglesia, siguiendo el pasadizo antiguo. Lo usaron los aristócratas para huir durante la Revolución. Le dijo a papá que era malo para el negocio que se viera entrar y salir a «gitanos» de su tienda.

Me río por lo bajo. La dudosa fama de los míos me salva.

Voy por detrás de la iglesia y encuentro la celosía atrapada en flores moradas que enroscan sus vástagos en la madera podrida. La vieja entrada al convento. Tiro de ella y aparece una puerta de madera lisa, oscura y temible como las de los infiernos; giro la manivela, con el corazón a mil… *Mon Dieu,* está atascada.

Con rabia, le doy una patada y, *Voilà,* cede. Suelto el aire, y recorro con cautela el pasadizo débilmente iluminado, agradecida por el calor del refugio que me abraza, hasta llegar a una puerta cerrada.

Me sacudo la lluvia y dejo las hojas empapadas en el suelo; luego saco la navaja de la vaina prendida al sostén. Con mano ligera, la inserto entre la puerta y el marco, la hundo cuanto puedo, agarro bien el mango y presiono hacia abajo, empujando la puerta con el cuerpo. No cede.

No pienso rendirme. Cojo el alfiler del pelo. Papá me enseñó a abrir cerraduras, un truco circense que aprendió cuando lo encadenaban como parte del número. Introduzco el pasador plateado en la cerradura sencilla hasta sentir la punta tocar al fondo, y lo giro como una llave, sacudiéndolo en el hueco… hasta que gira.

Estoy dentro.

Tiendo el chal mojado sobre una silla escuálida y echo un vistazo. El olor evocador a canela y a vino fragante me hace cosquillas en la nariz. Respiro ese aroma agradable, aliviada. Nada ha cambiado. Me invade una sensación agradable y misteriosa. Cálida y reconfortante en una noche fría, de lluvia y humedad.

¿Qué tiene esta tienda que me acoge? ¿Habrá venido el espíritu de mamá conmigo? La echo muchísimo de menos. Se me corta la respiración al recordar cómo me cepillaba el pelo largo y me contaba

historias de mujeres romaníes fuertes, cómo siempre había un espíritu romaní para guiarme si lo necesitaba. Ahora ese espíritu es ella. No me muevo, dejo que su cercanía me inunde, la oigo decir que lo haría de nuevo para salvarme. Ese pensamiento cálido me deja mecerme un instante en el pasado para cobrar coraje. Qué extraña palabra. Coraje.

Me toca a mí hacer que se sienta orgullosa.

No te fallaré, mamá.

Dejo la autocompasión. Tengo que cambiar de aspecto y para eso necesito fondos. El comandante Von Risinger no olvidará cómo lo humillé. No dudo de que ya ha conseguido que ese hombre de la Gestapo me apunte en su cuaderno asqueroso.

Miro alrededor. No hay nadie en la trastienda. Silencio, oscuridad, salvo una lámpara de queroseno encendida que alguien dejó junto a la puerta para guiarse hasta ella.

No estoy sola… Monsieur Bémet debe de estar en la tienda, con las cuentas… pero, si no, ¿no estaría aquí, en la mesa del fondo?

—¿Monsieur Bémet, está por aquí? —susurro—. Soy Tiena… la hija de Tony Cordova. La chica romaní.

Nada. Luego oigo ruidos de raspado… Voces de hombres. Debe de estar, ¿pero dónde? ¿Y con quién? La tienda está cerrada… ¿Se habrá visto en el lado equivocado de los boches? ¿Lo estarán interrogando? No: se lo habrían llevado. No quiero creer que sea simpatizante nazi y que he caído en una trampa, con un oficial alemán fanfarrón listo para abalanzarse sobre mí y hacerme preguntas que no contestaré.

Me echo atrás, cauta, planeando. Otra vez mi curiosidad de niña me salva, porque recuerdo haber metido la nariz en todas partes cuando vine y descubrí el secreto del huraño tendero.

Mirillas.

Disimuladas con astucia al otro lado de la pared. Papel pintado de terciopelo con rosas en relieve. Monsieur Bémet tomaba el pulso de París espiando quién entraba y salía de su casa de empeños.

Recuerdo cómo pasaba los dedos por el terciopelo mullido y luego me reía al mirar al otro lado.

Ahora pego el ojo a una mirilla y veo la tienda. Un poco de luz de luna se refleja en el cristal biselado de la puerta y da a todo un halo tenue. Miro alrededor, curiosa. Un sillón orejero de seda azul está junto a la vitrina, su cojín único, henchido, como si nadie se sentara nunca. Del techo cuelgan apliques de latón bruñido y alfombras persas cubren el suelo.

¿Dónde está monsieur Bémet? No veo a nadie.

Echo un ojo al gran reloj de pie de la esquina, sus números en filigrana avanzando hacia las nueve en punto, y a los objetos en las vitrinas esperando a ser rescatados. Como almas perdidas en el purgatorio. Sus dueños son los perdidos. Como yo. Tengo que exponerle mi caso al dueño. La idea de dormir en un portal bajo la lluvia me hunde el ánimo.

La segunda mirilla resulta más interesante.

Da a un cuarto privado.

Veo a hombres inclinados sobre una mesa larga… ¿y ese es un mapa extendido? Tres hombres hablan acalorados. No veo a monsieur Bémet. Dos son obreros —boinas, camisas oscuras, cigarrillos colgando de la boca—. Luego veo a un jorobado de pelo grasiento y largo, un ser feo de orejas puntiagudas, que echa los ojos hacia la mirilla. Juraría que sabe que estoy aquí… ¿Me habrá visto entrar, me habrá oído respirar fuerte?

¿Y si me delata? Considero esa posibilidad, pero entonces…

—Messieurs, nuestra misión es de máxima importancia.

Voz agradable y masculina, una energía inquieta que imprime urgencia a sus palabras…, un cuarto hombre, con el rostro oculto para mí. Contengo la respiración. Nunca vi nada igual a ese hombre oscuro y esquivo, vestido de negro, ocupando su sitio en la mesa, hablando con voz baja y arenosa de líneas férreas, explosivos y horarios. De cómo ha visto a partisanos en Polonia destruir las líneas de suministro alemanas. Los dos obreros niegan con la cabeza, no están convencidos, pero él no ceja. Da una imagen de justiciero,

como los bandidos gitanos de los que me hablaba mamá…, forajidos que recorrían Francia hace un siglo robando a los ricos para dárselo a los pobres.

También lo veo arrogante, un hombre que disfruta el juego de resistir a los nazis.

Rodea la mesa, me da la espalda, pero jamás un hombre provocó tan intensa emoción en mi alma que no puedo hablar, moverme ni pensar. En mi interior sé que es apuesto y mi parte femenina se embelesa con esa espalda ancha, pero hay algo en la forma en que atrae la atención de los otros que desarma mis defensas. Es dominante…, tajante en el tono cuando dice:

—Imprimir panfletos difunde el mensaje, da esperanza al pueblo, pero no basta. Hay que golpear sus líneas de suministro… Tenemos ventaja sobre el enemigo, pero no durará… Los nazis tienen espías por todas partes…, no confíen en nadie.

Escuchar eso me lleva a aceptar lo que mi corazón desbocado no concebía hace un minuto: esos hombres luchan contra los nazis como yo… ¿Puede ser? ¿Que no estoy sola en mi osadía de plantar cara a los boches?

¿Serán las almas valientes que imprimieron los panfletos que encontré?

Barajo la posibilidad, el cuerpo me hormiguea de pura energía. No puedo apartar el ojo del hombre de negro. Lo estudio mejor cuando gira. Su cara queda en sombra parcial, pero alcanzo a distinguir el perfil en silueta. Mandíbula fuerte, tallada a cincel. Nariz romana que me recuerda a los guerreros de las monedas de bronce de la pulsera de mamá. Pelo algo largo que le abraza la nuca como crin de semental. El cuerpo musculoso rivaliza con cualquier domador romaní que haya conocido y esa voz encendida me abrasa la piel con un calor extraño. No debo bajar la guardia; tengo que mantenerme al margen… Se lo debo a mamá. Dio su vida por mí, y el ansia de justicia que habita en mi pecho rebosa con la necesidad de vengarla.

Ningún hombre debe desviarme de ese camino, ni ahora ni nunca.

Debería correr, olvidar lo que he visto, pero el trueno que retumba encima y la lluvia que descarga fuera me hacen dudar.

Explicar qué hago aquí a una banda de espías.

O acabar muriendo en la calle.

Elijo quedarme, y no porque el hombre de negro me guste. Lo que busco es salvar mi pellejo.

Intento concentrarme, entornando los ojos frente a la mirilla cuando me sacudo al darme cuenta con horror de que mi nariz sagrada está a punto de delatarme. Contengo un estornudo. Por un pelo. La ropa empapada no ayuda: tirito. Ignoro el frío que me anega y afino los sentidos hacia ese hombre. No capto su acento… y me sorprende, porque en mis viajes sé distinguir los matices del francés. Es un hombre imposible de ignorar. Da órdenes con esa voz inconfundible de barítono, de terciopelo, y escucha con atención cuando otro le dice: «Necesitamos armas o nos aplastarán» y «Hacen falta hombres valientes que no simpaticen con el Gobierno de Vichy para llevar a cabo lo que propone, Conde».

¿Conde?

Aprieto más el ojo contra la mirilla, desesperada por verlo mejor. Extraño lugar para hallar a un aristócrata: una casa de empeños. Aunque, hoy por hoy, cualquier cosa es posible con los boches por todas partes, exigiendo que los franceses actuemos como si todo fuera normal cuando no lo es. Por culpa de esa actitud cruel, buenas personas como mamá han muerto. Espero oír más, ávida de sacar información. Temo las monstruosidades a las que nos someterán los ocupantes, no solo a las romaníes, sino a todas las mujeres de Francia.

—Así que quieres armas, Alain —replica el Conde—. Tenemos escopetas, rifles de caza, pistolas y…, messieurs, tenemos lo que los alemanes no tienen.—El hombre de negro hace una pausa, enrolla el mapa y lo mete en el bolsillo lateral del gabán—. Coraje.

Aspiro hondo. Otra vez esa palabra: coraje.

Me esfuerzo por oír lo que dice… de que hay que cribar a los agitadores a sueldo, comunistas los llama, palabra que apenas me

suena. Luego da ánimos a los hombres, prometiéndoles que los nazis serán derrotados.

—Me reuniré con vosotros y los demás en el punto convenido en…

Ay, no alcanzo a oír cuando baja la voz. Me muero por saber más de él, de sus planes, pero la reunión termina. Me pego a la pared, conteniendo la respiración, el pulso disparado cuando los dos obreros pasan junto a mí sin verme en la oscuridad y salen por la entrada secreta. Gracias a Dios. Giro en redondo y tropiezo con un cajón grande de madera, el bajo de la falda se me engancha en un clavo y pierdo el equilibrio. Me caigo de bruces al suelo golpeándome la rodilla y me quedo tumbada boca arriba.

Oigo pasos pesados y me llega un olor fuerte. ¿Incienso? Las fosas nasales me arden como si inhalara fuego. Tengo que escapar.

Repto hacia un rincón oscuro y pego la espalda a la pared mientras me incorporo, poco a poco, hasta quedar de pie. Antes de poder respirar, un haz de luz me da en el ojo y ese tono imperioso, ya familiar, me hiela cuando oigo…

—Tenías razón con la mirona, Jarnak —dice con una voz tersa como seda negra—. Lo ha oído todo. No me queda más remedio que pegarle un tiro.

Capítulo 12

París, 1940



Tiena

Perfume:
Sunday's Rose
Rosa china, clavel blanco, almizcle

Oigo bajar el martillo de la pistola. Alzo la mano para tapar la luz que me da en los ojos. No veo nada, pero el olor a residuo de pólvora me dice que es un hombre de palabra.

—Es demasiado guapa para pegarle un tiro, Conde.

Es el jorobado, Jarnak.

—Entonces, ¿qué hago con ella? —Mantiene la luz fija en mí, y me impide verlo a él o el arma—. Ha visto y oído demasiado como para dejar que se vaya.

—Podría ser una ladrona que ha intentado robarle, Conde —dice Jarnak.

—No dudo de que la hermosa señorita robe muchos corazones.

—O podría ser una espía alemana.

—Entonces tendré que dispararle.

Me muerdo la lengua. No lo veo, pero lo huelo. Masculinidad abundante y profunda, mezclada con el penetrante olor del tabaco que llena la estancia y con un aroma de almizcle natural húmedo, que me recuerda a un acorde animal.

—Podría ser una colaboracionista —prosigue el Conde—, una bella *mademoiselle* que se acuesta con el enemigo.

Se acabó. Ya he tragado suficientes insultos.

—¿Cómo se atreve, *monsieur,* a acusarme de dejar que esos nazis babosos me toquen? —Cruzo los brazos sobre el pecho. No puedo seguir callada, temblando de arriba abajo y preguntándome qué vendrá después—. Los odio aún más de lo que lo odio a usted por acusarme de tal depravación.

—Así que la *mademoiselle* tiene carácter —dice riendo—. Interesante, pero ¿por qué habría de fiarme? Ni siquiera sé su nombre.

—Tiena Cordova.

—¿Y cómo sé que dice la verdad? Muéstreme su cartilla de identidad.

Aprieto los puños. No puedo enseñarle mi libreta que me señala como *zigeunerin,* romaní.

—Perdí la cartilla, *monsieur.*

—Muy conveniente, *mademoiselle* —dice—. ¿Quién la envió aquí? Quiero un nombre.

—Nadie, *monsieur.* Vine a París a vender el anillo y la pulsera de mi madre. —Los saco del bolsillo secreto de mi enagua y los alzo a la luz—. Necesito fondos.

—Ah, así que huye de alguien, lo que significa que la estarán buscando. Y eso la convierte en un peligro para mi operación, *mademoiselle.* ¿Por qué eligió mi tienda?

—¿Su tienda? —Doy un paso atrás—. ¿Dónde está monsieur Bémet?

—El tendero no tenía estómago para los alemanes y huyó de París, dejándome el negocio.

¿Le creo? ¿O esconde algo?

—Me intriga aún más cómo ha entrado —dice—. La puerta principal está cerrada.

—Me colé por el pasadizo junto a la iglesia, la entrada secreta que hay tras el emparrado cubierto de flores. —Sonrío, el orgullo se me escapa a la boca. He dejado en evidencia al enigmático Conde—. Debería poner un cerrojo mejor.

—Nadie conoce esa entrada.

—Papá y yo veníamos a menudo a vender nuestras mercancías y monsieur Bémet no quería que nos vieran porque…

Echa la cabeza atrás y suelta una carcajada.

—Es gitana… Por eso no quiere enseñarme los papeles… pretende vender las joyas de su madre a un gachó, un payo, lo cual me dice que ha muerto hace poco.

¿Cómo conoce nuestras costumbres?

—Prefiero romaní, *monsieur.* Mi papá fue un tratante honrado. Le vendió a monsieur Bémet unas monedas y algo de bisutería que encontró cerca de un viejo *château* abandonado.

—No puedo dejarla ir. Ha visto demasiado. ¿Qué hago con usted?

No hablo. Sufro por dentro, todo aflorando mientras lucho por no mostrar debilidad ni dejar caer las lágrimas. Entonces empiezo a tiritar, a estremecerme por el frío grave que me invade. Lo oigo susurrar al jorobado, que desaparece.

—Es lista, *mademoiselle,* lo cual podría servirme… A menos que esté mintiendo y me haya seguido tras salir del cabaret.

—¿Y por qué habría de seguirlo? —salto, indignada.

—No sería la primera vez que una mujer no resiste mi encanto.

—No es mi tipo, Conde —miento—. Le juro que venía a esta casa de empeños con papá antes de la Ocupación.

—Pruébelo.

—¿De qué otro modo sabría de la entrada secreta?

—Espionaje.

—*¿Monsieur?* —pregunto, sin entender.

—Ha estado observando a mis hombres…, los ha visto usar el pasadizo… y ahora intenta convencerme de que es una chica inocente para infiltrarse en mi organización.

—Soy una verdadera hija de Francia, *monsieur.*

—Quiero creerla, *mademoiselle,* pero de lo que vio aquí dependen demasiadas vidas. Si nuestros planes llegan a oídos de los nazis…, morirá gente.

Oigo un roce a mi espalda y Jarnak vuelve con una capa de terciopelo granate desvaído. Frunce el ceño.

—Podría deshacerse de ella en Père Lachaise, Conde —dice con una risita el jorobado.

—¿Abandonarla en el cementerio? Menudo festín se van a dar los gusanos con tan bonito cadáver.

Es una broma…, ¿no?

Me estremezco cuando me echa la capa sobre los hombros, inmovilizándome los brazos, la suavidad de la tela me abraza con un calor al que no puedo resistirme pese al miedo. Desesperada, rebusco en la mente, intentando decir algo que me saque de este lío, alguna prueba de mi historia.

—Espere, *monsieur,* por favor… Cuando vine aquí con papá me quedé fascinada con tres frascos que vendía monsieur Bémet. Mandel, Ici y Bel Amour 27 de la Casa Doujan.

—¿Perfume? ¿Y eso cómo probará su historia?

—Monsieur Bémet me retó a nombrar los aceites y esencias de cada uno si quería mermelada extra de frambuesa.

—No es más que otra treta para evitar que me deshaga de una espía alemana.

—No soy espía, *monsieur.* Soy una nariz —exagero—. Puedo reconocer cientos de aromas… y elaborar los perfumes más hermosos y arrebatadores. Por eso vine a París. Quiero trabajar para la mejor casa de perfumes de la ciudad.

—¿Vestida así?

—Estoy de luto, *monsieur.*

—¿Con una enagua roja? —se burla.

—Era la favorita de mamá. La llevo para honrar su espíritu. Se lo ruego, *monsieur:* déjeme demostrarle cómo desgrané las fórmulas al tendero, desde la nota de salida, al corazón y al fondo. Le llevaré en un viaje melódico desde el primer soplo de mandarina dulce pasando por el jazmín de noche hasta la hondura apasionada del *Evernia prunastri.*

—¿Mademoiselle…?

Sonrío.

—Musgo de roble. Por favor. Déjeme oler los perfumes y sabrá que digo la verdad cuando digo que soy *parfumeuse.* Sé exactamente dónde escondía monsieur Bémet los frascos para que los clientes no los catasen a escondidas.

Se lo piensa.

—¿Le damos a la señorita la ocasión de probarse, Jarnak?

El jorobado arruga la cara.

—No tengo brío para salir con este aguacero, Conde.

—Alors, mademoiselle —dice el Conde—, ¿cómo sé que no se inventará una ristra de esencias para engañarme? ¿O que sea *parfumeuse* y espía?… Aunque me dicen que a Hitler le disgusta el perfume.

—Tiene mi palabra, *monsieur.*

—¿La palabra de una gitana? —me pica, burlón.

—Me insulta, *monsieur.* No es mejor que los boches, intentando agruparnos como ganado. —Tirito. Recuerdo el alarde del comandante sobre librar Francia de gitanos—. Temo lo que traerá esta guerra para los míos. Debo plantar cara al enemigo, dar valor a las francesas para que no nos venzan, para que no nos lo quiten todo hasta dejarnos como marionetas del Reich.

—Palabras valientes, *mademoiselle. Alors,* la someteré a una prueba. Conozco a una experta que puede evaluar sus conocimientos. Yvette Pacquet.

—¿Y cómo sabe que puede fiarse de ella? —le digo presuntuosa.

—Yvette es hermana de Alain, uno de mis mejores hombres. Trabaja para la Casa Doujan, en la tienda de la rue Saint-Honoré.

—¿Es nariz, *monsieur?* —pregunto, curiosa.

—No, pero conoce bien sus perfumes, y ese saber la hace popular entre su clientela alemana. —Se inclina y me susurra al oído—: Mantiene ojos y oídos abiertos para mí, trae chismes útiles para nuestro trabajo. Su trasfondo la vuelve un activo valioso para derrotar a los nazis. Por supuesto, si le cuenta una palabra de esto a alguien, la encontrarán flotando en el Sena.

—Cuénteme más de ella, *monsieur.* —No le permito asustarme. Otra emoción me atraviesa. ¿Podría yo también unirme a la lucha?

—Era bailarina hasta que, en una función, se desprendió un saco de arena desde la tramoya y la golpeó. Acabó con su carrera en el escenario, no con su capacidad de atraer hombres.

—¿Hombres como usted, *monsieur?*

Una aspiración brusca me dice que le he tocado la fibra. Su actitud refleja a un hombre consciente de su atracción por las mujeres que no se esconde.

—¿Celosa, *mademoiselle?*

Me burlo de la ocurrencia.

—No tengo tiempo para hombres ni romances, *monsieur.* Mi vida es el perfume y combatir nazis… y vengarme de los boches.

No me sonsaca más, y se lo agradezco. Tirito de frío, con la ropa mojada pegada a mí como piel de sirena.

—Mandaré a buscar a Yvette por la mañana. Mientras tanto, se quedará aquí esta noche. —Se aclara la garganta—. Trae ropa adecuada para la *mademoiselle,* Jarnak, y enciérrala en el cuarto viejo de monsieur Bémet. No quiero que se escape.

Me entra el pánico.

—No puede tenerme presa aquí.

—¿No puedo? —Aunque oculto entre sombras, siento su mirada taladrándome—. No me deja otra opción.

Me acerco, temeraria.

—¿Y por qué habría de fiarme de usted? Se oculta en la oscuridad.

—¿La *mademoiselle* tiene miedo a la oscuridad?

—No temo a nadie.

—Teme al amor.

Di algo. No le dejes salirse con la suya, aunque sea verdad.

—¿Por qué no me dice quién es? ¿Por qué no me muestra el rostro a la luz? —contraataco—. A menos que intente atraparme y lleve un uniforme nazi bajo el abrigo.

Siente el latigazo y devuelve el golpe:

—Odio a los boches tanto como usted, *mademoiselle,* pero quién soy no le incumbe. —Pasea la luz arriba y abajo por mi cuerpo, deteniéndose donde la soga áspera me apretó las muñecas, dejando marcas rojas—. ¿La torturaron los nazis? ¿Fue la Gestapo? Tienen métodos horribles que destrozan sin remedio incluso a la mujer más valiente.

¿Conocía a una mujer así? ¿Está muerta?

—Me lo hizo mi padrastro, *monsieur.* —Me niego a hablar del comandante nazi. Si sabe que la Gestapo me tiene en el punto de mira, me echará.

—Ahora entiendo. —Baja la voz hasta un susurro fuerte—. Si dice la verdad, mademoiselle Cordova, la ayudaré; y si no…

—Entonces me pegará un tiro.

Se ríe, una risa sensual y liberadora que me calienta el alma.

—Rezo por no tener que dispararle. —Aspira en seco—. Me fascina, *mademoiselle* —dice; en su tono resuena una mezcla de romance y drama que me paraliza la garganta y me empaña los ojos.

Me arriesgo con una réplica para desviar su atención de mi momento de debilidad.

—¿Entonces no me convertirá en pasto para los gusanos?

—Solo un tonto no querría quedarse contigo —dice con un gemido deliberadamente sensual.

Estamos solos, pero no me resisto cuando me arrastra a las sombras y me estrecha, besándome en la frente.

—¿Cómo se atreve, *monsieur…?*

Roza mis labios con los suyos, engañando a la nuca con besos aéreos, una travesura perversa, íntima y atemorizante. Gimo, suspiro, su tacto ardiente me golpea abajo, en el vientre, me acaricia con sus manos, y me avergüenzo enseguida de responderle.

Entonces…

—Perdón por la osadía, *mademoiselle* —me susurra al oído—, pero tenía que desarmarla por su propia seguridad. Y por la mía.

—¿Qué…? —Me llevo la mano a la blusa, busco la vaina prendida al sostén. Mi navaja ha desaparecido—. ¡Ladrón!

—No es la primera romaní a la que beso… A lengua afilada, hoja afilada.

Lo oigo inspirar mientras me suelta, y el profuso aroma de su masculinidad se disipa en una brisa fría. Amaderado, cedro, canela. Oigo una puerta cerrarse.

Y se ha ido.

Y con él, mi orgullo.

«Te ha ganado la partida, *ma petite»,* oigo a mamá en mi cabeza. «Y es peligroso…, pero excitante. Un reto para ti».

—No volverá a superarme, mamá, lo juro —reprendo a su fantasma.

La picardía se apodera de mí entonces, una necesidad desesperada de demostrarle que no soy una gitana salvaje y que puedo ser una parisina elegante.

Alguien carraspea a mi espalda.

—Sígame, *mademoiselle, s'il vous plaît.*

Me vuelvo y veo a Jarnak con una caja llena de ropa de mujer: un vestido azul oscuro con cuello redondo blanco, ropa interior, combinación color carne, zapatos negros con pulsera, medias de algodón, ligas, incluso un sujetador blanco de encaje como los del escaparate de la rue Cambon.

No protesto cuando el jorobado me encierra en la trastienda. ¿Adónde iba a ir? Es un cuartito acogedor, con una ventanita alta; la lluvia tamborilea en el cristal, hay un catre y un armario vacío, incluso un orinal.

Y una taza de té con limón caliente encima del catre.

—Le traeré comida por la mañana. *Bonne nuit, mademoiselle…* Dulces sueños. —Se ríe y echa la llave.

Tiro la capa en el armario y, en una danza lenta, me quito la ropa, como despojándome de mis raíces romaníes. No me queda otra que aceptar el destino que los dioses me han repartido, como una carta de tarot favorable, en esta noche de tormenta. Pero una tristeza

nueva por la chica que fui se instala en mí mientras la lluvia golpea la ventana, en eco con mi corazón. Me pongo la ropa interior y la combinación pensando… «esta noche me ha besado un hombre». Y ha despertado algo en mí que jamás había sentido. Debería asustarme y enfadarme con él, pero no.

Oculta algo… una herida profunda y algo más. Pienso averiguar qué es. Pero no puedo enamorarme. Tengo una guerra que pelear y no necesito que me enrede la cabeza… ni el corazón. Su juego de manos, encontrando mi navaja escondida, me dice que no es un blandengue.

Maldito sea.

Me dejo caer en el catre y lloro. Las emociones me desbordan; la pena se instala en mi pecho cuando confieso al fantasma de mamá que jamás dejaré de culparme por su muerte. Y, sin embargo, me pregunto cómo voy yo, Tiena Cordova…, chica romaní…, a derrotar a los nazis.

Cojo el té caliente y le doy un sorbo. Su dulzor me baña la lengua, pero mi nariz capta una hierba para dormir que me baja por la garganta, un modo de someter a la gitana salvaje. No me resisto. Agradezco al Conde que no me echara a la calle, aunque me robara la navaja. Siento calor en las mejillas, pese al frío. Y tiene razón: sé demasiado de su operación. No puede entregarme a la Gestapo.

Me río por lo bajo.

Mi manía de fisgar me ha salido rentable.

Capítulo 13

París, 2003



Angéline

Perfume:
Raspberry Cream
Naranja bergamota, frambuesa francesa, absoluto de tonka

—Uy, me encanta cómo el Conde le robó el corazón, *madame* —dice Emma—. Qué romántico.

—Además de listo era un granuja. Lo supe aquella primera noche, cuando me encontró escondida en la casa de empeños. Su voz, su olor, todo en él atrapó mis sentidos y los puso a dar vueltas como un derviche.

Saboreo un moca caliente mientras hablo, disfrutando al recordar aquella noche con la reportera neoyorquina en la intimidad de mi habitación de hotel. Un cuarto que vibra con pan de oro del siglo xvii en convivencia con una escena campestre, ligera y floral, digna de María Antonieta. Un marco regio para traer a la memoria a un hombre que no tenía nada de regio. Por supuesto, no se lo revelaré a Emma. Dejaré que descubra su verdadera identidad como hice yo. Enfrentándome a él…, desafiándolo a dejarme entrar en su organización clandestina, cuando un simple panfleto antinazi podía costarte el fusilamiento…, y enamorándome de él.

Sonrío a Emma y sus ojos rezuman preguntas, muriéndose por saber la siguiente parte de mi historia.

Y así se la daré.

—Nunca conocí a un hombre tan fuerte y tan seguro de sí mismo, *mademoiselle* —prosigo—. Y, aun así, no se aprovechó de mí como habrían hecho algunos al encontrarse a una chica tiritando con la ropa mojada y el corazón dolorido. Con una furia por la muerte de mi madre corriéndome por las venas.

—Pero sí la besó, *madame* —se ríe Emma.

—Ah, ese beso. —Suspiro—. Con los años ha cobrado vida propia cada vez que lo cuento, volviéndose más y más apasionado para mi corazón solitario. *Alors…* —me inclino hacia la joven reportera y le susurro con tono de colegiala—, recuerde que ya no soy aquella ingenua romaní que florecía bajo el roce de un hombre. Desde entonces he gozado de los frutos de la pasión del Conde, así que embellezco ese primer instante como me apetece revivirlo ahora, con la pasión que dominaba a aquel hombre y su talento para complacer a una mujer de formas que nunca imaginé.

Se le abren mucho los ojos.

—*Madame…,* me… sorprende.

—¿Cree que una mujer de mi edad pierde la capacidad de recordar las manos de un hombre sobre ella? La pasión perdura, *ma chère* Emma, si el vínculo que une a los amantes es fuerte y sólido como un cordón dorado anudado. Solo se enfría si ese vínculo se forja con fibras de paja trenzadas con falsedades y mentiras.

Veo a Emma escribir furiosamente en su cuaderno, haciendo lo posible por atrapar mis palabras. Palabras que siento con tanta fuerza porque todavía lo echo de menos. Su voz, su risa… sus brazos rodeándome.

Dejo la taza. No me sirvo más de la jarra barroca de plata con asa de cisne. En lugar de eso, continúo:

—Con los años me negué a dejar que mis emociones hirvieran en un puchero sobre el fuego demasiado tiempo, con el grano molido quedándose amargo, el gusto burdo, el olor feo y quemado. Adoraba al Conde, aunque entonces no admitiera que me estaba enamorando de él. Quería venganza por la muerte de mi madre y no permitiría que nada se interpusiera. Creía que, si conseguía un trabajo en el

mundo del perfume, podría librar la guerra a mi manera: caminar entre el enemigo y seducirlo con aromas para ayudar a la incipiente Resistencia a recabar inteligencia, a hacer llegar información vital a los aliados que, a la postre, ganaron la guerra.

—¿Qué me dice de los combates en las calles de París…, de preparar las defensas cerca de Notre-Dame? —pregunta Emma, recordando las escenas gloriosas de los noticiarios en blanco y negro.

Niego con la cabeza.

—En el verano de 1940, la Resistencia no era mucho más que imprimir panfletos criticando al Gobierno de Vichy por colaborar con los nazis y protestas airadas contra el Reich. La resistencia armada vendría después.

Bajo la vista hacia mi taza vacía. Me avergüenza admitir que tantos parisinos siguieron la corriente a los ocupantes, cansados de la guerra y agradecidos de que París no hubiera sido arrasada por las bombas alemanas.

—Vi París con otros ojos tras aquella noche en la casa de empeños, cuando entré en la sociedad francesa con una nueva identidad, gracias al Conde y a la encantadora Yvette, a quien jamás olvidaré. Ella fue una de tantas francesas divididas sobre cómo tratar con los ocupantes. ¿Colaborar o resistir? Para muchas, era mucho más fácil no hacer nada.

—Pero usted no, *madame…,* usted se plantó.

Sonrío.

—Ojalá pudiera decir que fui tan valiente y fuerte como las mujeres intrépidas que se unieron a la clandestinidad, muchas de las cuales fueron torturadas y murieron en los campos de concentración. *Mais non,* no guié a aviadores derribados hacia la libertad por las montañas. No manejé una radio, ni mi nombre figura en los anales del SOE, la red británica de espías en Francia. Yo, *ma chère* Emma, creé perfumes exquisitos que…

Una ola repentina de emoción me obliga a parar.

Mucho después de la guerra, me sentí culpable por no haber hecho más para ayudar a las francesas a escapar de los nazis, por haber seguido mi sueño de crear fragancias. Entonces oía la voz de mamá —¿entenderá Emma que hablo con su fantasma o me tomará por vieja tonta?— diciéndome que di a Francia algo que nadie más podía dar. Coraje. Y eso me liberaba para abrazar lo que hice sin vergüenza. Jamás olvidaré aquellos años ni el éxito asombroso que alcancé como *parfumeuse,* ascendiendo peldaños de forma rápida y fulgurante por las circunstancias extrañas que trae la guerra…, ni olvidaré el desenlace que me condujo a Dachau.

Y a la pérdida de mi hija.

Exhalo hondo y le pido a Emma que me sirva una copa de coñac. No puedo seguir hasta superar la huella honda de dolor que me oprime el corazón cada vez que recuerdo aquel día en el campo, en el invierno de 1945… Los copos fríos helaban las largas pestañas oscuras de mi bebé como margaritas blancas la última vez que la abracé. Reprimo el sollozo… «No puedes derrumbarte, Angéline de Cadieux…, nunca». Alzo la vista y veo que Emma no me ha quitado los ojos de encima, su bolígrafo parado, las notas que hubiera tomado ya olvidadas.

Cierro los ojos.

—Hablaré ahora de lo que pasó tras aquella noche lluviosa, de cómo olfateé un frasco de Bel Amour 27 para salvar mi triste trasero gitano —bromeo— y del capricho del destino que me llevó a la Casa Doujan, donde empecé mi carrera como nariz y creé un perfume que algunos dicen que cambió el rumbo de la guerra. ¿Exagero? —Le sonrío—. Te dejaré decidirlo a ti, Emma.

Capítulo 14

PARÍS, 2003



EMMA

Perfume:
Mademoiselle After Midnight
Cascarilla, iris florentino, ámbar

Ignoro el trajín de turistas en el vestíbulo del Hôtel de Vendôme mientras parloteo por el teléfono color marfil *art déco* del vestíbulo, dándole a Granger detalles alucinantes de mi entrevista con madame de Cadieux. Tengo la cara encendida, el corazón a mil.

Nunca me había sentido tan emocionada.

—La diva del perfume está soltando sus secretos —digo al auricular público, porque la cadena es demasiado tacaña para darme una tarjeta telefónica internacional y la camarera está limpiando mi habitación—. Me ha revelado cosas que no le ha contado a nadie.

Repaso el área con ojo de reportera. Nada fuera de lo común: dos ejecutivos discutiendo en francés, una morena con gafas grandes leyendo una guía turística, el recepcionista picoteando cuadraditos de queso cuando cree que nadie lo ve.

—Te lo juro, Granger —sigo—, esta historia te va a dejar con la boca abierta y la tengo en exclusiva.

Suelto lo del vuelo en el Concorde y el bum supersónico que casi me da un infarto…, aunque me guardo mi encontronazo con el señor Traje Gris. Es mi pesadilla privada. Una punzada de culpa me roza: se supone que estamos en el mismo equipo, pero es insufrible. No me acepta… ¿Por qué? ¿Porque no soy lo bastante pija para

entrevistar a *madame*? ¿O es que esconde algo que no quiere que descubra…, algo que podría poner en riesgo su puesto junto a la diva del perfume?

Me quedo con ambas.

—Sí, seguimos con la entrevista después de comer —le digo—. *Madame* quiere contarme cómo se convirtió en Angéline de Cadieux y luego enseñarme la casa de empeños donde conoció a ese combatiente de la Resistencia increíblemente atractivo… Está en la rue Saint-Jacques, o lo estaba. A saber qué hay ahora. Seguramente una lavandería… Y sí, lo estoy hilando con mi historia personal sobre mi abuela polaca, que murió en el Holocausto. Me alegra que te guste ese ángulo. Te mantengo al tanto… Y gracias, Granger, por creer en mí.

Cuelgo, aliviada de terminar. Está deseando que cierre esto y vuelva a Nueva York. Le mencionó la idea al productor del segmento de *Sunday Travel Tales* y hablan de ampliar mi entrevista a un especial de una hora. Yo escribo la historia, ellos deciden qué usar y luego enviarán un equipo de rodaje para planos de recurso y una entrevista en cámara con ella. Presión nivel Dios… Tengo que conseguir que *madame* acepte que la siga un equipo por París.

Dios…, si ni siquiera he terminado la entrevista.

Lo cual significa que tendré que sacar mi historia personal con *madame* en algún momento…, pero ¿cuándo? La cruda verdad: me da miedo soltarle un «Oiga, mi abuela murió en Dachau, ¿casualmente se cruzó con ella, *madame?*» y que me mande de vuelta a Nueva York. Le obsesionan la honestidad y la verdad por parte de la prensa. Ahora mismo no puedo presumir de ninguna de las dos.

—¿Planea escaparse a una cita secreta, *mademoiselle?*

Ryker aparece de una esquina como si me estuviera esperando. Más bien espiando. Un temblor me recorre. Intento ignorar al bombón en su fabuloso traje gris de seda que le abraza los hombros, pero no puedo pasar por alto la tensión creciente entre nosotros. ¿Cuál es su juego?

—Si me fugara a Montecarlo con el auténtico James Bond y no con un doble irlandés —le suelto—, no se lo diría.

—Lo averiguaría igual —se burla con una sonrisa presumida de 007.

—¿Y por qué te iba a importar?

—No me importa.

Au, eso ha dolido. No hacía falta ser tan sincero sobre lo que piensa de mí.

Capullo.

—Aunque madame de Cadieux proyecte un porte frío, mademoiselle Keane, se encuentra muy afectada y bastante vulnerable tras un incidente reciente de acoso.

—¿Quién…? ¿Por qué? —pregunto, protectora.

—No estoy autorizado a decirlo, pero le aconsejo que esté atenta a su entorno… y que no hable con desconocidos.

—No soy una niña, monsieur Ryker.

—Ryker.

—Puedo apañármelas sola, y si alguien intenta hacerle daño a madame de Cadieux, tendrá que vérselas conmigo. Y ahora, si me disculpa, tengo un almuerzo con *madame.*

Subo la escalera de caracol de dos en dos. ¿Por qué me descoloca así este tipo? No congeniamos, ni congeniaremos… Somos dos individualistas que no consentimos que nadie se meta en nuestro trabajo. Y lo dejamos claro. Ni siquiera somos agua y aceite. Somos una tormenta perpetua sin visos de amainar. Aun así, mi instinto me dice que es un hombre de palabra y que de veras le preocupa la seguridad de *madame.* Le agradezco que me haya puesto al tanto, pero esta conversación le da un giro nuevo a la entrevista.

¿Qué no me está contando *madame*?

Capítulo 15

París, 1940



Tiena

Perfume:
Heavenly Lace
Hojas de violeta, junquillo francés, miel

Frascos de perfume.

Erguidos y perfectamente alineados en la estantería estrecha detrás de la caja, como elegantes soldados femeninos con un toque de clase. Jarnak los colocó allí después de que le dijera dónde encontrar los perfumes guardados bajo el mostrador, en una caja tallada de marfil.

Estoy que no quepo en mí de la emoción cuando el sol brillante de la mañana hace centellear los frascos como diamantes. No puedo esperar para abrazar sus hermosas esencias.

Pero no hay rastro del Conde.

¿Por qué no me sorprende?

La pena empieza a crecer dentro de mí, una emoción provocadora que aparto y en su lugar me centro en el aquí y ahora. Me desperté antes con un aroma abrumador de café caliente y cruasanes recién hechos. Y mermelada de frambuesa con un toque de limón.

Jarnak me trajo una bandeja y desapareció mientras me vestía. Qué extraño no oír la madera crujir bajo mi peso cuando dormía… ni sentir el vaivén del carromato al caer en un sueño denso y oscuro, sin duda por el somnífero del té. Tuve un instante de tristeza al despertar y aceptar que no volveré a dormir en un vardo. Aquel

espacio acogedor lleno de recuerdos de mamá y papá…, pero enseguida lo aparté de la mente.

Aún tengo que ganarme la libertad.

Aprieto los frascos contra el pecho, abrazándolos como a viejos amigos. Mandel, Ici y la Casa Doujan. Perfumes que he olido en las Galeries Lafayette o entre cuyas vitrinas de caoba he deambulado en Aux Trois Quartiers. Las dependientas nos miraban mal y nos decían que nos diéramos prisa, pero mamá las encandilaba con su ingenio y sus dichos de mujer sabia… y les leía la mano para que me dejaran echarme perfumes de muestra en la muñeca. Luego yo las deslumbraba nombrando las flores y especias de cada fragancia. Días grandiosos, maravillosos, que ya no volverán.

El dolor se expande en mi interior, tanto que me duele el pecho.

A duras penas contengo las lágrimas al pasar los dedos por las etiquetas adornadas con letras doradas polvorientas y sin brillo, cuando…

—*Bonjour, mademoiselle, comment ça va?*

Una voz de mujer, sedosa y teatral. No necesito darme la vuelta para saber que es la exbailarina. Esbelta, ágil, con un vestido ajustado de cuadros y grandes bolsillos, abotonado al frente; zapatos negros, el cabello castaño claro recogido en una redecilla; el rostro pálido rematado por una boquita de lazo pulida con un rojo tan oscuro que vibra. La joven da una vuelta a mi alrededor, echándome un vistazo. Sin duda, por encargo del Conde.

—*Bonjour,* mademoiselle Pacquet.

—Así que usted es la chica gitana.

—Romaní.

—*Pardon.* No quise ofenderla, *mademoiselle.* Me estaba acordando de la época en que bailaba el papel de una princesa gitana en el ballet; un rol maravilloso, lleno de fuego y romance, con panderetas marcando un ritmo salvaje. Nunca pensé que conocería a una gitana de verdad. —Su mirada me desconcierta, pero su sonrisa es cálida—. Ah, *oui,* es usted más bella de lo que dijo el Conde.

—¿Yo, bella? ¿Él dijo eso?

Me recreo un instante en la noción infantil de que le gusto, para descubrir enseguida que es más bribón de lo que pensaba.

Ella ríe.

—Sea lo que sea que esté pensando, *mademoiselle,* no vaya por ahí. El Conde le romperá el corazón.

—¿Le rompió el suyo? —pregunto para tapar mi rubor.

—Reconozco que me enamoré de él. Tan alto y tan apuesto, con una voz intensa y profunda como el vino tinto; los ojos encendidos por un fuego secreto, líquidos y calientes. Su toque, frío y a la vez ardiente… —Tiritan sus hombros, su faz pálida se sonroja un instante y se apaga—. No se puede escapar una vez que le mira con esos ojos oscuros y hermosos. —Suspira—. Pero nunca se fija en mí, *mademoiselle.* Solo le interesa una cosa.

—¿Ah, sí?

—Solo le importa vencer a los nazis y expulsarlos de Francia. —Hace una pausa—. No sé qué fuerza oscura lo empuja con tanta pasión. —Sonríe—. Quizá usted pueda averiguarlo.

Esquivo su mirada inquisitiva y dispongo los tres frascos antiguos sobre el mostrador.

—Cuando vine aquí con papá, pensé que estos perfumes eran como almas solitarias sin nadie que contara sus historias. Escándalos de damas vanidosas en la rue de Rivoli. Bailarinas del Moulin Rouge. Muchachas enamoradas.

—¿Como usted, *mademoiselle?* —pregunta Yvette, descorchando un frasco y arrugando la nariz—. Oh, es fuerte.

—Déjeme oler. —Acerca el frasco abierto a mi nariz y aspiro—. Uf…, es especiado, huele a curry. Diría que este perfume debe de ser de finales de los años veinte.

—¿Por qué huele tan fuerte? Me marea.

—Porque la estructura química de la fragancia se ha degradado con los años.

Pruebo el otro frasco, luego el siguiente. Uno huele a alcohol…, el otro apenas tiene rastro. Me decepciono… ¿cómo voy a demostrar

que soy una nariz?

—¿Puede nombrar la composición de este perfume, *mademoiselle?* —Yvette se saca de un gran bolsillo de la falda un frasco cuadrado de cristal turquesa con etiqueta dorada de la Casa Doujan.

Husmeo el pliegue del codo para neutralizar la nariz, truco que aprendí de mamá, que lo aprendió de su madre. Luego retiro el tapón e inhalo la lujosa fragancia mientras Yvette comprueba mi precisión con un papel doblado que saca del bolsillo.

—Grosella negra, ciruela china, frambuesa… muy frutal —empiezo —. Luego una nota floral celestial. Jazmín italiano, no, de noche, y rosa de junio suculenta… y una base sensual y duradera de… ámbar, iris e incienso.

Aplaude.

—¡Bravo, *mademoiselle!* Perfecto.

—¿Cómo consiguió la fórmula? —pregunto, curiosa.

—Engatusé al profesor Zunz para que me la diera por teléfono. —Se ríe—. Es el jefe de nuestro laboratorio en Argenteuil y un maniático de las normas, pero un encanto. Amable. Y tajante con la perfección en sus mezclas. Cuando le dije que una clienta se quejaba de que le había salido un sarpullido y que quería saber si había musgo de roble en la fórmula, el profesor se alteró tanto que me recitó los ingredientes tan deprisa que apenas me dio tiempo a escribirlos.

—¿Y si alguien en la tienda descubre su treta?

—No lo harán.

—¿Cómo puede estar tan segura, Yvette?

—Porque soy buena en lo que hago, *mademoiselle,* en lo que todos debemos hacer para liberar Francia de los ocupantes. —Una sombra de disgusto le cruza el rostro—. Mentir.

Capítulo 16

París, 2003



Angéline

Perfume:
Doujan Glamor Girl
Rosa húngara, jazmín de Casablanca, algalia

—Superar la prueba de olfato con Yvonne fue el primer paso para pasar de chica romaní a combatiente de la Resistencia. Me transformé por completo: pelo, ropa, manera de andar y de hablar… Pero ¿sería capaz de engañar a los nazis? Esa, *mademoiselle,* era la incógnita, la cual nos trae aquí, al Hôtel Ritz.

—Genial —dice Emma, sonriendo—. Que empiece el *show.*

Meneo la cabeza. No deja de divertirme con sus americanadas.

Cruzamos el patio desde nuestro hotel hasta el Ritz, esquivando taxis y coches de lujo. Un pequeño grupo de turistas estadounidenses fotografía el célebre hotel con sus marquesinas elegantes y altos ventanales de cuarterones desde los que Göring asomó la mirada a la plaza, sin saber que en habitaciones secretas se escondían refugiados. Un guía francés farfulla sobre la historia del hotel y los ricos y famosos que se alojaron aquí, pero no menciona nada de los años de la guerra, como si no hubieran existido. Me entristece. Tantas vidas sacrificadas, barridas como hojas muertas aplastadas por el tiempo.

—¿Qué mejor lugar para probar mi nueva identidad —prosigo, cargando el ánimo para un pasaje emocional y enlazando mi brazo con el de Emma, quizá para darme valor— que aquí en el lugar de

París más famoso donde alternar con los jerarcas del Tercer Reich y las élites parisinas?

—Alucinante, *madame,* que lo consiguiera.

—Era demasiado ingenua para comprender el peligro que entrañaba —admito, caminando despacio, entreteniéndome más bien.

—Era usted muy joven y, si se me permite, un poco temeraria.

—¿Como tú, *mademoiselle?*

Me detengo, la miro. Sonríe.

—Culpable. Por eso le caigo bien.

—¿Quién ha dicho que me caigas bien?

—Usted. O no tragaría conmigo.

Dejo pasar su último comentario mientras nos dirigimos a la entrada. Claro que tiene razón. Ir del brazo de alguien a quien apenas conozco no figura en el manual de una *parfumeuse,* pero me resulta natural compartir mis sentimientos con ella. Ni lo pensé. De todas las reporteras que me han entrevistado, Emma es la más encantadora, con sus curiosos ojos azules y el pelo rubio recogido a presión en una coleta desordenada.

Me planto ante las infames puertas giratorias del Ritz.

—En 1940, cuando crucé el vestíbulo, el ostentoso establecimiento era un hervidero de nazis y simpatizantes franceses; un lugar donde los oficiales alemanes entregaban sus armas al entrar al hotel y el encargado las guardaba bajo el mostrador.

—¿Bromea? —pregunta Emma, y luego ironiza—. Con razón las arañas de cristal sobrevivieron a la guerra. Los nazis no pudieron usarlas de dianas.

Sonrío.

—Y la intriga… Desde la viuda del propietario, *madame* Ritz, enfrentada con la esposa del director, hasta el grupo secreto de la Resistencia que operaba desde la cocina. Y luego estaban los simpatizantes: aristócratas, estrellas de cine, figuras de la moda. Fue un momento fascinante en el que el glamur y la seda se codeaban con el gris verdoso boche rezando por poder lavarse la mancha

luego. Te diré algo, *mademoiselle:* el olor de la colaboración me recordaba a incienso empolvado y a rosas quemadas de color rojo oscuro.

De pronto, al admitir lo que pensaba entonces, me invaden las mismas náuseas. No puedo dar ese último paso y subirme al carrusel de puertas giratorias que nos tragará dentro. En aquellos días, el refinado establecimiento me parecía una aristócrata camino de la guillotina. Altiva, orgullosa…, pero viéndose obligada a llevar el vestido del año anterior. Manchada, sucia. Su peluca empolvada y perfumada apestando a muerte.

«¿Cuántos de esos oficiales de las SS tienen las manos manchadas de sangre? —me preguntaba—. ¿Cuántos franceses son también culpables?».

Me siento afligida, de pie ante la entrada, inmersa en mi pasado. No puedo entrar. Tengo las manos frías. Los recuerdos, calientes. Ni parpadeo. Debo superar la rabia porque yo no sabía entonces que mi intuición era buena. Aún quedaban batallas por librar, pero aquel día, al pasear por el Ritz, temí que me reconociera cierto comandante engreído y me enviaran a un campo de concentración. Miro a Emma. Mordisquea la goma del lápiz, se muerde el labio, y sus ojos destilan una curiosidad que es demasiado educada para pronunciar.

Toma mi silencio como un juego, esperando que diga algo incitante. Como no lo hago, lo dice ella.

—¿Iba en misión secreta para el Conde, *madame*?

Sus ojos como platos me hacen sonreír, difuminando mi enfado como una bocanada de humo. Tiene el don de convertir mis momentos de angustia en algo más profundo, como si supiera que me retuerzo por dentro y quisiera facilitarme hablar del pasado. ¿Un truco de reportera? No lo creo. La chica posee lo único que a menudo imposibilita su trabajo.

Tiene alma.

—Ah, *mais oui, mademoiselle,* una especie de misión. Peligrosa… y muy secreta —bromeo—. No dejaba de pensar: «¿Llevo bien la

peluca?».

—¿Y la llevaba?

—No. Me miraba de reojo en cada espejo del hotel, poniéndola recta, rascándome la cabeza, sujetando una horquilla, clavándomela en el cuero cabelludo y muriéndome de ganas por quitármela. No me atreví —confieso, y ambas reímos. Le dedico mi mejor sonrisa de «diva del perfume» a pesar de esa sensación incómoda que se instala en mis entrañas como una resina oscura y pegajosa—. Sienta bien encontrar un respiro para ver el lado ligero de un tiempo tan oscuro, mademoiselle Emma. Lo que me recuerda que tanto hablar de sufrimiento y aún no te he contado cómo pasé de chica gitana a *parfumeuse.*

Le gusta que utilice «chica gitana» para referirme a mi carácter díscolo cuando me llamaba Tiena. Entre nosotras encaja. Un guiño afectuoso que nos pone nostálgicas por aquella muchacha. Una libertad para hablar sin filtros de mis sentimientos, sexuales o románticos, algo impensable en aquellos años; pero el mundo ha cambiado y disfruto hablando de «cosas de chicas», como dice Emma. Aunque una parte de mí espera una conexión más profunda, que no me abandone justo cuando estoy mejorando mi vida, liberándome de un pasado que me ha atormentado. Creo que, cuando haya contado mi historia, necesitaré el apoyo de una amiga para soportar las críticas y los comentarios hirientes que seguro llegarán.

Ojalá sea ella.

Alentada, cruzo la puerta giratoria, maravillándome de cómo ha cambiado la clientela. Grandes damas de sociedad tratan con divas del rock y empresarias líderes.

—Yvette quedó tan impresionada con mi conocimiento de las fragancias —empiezo, asintiendo a varias mujeres que me saludan con sonrisas—, que quiso asegurarse de que me contrataran en la Casa Doujan. Me impuso un cambio de imagen completo, y luego probamos mi nuevo personaje en el Ritz para ver si podía engañar a los alemanes haciéndoles creer que era una encantadora parisina.

—Ay, qué divertido, *madame* —se ríe Emma.

Mira de izquierda a derecha, asimilando el lujo del hotel, pero es a la larga galería donde la llevo, con los espejos que se me antojan cristales líquidos que podemos atravesar para ir al pasado mientras le cuento mi historia.

—Yvette me tiñó el pelo más tarde, pero de momento llevaba una peluca de frondosas trenzas negras que realzaban mi piel pálida y mis ojos avellana.

—*Ooh là là,* me la imagino como la clásica morena de los cuarenta, con tupé y ondas victorianas. —Suspira—. Seguro que estaba monísima.

—*Merci, mademoiselle,* pero monísima no es como me veo. Más bien como una viajera disfrazada para mantenerme a salvo de los lobos nazis.

—Me gusta. Lo usaré en el reportaje. —Sigue escribiendo.

—Yvette me arregló las cejas en forma de arcos altos y oscuros; me empolvó tanto la cara que mi pobre nariz perdió temporalmente el olfato; luego difuminó un rubor rosa oscuro y me dio luz en los pómulos, y me dibujó unos labios de corazón en un rojo escarlata vivo. No podía creer que la chica del espejo fuera yo, Tiena Cordova. Pelo oscuro, vestido ceñido de rayas negras y blancas, zapatos negros abiertos con pulsera al tobillo… y guantes largos para tapar la cicatriz del brazo. Por último, me plantó un sombrerito ladeado con pluma. Lo único que conservé de mi vida romaní fue la pulsera de mamá tintineando en la muñeca.

Observo el cambio en la moda de la galería, pero los espejos siguen igual. Solo ha cambiado lo que veo en ellos. Una mujer elegante en suave seda malva que parece más joven.

Pero no puedo borrar las cicatrices.

Ni de la piel ni del corazón. Aliso la manga de seda sobre el brazo y palpo la cicatriz dentada, tan viva en mi mente como el día que mi padrastro me rajó; y también el número tatuado en el exterior del antebrazo izquierdo. Algunas exprisioneras lo muestran como una medalla, y lo entiendo; otras se lo han borrado.

Yo lo conservo para recordar lo precioso que es vivir.

—Me enorgullece decir que aquel día recibí muchas miradas de admiración de los oficiales nazis; nuestro paseo por el Ritz a finales de 1940 logró lo que Yvette pretendía. Especialmente cuando pasamos junto a un oficial alemán que juraría que era el comandante que mató a mi madre. Reía, flirteaba con una mujer sensual que fumaba en una boquilla de marfil. No me reconoció y me costó no llamarle asesino.

Sé que mi arrebato la pilla con la guardia baja y la sacude. Claro que hay más deseo que verdad en mis palabras, pero lo soñé tantas veces que quise creerlo.

Desconfiada, Emma alza una ceja.

—Es un gancho fantástico, *madame,* pero ¿en serio? Ese tropiezo casual con el comandante añade un golpe fantástico a la historia, pero ¿cuán verosímil es? —me reta.

—¿No es privilegio de una mujer de mi edad aderezar el pasado con un poco de inventiva?

—No.

Niega con la cabeza y asunto zanjado.

Eso me gusta de ella. Me sigue el juego, pero hasta cierto punto. Tiene su propio código ético y, aunque yo patalee, ese párrafo no entrará en su historia.

En su lugar, dice:

—Ropa nueva, maquillaje…, hasta color nuevo de pelo para cambiar el aspecto. ¿Funcionó, *madame*?

—Sí. Estaba convencida de que conseguiría trabajo en la Casa Doujan con mi nuevo aspecto y las lecciones de Yvonne. Me enseñó que un perfume ha de evocar una fantasía. Los frascos, el estuche, los uniformes de las dependientas, la publicidad —la poca que hubo durante la guerra—, incluso el nombre de la fragancia debe despertar un placer o un deseo atrevido. Una cita prohibida.

Miro el espejo tras una vitrina con joyas tan delicadas que parecería que manos de hadas las forjaron. No veo a una mujer octogenaria sin pegar ojo desde que volvimos a París. Veo a la chica

romaní que no se creía la ultrasofisticada que la miraba con ojos enormes y pestañas embadurnadas con betún negro para zapatos, lo que Yvette llamaba «máscara».

Lo que entonces ignoraba era que esa no era la prueba definitiva, y que aprobara o no dependía de lo que sucediera al volver a la casa de empeños… cuando un desconocido alto y apuesto me hizo una oferta de lo más inusual.

—Entiendo, *madame*: para vender perfume había que ir glamurosa. Había que ser… un pibón.

—¿Un qué? —pregunto, sin entender. Avanzamos por la galería; quería ser breve, pero me intriga eso de pibón.

—Una sirena seductora. Una mujer con clase. Ya sabe, uuuf. —Se junta el pecho y pone morritos, haciéndome reír. Y…, oh, oh, no soy la única que sonríe. Veo a Ryker en el espejo disfrutando del numerito con una sonrisa callada. Otro gesto sin precedentes, el hombre sí sabe admirar a una mujer hermosa. Y parece que Emma ha olvidado que no estamos solas.

Se acaba de acordar.

Se le encienden las mejillas, como si se diera perfecta cuenta de que le ha hecho una grieta en la armadura, pero sin hacerse ilusiones de que esté listo para el tango.

Ella no pierde comba.

—¿Podemos volver a lo del tinte, *madame*? —resuelve, y le saca la lengua a Ryker en el espejo, quien le dispara una media sonrisa irresistible antes de marcharse.

Virgen santa, estos dos me hacen sentir joven otra vez.

Ojalá lo fuera.

Capítulo 17

PARÍS, 1940



TIENA-ANGÉLINE

Perfume:
No Regrets
Jazmín, flor de tiaré, almizcle

—La pulsera tiene que desaparecer, *mademoiselle.*

—No, no puedo… No quiero.

Agarro las monedas de bronce y juraría que vibran en mi mano. El fantasma de mamá está molesto…, muy molesto.

—Los detalles son los que cuentan, Tiena. No pasarás por una sofisticada de Lyon llevando esa pulsera gitana. Quieres trabajar en la Casa Doujan, *n'est-ce pas?* ¿No querrías decepcionar al Conde?

Sabe perfectamente que muero por complacer al escurridizo combatiente de la Resistencia.

Con las manos en las caderas, me fulmina con la mirada hasta que me quito la pulsera y se la entrego a Jarnak. Él sonríe, satisfecho, y la deja sobre el mostrador, junto a la caja registradora. Me queda mucho por aprender, dice. Cómo caminar, hablar, sorber el té…, hasta que esté lista para mi «entrevista». Conseguir ese trabajo demostrará al Conde que soy capaz de unirme a ellos en su lucha por liberar Francia de los ocupantes.

Aprender a sorber té no tiene sentido, pero ¿qué sabré yo?

—¿Cuánto tiempo tengo que entrenar?

—Hasta que no tengas que hacerme esa pregunta.

La casa de empeños está vacía salvo por nosotros tres; el sol de la tarde atraviesa la puerta de vidrio biselado y enciende con destellos las vitrinas llenas de rarezas. Presiento que Yvette está más entusiasmada que yo… o confía más en mí de lo que yo misma confío.

—El dueño de la perfumería es monsieur Baptiste, pero Frederic insiste en «revisar» a las chicas nuevas. Te puede molestar con sus flirteos y su mano larga.

—¿Quién?

—El hijo de monsieur Baptiste. Debo advertirte que es simpatizante nazi y le gusta pavonearse ante los oficiales de las SS en los cabarets. Después de unos combinados, los jerarcas se vuelven muy receptivos a sus propuestas para la Casa Doujan.

—¿Conoce a muchos oficiales nazis? —pregunto. Un escalofrío me recorre la espalda al imaginarme topándome con el comandante Von Risinger.

—A unos cuantos. Entran en la tienda con sus esposas o sus amantes, exigiendo nuestros mejores perfumes. —Su gesto adusto se suaviza cuando da un paso atrás para mirarme de arriba abajo, satisfecha con su obra—. Estás preciosa, *mademoiselle.* Espera aquí mientras cojo mi sombrero y nos vamos a la Casa Doujan. Verás el establecimiento, probarás nuestras fragancias y observarás cómo se manejan las dependientas con los clientes.

—¿Está muy lejos?

—Unos treinta minutos caminando por la rue Saint-Honoré.

Sale a toda prisa a por el sombrero. Yo no paro de golpear el suelo con el pie. No puedo quedarme quieta. Los nervios resquebrajan mi aplomo mientras espero a Yvette. ¿Y si no aprendo a andar y hablar como una parisina sofisticada? ¿Y si no consigo el empleo en la perfumería? No puedo volver con mi clan. Acabaré en la calle o peor…

Suena la campanilla de la puerta de la tienda.

Entra un hombre alto. Chaqueta de *tweed,* abrigo largo, sombrero calado.

No le veo la cara. ¿Qué esconde?

El ambiente cambia con la presencia del cliente; la incertidumbre me tensa. Lo observo revisar las vitrinas de cacharros de plata y pequeñas estatuillas de arcilla, charlando en inglés y en francés con Jarnak sobre lo bien que conoce a Herr Göring y lo que agradecería la plena colaboración del dueño con unos buenos precios. Luego señala un par de vasijas de vino antiguas hechas en plata.

No puedo evitar oír la conversación porque entiendo el inglés, aunque lo hable poco desde que perdí a papá. Pide el precio. Jarnak le da una cifra ridículamente baja. Él asiente, conforme, y al pasar junto a mí apenas me dedica una mirada antes de irse a echar un vistazo a los libros del rincón. Un aroma extraño me golpea la nariz, pero con todo este polvo de arroz metido en las fosas no lo ubico; aun así, hay algo familiar en ese hombre de espalda ancha que me alborota el corazón.

Sacudo ese hormigueo indeseado y me aparto cuando…

—¿Cuánto por la pulsera, monsieur Jarnak? —pregunta, haciendo tintinear las monedas de bronce.

Parpadeo dos veces. ¿Cómo? Esa pulsera es mía.

—No está en venta, *monsieur.* —Le arranco la pulsera de la mano.

Él me atrapa la muñeca; su agarre es firme, no doloroso.

—Por lo que oigo, *mademoiselle,* en París todo está en venta… si se está dispuesto a pagar el precio.

—No todo, *monsieur.* —Mantengo la postura.

—Tiene razón, *mademoiselle.* —Sonríe y me suelta.

No permitiré que este extranjero arrogante confisque la pulsera de mamá.

—*Merci, monsieur,* si me disculpa, tengo una cita…

—Perdón si he sido brusco, *mademoiselle.* —Me corta el paso, sus hombros anchos bloquean la puerta—. Permítame presentarme. Doctor Langston MacBride, del Instituto A. J. Seymour de Arqueología y Artes de Boston, a su servicio. —Levanta el ala del sombrero y hago contacto visual con sus candentes ojos oscuros tras

unas gafas redondas de pasta. Las lentes le dan un aire extraño y no alcanzo a imaginar su rostro sin ellas, pero el timbre grave de su voz me pone en guardia—. Mis amigos me llaman Lance.

—¿También sus amigos nazis?

No olvido su comentario de hace un momento sobre lo bien que conoce a Herr Göring… Me deja un sabor amargo en la boca.

—No tengo quejas de Alemania, *mademoiselle,* y le aconsejo que haga lo mismo.

—Es usted estadounidense, *n'est-ce pas?*

—Sí. Llegué a París para adquirir artefactos del siglo xii antes de que los alemanes ocuparan la ciudad. —Se encoge de hombros—. Por fortuna, Herr Göring me ha permitido continuar con mi trabajo.

—¿Su trabajo, *monsieur?*

—Soy arqueólogo y crítico de arte del *Boston Star* —señala como si eso me tuviera que decir algo—. Estaba en Egipto cuando me enteré de un reciente alijo de espadas, armaduras y vasijas recuperadas de un castillo cerca de la frontera belga. Dejé El Cairo y vine a París para conseguir permiso para excavar. Mis colegas en Boston pagarán una fortuna por esas piezas.

—Usted es científico, *monsieur* —le desafío—. ¿Cómo puede codearse con los nazis?

—Estados Unidos no está en guerra con Alemania. Fue mi día de suerte cuando me crucé con Herr Göring en un museo de Ámsterdam y me pidió consejo para adquirir pinturas de los viejos maestros para su colección privada.

—Querrá decir «saquear» —le espeto.

—Una afirmación peligrosa, *mademoiselle…* —me mira de arriba abajo—, incluso para una mujer tan hermosa como usted.

Me contengo. Está jugando conmigo, ¿por qué?

—No obstante, imagino que Herr Göring le perdonaría tal indiscreción —continúa, advirtiéndome con voz profunda— si su brazalete de monedas romanas engrosa las arcas del Reich.

—Pero, *monsieur…*

—¿Puedo examinar las monedas, *mademoiselle?*

Mi interior se rebela ante la sola idea de obedecerle, pero mi parte práctica conoce las consecuencias. Además, debo pensar en Yvette y en Jarnak. No haré nada que ponga en peligro su seguridad.

Con la mano temblorosa sostengo la pulsera y las monedas de bronce atrapan la luz de la tarde que se cuela por los cristales.

El arqueólogo se asoma por encima de las gafas para estudiarlas.

—Diría que son de principios del Imperio, siglo iii… sí, el emperador Constantino… el primero en convertirse al cristianismo. Fíjese en el detalle exquisito, *mademoiselle:* la corona de laurel, el perfil. Estas monedas quedarán de maravilla en el futuro museo del Führer en Linz. —Alza la vista hasta encontrarse con la mía. Incluso en la penumbra de la tienda, sus ojos me arrastran a su profundidad —. Me intriga: ¿de dónde la ha sacado?

—De una muchacha romaní —respondo con orgullo— que mendigaba frente a Notre-Dame. La cambió por una hogaza de pan.

—Hay hambre en París, *mademoiselle,* y la gente hace lo necesario para sobrevivir.

Me lanza una mirada, como poco, desconcertante. Quisiera evitar sus ojos, pero la romaní que hay en mí no le dará ese gusto. Me sostiene la mirada, esperando a que diga algo. Vuelvo a sentir ese cosquilleo, como si ya hubiera bailado este baile. Me nace el impulso de ponerlo nervioso. Lo observo mejor mientras habla de lo servicial que ha sido el agente de artes de Göring en París al tramitarle los salvoconductos hasta Bélgica. Barba de uno o dos días, nariz patricia. No logro leer la expresión en sus ojos ocultos tras las gafas de sol de color gris oscuro. Debo ser cuidadosa. Si sospecha que la casa de empeños es una tapadera de la Resistencia, traerá a la Gestapo y nos arrestarán. A Jarnak, a Yvette… al Conde. Debo librarme de él.

Entonces, dale lo que quiere, por mucho que te duela.

Froto las monedas con los dedos, sintiendo por última vez la magia de mamá fluyendo en mi interior, el tintineo musical de su pulsera serenándome.

Luego, el momento se acaba.

Y sé lo que tengo que hacer, aunque me muera de hambre.

—Por supuesto, *monsieur;* cómo he podido ser tan tonta. Todo París sabe que Herr Göring tiene un gusto exquisito para el arte. Llévesela. Sin cargo.

No mancharé la memoria de mi madre con el dinero sucio de un simpatizante nazi.

—Los franceses debemos poner de nuestra parte para preservar el pasado… —continúo, «… si queremos tener un futuro sin usted y sus amigos nazis», termino en silencio.

Sonríe, se guarda la pulsera en el bolsillo.

—Merci, mademoiselle, au revoir… Hasta que volvamos a vernos.

Y sale por la puerta, haciendo sonar esa campanilla insistente como un toque de difuntos y llevándose la pulsera de mamá. Tiemblo tanto que me castañetean los dientes. Me dejo caer en el sillón azul y rompo a llorar, con el betún negro derritiéndose en mis pestañas y resbalando por las mejillas.

¿Qué he hecho, mamá? He entregado tu pulsera a un simpatizante nazi. No tenía elección o iban a morir buenas personas.

Rezo para que su fantasma me perdone.



—¿Mademoiselle ha pasado la prueba, Conde?

¿Prueba? ¿Qué prueba?

Me seco la pena y levanto la vista justo cuando Yvette sale disparada del cuarto trasero, con la mejilla derecha encendida y el párpado caído… como si hubiera estado observándome por la mirilla.

—La ha pasado. Por poco.

El Conde. Está detrás de mí. Me recorre un escalofrío al sentir su aliento caliente en la nuca, aunque su olor se me escapa. Me incorporo de un respingo y me doy la vuelta, más que intrigada por este giro. Va de negro, con una pistola en la cintura y el mango

curvo de mi navaja asomando del bolsillo del abrigo; lleva mi pulsera en la mano.

Mais non, era el arqueólogo. Ya no hay *tweed,* ni gafas. Ni la actitud pomposa.

Y sí, me digo sonriendo, es igual de atractivo cuando no está escondido en las sombras. Se ha colado otra vez por la entrada secreta y, sin duda, se ha reído a gusto al presenciar mi desahogo entre lágrimas.

—¿A qué juegas, *monsieur?* —se me escapa—. ¿Quién eres? ¿Y esa ridícula farsa?

—Quién soy no importa, *mademoiselle.* Tenía que asegurarme de tu lealtad, ver cómo reaccionabas ante una situación de vida o muerte. Si eras capaz de encerrar el corazón y las emociones en una caja y tratar con el enemigo para no levantar sospechas. Si ibas a dejar entrever tu odio a los alemanes como ciudadana francesa y poner en tela de juicio tu fidelidad al Reich. O, peor aún, delatar a los partisanos cuya vida dependía de ti. —Sonríe—. Me has preocupado cuando has dejado ver tu repugnancia por Göring, una temeridad, siendo el segundo de Hitler; pero te has repuesto al entregar la pulsera con una sonrisa encantadora. Sé cuánto te ha dolido, pero has demostrado coraje y reflejos.

Y entonces me devuelve la pulsera. Con los ojos nublados, me la aprieto contra el pecho.

No volveré a soltarla, mamá, te lo prometo.

Resplandezco con su elogio; lo deseaba desde que conocí al escurridizo Conde.

Se vuelve hacia el jorobado:

—Mademoiselle es perfecta para el trabajo que tengo en mente, Jarnak. Una chica con glamur. Con su talento de *parfumeuse,* podrá ganarse la entrada al elitista Alto Mando nazi, moverse en su mundo y circular libremente. Ser testigo de conversaciones a las que ni yo puedo acceder.

—¿Yo? —pregunto.

—*Oui, mademoiselle.* Los nazis prefieren plantar un ratón gris como operativo, alguien que no llame la atención, pero a menudo los ciega una mujer seductora que les espía. Debo advertirte que el riesgo es mayor en las actividades de alto nivel.

—No tengo miedo, *monsieur…* ¿o debería llamarle doctor MacBride?

—¿Ves, Jarnak? —Sonríe—. Mademoiselle es atrevida, audaz. —Da una vuelta a mi alrededor, admirando mi nuevo aspecto—. Pero también necesita un nombre nuevo, algo glamuroso.

—Mamá decía que le recordaba a un ángel.

—Ah, *mais oui,* monsieur le Comte —se adelanta Yvette—, como la heroína de la película de Sylvie Martone: Angéline.

—Sí, Angéline te sienta bien. Ahora un apellido… algo que encaje con tu personalidad singular… Ah, lo tengo: Cadieux. De Cadieux, para darle elegancia y clase.

—¿Y qué significa De Cadieux? —pregunto.

—Tuve un profesor de francés en Boston con ese apellido. Decía que era un honorable apodo en tiempos de Luis IX y que significaba «luchador». —Me repasa con la mirada—. Eso eres tú, *mademoiselle.*

—Oh…

Se me escapa la sílaba antes de poder contenerla. Un nombre nuevo. No puedo creer que Tiena haya desaparecido. Para siempre. Mi pasado es la silueta de una chica romaní desvaneciéndose en la grisura de los ayeres, disolviéndose ante mis ojos, como si me hubiera metido en la piel de otra persona. A donde vaya ella, tendré que ir yo.

Tiena Cordova ya no existe.

Se me llenan los ojos, pero parpadeo fuerte. No puedo llorar por las cartas que me reparte el paso del tiempo. Como decía mamá cuando leía la buenaventura: "Mira a la vuelta de la esquina, no hacia atrás; nunca sabes qué riquezas te esperan".

Ahora me infunde valor, recordándome que la muerte separa a las familias, pero no borra a los nuestros del corazón. Así me siento.

Hago duelo por la muerte de la chica romaní que fui, pero sin lágrimas. No la borraré de mi pecho, me quedaré con su sabiduría, con su pasión por el aroma.

Haré que mamá se sienta orgullosa.

La imagino revoloteando alrededor de este hombre de virilidad natural y sofisticación mundana, preguntándose quién es y qué es… y cómo ha convertido a su Tiena en una criatura que me asusta y me intriga a la vez. Me pregunto si podré usar mi don del olfato para engañar a los nazis y hechizarlos con mis perfumes.

No puedo pensar en eso ahora.

Apenas noto que Yvette le da un codazo a Jarnak y ambos desaparecen tras la puerta, dejándonos a solas. Solo alcanzo a sentir el calor del cuerpo del Conde cuando me acerca y me aprieta contra él, y me abandono. Su masculinidad desbordante me marea. Sintiéndome sin aliento y mareada, agarro su abrigo como si fuese una capa de invisibilidad y él fuera a desaparecer si no le sujeto fuerte. Sus ojos oscuros guardan misterio y romance, y algo más. La promesa de un protector. No lo admitiría nunca, pero por muy fuerte que me obligue a ser, ansío apoyar la cabeza en su hombro, cerrar los ojos y sentirme a salvo en un mundo que ha enloquecido.

Él percibe mi necesidad y me estrecha más en sus brazos.

Entonces, respira en mi oído y ese momento de intimidad me eriza la piel cuando baja el tono y me dice con voz rasgada:

—Bienvenida a la Resistencia, Angéline de Cadieux.

Capítulo 18

París, 2003



Emma

Perfume:
Amanecer
Lima, damasquina, musgo

—¿Aquí es donde estaba la casa de empeños en 1940, *madame*?

Poso la mirada frente a la fachada negra y roja del local instalado en el edificio de varias plantas de la rue Saint-Jacques; no queda rastro del triste frontal de madera gris con la placa de mármol que *madame* me describió.

—*Oui, mademoiselle* —responde—. Nunca olvidaré aquella noche lluviosa en que me colé por la puerta trasera, cuando conocí al Conde. Los días, las semanas, los meses que volví una y otra vez, con la cabeza gacha y mis asuntos bien guardados… y el peor día, cuando la policía francesa y los gendarmes me apartaron de un empujón al irrumpir en el barrio para detener a comerciantes judíos, mujeres y niños.

—¿Cuándo fue aquello, *madame*? —pregunto, tomando notas.

—Julio de 1942… pero me adelanto. Llegué aquí siendo una joven romaní, y aquí, mademoiselle Emma, es donde aprendí a ser espía.

Me quedo un instante observándola mientras revive aquellos años. El viento le agita el cabello rojizo alrededor del rostro y el largo abrigo color camello se arremolina en sus tobillos. No se mueve. Lo comprendo: desnudarse el alma cuando el deseo de regresar a este lugar la desborda, cuando la sangre todavía late con

la urgencia de entonces y el corazón se le escapa entre los dedos, la devuelve a cada instante tal como fue hace más de sesenta años.

Es sobrecogedor para las dos. Me cuesta creer que estoy aquí, con la escena nítida en mi cabeza después de oír a *madame* hablar de la casa de empeños y de su increíble transformación de muchacha gitana a espía sofisticada. Recorro la calle con la mirada, esforzándome por imaginar cómo era entonces. La veo en blanco y negro, como en las viejas películas de la guerra. Niñas con lazos en el pelo pedaleando en bicicleta, mujeres con pañuelos en la cabeza luchando por cargar unas míseras bolsas de la compra, hombres apostados en las esquinas fumando esos Gauloises malolientes tan propios de la época. Y soldados alemanes alborotando en los cafés o acosando a algún pobre hombre con una estrella amarilla cosida en el abrigo.

Hoy la calle está bordeada de pequeños bares familiares. La rue Saint-Jacques no es ancha: un solo carril, sin aparcamiento. Edificios de piedra de cuatro o cinco plantas con balconcillos de hierro forjado… demasiado estrechos para ocultarse —sí, pienso en la Gestapo—, y edificios más altos al fondo: una iglesia, una abadía…

Busco con la vista los números de los negocios, nada fácil. El corazón se me hace un puño cuando localizo el local que ocupaba la casa de empeños. Ya no existe, pero en mi mente veo rostros familiares tras los cristales: Yvette, Jarnak… el Conde… y una joven Angéline de Cadieux.

Sus ojos, abiertos de par en par, parecen decirme que la historia es más larga y que tenga paciencia.

Por fin, *madame* habla.

—El Conde… Lance, como yo lo llamaba…, me acogió en su operación, pero por la forma en que me observaba, siguiéndome, pidiéndome que repitiera varias veces mi historia de fondo…, notaba que no estaba convencido de que fuera tan inocente como aparentaba. Tras la guerra, me confesó que más de una vez se preguntó si no sería yo de alguna familia aristocrática venida a menos, alguien que trabajaba como informante para los nazis a

cambio de dinero o para salvar el pellejo. Sobre todo porque sentía predilección por un *château* abandonado en las afueras de París. Conocía cada rincón de aquella ruina: mi clan acampaba allí desde que yo era niña… y mamá está enterrada cerca, en un cementerio diminuto del bosque.

Madame de Cadieux se detiene frente al local donde estuvo la casa de empeños y mira alrededor.

Escribo deprisa en mi libreta amarilla, abarrotada de mi letra grande y caótica, como suelo hacer cuando temo perder algún detalle. Lo que no queda escrito en el papel, queda grabado en mi corazón: fragmentos de las emociones que luego, por la noche, vuelco enfebrecida en mi portátil, cuando las palabras corren más rápido que mis dedos y me atrevo a pensar que *madame* y Lance (arqueólogo como él solo, claro) se enamoraron. Espero no equivocarme y que él fuera un buen hombre. Me gustan los héroes fuertes y valientes.

Hombres que no apartan a una chica de la acción solo por ser una chica.

Hablando de hombres poderosos, en especial los que llevan trajes de seda gris de Londres…, ¿dónde demonios está Ryker?

Qué más da. Puede que las vuelva locas a todas, pero a mí no. Antes que mujer soy reportera, y con eso basta. No es mi tipo. Apuesto, pero dominante. Fuerte, pero distante. No tenemos nada en común, salvo a *madame.*

Fin de la historia.

Sigo escribiendo, intentando alcanzar el ritmo de sus recuerdos sobre su entrada en la Resistencia. Me sorprende que no quiera pisar el local, ahora convertido en un bar, pero insiste en quedarse fuera, y se agarra a mi brazo mientras subimos la calle. Continúa con su relato.

—A veces me pregunto cómo sobreviví a la guerra estando en la Resistencia —prosigue—. Era tan inexperta… No sabía manejar una radio ni disparar una pistola, pero conocía el paisaje alrededor de París: los cruces de las carreteras y de las vías del tren, cuándo

cambiaban los centinelas nazis y cómo evitar las patrullas alemanas por senderos ocultos en los bosques.

Sus ojos se iluminan al divagar sobre aquellos días, y me promete que después visitaremos la tienda de la Casa Doujan en la orilla derecha para olfatear perfumes hasta confundir la dulzura de la rosa con el aroma penetrante del almizcle. No menciona más a Le Comte —el nombre en clave de Lance—, lo que me hace creer que reserva esos recuerdos para un momento más íntimo. Me muero por saberlo todo sobre su romance, pero hoy tengo otra cosa en la cabeza.

Cuanto más la conozco, más ganas tengo de preguntarle si me aceptaría como aprendiz de *parfumeuse.* Me encanta mi trabajo, sí, pero una chica tiene que perseguir su felicidad alguna vez. No quiero hacerme mayor sin saber si poseo lo necesario para ser una nariz.

La cuestión es: ¿cómo convencerla?

Pero ahora está cansada: el maquillaje se le agrieta alrededor de la mirada y tiene unas ojeras lívidas. No, no es el momento.

Caminamos hacia la antigua abadía —un convento durante la guerra, me cuenta— y la iglesia; mientras divagamos sobre si el pasadizo secreto seguirá tapiado, siento que nos siguen.

No estoy segura, pero me parece entrever a alguien acechando y escondiéndose entre los compradores y turistas que abarrotan la calle. Me asusto, luego sonrío con ironía. Ryker, por supuesto. No estoy acostumbrada a que me siga, y no me gusta.

Pienso cómo bajarle los humos mientras camino del brazo de *madame* como dos amigas parisinas, cuando dos chavales se nos acercan.

—¿Quieren bolsos de marca, señoras? —canturrea el primero en un inglés torpe—. Tenemos bolsos de diseñador.

—*Merci, non.* —Me cuelgo el bolso al hombro y aferro a *madame* mientras el otro repite lo mismo a los demás transeúntes.

Madame de Cadieux los observa con recelo y luego les habla en romaní. Ellos se ríen y la llaman loca cuando alguien roza mi abrigo e intenta arrebatarme el móvil… carteristas.

—¡Las manos quietas! —grito, rodeando a *madame* con el brazo y arrastrándola a una tienda cercana antes de que le quiten el bolso—. ¿Está bien, *madame*?

—*Oui, très bien… merci,* Emma. —Está temblorosa y prefiere dejar la visita a la Casa Doujan para mañana. Acepto.

¿Y Ryker? ¿Dónde demonios está?

Llamo a Marcel desde el móvil de *madame,* y aparece en cuestión de minutos con el coche negro, como si hubiera salido de una lámpara mágica. Regresamos al hotel, y no dejo de mirar alrededor.

Ni rastro de Ryker.

Insisto en acompañar a *madame* hasta su habitación y pido que venga una enfermera a revisarla, pero se niega en redondo. Solo Marie logra que se tumbe, apareciendo en un suspiro con té caliente y un aroma a canela que nos calma a las dos. Me llevo mi taza a mi cuarto. Reviso mi bolso: móvil, cartera, lo de siempre… Luego me atraganto al encontrar un enigmático mensaje escrito en papel grueso, elegante. Está en mi idioma.

Un escalofrío me recorre al leerlo.

Apártate, zorra. Es mía.



ANGÉLINE

Hoy el corazón me ha dado un vuelco al visitar el lugar donde estuvo la antigua casa de empeños en la rue Saint-Jacques. Ahora es un bar sofisticado, pero la magnífica puerta acristalada, biselada, sigue ahí, embellecida con letras grabadas. Eché un vistazo al interior y vi que el largo mostrador donde Jarnak hacía guardia continúa intacto y brilla como laca negra. Han pintado hace muy poco la fachada, con colores vivos. Me pregunto si habrán tapiado las mirillas o si las habrán sustituido por cámaras. Me imagino a Yvette saludándome, y juraría que Lance se encontraba fuera del local, sonriéndome con

esa sonrisa que adoro. Alto, de hombros anchos, con su largo gabán negro, misterioso bajo su sombrero Fedora…, buscando mis ojos. Todo era una ilusión, por supuesto. Ambos se han ido.

Suspiro. Mi cerebro lo sabe; mi corazón, no.

Contuve las lágrimas con todas mis fuerzas. No hay nada más triste que ver llorar a una anciana.

Lloro ahora. Cuando estoy sola, me permito el lujo de ponerme mi kimono de seda favorito y sumirme en un torbellino de emociones que no sentía desde hace años. Amor, ira, curiosidad, incluso odio. Durante la guerra lo reprimíamos todo: jamás mostrabas debilidad, y que ni se te ocurriera hacerlo delante de los nazis… Después, fuimos tan felices que temíamos mostrar otra cosa que no fuera alegría. Un carrusel interminable de emociones.

Estaba acomodándome en mis viejos recuerdos esta tarde cuando ocurrió aquel incidente con los rateros. No eran romaníes —no entendieron ni una palabra de lo que les dije—, pero podrían haberlo sido. Muchos de los míos malviven en los suburbios de París, en Saint-Denis, en chabolas sin agua corriente ni baños. Durante años he hecho generosas donaciones para brindarles asistencia médica y comida, y no pienso dejar de hacerlo. Jamás olvidaré de dónde vengo. Ni los horrores que vi en Auschwitz, en el campo romaní.

Tener a Emma a mi lado fue lo que necesitaba. *Alors,* la echaré de menos cuando termine la entrevista y vuelva a Nueva York. Siento algo extraño en el pecho. No puedo retenerla en París para siempre, por mucho que quisiera. Lo sé: es egoísta. Pero Emma tiene algo, algo que va más allá de sus preguntas y observaciones sobre mi vida. Como si hubiéramos tejido un lazo y ella me guiara por este ajuste de cuentas con mi pasado, ayudándome a atravesarlo con la mirada más clara.

Y su nariz es mucho más hábil de lo que se cree. La veo olfatearlo todo, desde el café hasta el cuero de mi coche, con el entrecejo fruncido y la nariz arrugada como un conejo curioso, como si interpretara el aroma.

Sonrío. ¿Así me ven a mí?

Divertida, me pregunto por qué parece reacia a compartir ese don conmigo. No debo presionarla, pero sería maravilloso comparar notas —en sentido literal— sobre perfumes. *Alors,* divagaciones de mujer solitaria, y no lo negaré. No renuncio a saber más sobre ella, pero primero debo centrarme en lo que importa.

Después de una larga siesta —Marie es más exigente con mi salud que yo misma— pido que traigan té y pasteles para Emma y para mí.

Con el caer de la tarde, noto algo extraño en ella. Está inquieta. Juega con la taza, la levanta, la deja, garabatea en su libreta amarilla, suspira. Algo la ha alterado. Me alivia que no le pasara nada. Estaba tan pendiente de los carteristas que no advirtió a la morena de peluca y enormes gafas que nos seguía.

Yo sí.

La mujer ni intentó ocultarse de mí. Le encantó el jaleo que armaron los chicos, le dio más dramatismo al asunto.

Brooke Hansen.

No olvidaré esa sonrisa codiciosa antes de desaparecer como una cobra venenosa, una mujer empeñada en destruirme.

Emma no menciona el incidente y yo no deseo tratarlo hasta hablar con Ryker. Lo envié a Dublín, un vuelo corto desde París, y le ordené apagar el móvil para que no pudiera localizarme. Hoy hace siete años que perdió a su mujer y su hija. Le insistí en que fuera a Irlanda a verlas, como cada año. Claro que estará furioso conmigo por mandarlo lejos y dejarme sin protección, pero no me arrepiento. Sé cuánto importa sanar el alma, más aún el corazón. Aunque no creo que él haya sanado ni un ápice: sigue culpándose de su tragedia. Sus enemigos se vengaron destruyendo lo que más amaba. Vivir con la culpa es insoportable; lo sé demasiado bien después de sobrevivir a los campos, aunque nunca se lo dije, ni siquiera a Emma. Él confía en mí para guardar sus secretos. Es un pacto. Yo no intento cambiarlo; él no intenta cambiarme. Lo dejo ser, aunque desapruebo que destroce su propio corazón en un rincón oscuro.

Temo que no pueda recuperarlo nunca. Pensé que Emma podría romper esa oscuridad.

Aún lo creo.

Mientras paladeo el té, intento retomar la complicidad que tuve con Emma esta mañana, cuando le hablé de mis inicios en el mundo del perfume y de los personajes que conocí, y de las horribles circunstancias por las que me convertí en propietaria de la Casa Doujan.

Pero antes, mantengo la voz firme al regresar al París de octubre de 1940.

Mi primer día como espía.

Lo que más temía era no ser buena.

Capítulo 19

París, 1940



Angéline

Perfume:
Madame D
Rosa amarilla, frambuesa, miel

—¿Lista, Angéline? Hoy es el día.

Yvette me besa en ambas mejillas; su aliento es dulce. Chocolate. Su debilidad. Los alemanes aún no lo han racionado, como sí han hecho con la mantequilla, el queso y los huevos… La carne será lo siguiente. La vida en el París ocupado transcurre con un ritmo constante y rutinario. Empezamos a sentir los efectos del racionamiento mientras los «escarabajos verdes», como solemos llamar a los soldados alemanes en voz baja, se comportan como muchachos henchidos de hormonas, entregándose a la «decadencia de París» en cabarets y burdeles mientras el resto de nosotros sufrimos.

Siento que la ansiedad me empeora.

Tres semanas. Cuatro días. Eso es el tiempo que llevo saltando por ventanas, aprendiendo a falsificar el sello oficial nazi, a practicar el arte del chantaje, a birlarle la cartera a un oficial alemán desprevenido, a disparar una pistola y apuntar siempre al corazón… «Sé abrir cerraduras», le recuerdo a Lance. Eso le arranca una sonrisa poco frecuente.

En cuanto a mí, el entrenamiento intensivo me deja a veces agotada, otras veces me inquieta y otras me pongo a temblar como

la pandereta de mamá. Me imagino en una situación peligrosa con un grupo de nazis… o, Dios me ampare, de la Gestapo… Cierta confianza, y después un miedo que desboca mi imaginación. ¿Cómo reaccionaré? Lo extraño es que, antes del entrenamiento, me lanzaba a por todas sin vergüenza ninguna y hacía lo que fuera.

Ahora tengo que pensar primero y rezar para no equivocarme.

Mon Dieu.

Luego, el arte sutil de la persuasión. Lance cree que el manejo de armas y explosivos es vital para un agente, pero más aún lo es alimentar de desinformación al enemigo y extraer información sin que se dé cuenta. Podría oír a un oficial nazi mencionar un Renoir en un piso destartalado o ternera del mercado negro arrojada al borde de la carretera tras un accidente. «Eso ocurrió», dice. La ternera abandonada condujo a información sobre una reunión secreta nazi. La gran cantidad de carne iba destinada a un restaurante de cinco estrellas en París, lo que indicaba que allí se reunirían oficiales alemanes. Se colocó a un agente como camarero para recabar inteligencia y se interceptaron órdenes de Berlín para arrestar a un conocido empresario, dando a la Resistencia tiempo para sacarlo de Francia.

Lo asimilo, dudando que vaya a toparme con información tan incendiaria trabajando en una perfumería.

Nunca subestimes a los boches, me repite Lance cada día. O estarás muerta. Peor aún, acabarás en manos de la Gestapo.

Asiento, aprieto los puños. Me muerdo el labio. Me cuesta mucho no soltarle que me busca la Gestapo y que, si me atrapan, el comandante me ejecutará sin pestañear. Él mató a mamá. No puede salirse con la suya… Tengo que hacer esto.

Me empleo más a fondo y el estrés me está matando. Y lo empeora mi creciente atracción hacia un hombre que solo me ve como un activo, no como una mujer. Lance es un instructor implacable, rige mi vida de la mañana a la noche. *«Bonne nuit»,* dice, y luego me besa en la frente. Como a una niña. «Mañana empezamos de nuevo».

Eso es todo. Nada de abrazarme, nada de besos apasionados. Mantiene las distancias y tengo la sensación de que así es como va a ser. Así que me aguanto. No puedo irme, de modo que he decidido ser la mejor agente posible. Incluso tengo un nombre en clave. Mimosa.

¿Y si los boches no se van nunca?

No puedo creerlo, así que no lo creo.

Estoy lista para mi misión, le digo a Yvette (su nombre en clave es Swan). Conseguir un puesto en la Casa Doujan y luego informar con regularidad a Jarnak en la casa de empeños de cualquier cosa que vea u oiga y pueda ser importante. El astuto prestamista transmitirá esa inteligencia a Lance. Qué pasa después con ella, no me compete saberlo.

El viento sopla con brío a nuestras espaldas, las banderas con esvásticas del Hôtel Meurice flamean con la brisa cuando nos dirigimos a la tienda en la rue Saint-Honoré, un buen paseo desde el apartamento de Yvette en la Orilla Izquierda, en la rue du Sommerard. Duermo en un catre plegable que montamos en la cocina durante el día. La portera curiosa no tardó ni un segundo en irrumpir cuando me mudé. Yvette le dijo que soy su hermana de Lyon de visita. Refunfuñó, pero se quedó conforme, aunque no nos parecemos en nada. Yvette es castaña clara, en contraste con mis mechones teñidos de negro azabache. París está lleno de informantes y no me cabe duda de que comunicó mi «visita» a la policía local y a la Gestapo, como exige la ley. Yvette dice que no me preocupe porque tiene «protección».

En concreto, Frederic Antoine Baptiste.

Es el hijo de Jean-Claude Baptiste, propietario de la Casa Doujan. Yvette me presenta a Frederic cuando sale disparado por la puerta después de plantarle un beso húmedo en la boca… Luego coquetea con todas las dependientas, alardea de que llega tarde a un almuerzo en el Ritz con un general nazi y «No lo olviden, *mademoiselles,* vendan muchos perfumes hermosos hoy. Heil Hitler».

Me estremezco. Era lo último que esperaba oír en la tienda. Empeora cuando aminora el paso lo suficiente para preguntarme si me gustaría un frasco del último perfume que ha creado.

—Es inmune a tus encantos —ronronea Yvette, respondiendo por mí.

Aún no he recuperado la voz tras oír el temido saludo nazi en boca de un francés.

—Está aquí para ver a tu padre por un trabajo. ¿Está ocupado?

—Ester está con él, frunciendo sus labios rojos y seduciéndolo con su propio perfume para sonsacarle otro adelanto de cincuenta mil francos. —Me guiña un ojo—. A mi futura madrastra no le importa que haya guerra. Es una experta en conseguir que mi padre haga su voluntad. Pero tú, *mademoiselle,* solo necesitas una sonrisa para que un hombre se enamore de ti.

Me besa ambas manos, y luego las retiene más de lo que dicta el protocolo. Debería apartarme, pero hay una advertencia implícita en su agarre. Que mi destino depende de él. Me obligo a no mostrar enfado en la mirada, pero no es mi rostro lo que le interesa inspeccionar cuando su mirada desciende. Con una sonrisa presuntuosa, dice:

—Bien, apruebo tus… cualificaciones. Estás contratada, *¿mademoiselle…?*

Alzo la barbilla con orgullo.

—Angéline de Cadieux.

—Hasta que nos volvamos a ver, *ma belle* Angéline. *À bientôt.*

Y se marcha. Dejándome a un lado como el café patético que nos vemos obligados a beber desde la Ocupación. ¿Por qué no me sorprende que sea un engreído con aires de superioridad? Apuesto, con pelo oscuro y bigote recortado, pero demasiado pulcro, demasiado relamido. Apostaría a que duerme con boina para mantener el brillo del fijador.

Su padre, en cambio, es un caballero de otra época, de cuando duquesas y baronesas honraban la tienda con su presencia y sus bolsos, y reinaban el susurro de la seda y el aroma a lavanda.

—¿Qué necesitas, Yvette? ¿Un nuevo libro de ventas, muestras de perfume?

Monsieur Baptiste no levanta la vista de su escritorio, abarrotado de papeles, frascos de perfume, bocetos publicitarios. Y un atomizador a medio llenar. Incluso desde lejos percibo rosa búlgara y madera de cedro flotando en el aire de una rociada reciente.

Embriagador, intenso.

Ester, claro.

Yvette sonríe.

—¿Podría hablar con usted, *monsieur?* Es importante.

—Estoy ocupado; los nazis están arrancando nuestros campos de flores para plantar sus malditas patatas, ¿qué pasa?

—Quería presentarle a mademoiselle de Cadieux, una vieja amiga del colegio que ha venido a París para ayudarme a celebrar mi cumpleaños…

—Mademoiselle… —murmura, tachando cifras y escribiendo otras nuevas en un bloc.

Noto una mancha de carmín en el cuello de su camisa. Hmm… ¿dónde estará esa misteriosa novia? ¿Poniéndose polvo?

—Angéline ha estado viviendo en Grasse y estudiando perfumería en la Maison Fragonard.

—¿Mademoiselle es *parfumeuse?* —Alza la vista, sorprendido—. Qué extraño. Nunca he oído hablar de una mujer en ese puesto.

—¿Extraño, *monsieur?* —me atrevo a responder—. ¿No somos las mujeres quienes llevamos el perfume? ¿No deberíamos tener voz en su creación?

No puedo callarme, aunque no tenía ni idea de que Yvette iba a ponerme en el disparadero. Sí, sé identificar aromas. Sí, preparé pequeños lotes de perfume con mamá y conozco muchas flores, semillas, raíces, hojas y frutos, incluso notas animales, pero sé poco del proceso de destilación salvo lo que aprendí en los libros.

—Bien dicho, *mademoiselle.* Me gustan las mujeres francas, pero ningún hombre en su sano juicio contrataría a una nariz femenina. Será por algo —hecho el comentario, arruga el papel en el que

escribía y lo lanza a una papelera cercana—. Soy un pobre comerciante tratando de ganarse la vida en estos tiempos difíciles.

Se hace el modesto.

—Admiro sus perfumes, *monsieur,* y me encantaría trabajar aquí, en su tienda…

—¿Por qué no la pones a prueba, *mon petit chou?* —cuchichea una voz aterciopelada, con el apelativo cariñoso, mientras una mujer alta y sofisticada se desliza en la oficina—. A ver si distingue una rosa de una rata muerta.

Me quedo allí, maravillada ante esa criatura hermosa, aunque me haya insultado: su melena hilada de oro, con destellos rojo rubí, cae sobre un ojo y agranda su misterio. Zapatos de salón de ante negro y tacón alto, traje azul marino ceñido con botones forrados que acentúa su figura esbelta. Guantes de cuero azul marino, perlas y diamantes colgando de los lóbulos completan el conjunto.

Debe de ser Ester.

—Lo que quieras, *ma chérie.*

Monsieur Baptiste se levanta en cuanto ella se acerca para besarle la mejilla. Él gime de gusto. Es penoso cómo lo maneja a su antojo.

Arrugo la nariz.

—Creo que la rata se acaba de comer al ratón…

Yvette me hace callar y retoma:

—He oído que su nariz, el profesor Oskar Zunz, se marcha a Suiza por motivos de salud, monsieur Baptiste. Pobre hombre.

—Sí… pobre tío Oskar. —Ester se pavonea por la oficina, sus caderas balanceándose como el péndulo de un reloj—. Le echaré de menos.

¿Tío?

Yvette se inclina y me susurra al oído:

—El profesor teme lo que está por llegar desde que los alemanes ocuparon París, *mademoiselle.*

Alzo una ceja.

—Es judío húngaro.

Asiento, comprendiendo. Entonces Ester también es judía. Con razón está tan unida a un hombre influyente como monsieur Baptiste. He oído rumores de que los inmigrantes judíos en Francia han perdido sus derechos civiles, sus hogares…, incluso sus trabajos cuando los nazis tomaron el control. El profesor Zunz está en peligro. Imagino que una nariz no está arriba en su lista negra, así que por ahora está a salvo, pero ¿lo está alguien en París? ¿Lo está siquiera Ester?

Yvette remata:

—Angéline sería perfecta para ocupar su lugar.

—Si fuera un hombre —aporta Ester.

Se sienta en la esquina del escritorio y cruza las piernas. Monsieur Baptiste se deshace.

—Una nariz es una nariz, *mademoiselle,* sin importar de qué cara cuelgue —replico, pero ella me ignora. Está demasiado ocupada ajustando la costura. No hace falta adivinar de dónde ha sacado esas medias de seda.

Yvette no se amilana ante el juego de Ester. Su voz suena firme y segura, como si hubiera ensayado sus líneas; mi mente traduce lo que eso significa. Lance, claro. Está detrás.

—Angéline puede oler cientos de aromas…

Me señala, y yo asiento con energía.

—Sí, cientos, *monsieur.*

—Puede trabajar con el profesor en su laboratorio, aportando ideas nuevas —insiste Yvette.

¿Puedo? Mi laboratorio eran dos ollas sobre nuestra minúscula cocina, agua fría, un serpentín de cobre, que intercambié por unas monedas de bronce que encontró papá, para inducir la destilación por vapor de los aceites de plantas y flores.

—Mademoiselle ha viajado por Francia y Bélgica y ha visitado los lujosos campos florales de la Provenza.

En un vardo, cantando baladas y recolectando flores y hierbas con mamá y papá.

—Tiene años de experiencia eligiendo olores para evocar emoción.

Llevo mezclando esencias desde que podía subirme a un taburete y machacar flores en la olla.

—Luego combina las notas en distintas proporciones —prosigue Yvette sin parar—, las prueba y crea perfumes maravillosos…

Monsieur Baptiste frunce el ceño.

—¿Una nariz femenina? ¿En la Casa Doujan? —murmura una blasfemia por lo bajo—. La idea es sacrílega. La respuesta es no.

—*Bien, mon chéri* —Ester no puede estarse quieta—. ¿Qué diría el comandante si contrataras a una nariz femenina?

No me importa quién sea ese comandante, no voy a dejar que esta mujer arruine mi vida.

Me lanzo a la conversación:

—No le haga caso, monsieur Baptiste. Está usted desfasado. Envasar perfumes en lujosos frascos barrocos y en fragancias orientales especiadas que apestan a rosa búlgara y madera de cedro, ámbar gris y clavo ya no funciona.

Cojo el atomizador elegante y pulverizo al aire para recalcarlo.

—Los perfumes pesados vendieron bien en el pasado, *monsieur,* pero estamos en guerra y, aunque nadie lo diga, las cosas van a empeorar bajo los ocupantes.

Asiente. Sabe bien que lo que digo es cierto. Aprovecho mientras puedo.

—He visto cómo los nazis pueden destruir un hogar, una familia —prosigo sin tomar aliento—. Asesinar a mujeres inocentes por intentar proteger a sus hijos. Y eso es solo el principio. Tienen planes, *monsieur,* grandes planes, y destruirán a cualquiera que se interponga. Debemos contraatacar como mejor podamos, dando esperanza a las francesas con una fragancia ligera y aérea. Una nota de salida que no aplaste, una nota de corazón que calme y una base que perdure para sostener ese coraje cueste lo que cueste en estos tiempos difíciles.

Me vuelvo hacia Ester, suplicándole con los ojos que no intervenga. Sabe que pisa terreno resbaladizo por ser judía, y hace lo inteligente. Está de acuerdo conmigo.

—Bien dicho, *mademoiselle* —le besa la frente a su prometido—. Debo irme, *chéri.* Almuerzo con el comandante en el Ritz.

Luego se vuelve hacia mí.

—Puede que tenga talento, después de todo…, pero tenga cuidado. Nunca se sabe quiénes son sus amigos hoy en día.

Una ráfaga de perfume y se ha ido, pero monsieur Baptiste sigue bajo su hechizo. Se le iluminan los ojos.

—Ester tiene razón. Me gustan sus ideas, mademoiselle de Cadieux, aun así…

Yvette recoge la pelota:

—La gestión del negocio no cambiará, monsieur Baptiste —lo tranquiliza—. Frederic seguirá siendo la nariz oficial de la Casa Doujan. ¿Quién va a darse cuenta? Es muy convincente cuando ensalza las infinitas posibilidades de su talento ante la jerarquía alemana cada vez que tiene ocasión.

—Reconozco que mi hijo mantiene a los nazis a raya mientras ellos imponen la política aria en todas las empresas de París…, pero ¿cuánto tiempo estaremos a salvo? Yo también, *mademoiselle,* temo lo que se nos viene encima desde que el Gobierno de Vichy tomó el poder. No son más que marionetas de Berlín, están promulgando leyes que no ayudan a nadie salvo a ellos mismos, enviando a campos de trabajo forzoso a cualquiera que se les oponga…, sea quien sea…, arrestando a ciudadanos por su religión, impidiendo a los judíos ganarse la vida.

Veo cómo la tristeza le nubla el rostro e Yvette niega con la cabeza, rogándome que no pregunte. Carraspea.

—Dígame, ¿por qué está usted en París, *mademoiselle?* El cumpleaños de Yvette fue el mes pasado.

—Encuentro el clima aquí más agradable que en Vichy, *monsieur.* Menos tormentoso.

—Ah, bien. Entiendo. En fin, sus asuntos son suyos. De lo que huya, no quiero saberlo.

Asiento, temblando más por sus palabras sinceras sobre lo que siente hacia los ocupantes que por su desinterés por mi pasado. Teme a los boches porque su prometida es judía, pero cuanto menos le cuente, mejor para ambos. He aquí un hombre que también guarda secretos en el alma. Ambos habitamos un lugar doloroso y solitario.

—Merci, monsieur.

—Bueno, espero que sepas lo que me estás pidiendo, Yvette. Seré el hazmerreír de París por contratar a una nariz femenina, pero los arrogantes nazis no me dejan opción. Mi hijo no distingue una rosa de Damasco de una civeta, pero lo necesito para tratar con los boches —parpadeo, sorprendida por su franqueza—. Y la necesito a usted, *mademoiselle,* para mantener mi negocio en marcha si se vuelve demasiado peligroso para el profesor Zunz y otros judíos quedarse en París —exhala con preocupación y frunce el ceño—. Y para Ester.

—No le fallaré, *je vous promets.* Lo prometo.

—Bon. ¿Cuándo puede empezar?

Capítulo 20

PARÍS, 2003



EMMA

Perfume:
De Cadieux
Maracuyá, jazmín egipcio, té verde

—Celebramos el éxito de mi misión en la Casa Doujan… Yvette, Jarnak y su hermano Alain…, Lance y yo. Sentados alrededor de la mesa, en la trastienda de la casa de empeños, brindando, planeando. Por entonces, no sabía hasta qué punto llegaban las conexiones de Lance con los nazis. Te diré esto, Emma: era un hombre extraordinario, valiente e inteligente.

—Me deja pasmada, *madame* —digo, aspirando el olor familiar de los huevos revueltos cuando el camarero nos sirve el desayuno en una bandeja de plata—. Es increíble cómo tuvo el coraje de afrontar cada obstáculo que le lanzaron. Y aun así encontró tiempo para enamorarse.

—Ah, pero yo era joven y di por hecho que aquel descarado beso en las sombras significaba que Lance estaba enamorado de mí.

—¿Lo estaba, *madame*?

—Él tenía veintinueve, un hombre rudo y reconocido en su campo. Multilingüe. Inglés, francés, alemán, árabe. Yo tenía diecisiete. Era virgen. Pasaron los meses y no volvió a besarme, a tocarme, y me dolió. —Coge el cuchillo y el tenedor, pero no toca los huevos—. En resumen, *mademoiselle,* hice el ridículo por completo.

Como yo. Yendo a por Ryker como si de verdad pudiera gustarme el hombre. Vale, es guapísimo, pero hasta ahí. Tengo un objetivo mayor. Cumplir la promesa que le hice a mamá y, si me queda un tiempito, pedirle a *madame* que me dé consejos para ser nariz. Así que allá voy… O lo consigo ahora, o estoy perdida.

—Ha sido muy sincera conmigo, *madame,* contándome sus pensamientos más íntimos sobre su mamá y Lance, y yo he sido, bueno… —Dejo el cuchillo y el tenedor y me seco la boca con la servilleta de lino—. Hay algo que necesito decirle…

Antes de que pueda articular las palabras, me golpea en la nariz un olor a lima almizclada y sudor de hombre. Un hombre con prisa.

—Madame de Cadieux —irrumpe una voz, alta y clara—. Necesito hablar con usted.

Ryker.

—A solas. En privado.

—No tengo secretos para Emma —dice *madame*—. Siéntate y vamos al grano. Está escribiendo mi historia. Más vale que conozca lo peor.

Frunce el ceño ante su petición. Qué descaro. Le lanzo una mirada de desprecio que roza lo malsonante. Estoy furiosa con él por no estar ayer para protegerla, mientras él echa humo porque *madame* me incluyó en su conversación. Estamos en el mismo equipo, Ryker. Acostúmbrate.

—He oído lo que ocurrió en la calle con esa gentuza.

Mira a *madame* directamente a los ojos. Ella se lo toma con calma y sonríe.

—Claro. Marcel. Fue a recogerte al aeropuerto.

—Sí…, pero quiero oír de su boca lo que pasó.

—Te lo diré yo —me entrometo, entornando los ojos—. A madame de Cadieux la abordaron unos carteristas y casi la matan.

—¡*Madame*! ¿Qué…?

Sus ojos oscuros y apuestos se clavan en mí con una mirada acerada que dispara dagas directas a mi pecho. Me provoca escalofríos que decido ignorar. En cambio, paso al ataque:

—Vale, he exagerado, pero deberías haber estado ahí protegiéndola. ¿Dónde demonios estabas?

Ryker me fulmina.

—Eso no es de su incumbencia, *mademoiselle.*

—¿Ah, no? —contraataco.

—No.

Me contengo unas cuantas frases escogidas que le harían replantearse sus objetivos… No quiero ofender a *madame.* Me muerdo el labio inferior y arremeto contra mis huevos con furia, contando hasta diez en susurros, mientras Ryker se pasa la mano por el pelo, intentando contener el genio. Entonces caigo en la cuenta de que somos muy parecidos: los dos reprimimos a duras penas emociones salvajes porque los dos queremos lo mismo: mantener a *madame* a salvo de esos depredadores.

Mi intuición se impone y trato de enmendarme.

—Mira, Ryker, sé que empezamos con mal pie…

Gruñe. La respuesta primitiva carga el aire como un almizcle salvaje. *Madame* parece que quiere zarandearlo.

—Lo siento —sigo—. Me dejé llevar porque… bueno… porque me preocupa *madame* tanto como a ti.

—Apenas la conoces.

Tono frío, plano. ¿Está celoso de mi cercanía con ella?

—La conozco mejor de lo que crees.

—No lo dudo, *mademoiselle.* Tienes una forma de tocar la fibra que es inquietante.

Me quedo a cuadros. ¿Habla de *madame*… o de sí mismo?

Lo que abre un nuevo dilema. ¿Estoy loca? ¿O Ryker está diferente? La forma en que me mira cuando sus ojos se cruzan con los míos, con algo más que curiosidad, desafiante y peligroso. Como si quisiera devorarme. Me da escalofríos. Mmm… No sé si me gusta más este nuevo Ryker, pero me lo tengo que tragar. Las chispas entre nosotros me hacen cosquillas en los dedos de los pies. Como si hubieran soltado un cable eléctrico en la sala. He metido el dedo en la llaga.

¿Qué he dicho?

Nuestros desayunos se enfrían. El café, más. Los segundos pasan. Ninguno de los dos habla. Por fin, *madame* retoma el mando de esta telenovela.

—Cálmate, Ryker, no ha pasado nada. Estoy bien. Solo unos rufianes molestándonos.

—No podemos estar seguros, *madame.* —Sus ojos oscuros siguen fijos en mí con un calor sin freno que afecta a mi libido más de lo que quiero admitir—. No debería haberla dejado sola con esta reportera.

—¿Y qué tienen de malo los reporteros? —planto cara.

—Están todos locos.

¿Es cosa mía o su voz suena más ronca de lo habitual? Como si supiera que estoy en esta carrera para ganar y que me acerco por fuera para disputarle la meta.

Luego se marcha pisando fuerte:

—Hablaremos de esto más tarde, *madame.*

Para mi sorpresa, ella no lo detiene. No es de extrañar. Está acostumbrado a salirse con la suya con el sexo femenino, repartiendo ese encanto masculino como si fueran bombones… y las mujeres se lo zampan. Yo no. Puedo con él. Primero, tengo que decirle a madame de Cadieux que no solo quiero una historia. Intenté decirle que estoy segurísima de que soy una nariz como ella —bueno, podría serlo con la formación adecuada, pero soy demasiado gallina para dejar mi carrera e intentarlo—, de verdad que lo intenté.

No es que seamos familia y ella me vaya a pasar el testigo, pero siento un cosquilleo raro cuando hablamos de su pasado… como si también fuera mío, porque ambas nos enfrentamos a obstáculos en nuestras carreras.

Y compartimos un vínculo con los campos.

Dios sabe qué fue de la pobre polaca que dio a luz a mi madre en las circunstancias más horribles. Una mujer que, según mi abuelo, suplicó a otra prisionera que salvara a su bebé antes de morir.

También se lo habría preguntado a *madame* si no hubiera aparecido ese arrogante bombón irlandés. Así que me eché atrás. Me arrepiento. Estuve tan cerca, pero algo me frena.

Y ese algo es… (redoble de tambores)

…que soy una cobarde.

No quiero perder la camaradería que hemos construido, pero detecto un tono gélido en su voz cuando el camarero nos rellena el café y charlamos del calor. ¿Del tiempo? Venga ya. ¿Qué fue de la montaña rusa emocional en la que íbamos en 1940? Parece que se quedó clavada arriba y tengo que ponerla otra vez en marcha.

Por las dos.

—Lo siento, *madame,* me desaté como una loca, pero quería contarle algo y cuando vi a Ryker…

—Debería habértelo dicho, Emma. Lo envié fuera de París por un encargo personal mío.

—Con razón me cortó en seco.

Aun así, eso no excusa su grosería. Ese gruñido. Esa chulería de chico malo que le hizo a mi libido algo que preferiría olvidar. *Madame* me sonríe, aunque evita mi mirada. Está molesta por mi arrebato. Muy poco profesional por mi parte, pero ese hombre me saca tanto de quicio que termino perdiendo los papeles con él.

—¿Qué querías decirme, *mademoiselle?*

—Pues…, eh… —Toma mi titubeo por vergüenza y yo lo dejo estar. Ya hice el ridículo con Ryker. Me disculpé con él a pesar de su pose de «señor taciturno» y fue más bestia que cualquier bestia de cuento. En lugar de eso, opto por un tratamiento choque para apartar de mí el foco—. Ayer esos carteristas no iban a por su bolso, *madame*… Alguien metió una nota en mi *tote bag.*

—*Zut alors,* ¿qué decía?

—Es demasiado vulgar para repetirla, *madame.*

—*Ma chère* Emma, ya no hay nada que pueda escandalizarme. Vi lo peor de la humanidad durante la guerra, con las cosas terribles que los nazis me hicieron a mí y a los que quería. Déjame ver la nota, *s'il te plaît.*

Le tiendo el papel doblado y lo lee. Curioso: no se altera. En vez de eso, lo arruga y lo deja en el platillo de la mantequilla.

—No me sorprende, *mademoiselle.* Tengo una acosadora, una mujer que me culpa de arruinar su carrera.

—Brooke Hansen —suelto.

—¿La conoces? —Abre mucho los ojos.

—Sí, la vi en el Waldorf la noche en que le pedí la entrevista. No tenía ni idea de que estuviera tan desesperada por una historia. ¿Está aquí en París?

—La vi siguiéndonos ayer en la rue Saint-Jacques, pero la ignoré. Nos lo estábamos pasando tan bien que no quise que nos lo estropeara.

Me doy una palmada en la frente.

—Así que de eso intentaba advertirme Ryker y yo no lo pillé. Maldición, le debo una disculpa, pero, con la forma en que me fulmina con esos ojos oscuros ardientes y trata de encasillarme, me lo pone muy difícil. No es que me interese, *madame.* No me interesa.

Su ceja alzada me dice que no me cree, pero lo deja pasar.

—Es demasiado chapado a la antigua con las mujeres —insisto.

—No lo juzgues con demasiada dureza, Emma. Es como la mayoría de los hombres. Testarudo y concentrado cuando se trata de protegernos. Claro que tú y yo no necesitamos protección —me guiña un ojo—, pero eso nunca se lo diremos.

Me río.

—*Madame*, ¿cómo ve la vida con tanta claridad?

—No siempre fue así. Era terca y estaba empeñada en hacer las cosas a mi manera. Hasta que conocí a un hombre maravilloso que me enseñó que la belleza y la bondad vencen al mal, si tienes valor. —Hace una pausa, tiembla—. Lance me enseñó el oficio del espionaje, aunque a menudo me preguntaba por qué no me advirtió de que ser espía era tan duro. ¿Enfrentarme a los nazis de frente, escupir, patear, gritar…? Eso sí podía hacerlo. Pero sonreír, engatusar,

reír…, fingir que lo pasas bien con el olor de boche en toda la cara… No sabía si lo llevaba dentro. Pronto lo supe.

No saco el bloc amarillo lo bastante rápido. Olvido el frío que sentí antes por su parte. *Madame* está embalada y yo también.

¿O será que ambas nos sentimos más cómodas hablando del pasado… mientras ignoramos el presente?

E ignoro el futuro cuando le pido que ahonde en su tiempo en Dachau y, con suerte, ayude a mi madre a saber más de la suya antes de que sea tarde. Maldición.

—Estoy lista, *madame.*

Da un sorbo a su café caliente y empieza a hablar:

—El aire frío de octubre y los días de lluvia me acompañaban a todas partes mientras París volvía a la rutina, lo que los periódicos llamaban la vida bajo el nuevo régimen. El Gobierno intentó convencer a los ciudadanos franceses de que aceptar a (querían decir colaborar con) los ocupantes nos beneficiaba. Volver a la escuela, los refugiados regresando a París, comer en restaurantes… siempre que no te molestara tener a oficiales o soldados alemanes bramando y eructando en la mesa de al lado. Si no, te veías aislado de toda vida social.

—¿Y los que resistían? —pregunto.

—No eran tantos como les gusta mostrar a los cineastas. Tras la violenta represión de la protesta estudiantil en L'Étoile en noviembre de 1940, la gloria de la Resistencia armada no se materializó hasta finales de 1942, más o menos. La operación de Lance a finales de 1940 fue especial porque él vio lo que ocurrió en Bélgica y en los Países Bajos y sabía qué esperar de los ocupantes. Así que reunió una pequeña célula formada por Jarnak, Yvette y su hermano Alain, y otros dos hombres.

—Si la Resistencia era, como mucho, irregular —digo—, ¿cómo se involucró un arqueólogo estadounidense con Jarnak y los demás?

—Lance reclutó a Alain para su operación después de pillarlo intentando empeñar un Degas falso que había copiado en el mercado negro para comprar comida para su familia. Vio la

oportunidad de aprovechar las habilidades artísticas del joven para falsificar nuevos documentos de identidad para quienes los necesitaran a medida que la guerra se alargaba. Jarnak era un viejo amigo de Marruecos con un pasado dudoso, y los otros dos eran estudiantes de la Sorbona deseosos de hacer algo más que imprimir panfletos antinazis.

—¿E Yvette? —pregunto con un brillo travieso en los ojos.

—Quieres saber si Lance tuvo un romance con Yvette. —Una sonrisa curiosa se dibuja en sus labios rojos—. Nunca supe si lo tuvieron, *mademoiselle.*

Su respuesta me parece propia de otra época, cuando el decoro mandaba y un toque de misterio sobre el pasado canalla de un hombre aumentaba su atractivo.

—¿No quiso saberlo?

—No.

Simple. Directo.

De nuevo, siento el frío. Pero este es distinto. Como si protegiera a Yvette. ¿Por qué? ¿Qué fue de ella?

Vale, me he pasado de la raya. Planteo con cuidado la siguiente pregunta.

—Así que allí está usted, *madame,* identidad nueva, color de pelo nuevo, armada hasta los dientes para luchar contra los nazis y sin encargo todavía, *n'est-ce pas?*

Asiente.

—*Oui, c'est vrai.* Es cierto.

—Y mientras suspira por Lance, despega su nuevo trabajo en la Casa Doujan y sienta las bases de sus asombrosas contribuciones a la perfumería durante y después de la guerra. —Resoplo—. Guau. Me muero por oír el siguiente capítulo.

Algo en mi parloteo debe de haberle hecho gracia. Se ríe y luego me toma la mano y la aprieta.

—Nunca me echo atrás ante un desafío, *mademoiselle.* Mi viaje empezó cuando entré en el mundo fantástico del perfume bajo la tutela de un caballero honorable de Budapest.

—¿Quién era, *madame*?
—Oskar Zunz, la nariz más increíble que he conocido.

Capítulo 21

ARGENTEUIL, A LAS AFUERAS DE
PARÍS, OCTUBRE DE 1940



ANGÉLINE

Perfume:
Black Lace Stockings
Anís estrellado chino, rosa, vainilla

—Nunca pensé que llegaría el día en que monsieur Baptiste contrataría a una nariz femenina, *mademoiselle.* Y a una tan guapa —se ríe el profesor Zunz, con la gran barriga rebotándole bajo la bata blanca y las gafas de montura plateada deslizándose por su nariz.

El profesor es un *parfumeur* húngaro jovial, aunque corpulento, y un creador de aromas sumamente innovador.

—¿Entonces no está molesto? —me atrevo a preguntar.

—¿Molesto? Estoy encantado de tenerla aquí, en mi laboratorio. La empresa está en apuros porque tenemos que frenar la producción, con los nazis entorpeciendo nuestros transportes desde Grasse. Necesitamos ideas nuevas, pensamiento nuevo —dice con los ojos tristes pero esperanzados. No puedo evitar querer unirme a su lucha.

—Dígame, profesor, ¿dónde aprendió perfumería? —trago mi nerviosismo, intentando que hable de sí mismo para que no me pregunte por mi experiencia.

—El perfume ha sido mi vida desde que era un niño —dice—. Mi familia tenía una perfumería en Budapest, encajada entre una carnicería y una sombrerería en una calle adoquinada. Mi padre solía decir que una ama de casa podía comprar su salchicha, llevarse un sombrero nuevo y oler como una dama de compañía de la reina en su paseo matutino. —Mira a lo lejos—. Días de gloria que nunca olvidaré. Mamá se puso tan contenta cuando adquirimos una máquina para hacer pintalabios y atraer a las damas a la tienda hasta que… —Hace una pausa, su pecho sube y baja—. Los nazis la hicieron añicos cuando saquearon el negocio y destruyeron nuestra empresa centenaria. Mi madre murió poco después.

—Lo siento mucho, profesor. Sé lo que es perder a una madre. —Fuerzo una sonrisa. Quiero compartir con él mi propia historia, pero no me atrevo. Percibo camaradería entre nosotros, pero he aprendido a no fiarme de nadie. Prefiero cambiar el tono—. ¿Cómo se convirtió en *parfumeur?*

Se limpia las gafas antes de continuar.

—La tienda la fundó mi abuelo en la época de los corsés, las tiaras y los polvos de seda. Las viejas estanterías de madera repletas de frascos ornamentados me fascinaban de niño. Un día me subí al mostrador para coger un frasco de vidrio con forma de barco y toda la balda se vino abajo. Se rompieron frascos y el perfume se derramó por todas partes. —Su risa jovial le hace vibrar las mejillas sonrosadas—. Mamá me dijo que olía como una mujer de la calle, pero yo descubrí que tenía talento para identificar los aromas derramados. —Me mira de cerca—. ¿Y usted, *mademoiselle?*

—Cuando era niña me envolvía en largas guirnaldas de margaritas y me tumbaba en los campos cerca de nuestra… casa —casi digo vardo—. Cerraba los ojos y olía plantas y flores durante horas.

—Ah, bien, compartimos una vida de aromas, *mademoiselle.* Yo no era mucho mayor que usted cuando entré de aprendiz en un laboratorio de París. Desde entonces he trabajado para varias casas, pero la Casa Doujan se ha portado bien conmigo. Monsieur Baptiste me da rienda suelta para crear mis perfumes sin cortapisas. —Huele

un vial y suspira—. Permítame mostrarle mi última creación, Desert Nights, con un sutil jazmín de Casablanca. Una invitación floral de puro deleite para la nariz.

Huelo el vial, cierro los ojos.

—Orquídea y jazmín…, rosa absoluta…, vainilla empolvada.

Las cejas velludas se le arquean.

—*Très bien.* ¿Y este, *mademoiselle?* —Saca otro vial con líquido dorado del estante de madera sobre su mesa de trabajo.

—Gardenia, cítricos, rosa, brote de grosella negra, ámbar.

Y otro más.

—¿Y este?

—Mandarina, melocotón…, jazmín, rosa…, miel.

—*Très bien, mademoiselle.* Su nariz es un instrumento extraordinario: filtra los olores fuertes y realza los más leves, pero me impresiona sobre todo cómo identifica la nota de corazón.

Casi con timidez, me relajo y disfruto del cálido resplandor en el vientre al oír sus palabras con ese acento encantador. Para mi sorpresa, no me disculpo por mi conocimiento ni alardeo de él; encuentro en este maestro *parfumeur* una sincera apreciación de lo que sé hacer.

Y qué agradable es eso.

—Me gusta pensar en la nota de corazón como la mamá de la familia del perfume, la que lo mantiene unido.

Se le entristecen de nuevo los ojos. Intuyo que el caballero de Budapest piensa a menudo en su mamá, como yo en la mía. No hace falta preguntarle si los nazis tuvieron algo que ver con su muerte.

Por fin dice:

—Tiene el don verdadero de una nariz.

—*Merci, monsieur* —sonrío, aliviada.

Me deja oler varias mezclas más en las que trabaja y queda debidamente impresionado cuando identifico el esquivo aroma del ámbar gris.

—Vómito de ballena —digo tras aspirar bien.

Cómo olvidarlo. Tenía doce años cuando mamá y yo encontramos una tienda en la orilla Izquierda que vendía artefactos orientales y especias. Me cautivó la historia de cómo los cachalotes excretan esa sustancia cerosa al océano.

El profesor Zunz asiente con aprobación y me pregunta por mi experiencia disolviendo flores y plantas en alcohol etílico para extraer sus aceites, y cuánta experiencia tengo manejando concretos y resinoides.

Se me hunde el estómago. Estoy en un aprieto. Las esencias de mis perfumes salían de mi sencilla destilación al vapor. Dos ollas. Una cocina. Agua fría. No creo que el profesor lo apruebe. En su lugar, le cuento cuántas pruebas hago de cada fórmula nueva.

—Cuarenta…, cincuenta. Empecé a los ocho con mi primer lote de agua de rosas cociéndose en nuestra pequeña cocina… Se derramó por toda la encimera limpia de mamá y tuve que empezar de nuevo.

Se ríe.

—Aquí, en mi laboratorio, elijo químicos con distintas tasas de evaporación para controlar cómo experimenta la fragancia quien la lleva, qué olor percibe primero. ¿Y usted, *mademoiselle?*

Se limpia otra vez las gafas, esperando mi respuesta. ¿Qué puedo decir? Hago tantas cosas por instinto. Y en lotes pequeños. No los enormes calderos de cobre de la fábrica de Grasse que me dibuja con pluma y papel.

—Por supuesto, profesor —miento.

Él asiente; vuelvo a mentir… y asiente. Entonces dice:

—Jamás ha estado en una fábrica de perfumes, *mademoiselle, n'est-ce pas?*

Intento sonreír.

—¿Tanto se nota, profesor?

—Para mí es obvio. —Me mira por encima de las gafas, a media nariz—. Tiene un don natural para los aromas y las mezclas, y por cómo combina las hierbas y maneja la creación de esencias a partir de flores, diría que una sanadora le enseñó los fundamentos del perfume.

—*Oui,* mamá.

—Así que no es la joven sofisticada de Grasse que pretende ser.

—No, profesor —confieso—. Yo…, yo soy romaní.

Asiente, comprensivo.

—Ah, *mademoiselle,* entonces sabe lo que es ser perseguida. *Alors,* desde que Hitler entró en París han cambiado tantas cosas…, pero estoy orgulloso de ser judío. Recibo cartas de primos en Budapest que me ruegan que deje Francia y vuelva a casa, pero tras la muerte de mamá no me queda nada a lo que regresar.

—Yvette dijo que solicitó un visado para salir de Francia.

—Sí, rezo para que no lleguemos a eso. Soy demasiado viejo para ser un refugiado sin oficio ni domicilio.

—Usted mismo dijo que monsieur Baptiste respeta su talento, lo importante que es para la Casa Doujan.

—Por ahora. No me fío de Hitler. Han expulsado a judíos de bancos, enseñanza y función pública, y me temo que no se detendrá ahí, *mademoiselle.* Los nazis han vetado a los judíos del ejercicio de la abogacía incluso si son ciudadanos franceses. Y se habla de más restricciones para las fiestas judías. ¿Quién sabe si ordenará a sus soldados ir más allá de acosar a los comerciantes? —Suspira—. Le dije a monsieur Baptiste que no renunciaré a mi religión, es lo que soy. Pero no me iré de París sin mi sobrina.

Hago una mueca.

—Se refiere a la prometida de monsieur Baptiste.

—He oído que ya se conocieron —dice riendo, sin que hagan falta más palabras—. Ay, las noches en vela que me acechan desde que Ester llegó a Francia —niega con la cabeza—, dondequiera que va, la sigue el escándalo.

—No puede ser para tanto, profesor.

Me echo a temblar. ¿Y si el *parfumeur* supiera que la chica que tiene al lado es buscada por la Gestapo?

—Ester es una joven encantadora —continúa—, pero vanidosa y amante de las cosas bellas. Y tiene un problema con el juego. Es muy diestra para encontrar caballeros que sufraguen su afición,

como cuando se casó con un aristócrata de Budapest y luego descubrió que seguía casado con su segunda esposa. Sin pestañear, aceptó un acuerdo y una anulación, aunque conservó el título de condesa Bulgávari, y vino a París. Para mi disgusto y para deleite de ella, no tardó en hechizar a monsieur Baptiste. Lo convenció de llevarla a Montecarlo para codearse con la alta sociedad y tentar la suerte a la ruleta. Perdió a lo grande, pero a monsieur Baptiste eso no le importó. Estaba prendado de su belleza clásica y la contrató para protagonizar anuncios y vender perfumes de la Casa Doujan, y después le pidió matrimonio. Es un hombre solo, *mademoiselle,* viudo desde hace años, y Ester se aprovechó. Es mi sobrina y no abandonaré a la familia. Rezo para que la influencia de Frederic baste para protegerla si los alemanes nos restringen aún más la vida.

Guardo silencio, sin decir palabra sobre lo que el comandante me contó de los planes del Führer para judíos y «gitanos».

—Ester se recreó en la notoriedad de ver su rostro en los anuncios de los periódicos y en los quioscos… hasta la Ocupación —prosigue—. Frederic retiró los anuncios antes de que la Abwehr descubra que es judía.

Un escalofrío súbito llena la estancia. Puede que la mujer sea superficial y estúpida, pero siento con ella un extraño parentesco. Compartimos un enemigo común.

—No se fíe del joven monsieur Baptiste, *mademoiselle* —me advierte—. Monsieur Frederic vendería su propia sangre con tal de tener a sus amigos nazis en el bolsillo.



Durante los meses siguientes, paso los días con la nariz en un vial de perfume y el corazón en ganar la batalla. Ambas cosas son como enamorarse. Alegría y luego frustración… y el anhelo constante de acertar. No he sabido nada de Lance desde que hice el ridículo perdiendo el sentido por él. Está en una misión secreta, es todo lo

que Jarnak me dice. Aun así, no olvido cómo me miró Lance, con sus manos agarrando mi cintura. Me aviva el paso y me pone una sonrisa en la boca.

«¿Lo dice la chica romaní que no quería a un hombre en su vida?», me reprendo mientras repaso el papeleo de la nueva fragancia que creé para la Casa Doujan. La lanzamos la semana que viene, el aroma que mamá y yo hicimos en aquellos días despreocupados en que pasábamos hambre con cerdo y arroz para poder costearnos los ingredientes de nuestros aceites esenciales. Rosa, jacinto, lavanda. Jengibre, pimienta rosa, perejil. Luego creamos un perfume exquisito que seduce con absoluto de rosa, que vibra con pimienta y hace realidad los sueños más bellos con lavanda.

Lo llamo Naomie's Dream.

Por mamá.

Estiro el cuello para aliviar el dolor, con el hombro izquierdo agarrotado de revisar una y otra vez las cifras del *stock* de perfume que envió la fábrica de Grasse a París por transporte. La fabricación se concentra en el sur de Francia, en la Zona Libre, pero no me atrevo a viajar allí ni con una nueva *carte d'identité* a nombre de Angéline de Cadieux, que debo agradecer al hermano de Yvette, Alain. He decidido no permitir que nada salga mal. Creé el perfume, pero mi nombre no figura en la fórmula. En el material de prensa, el nombre que aparece como nariz es el de Frederic. Lucho contra el tumulto interno, respiro hondo y me repito que ese fue el acuerdo, que tengo suerte de tener este trabajo cuando mis compatriotas sufren.

Aun así, no puedo renunciar a mi sueño: que algún día, cuando el mundo se arregle y los boches sean expulsados de Francia, mi nombre figure como la nariz. Pero solo si trabajo duro. Por eso me quedo hasta tarde en el laboratorio probando una fórmula nueva, algo de lo que no le he dicho nada al profesor, un aroma que me ronda la cabeza desde hace meses. Un perfume para levantar el ánimo de las francesas, para darles valor. Me entusiasmó descubrir

que la empresa aún tiene aceites y esencias sin agotar. He estado experimentando con distintos aromas —melocotón, rosa blanca aterciopelada, orquídea…—, pero no estoy segura de la nota de fondo.

Paso el tiempo aquí, en el laboratorio de las afueras de París, en Argenteuil, y gracias a la camaradería de Frederic con la gente adecuada, los funcionarios nazis miran hacia otro lado y no nos molestan. Se deja caer por el laboratorio a horas extrañas, ahora que estamos listos para el lanzamiento, trayendo a sus amigos nazis. Se pavonea, huele tiras de prueba y va cantando los ingredientes que yo le he apuntado a lápiz muy leve en cada tira para que, al alzarla a la luz, pueda leer lo escrito sin que nadie lo note.

Lo aguanto porque tengo que hacerlo. Él me advierte que no abra la boca. No soy tan tonta. No puedo poner en peligro mi puesto.

La lámpara alargada que cuelga del techo ilumina mi mesa con un solo haz de luz, dibujando sombras juguetonas mientras recojo mis notas y facturas, las meto en una carpeta y coloco los viales en un orden concreto. Aparto los frascos de prueba de la nueva fragancia para darle descanso a la nariz y me acurruco con una muestra de Naomie's Dream para saborear este momento privado con mi madre, hablando con su fantasma.

—Hemos envasado tu perfume en un frasco cuadrado de cristal turquesa, mamá, con etiqueta blanca y letras doradas. El azul me recuerda a tus ojos.

Me siento a oscuras, con un nudo en la garganta y una pena honda apoderándose de mí. A mamá no le gustaba verme triste, así que me pellizcaba las mejillas para hacerme sonreír y me recordaba todo lo que teníamos que agradecer, que el boche jamás nos vencería, que éramos más fuertes… y llevábamos aquí más tiempo. Más de mil años. Por eso no puedo parar. Debo seguir buscando la fórmula adecuada para el nuevo perfume que, lo juro, hará sonreír de nuevo a las mujeres de Francia.

Se hace tarde y aún estaré aquí cuando el profesor llegue por la mañana con café fuerte y una *baguette* crujiente. Mantequilla.

Mermelada. Me saludará con besos en ambas mejillas e insistirá en que desayune con él si no pregunto de dónde lo saca. Sé que trueca perfumes con tara —etiquetas perdidas, frascos mellados— por comida en sus escapadas semanales al campo. El trueque no es ningún secreto. Forma parte de nuestras vidas y hasta tiene nombre: *le système D*. Como todos, he caído en una rutina diaria de supervivencia, pero mientras París finge normalidad, los alemanes invaden Rusia, ha explotado una bomba en una librería de la orilla izquierda, y hay nuevas restricciones para los judíos.

Las radios están prohibidas.

Por eso el profesor Zunz guarda su radio Philips de 1934 fuera de la vista, bajo su mesa, tras una caja de viales y matraces vacíos. En una noche clara y fría, si colocamos la radio en el punto justo y giramos el dial, podemos captar Radio Londres. Escucho cada noche, no solo por las noticias, sino por si Lance me ha enviado un mensaje en clave. Todo el mundo, incluidos los nazis, sabe que cuando el locutor dice «mensajes personales antes de empezar», vienen frases, a menudo disparatadas. Es una fantasía mía pensar que Lance me enviaría un mensaje codificado, pero siempre albergo la esperanza, ya que los agentes se comunican así.

Enciendo la radio, giro el dial y suena música estrepitosa en exceso. Una emisora controlada por los nazis. Sigo probando hasta que oigo el barítono familiar del locutor francés desde la emisora de Londres.

—*Ooh, mais non!* —protesto cuando irrumpe una fuerte ráfaga de electricidad estática. Los nazis vuelven a interferir la señal.

Apago la radio y oigo algo…

Risas estridentes y portazos vienen del pasillo. Invitados de juerga en el despacho privado de Frederic. Los oficiales nazis suenan más ruidosos de lo normal, aunque estoy acostumbrada a sus fiestas escandalosas, con Frederic atiborrándolos de champán y ofreciéndoles frascos de perfume de cortesía para llevar a Berlín a sus esposas.

Las risas aumentan, señal de que están más borrachos. Siento que me ahogo en ruido: primero con la horrible música nazi de la radio y ahora con los alaridos de los oficiales. Gracias a Dios no tenemos muchos visitantes en el laboratorio, aunque la semana pasada aparecieron dos hombres con gabardinas de cuero marrón y sombreros italianos. Gestapo. Pasaron una hora en el despacho interrogando a Blanche, la contable. La pobre quedó tan nerviosa que, después, se le escapó que la Gestapo la obligó a dar el nombre de todos los empleados judíos.

Se lo conté al profesor Zunz y se puso pálido tras las gafas, y escondió la radio.

No hablamos de ello, pero él vigila el vestíbulo cada vez que se detiene un coche y se va del laboratorio a horas raras para que nadie lo siga.

Yo voy a lo mío, encorvada sobre mi mesa hasta altas horas, mezclando, oliendo tiras de prueba y tomando notas para dar con el acorde adecuado del nuevo perfume.

Aunque no estoy en contra de espiar las reuniones nocturnas de Frederic.

He pescado fragmentos de conversación sobre idas y venidas de oficiales alemanes basándome en cuándo se aprovisionan de perfume para llevar a Berlín. Información que escribo con tinta invisible y envío a Yvette en París en código, usando nombres de ingredientes como palabras clave.

Rosa significa París.
Vainilla significa Lisboa.
Limón significa Berlín.
Naranja significa Lyon.
Clavo significa armas.
Pachulí significa trenes.
Sándalo significa oficial nazi.
Ámbar gris significa Hitler.

Estoy orgullosa de mi trabajo, como espía y como *parfumeuse,* y decidida a que Lance esté orgulloso de mí, aunque no haya vuelto a buscarme para un beso como el de la primera noche.

Por eso actúo antes de pensar.

Frustrada tras desechar las últimas veinte tiras de prueba, cojo un vial de perfume como excusa y me escabullo por el pasillo hacia el despacho de Frederic con el pretexto de pedirle su opinión sobre el aroma, aunque con la esperanza de oír algo útil que pueda transmitir cuando…

Reconozco a la mujer que está de jarana con Frederic y el oficial nazi.

Ester.

No me sorprende. Ha venido desde París a primera hora de la tarde y la he oído quejarse ante su tío de que Frederic le ha dicho a su padre que le quitara la paga porque lo está avergonzando con sus deudas de juego en las carreras de caballos de Longchamp.

El profesor Zunz se ha limpiado las gafas, negando con la cabeza. No es ningún secreto que la Gestapo está reuniendo nombres. Le ha rogado que se fuera de París, recordándole los rumores de que miles de judíos han sido enviados desde el campo de Drancy, en las afueras, a un campo de trabajo. Un lugar llamado Auschwitz.

Ester le ha dicho que no se preocupara. Que lo tiene todo bajo control.

Entro. Por el calor en su voz, no parece que lo tenga controlado.

Con las manos en las caderas y la barbilla alzada, encara a Frederic. Su cuerpo alto y esbelto envuelto en seda roja, el cabello rojo resplandeciente cayéndole en rizos largos y sueltos, zapatos negros de tacón. Y un ridículo sombrero *pillbox* negro echado hacia delante con una pluma gris aún más ridícula curvándose por la espalda.

—No me importa que Jean-Claude me haya quitado la paga; no puedes detenerme, Frederic. —Ester se acerca contoneándose a un oficial nazi sentado de espaldas a mí. Su gorra está sobre el escritorio, junto a dos botellas vacías de vodka—. El comandante

Von Risinger me ha invitado a acompañarlo mañana a las carreras de Longchamp.

¿Comandante Von Risinger? ¿Es ese el comandante con quien almuerza en el Hôtel Ritz?

Parpadeo, se me encoje el estómago otra vez.

No. No puede ser él. No lo creeré. No.

Capítulo 22

ARGENTEUIL, A LAS AFUERAS DE
PARÍS, OCTUBRE DE 1940



ANGÉLINE

Perfume:
Wild Coquette
Mango indio, azucena real, almizcle

El comandante se inclina para besarle la mano; Ester sonríe, y la escena me revuelve el estómago.

—Será un placer llevarla de mi brazo, condesa Bulgávari.

—Llámeme Ester —le susurra al oído, y Frederic se inquieta. Será un capullo pretencioso, pero se vuelve un mojigato cuando ve a la prometida de su padre coqueteando con los nazis.

—Como guste, Ester. Me honrará que apueste por mi caballo en la carrera de mañana. Un magnífico ejemplar que adquirí este verano.

—Ah, merci por el consejo, comandante. Apostaré cinco mil francos por… —sonríe—. ¿Cuál es su nombre?

—Zeus.

Me quedo helada. No. No puede ser. Imposible.

—Me alegré mucho cuando su antiguo dueño accedió a vendérmelo —prosigue el comandante Von Risinger— por un precio razonable.

El precio fue la vida de mi madre, hijo de mil putas.

Un golpe de frustración pura y un dolor punzante en el pecho me atraviesan, tan fuerte que se me duerme el brazo y dejo caer el

frasco de perfume. Estalla contra el suelo y se convierte en añicos. El olor penetrante del pachulí y el ciprés me hiere las fosas nasales. El horror de aquel día regresa en oleadas: cada segundo ralentizado, la visión de mamá en aquel suelo de paja mugrienta.

No tengo tiempo para lamentarme.

Debo pensar. ¿Cuál es mi siguiente paso?

Si pudiera vengarme de ese nazi arrogante, lo haría sin dudar; pero tiemblo tanto que temo arruinarlo todo. La antigua Tiena cogería su cuchillo y lo enfrentaría, lo heriría… lo haría sangrar, sufrir, vivir con ese recuerdo. Pero ahora soy Angéline, y no sé cómo, pero oigo la voz grave de Lance susurrándome que mantenga el control…, que no lograré nada si me dejo llevar por la furia.

Le lanzo una mirada feroz entre dientes, luego retiro el gesto antes de delatarme cuando el comandante se vuelve y me ve. Devuelvo la mirada al rostro depravado que juré no volver a encontrar. Ojeras pronunciadas, arrugas profundas… la guerra también lo desgasta a él.

—Ah, otra hermosa *mademoiselle.* ¿No se unirá a nuestra fiesta, *liebling?*

—Pardon, monsieur —bajo la mirada, y mi mano tiembla—. Tengo trabajo en el laboratorio.

—¿A estas horas? —pregunta incrédulo—. *Ach,* el Führer ha ordenado que una *fräulein* tan guapa no trabaje pasada la medianoche.

—Debo limpiar los cristales del suelo, *monsieur. Pardon.*

Me doy la vuelta para ir a buscar una toalla, pero él salta de su asiento y me agarra del brazo derecho.

—Insisto en que se una a nosotros, *mademoiselle.*

Es una orden, no una invitación; muy típico de los boches.

Un escalofrío de miedo me atraviesa cuando sus ojos se clavan en mí con un destello de reconocimiento, como si buscara un recuerdo esquivo. La adrenalina me obliga a esconder el brazo izquierdo con la cicatriz. Llevo un vestido de manga corta estampado con lilas y violetas, y una bata de laboratorio que me cubre los brazos. Mi pelo

negro y el carmín de mis labios lo confunden lo suficiente: soy toda dulzura, nada que ver con la gitana a la que intentó matar aquel verano.

—¿Quién soy yo para contradecir al Führer? —murmuro, fingiendo una sonrisa mientras sus dedos me aprietan la carne. Duele.

Quiero vengarte, mamá. Pero no aquí. No ahora. Lo haré, te lo juro.

—Me alegra que haya cambiado de idea, *mademoiselle.* —Me suelta, hace un saludo marcial, inclina la cabeza. Sospecho que quiere besarme la mano, pero no tengo valor para permitirlo. ¿Y si me exige quitarme la bata? ¿Y si ve la cicatriz? Me encojo, recatada, y retrocedo. El comandante se vuelve hacia Frederic—. ¿Por qué no me ha presentado a esta fascinante criatura?

—Es solo una empleada, comandante —dice Frederic, que disfruta al degradarme—. Vuelva al laboratorio, Angéline. Ahora.

Bajo los ojos.

—Oui, monsieur.

Creo distinguir cierta curiosidad nueva en él. Tendré que andarme con cuidado. Me dispongo a marcharme cuando el comandante me rodea la cintura y musita algo en alemán. No hace falta que me lo traduzcan. No me muevo; el corazón me late a mil. Un miedo desconocido me crispa los nervios.

Si intenta algo, no sé si podré contenerme.

—Ahora tengo dos chicas para entretenerme —se jacta—. Una hermosa condesa húngara y…

Busca la palabra, pero no la encuentra. Me observa más de cerca.

—Juraría que nos hemos visto antes… ¿Marsella, quizá?

—Mademoiselle es de Lyon —bosteza Ester—. Tan *bourgeois, n'est-ce pas?*

Le dedico una mirada envenenada. No necesito su ayuda. Contraataco antes de que él ate cabos y recuerde mi rostro.

—Soy la asistente del profesor Zunz, *monsieur.* Trabajo con aceites esenciales para ayudar a monsieur Baptiste a crear sus perfumes.

Me duele conformarme con el gesto satisfecho de Frederic, pero ahora tengo más que perder que ganar con insolencias.

—Ah, eso era. Usted es la *mademoiselle* que Frederic contrató para sustituir al judío cuando deje de ser útil.

Miro de reojo a Ester. Se ha puesto pálida. ¿Tiene corazón? ¿O teme por su pellejo?

Me decanto por lo segundo.

—El profesor es un químico brillante, *monsieur* —respondo—, y esencial para la Casa Doujan.

—Por ahora. —Me acaricia la mejilla—. Todo cambia, *mademoiselle,* no lo olvide.

—¿Se ha olvidado de mí, comandante? —Ester gorjea como un pájaro, y me lanza una mirada afilada. Ha recuperado la compostura en un instante. ¿Por qué me mira a mí? ¿Acaso no le importa lo que le pase a su tío?—. ¿Me perdona mis malas apuestas en los caballos?

—Por supuesto, condesa. Confío en mejorar su suerte mañana. —La devora con la mirada; es nauseabundo—. Los oficiales alemanes somos muy indulgentes con las damas tan encantadoras como usted.

—Merci, *monsieur* —susurra ella—. Es usted muy amable.

No puedo creer que la prometida de monsieur Baptiste se rebaje a coquetear con ese asesino nazi. No me gusta la mujer, repruebo su actitud servil, y me repugna verla buscar su favor…, pero también la compadezco. No vislumbra el abismo al que se acerca por coquetear con semejante bestia.

Con la barbilla alta, Ester se despide del comandante, batiendo las pestañas y enviándole un beso a través del aire. Me ignora al pasar. Solo quiere marcharse. Por el bien del profesor, no le digo lo que pienso.

—Parto pronto hacia Berlín, *mademoiselle* —dice el comandante cuando ella ya no está—. Una reunión importante con el Führer. Necesito su ayuda.

—¿Conmigo? —Me quedo inmóvil.

—Mi mujer suplica que le lleve medias de seda y perfume. —Se inclina sobre mí, aspirando hondo—. ¿Qué fragancia recomienda?

—Naomie's Dream se lanza la semana que viene. —Veo unas botellas de muestra sobre la estantería de Frederic. Ojalá pudiera estampárselas en la cabeza. Ahogarlo en su fragancia hasta que se atragantara—. Es un aroma precioso para animar el espíritu de una mujer que espera el regreso de su apuesto esposo. —Cojo una botella, retiro el tapón. El absoluto de rosa me golpea. Pienso en ella. No dejes que te tiemble la mano…—. Su esposa será la primera en probarla. Exclusiva de la Casa Doujan.

—*Merci, mademoiselle…* Me halaga. —Aspira—. *Ach, sehr schön…* Hermosa, como usted.

—Encantado de atenderlo, comandante —interviene rápido Frederic—. Por cierto, apreciaría una palabra suya para garantizar la seguridad de nuestro camión de transporte que trae doscientas botellas desde Grasse.

Siempre el vendedor perfecto. Esta vez me alegra: el perfume de mamá viajará a París a salvo.

No te enfades conmigo, mamá. ¿Qué mejor justicia que engañar a este cerdo nazi?

—Con gusto haré todo lo que pueda por la Casa Doujan y por la encantadora *mademoiselle.* —Se vuelve hacia mí y choca los talones de las botas contra el suelo, al estilo militar—. Si todo sale bien, le traeré especias exóticas y quizá alguna sorpresa de la tierra de las pirámides cuando nos volvamos a ver.

—Lo esperaré con impaciencia.

Me mantengo serena, pero analizo cada detalle. Quizá no signifique nada…, o quizá signifique todo.

Se inclina y besa mi mano antes de que pueda evitarlo. Me dan náuseas. Contengo el impulso de limpiarme la piel.

—Lamento, *mademoiselle,* no haber pasado más tiempo juntos.

Le dedico un adiós tímido y huyo hacia el laboratorio, pero Frederic me sigue y me agarra del brazo.

—Necesito que esté en París cuando llegue el envío de Grasse.

—¿Por qué yo? —Me zafo.

—¿Quién mejor que la creadora de Naomie's Dream para asegurarse de que todo esté en orden?

—¿Y por qué no vas tú? —Es un comentario ruin: ambos sabemos que él se atribuyó el mérito. Pero después de mi encuentro con ese nazi repugnante, no estoy de humor.

—*Touché, ma belle* Angéline. Pero ya sabe a qué árbol toca arrimarse si queremos estar bien cobijados. Debo quedarme aquí y entretener al comandante hasta que parta a Berlín.

—Solo los colaboracionistas están bien cobijados hoy en día.

—Mejor eso que la muerte—admite. Su voz tiene un matiz que no le conocía: cansancio, miedo, algo parecido a la vergüenza.

—¿Mejor? —Lo atravieso con la mirada. El aire del pasillo es agobiante, pero ofrece la intimidad necesaria para hablar sin testigos.

En sus ojos asoma la sombra de un hombre que sabe que ha caído bajo.

—No me mire así, Angéline. Créame o no, me importa el bienestar de todos los que trabajan en la Casa Doujan. Estos son tiempos peligrosos, *mademoiselle,* y nunca se sabe quién es amigo o enemigo.

Curioso. Ester dijo lo mismo.

—He asegurado al personal que seguiremos con la producción sin interferencia de los ocupantes —añade, con una esperanza desesperada que me conmueve. ¿Me equivoco con él?—. Es lo mejor que puedo hacer.

Aquella noche firmamos una tregua. Es un hombre enfrentado a un mundo que no comprende, pero del que depende. Los dos deseamos que la Casa Doujan sobreviva a la guerra, lo que ahora resulta más difícil por el juego imprudente de Ester. Él se queda en Argenteuil para mantenerla a raya. Me da las buenas noches con un beso fraternal en la mejilla, y vuelve junto al nazi con esa jovialidad falsa tan suya.

Yo no me muevo.

Tardo diez minutos en dejar de temblar antes de escribir una nota a Yvette, que está en la tienda de París.

«Me encanta esta nueva mezcla con limón, sándalo y ámbar gris», anoto en clave, es decir: «Un oficial nazi va camino de Berlín para reunirse con Hitler».

Y con tinta invisible escribo: «Comandante Ernst von Risinger. El Cairo».

La envío por correo a la mañana siguiente.

Y rezo para no volver a ver a ese cerdo nazi.

Capítulo 23

PARÍS, 2003



ANGÉLINE

Perfume:
Mademoiselle Pink nº 47
Rosa rosa, jazmín, almizcle

—Después de mi impactante encuentro con el comandante nazi, no podía dormir ni comer. Los recuerdos del horror que sufrí a sus manos me hacían sudar hasta empapar las sábanas. Tenía unas jaquecas feroces; mi mente repetía una y otra vez aquel momento como una pesadilla en vida, cuando oí el estruendo del disparo y Maman cayó a mis pies, herida. No pude detener la hemorragia…

—Debió de ser horrendo para usted —dice Emma en un susurro, con los párpados aleteando. Muerde la punta del lápiz, intentando asimilar la absurda coincidencia que me puso cara a cara con ese monstruo.

Mi amor infantil por los caballos.

Y mi destino como parfumeuse.

—Me llevó años de terapia superar aquel día y dejar de machacarme por haber actuado como una cobarde —le digo—. Oh, cómo deseé estrellarle el frasco de perfume en la cabeza y verlo sangrar.

—¿Qué la detuvo, *madame*? —pregunta, con la voz acalorada y anhelante.

—Oler Naomie's Dream cuando quité el tapón del frasco. No me golpeó en el corazón, sino en la cabeza. Como si el fantasma de

mamá me diera un codazo para que esperara mi momento: si actuaba por venganza para tumbar a un nazi, nunca tendría la oportunidad de tumbar a muchísimos más.

Emma sonríe.

—Ay, *madame,* me hace sentir tan orgullosa… y me sorprende con su lenguaje tan pintoresco. —Luego, en tono serio, continúa—: No sé si yo habría tenido su autocontrol. Uf, yo querría retorcerle el cuello y darle donde más le duele. —Hace una pausa, avergonzada —. Perdón, *madame.* Una oye hablar de oficiales tan depravados cometiendo atrocidades que parecen increíbles, pero no se comprende su crueldad hasta que escuchas una historia personal que te toca de cerca. —Fuerza una sonrisa—. Quiero decir…, bueno…, es inevitable. Quieres verlo sangrar.

¿Te toca de cerca? Frunzo el ceño. Una expresión extraña en boca de la joven reportera, pero la dejo pasar. Por otra parte, mi inglés está oxidado desde que Lance murió… y Dios sabe que tengo las emociones tan a flor de piel que no puedo ir ahí, revivir aquellos años dolorosos después de la guerra, cuando nos separamos. Mi terapeuta dice que nunca superé la fase de rabia del duelo cuando él falleció. Ahora menos que nunca, no cuando aún me queda tanta adversidad de la guerra por revivir con esta muchacha.

Apretando los dientes, arranco mi corazón de su lugar oscuro y continúo:

—No podía contarle a nadie lo que había pasado con el comandante sin poner en peligro sus vidas. Aun así, anhelaba volver a ver a Zeus, así que hice averiguaciones sobre los caballos que corrían en Longchamp. Descubrí que a mi semental lo retiraron de la cartilla de carreras poco después y lo reclutaron para el Servicio de Caballería alemán. No era para sentirme aliviada, pero al menos estaba fuera de las manos del comandante. —Sonrío—. Cuando Frederic me llamó a su despacho al día siguiente, me besó en ambas mejillas y dijo que darle al comandante la exclusiva de nuestro nuevo perfume había sido un golpe de genio. Que la esposa del oficial nazi era pariente de Göring por una prima cuarta y que su

apoyo a Naomie's Dream ayudaría a que despegara, y que podríamos duplicar la producción si conseguíamos las materias primas necesarias. Pura ilusión, porque nuestros campos de flores en Grasse los requisaron los nazis para plantar comida, y se necesitan sesenta mil rosas para obtener una onza de absoluto de rosa.

—¿Sesenta mil? —repite, apuntándolo en su bloc amarillo con números bien grandes.

—Sí. También me hizo una advertencia gravísima que no me tomé a pecho.

—¿Advertencia? —pregunta Emma, incorporándose—. ¿Sobre qué?

—Ester. «No te acerques demasiado a ella», me advirtió. Puso los ojos en blanco y luego se secó la cara con el pañuelo. Gotas de sudor perlaban su frente alta y relucían como rocío en su cabello oscuro, peinado hacia atrás. Insinuó que Ester se había pasado de la raya, avergonzando a la Casa Doujan y atrayendo la atención sobre sí misma. Si no controlaba su afición al juego y su deuda caía en manos equivocadas, refiriéndose a la Gestapo francesa, las consecuencias serían funestas para ella. «Es judía», dijo, y esbozó una sonrisita. Le pregunté si el comandante lo sabía. Negó con la cabeza. Frederic no sacó a relucir el pasado de la prometida del viejo Baptiste, pero tramaba algo. Imagínate mi horror cuando el hombre de la Gestapo apareció en el laboratorio y exigió un recuento de empleados y entrevistas personales con todo el personal, incluidos los judíos.

—Herr Geller.

—Sí; no dejaba de mirarme, olisqueando. Entornaba los ojos hasta convertirlos en rendijas, frunciendo el ceño como un castor hinchado afilando las garras. Estaba tan conmocionada que me pilló desprevenida. No tuve cuidado de ocultar la cicatriz del brazo cuando irrumpió en el laboratorio y exigió ver la documentación de todos. Por suerte, el profesor Zunz estaba en el campo, pero alcancé

a ver que el hombre de la Gestapo tenía su nombre rodeado en la lista.

—Qué horror para usted, *madame.*

—Cuando le entregué mi cartilla de identidad falsificada, vio la cicatriz, pero no lo relacionó. ¿Por qué habría de hacerlo? En mis papeles constaba que era católica francesa, nacida en Lyon. Apreté el estómago para no temblar. Aún estaba tambaleándome por el encuentro con el comandante. Temía que el oficial nazi regresara a Argenteuil y sospechaba que Frederic estaba detrás de la visita del hombre de la Gestapo. El hijo y heredero de la Casa Doujan temía ser desenmascarado como un impostor y estaba tan asustado de que yo revelara su secreto que envió a Herr Geller para mantenerme a raya. Una advertencia para que cerrara la boca si quería conservar el trabajo. Nadie está a salvo de la policía secreta.

—Uf…, increíble. —Tiene los ojos muy abiertos, la cara pálida y la goma del lápiz mordida hasta el tope—. Dígame que coge desprevenido al comandante, *madame,* por favor. No creo que pueda dormir hasta que lo haga.

No le contesto de inmediato. Me levanto de la silla y me acerco a la ventana alta. Nubes de tormenta se ciernen sobre los tejados de París y un frío llena la habitación del hotel. Se avecina un temporal… grande.

—Cuando toma un libro, *mademoiselle* —empiezo, cerrando la cortina gruesa—, ¿se va directa al último capítulo para ver cómo termina?

Se ríe.

—Culpable. Me encanta leer libros con final feliz y no quiero llevarme una decepción.

—Usted ya sabe cómo termina mi historia. Los campos y perder a mi hija. Lo que el rumor popular llamó mi «bebé secreto». —Hago una pausa—. Pero eso ya lo sabía, *mademoiselle. N'est-ce pas?*

Asiente.

—De nuevo, culpable, *madame.* Pero usted siempre mantuvo la esperanza. Podría haber un final feliz en su futuro. Lo deseo tanto

para usted. —Reprime un bostezo—. Tengo que transcribir mis notas. ¿Podemos seguir con esto mañana, a primera hora?

Miro mi reloj. Se paró a la 1.36 de la madrugada. No importa. Tengo un profundo cariño por ese viejo reloj de oro, con esfera ovalada y aguja clásica. Lance me lo regaló antes de marcharse a Egipto tras la guerra. Un momento agridulce, pero jamás lo cambiaría por un dichoso reloj digital.

—Le diré esto del comandante: nunca olvidaré su cara cuando me enfrenté a él después y le dije que Naomie's Dream llevaba el nombre de la mujer a la que había asesinado.

—¿Y…? ¿Y…? —suplica Emma, pidiéndome más.

Doy cuerda a mi reloj y me lo llevo al oído. Sonrío. Está haciendo tictac.

—Cuándo y dónde ocurrió eso, *mademoiselle,* se lo contaré en otra ocasión, *d'accord?*

Capítulo 24

París, 2003



Emma

Perfume:
Deception
Melocotón, canela, ámbar

Su relato detallando las atrocidades nazis me afectó de un modo que jamás había sentido. Injusticias así también se cometieron contra mi familia. Imposible evitarlo escuchando a *madame* revivir su encuentro con el monstruo que asesinó a su madre. Una lágrima me resbala por la mejilla antes de que pueda detenerla. No consigo olvidar el tormento por el que está pasando mi propia madre.

A mamá se le empezó a caer el pelo poco después de iniciar la quimio.

Nadie sabe a ciencia cierta por qué ni cómo se enfermó. Rara vez fumaba, pero se especula con que estuvo expuesta al humo ajeno cuando trabajaba como enfermera en zonas de combate. Todo el mundo fumaba en las carpas del frente, me dijo, los vivos y los moribundos. Nunca olvidé aquella vez que fui con ella al hospital y vi cómo el celador la empujaba en su silla de ruedas cruzando las puertas, dejándome fuera durante lo que me pareció una eternidad. Me preocupé, así que entró en acción mi olfato de reportera (mi otro olfato se satura en ese ambiente, absorbiendo los olores a alcohol, astringente, limpiadores… y muerte) y exigí saber qué estaba pasando.

La jefa de enfermeras localizó al celador. ¿Adivina? Estaba en su descanso. ¿Y dónde estaba mi madre?

Sentada en su silla de ruedas. Sola. En un pasillo. Olvidada.

Aquello me destrozó el corazón. No pude contener las lágrimas. La saqué de ese hospital tan deprisa que ni veía por dónde iba. Lo triste fue que mamá no tenía idea de lo que pasaba. Estaba perdida en su propio mundo, sedada por los fármacos y la desesperación. Me niego a permitir que se rinda y no dejaré que eso vuelva a ocurrir. Estoy con ella cada vez que va a tratamiento.

Excepto hoy.

Es la primera vez que falto en semanas. Tengo que hablar con ella. Cojo el teléfono de mi habitación y pido a la operadora internacional… Repiqueteo con el pie como una coneja impaciente… Suena… Nadie contesta. Dios mío, ¿dónde está…? ¿Dónde está papá? Él nunca se separa de ella salvo para traerle sopa caliente, luego le frota los pies… Sigue sonando.

Por fin:

—¿Hola?

Débil, pero es ella.

—Mamá…, soy Emma, ¿estás bien?

—Emma, cariño, ¿dónde estás? —dice alterada—. No te he visto en las noticias esta noche… —Tose, y se me encoge el corazón—. No te habrán echado, ¿verdad?

Sonrío. Siempre le preocupa que me despidan. Soy la oveja negra de los Keane… Todos mis primos tienen trabajos de verdad y no se van a Europa a perseguir divas del perfume.

—Estoy en París, mamá. Estoy entrevistando a la fabulosa Angéline de Cadieux para la cadena… Ya sabes, la parfumeuse famosa… Me compraste un frasco de Angéline para mi decimoquinto cumpleaños.

—Oh…, sí, me acuerdo. —Se ríe, y luego vuelve esa tos—. Apestaste la casa durante dos semanas, rociándolo todo…

La línea se va. Silencio. Me desespero.

—¡Mamá…! ¡Mamá!

Jolines, ¿qué demonios pasa? Me entra el pánico y pulso los botones del teléfono arriba y abajo un montón de veces, intentando recuperarla. Empiezo a sudar, con la cara húmeda, diciéndome que puedo tomar el próximo vuelo a casa; *madame* lo entenderá…

—Emma, soy papá.

—¡Papá! Uf, ¿qué ha pasado?

—Perdona, cielo, no quería asustarte, pero tu madre… Bueno, la quimio la tiene pachucha y con muchas náuseas. La cena le sentó fatal. Quise asearla. —Suspira hondo—. Le recordé que estabas en París, pero tenía dolor y no le hizo clic.

—No pasa nada, papá. Puedo volver…

—No, termina lo que estés haciendo allí y nos vemos pronto. Mamá y yo sabemos lo importante que es tu trabajo para ti.

—No tanto como vosotros.

Oigo a mi padre contener un sollozo. Es durísimo para él cuidar de mamá. También me preocupa él.

Para aliviar la tensión, le pregunto:

—Oye, papá, ¿te acuerdas de lo que dijo el abuelo sobre cómo encontró al bebé en Dachau?

Se ríe; ese recuerdo familiar le arranca un poco de alegría.

—Le encanta contar la historia de aquella prisionera que le suplicó que adoptara a la niña, que su madre había muerto, pero su padre era estadounidense…, imagino que un aviador derribado…, y que la madre de la niña era una estudiante polaca y de la Resistencia. No pudo averiguar más porque los nazis destruyeron los expedientes.

—Gracias, papá, esa información me sirve mucho. —Recordaba la historia, pero quería oírla de la fuente para poder contrastarla con *madame*… si reúno el valor.

Me despido de mi padre, prometiendo llamar mañana. Estoy temblando; todo mi ser reacciona a la llamada con mamá. Solo puedo imaginar lo que significaría para *madame* encontrar a su hija perdida. Por eso tengo que saberlo todo de ella, estrechar lazos. Darle la oportunidad de contar su historia y por qué tomó las

decisiones que tomó en Auschwitz y en Dachau, donde nació su bebé.

La desventaja de mi plan es que podría sentirse engañada, porque no le conté que intento averiguar más sobre mi propia abuela. Quizá, si le digo cuánto significaría para mi madre, lo entienda.

Si no, bueno…, me mandará a casa y nunca sabré toda la historia.

No puedo permitirlo. Tengo que demostrarle a *madame* que voy en serio. Y sea cual sea la verdad, se contará la historia de Angéline de Cadieux sobre el Holocausto y el pueblo romaní.

Duermo unas horas y pego una cabezada; luego cojo mi cuaderno y un lápiz con goma nueva y voy a la habitación de *madame.* Antes incluso de llamar a la puerta, el aroma celestial a tostadas con canela, huevos revueltos y café caliente me hace la boca agua.



ANGÉLINE

Preparándome para la siguiente parte de la entrevista, apenas pruebo los huevos revueltos *à l'américaine* y mordisqueo la tostada dulce. Anoche me puse demasiado emotiva, demasiado dispuesta a desnudar el alma ante alguien a quien apenas conozco. Eso me sorprendió… y me dio vergüenza también. Estoy algo oxidada en el terreno de las entrevistas, ¿o es otra cosa? Quiero estar a la altura de mi reputación. Cuando me embarqué en la idea de hablar de los años de la guerra, jamás imaginé que me involucraría tanto emocionalmente.

Es por ella. Mademoiselle Emma Keane.

Echo un vistazo a la chica, muy guapa, tomando notas mientras sorbe el café; el rostro limpio y luminoso, apenas maquillaje. Pómulos marcados, frente alta, ojos azules chispeantes con un deje

avellana. Como los de mamá. ¿Por qué me vuelve una y otra vez ese pensamiento?

Lleva el pelo suelto sobre los hombros, camiseta básica y vaqueros azules con estrellas en los bolsillos. Bailarinas de piel rosa palo. Me recuerda a la muchacha que fui, con faldas rizadas y blusa blanca escotada, seña de las mujeres romaníes. Diría que hasta se parece a mí, pero eso es un deseo mío. ¿Qué mujer de cierta edad no desearía verse en una joven vibrante? Emma parece honesta y cariñosa, aunque una parte de mí recela de los medios de comunicación y sus motivos. Las audiencias pesan más que nada y no se hacen responsables de a quién hieren por el camino.

Sin embargo, Emma compartió conmigo esa nota despreciable que, no me cabe duda, provino de esa Hansen. Le pedí a Ryker que averiguara quién la envió antes de volver a salir a las calles de París.

Trasteando con la condenada tostada y tamborileando los dedos sobre el mantel de lino bordado con el emblema del hotel, no niego que sufro un encierro atroz. Quise que Emma paseara conmigo por los bulevares, los pasajes cubiertos, que oliera el aroma de París, que no cambia, solo añade nuevos olores con los años, pero la nota base…, el núcleo áspero de la historia de la ciudad siempre está ahí para llenarte con su experiencia olfativa si eres nariz.

Y Emma lo es. Estoy segura.

Ryker me llamó antes de que Emma llegara a nuestro desayuno-entrevista y me aseguró que tendrá respuestas hoy mismo. Dónde se hospeda esa Hansen, cuál es su objetivo. (Como si no lo supiera: quiere que le muestre el tatuaje de mi número de prisionera, cosa que no pienso hacer jamás). Entonces nos ocuparemos de ella. Me he abstenido de pedir una orden de alejamiento. No deseo arruinarle la vida. Pero no tiene derecho a arruinar la mía.

Para mi sorpresa, Emma reconduce la entrevista a la vida en el París ocupado de 1941, preguntándome cómo era mi rutina cotidiana. Le explico que entonces nada era ordinario. Hacíamos cola para todo con nuestras cartillas de racionamiento, para descubrir, al llegar al mostrador, que la mantequilla o el café se habían agotado

horas antes. No olvido que los alemanes infiltraron las colas con ciudadanos franceses pagados para espiarnos y denunciar a la Gestapo cualquier indicio incriminatorio.

Las viejas costumbres no son fáciles de abandonar. Con razón sospecho de todo el mundo.

Me seco la boca con la servilleta y sigo, explicando que fue en el invierno a finales de 1941 cuando temimos que el pueblo del sur donde estaba la fábrica en la Zona Libre (la Francia no ocupada), entre Niza y Aviñón, fuera pronto ocupado. Solo Dios sabía entonces cómo íbamos a sobrevivir. Algunos dueños de casas de perfumes ya se habían marchado a América, algo imposible para nosotros. Nadie salvo yo hablaba inglés y no podíamos importar aceites de ultramar ya que Estados Unidos había declarado la guerra a Alemania.

Las preguntas de Emma me mantienen alerta, desenterrando datos y sin dejarme tiempo para recrearme en las emociones turbulentas de miedo y rabia que aún hoy me atormentan.

¿Viajaba en tren de vuelta a París? Sí.

¿De dónde sacaba la ropa? De una modista escondida, a cambio de perfume que vendía en el mercado negro.

¿Cobraba un sueldo en la Casa Doujan?

Sí…, pero menos que los ayudantes de laboratorio varones. Años después, cuando triunfé en la industria, logré la igualdad salarial para las mujeres en la Casa Doujan.

¿Racionamiento? Para 1942, el chocolate y las verduras entraron en las cartillas. Francia no levantó el racionamiento hasta 1949.

¿Gasolina? ¿Calefacción? Los alemanes podían calentarse en invierno; los parisinos, no. Y nada de gasolina para los automóviles, que estaban *verboten.*

¿Hacer el amor? Cuando le cuento que la natalidad en Francia aumentó en plena guerra, se le disparan las cejas.

—*Madame*, ¿usted…? Quiero decir, era joven, hermosa… ¿estaba enamorada?

—Tiene usted una manera muy interesante de introducir la pregunta que quería hacer desde que llegamos a París. Después de

mis suspiros y arrobamientos por el escurridizo pícaro de negro, ¿tuve un idilio con el misterioso Conde?

—Bueno, sí… pero si le incomoda hablar de ello, lo entiendo.

¿No será a ella a quien le incomoda hablar de *l'amour?*

¿Será que cierto apuesto guardaespaldas le saca los colores?

Con las mejillas enrojecidas, Emma se recoloca en la silla.

—¿Dónde vivía usted en París durante la guerra, *madame*?

—En un apartamento en un tercer piso, en la orilla izquierda, rue du Sommerard, baño compartido al fondo del pasillo, sin ascensor. Yvette lo hizo acogedor con cojines malva y grises esparcidos por el diván y carteles de películas de Sylvie Martone en la pared. No iba al cine de niña, pero en 1941 volvieron a abrir las puertas al público. Solíamos ir a ver sus películas y nos emocionábamos con sus grandes aventuras. Le pregunté a Yvette si echaba de menos el teatro y me mostró una foto suya vestida de *La reina del cisne negro,* con tutú de satén negro y corona de plumas enjoyadas. Fue la única función a la que su madre acudió. Nunca aprobó que su hija se subiera a un escenario. Por desgracia, poco después la atropelló un automóvil a toda velocidad y murió en el acto.

—Qué horror para Yvette. Perder a su madre tan pronto después de reconciliarse.

Emma se ve visiblemente afectada, mordiéndose el labio… y mirando el móvil como si quisiera llamar. Es extraño: Emma nunca habla de su familia, ni siquiera de pasada, como hacen los reporteros para «ablandarte» y que empieces a creer que son tus amigos y se lo cuentes todo. Aprendí esa lección por las malas. Esa Hansen me regaló su vida entera —seguro que inventándosela sobre la marcha—, lo que me hace preguntarme qué oculta Emma. Querría tenderle la mano y preguntarle qué tiene en la cabeza. ¿Sería demasiado atrevido?

¿O solo estoy evitando hurgar en ese lugar doloroso de mi corazón que nunca ha sanado?

La historia de Yvette.

—Yvette era una joven alegre y encantadora —empiezo—, pero cuando volví a París para ayudar con el lanzamiento de Naomie's Dream noté que había adelgazado… Estaba pálida y afectada con lo que tomé por una tos persistente de un resfriado de invierno. Seguía animada y estaba tan feliz de verme que no insistí. Me dijo que mis cartas habían llegado y que se las había pasado a le Comte. (Nunca nos referíamos a él como el doctor MacBride, para no comprometer su tapadera). Debí parecer una colegiala enamoradiza cuando pregunté si le iba bien. Yvette sonrió.

—Quieres saber si está con alguien.

—¿Lo está?

—Lo he visto con chicas del cabaret, pero no las mira como te mira a ti.

—Y con ese pensamiento tan dulce, *mademoiselle,* le hice un sitio en mi corazón, rezando para que me viera como mujer y no como una salvaje chica romaní. Visité a menudo la casa de empeños, esperando que Lance apareciera. Me preocupaba por él. Como el Conde, podía moverse en la oscuridad sin ser detectado, pero como estadounidense la Gestapo podía detenerlo a medida que empeoraban las relaciones entre su país y Alemania, con buques de guerra de Estados Unidos protegiendo los convoyes de suministros aliados contra el ataque de los submarinos nazis en el Atlántico. Me preocupaba, pero Jarnak me dijo con un guiño que «ese arqueólogo entrometido está en una excavación en Egipto», lo que significaba que estaba a salvo. ¿Pero dónde? Me fui con el corazón más ligero, aunque sentía por él cosas que no debía. Sufría como mujer, pero él dejó claro que seguía siendo una chica a sus ojos. —Hago una pausa para recomponerme—. A veces me pregunto cómo sobreviví a aquellos años en que cada día estaba lleno de intrigas y de anhelo por un hombre al que apenas conocía.

—A veces una sabe que él es «el indicado», *madame,* aunque él no lo sepa.

Emma suelta un largo suspiro y una media sonrisa se dibuja en sus labios. ¿Estará pensando en Ryker?

Sonrío y le dejo un momento para soñarlo.

—Mi vida dio un giro cuando lanzamos Naomie's Dream —continúo—. A Frederic le encantaba jugar a ser Dios, proclamando que iría personalmente al Alto Mando alemán a pedir ayuda para aumentar la producción si las ventas iban bien.

—¿Y fueron bien, *madame*?

—Agotamos existencias el primer día. —No puedo evitar que el orgullo se me cuele en la voz.

—¡Dios mío, qué alucinante! Fue un éxito… y siendo usted tan joven. —Emma agita el lápiz en el aire, calculando—. Tenía… ¿dieciocho, *madame*?

Sonrío.

—Unos dieciocho muy maduros. La guerra te hace crecer deprisa. La vida en París durante la Ocupación alternaba entre aprender a sobrevivir sin zapatos nuevos durante cuatro años, quedarse sin jabón y comer lo que se pudiera conseguir.

—La veo muy triste, *madame.*

—Lo estoy, *mademoiselle;* traer el pasado al presente te obliga a enfrentar tus errores. Lo duro es que no puedes deshacerlos. Te llenas de tantos «y si…», que eso ya es una penitencia. —Jugueteo con la servilleta, hundiendo los dedos en el lino, con el pulso acelerado—. Si no hubiera vuelto a París, no habría tomado las decisiones que tomé… Quién sabe cuántas vidas podrían haberse salvado.

—Con todo respeto, *madame,* no puede saberlo —dice Emma con firmeza—. Su relato de la vida bajo los ocupantes me ha enseñado que la supervivencia pendía de un hilo muy fino que cualquier enemigo amargado y egoísta con desprecio por la vida humana podía cortar en cualquier momento. Nadie podía predecir eso. Ni siquiera usted.

Miro a esta joven; sus palabras sabias me calman como un bálsamo de lavanda. Mi corazón se tranquiliza y mi conciencia se aligera un poco.

—*Merci, mademoiselle.* Hubo muchas heroínas anónimas en la guerra que merecen un lugar en tu reportaje, Emma, así que ten paciencia mientras continúo.

—Se lo prometo, *madame*; apuntaré cada palabra. Tendrán su momento.

Al ver la determinación arremolinándose en los ojos de esta joven, quisiera extender la mano y apretarle la suya. Sentir el calor de conectar con alguien que se preocupa tanto como yo por las personas valientes que conocí… y perdí. Siento la necesidad de ese contacto físico, pero no lo hago. Que siga siendo una vieja tonta incapaz de abrir el corazón del todo a esta muchacha me duele.

—Cuando regresé a París para supervisar el lanzamiento de Naomie's Dream, Frederic estaba de un humor de perros y menospreció mi aportación al perfume calificándola de «insignificante», aunque el profesor Zunz me colmó de elogios ante el señor Baptiste. No importó. Frederic se esforzaba por llamarme «dependienta» delante de los clientes en la tienda de la rue Saint-Honoré.

—Le tenía envidia, *madame* —dice Emma, escribiendo—. ¿Por qué? Tenía dinero, poder.

—Su ego. Su papel de nariz principal de la Casa Doujan peligraba si yo revelaba que la fórmula de nuestro nuevo aroma era mía. Ya había intentado una vez meterme el miedo de la Gestapo en el cuerpo. Para garantizarlo, supe después de la guerra que había insinuado al comandante Von Risinger que sospechaba de «actividades» antinazis en una de sus vendedoras. Era mentira, claro. No se atrevió a nombrarme porque eso haría sospechoso al propio Frederic. No tenía nada con lo que sostener su acusación, nada, pero bastó para disparar alarmas en la sede de la policía secreta de la avenue Foch 84, donde la Gestapo se ocupaba de seguir pistas de cientos de fuentes aunque no condujeran a ninguna parte.

—¿Cómo la afectó eso, *madame*?

—Las cosas se estaban poniendo «calientes», como se suele decir, con las redadas de comunistas franceses y de un grupo importante de la Resistencia que sería ejecutado en 1942. Cuando detuvieron a dos hombres de la operación de Lance cerca de la abadía de la rue Saint-Jacques, él se sumergió en la clandestinidad como doctor MacBride, y se volvió demasiado peligroso que lo vieran cerca de la casa de empeños. Juraría que una semana después lo vi desaparecer por las puertas giratorias del Hôtel Ritz con un oficial de las SS. Estaba confundida, sin saber qué hacer, así que puse en marcha nuestro plan B.

—Usted era espía, *madame.*

Me río.

—*Mais oui,* Emma. Si necesitaba contactarlo, iba al cine Gaumont-Palace y me sentaba en la octava fila, tercer asiento desde el pasillo del lado izquierdo. Lo hice dos veces por semana durante tres semanas y, aquella noche, encontré un papel doblado pegado con chicle bajo el asiento de terciopelo. «Qué americano», pensé. Una nota que me decía que él estaba a salvo y que yo debía continuar con mi rutina diaria para no levantar sospechas.

Se me humedecen los ojos.

—Tómese un momento, *madame.* —Me tiende un pañuelo y luego se coge otro—. Yo también lo necesito, si quiero mantener la cabeza fría y tomar bien los detalles. —Aspira hondo—. Bien, lista.

Es una joven sensible. Gran corazón. Honesta. Inteligente. Me gusta eso, aunque sea reservada con su propia vida. Bien: sabré más de Emma Keane cuando lea el informe de antecedentes que Henri-Justin consiguió para mí. Hasta entonces, nunca le conté a nadie la historia completa de aquella noche, después de coger la nota de Lance y salir del cine; la noche en que escapé de la Gestapo.

Ha llegado la hora.

Capítulo 25

PARÍS, 1941



ANGÉLINE

Perfume:
Y
Rosa búlgara, muguete, ámbar

El hombre de la Gestapo me pisa los talones, pero no me detengo. No puedo. El olor abrumador a ajo fuerte y humo de cigarro me revuelve el estómago, junto con su hedor corporal. Herr Geller, con sus cejas negras y arqueadas, prefiere la pestilencia de la muerte. Oler limpio y bien mancharía su reputación. Nunca pensé demasiado a qué huele la Gestapo.

Ahora mi vida depende de ello.

Creí que había visto por última vez al policía secreto después de armar tanto escándalo revisando la documentación de todos allí en Argenteuil. Y ahora está metiendo las narices en mis asuntos aquí, en París, siguiéndome después de que salí del cine.

Camino más deprisa al doblar la esquina de la rue du Caulaincourt, rezando por poder despistar de algún modo al hombre del abrigo antes de oír esas temibles palabras: *«Vos papiers, mademoiselle».*

Entonces me mirará de arriba abajo con ese mohín de superioridad que recuerdo tan bien de cuando nos detuvo a mamá y a mí, cuando, tonta de mí, le dije que éramos «fabricantes de perfume». ¿Cómo me encontró? No tiene sentido… a menos que alguien lo pusiera tras mi pista, y ese alguien solo puede ser

Frederic. Un hombre forjado en piedra fría, sin corazón ni conciencia. Me fijé en cómo me sonreía antes en la tienda como un pez hinchado que se ha tragado a un pececillo. A mí.

Un escalofrío me recorre al cruzarme los brazos sobre el pecho: el frío de finales de otoño se instala con la llovizna. El olor a cigarro se intensifica. Herr Geller sigue a mi zaga, jugando conmigo. Tengo que perderlo antes de que haga su movimiento.

Apresuro el paso junto a la *brasserie…,* luego la pastelería…, subo por el bulevar…, giro en seco a la izquierda… No hay nadie en las calles, pues ya pasan de las nueve. Dios ampare a quien detengan los soldados alemanes que buscan un alma a la que atormentar. Peor si los invasores van borrachos, tras haber pasado la noche bebiendo absenta en el *soldatenkaffee,* los cafés para soldados.

Cruzo el Pont Caulaincourt… el puente metálico erigido hace casi un siglo sobre el cementerio, varios metros por debajo del nivel de la calle. No me atrevo a mirar atrás, pero estoy segura de que el hombre de la Gestapo empezó a seguirme cuando me escabullí del Gaumont-Palace antes, como si estuviera aguardándome.

La lluvia fina y fría empapa mi abrigo negro de vuelo, con el trenzado grueso del cuello y los puños, pegando la falda a mis muslos. Me froto la humedad de los ojos. Cae con más fuerza ahora, deja un sabor dulce en los labios y me refresca la boca seca. Me quito los zapatos embarrados, pese a los adoquines resbaladizos y helados, y me escurro escaleras abajo hacia el viejo cementerio de Montmartre. Lápidas…, mausoleos. Sigo…, no logro sacarme de encima al hombre de la Gestapo. Tengo miedo. No perdería el tiempo conmigo si no fuera tras algo. Los nazis sospechan desde hace tiempo que el cine es un punto de entrega, pero su enorme interior a oscuras, con asientos para tres mil espectadores, dificulta observar cualquier actividad nefasta. Debió de seguirme hasta el cine cuando salí de la perfumería.

Las gotas me salpican las mejillas cuando me meto en un estrecho hueco entre una alta estructura dorada en honor de una princesa rusa y un mausoleo de rostro gris. Las piedras desniveladas

esparcidas en la tierra se me clavan en las plantas de los pies, protegidas solo por las medias; el corazón me retumba, toda yo cubierta de miedo y tinieblas. Palpo el bolsillo de la falda…, la nota doblada está ahí. ¿La destruyo? No hay tiempo.

Pisadas… fuertes, sonoras… resuenan en mis oídos, y huelo el azufre de una cerilla prendida.

El hombre de la Gestapo me ha encontrado.

Un fogonazo de luz me da de lleno en la cara. Oigo una bocanada de aire y luego el hombre maldice y la cerilla se apaga.

Mon Dieu, ¿me ha reconocido?

Agarro una piedra para arrojársela, pero, por suerte para mí, el corpulento nazi se queda atascado en el estrecho paso entre la estatua y el mausoleo cuando intenta agarrarme. No desperdicio otro segundo. Aprovecho la ventaja que Dios me concede y salto por encima de las piedras, atravesando el cementerio hasta alcanzar la calle.

Y entonces corro por mi vida.



—¿Estás segura de que el hombre que te seguía era de la Gestapo?

Yvette parece aterrada, la sangre se le ha ido del rostro. Nunca la había visto tan pálida.

—Sí. Gabardina negra ceñida, guantes negros, sombrero italiano, fumando un cigarro.

—¿Te siguió hasta aquí?

—No. Lo perdí en el cementerio de Montmartre.

Dejo mis zapatos embarrados sobre el suelo de madera, me desplomo en un taburete y me froto los pies. Me arden, he regresado aquí descalza, en medias de algodón, corriendo de puntillas sobre los adoquines mojados por una bruma espesa.

—¿Por qué te seguía? —pregunta.

—No lo sé, pero mis tripas me dicen que detrás está Frederic, mandándome un mensaje al echarme encima a la policía secreta

alemana.

Se me revuelve el estómago.

—¿Por qué iba Frederic a meterse en líos con la Gestapo? —Yvette va y viene por el pequeño apartamento, apretando un pañuelo contra el pecho—. La Casa Doujan siempre ha estado por encima de toda sospecha.

—Es su manera sádica de advertirme para que cierre la boca y no deje al descubierto su dudosa pretensión de ser *parfumeuse.*

—Qué estúpido. ¿No sabe que, una vez que la Gestapo percibe la más mínima grieta, todos entran en su punto de mira? —Está exasperada, inquieta. El cuerpo le tiembla sin control y luego tose en el pañuelo. Cada vez lo hace más a menudo—. Debemos avisar al Conde para que alerte a los demás. Y al señor Baptiste. Está que no vive desde que los nazis detuvieron a los judíos polacos.

—También han empezado a detener a los míos —digo, con el corazón de plomo—. Enviando a los romaníes a campos de concentración. Podrían cogerme si Herr Geller me encuentra.

No puede ocultar el espanto en su voz.

—¿Conoces a ese hombre?

Evito mirarla a los ojos mientras me desabrocho el abrigo y lo lanzo, junto con el sombrero, sobre el diván.

—Sí. Ya tuve un encontronazo con él antes de venir a París.

—No me sorprende. La Gestapo está en todas partes… y no olvida, aunque te deje marchar. —Deja de pasearse, aferrándose a la esperanza—. Tienes nuevos papeles, Angéline. ¿Por qué estás tan asustada?

—No me dejaron marchar, Yvette… Yo… huí antes de que pudieran arrestarme y… —nos quedamos mirándonos, dos mujeres que luchan por Francia, pero una con un secreto que debe confesar — me busca la Gestapo.

—¿Qué?

—Seguro que Herr Geller me reconoció cuando encendió una cerilla y la llama me iluminó la cara. —Me pongo en pie, dispuesta a

desnudar el alma, que me tiembla—. Hay algo más que no te he contado.

Me siento culpable por no haberle contado todo, intento explicarme, pero me hago un lío tremendo: cómo mamá y yo llevamos nuestros caballos al establo y el comandante Von Risinger ordenó al hombre de la Gestapo que nos encontrara para poder requisar a mi garañón de concurso para su cuadra de carreras. —Debería haber dejado que el comandante se llevara a Zeus, pero yo lo crié y no pude permitir que ese nazi arrogante lo maltratara. Fui obstinada y temí que al caballo lo azotaran…

—¿Qué hiciste? —Se le va el color del rostro.

—Agredí al oficial alemán… después de que disparara a mi madre. —Me siento desfallecer y, de un modo extraño, aliviada al soltarlo. El aroma de lavanda de mamá me asalta con tal fuerza que es como si me posara una mano en el hombro para consolarme—. Murió en mis brazos intentando salvarme.

—Ay, Dios bendito…, qué horror.

—Escapé y volví a mi caravana, pero mi padrastro me delató y me busca la Gestapo.

Me pasa un brazo por los hombros y guarda silencio un buen rato. La observo con atención. Me avergüenza no haberme dado cuenta de lo cansada que está y de cuánto peso ha perdido.

—Debemos hacer llegar un aviso a Lance… —dice.

Unos golpes fuertes, insistentes, nos hielan la sangre. Una…, dos…, tres veces.

Entro en pánico.

—Herr Geller. ¿Cómo me encontró?

A Yvette no parece sorprenderle.

—La policía secreta alemana tiene expedientes de todo el mundo. Si Frederic está detrás, no les habrá llevado mucho revisar la lista de dependientas y dar con esta dirección.

—Lo despistaré —le digo—. Sal por la ventana lateral y agáchate en el balcón para que no te vea.

—No, déjame a mí.

—¿Estás loca, Yvette? No puedo permitir que te metas en esto.

Se encoge de hombros y sonríe.

—No importa lo que me pase, *ma chère.* No me queda mucho tiempo.

Me enseña el pañuelo que lleva semanas aferrando. No tenía idea de que escupía sangre. Coágulos de un rojo vivo. Admite que tiene tuberculosis.

—No te lo consentiré.

—No tienes elección, *mademoiselle.* Tengo un plan.

—¿Un plan?

—¿Y si el hombre de la Gestapo no te reconoció en la oscuridad? ¿Por qué iba a hacerlo? Llevas el pelo distinto, también el maquillaje. No notará la diferencia si me ve a mí vestida como tú —señala mis pies—, hasta con tus zapatos embarrados.

—Es culpa mía, Yvette. Yo asumiré las consecuencias.

—¿Y abandonarás a las mujeres de Francia?

—¿De qué estás hablando?

—Sé que trabajas en un perfume que piensas usar para levantar la moral en estos tiempos terribles, cuando las francesas intentan desesperadamente mantener su dignidad, sin rebajarse a hacer la voluntad de los boches.

Asiento.

—El profesor, claro.

—Tú eres el alma de la Casa Doujan, Angéline de Cadieux. Debes vivir para crear nuevos perfumes para las mujeres de Francia, para darles *courage.*

Courage. Claro. Eso es. El perfume cuya fórmula me he roto la cabeza por hallar. La emoción me sube por dentro. Esperanza, orgullo. Y rabia, si mi trabajo se destruye por el ego de un hombre. Pero no permitiré que Yvette se sacrifique por mí.

—Le daré a la Gestapo una excusa —insisto—. Frederic intenta asustarme. No se atreverá a dejar que me pase nada.

—No podemos arriesgarnos. —Se calza mis zapatos de salón embarrados antes de que pueda impedírselo—. Escóndete en el

ropero y no hagas ruido.

—Yvette, no…

—¡Ve!

Me empuja hacia el ropero, dándome segundos para ocultarme dentro. Cuando abre la puerta, oigo a Herr Geller irrumpir dentro; su voz áspera y autoritaria resuena en mis oídos, pregunta si está sola, husmea por todas partes.

—Ha salido después del toque de queda, *mademoiselle.*

—Se equivoca, *monsieur* —oigo decir a Yvette con ese cantito en la voz que usa cuando miente.

—Su abrigo y su sombrero están mojados —aclara la garganta—. Y sus zapatos, llenos de barro.

—¿Ah, sí? —Mira hacia abajo y suspira—. El Tercer Reich no está en contra de *l'amour, n'est-ce pas?* Había quedado con alguien.

—¿Su amante?

—Sí.

—Miente, *mademoiselle.* Mis hombres y yo llevamos semanas vigilando a las dependientas de la Casa Doujan. Esta noche seguí a una mujer con ese sombrero y ese abrigo hasta el cine. Era usted. ¿Qué hacía allí?

—Mi amigo no se presentó —dice, con dolor fingido.

—Muy conveniente.

—Es la verdad, *monsieur.*

Oigo una tos ronca. Yvette… Luego el olor asqueroso del cigarro se cuela por la rendija del ropero. Aguanto la respiración hasta que me duele el pecho para no vomitar.

—Ya he tenido bastante de sus mentiras, *mademoiselle.* Puesto que se niega a responder a mis preguntas y hace tiempo que sospechamos que los miembros de la Resistencia usan el cine como punto de entrega, no me deja alternativa. —Sigue un resoplido sonoro—. Queda detenida.

Capítulo 26

París, 1941



Angéline

Perfume:
Moonlit Passion
Clavel blanco, mimosa, sándalo de la India

Desde mi escondite, veo a Yvette toserle en la cara al hombre de la Gestapo, desafiante. Él la gira, le lleva las manos a la espalda, le pone las esposas y luego se la lleva a rastras. Deja atrás su abrigo y su sombrero negros.

Tengo calambres, las piernas dormidas, no puedo moverme, pero sí llorar. Estoy tan enfadada conmigo misma por haberla dejado llevar a cabo su idea disparatada. ¿Y qué si tengo talento para el perfume? No parece justo.

¿Por qué ella y no yo?

No la conozco desde hace mucho, pero hemos forjado un vínculo. Dos francesas, almas heridas, desesperadas por poner de nuestra parte para acabar con la terrible opresión nazi. Están matando el alma de las mujeres francesas, tentándonos con chocolates y vino, incitándonos a regalarles una sonrisa a los soldados alemanes solitarios… Una sonrisa que nos convierte en traidoras. ¿Por qué deberíamos servir a los ocupantes? ¿Por qué no podemos luchar nosotras también? Luchar no cediendo a sus promesas seductoras de comida para llenar el vientre. Entonces pasamos hambre. Y la pasamos.

Encogida en el estrecho ropero, no dejo de temblar, reconociendo que hay verdad en la súplica de Yvette para que continúe mi trabajo. Recuerdo a la mujer que vi fuera del monte de piedad, cayendo de rodillas y agarrándose el pecho, rogándole a Dios que la ayudara a encontrar comida para que sus hijos no enfermaran, para que sus huesos no se consumieran hasta volverse finos y quebradizos por el raquitismo. Con los ojos hinchados de llorar, admitió que estuvo a punto de ceder y acostarse con el enemigo para que sus hijos comieran.

Le di los pocos francos que llevaba, pero ¿y alimentar su alma? Creo que puedo darles valor a las mujeres aunque sea con algo tan simple como un aroma hermoso que las eleve a un plano más alto. Darles esperanza para que los nazis no puedan rompernos. Esta guerra me ha enseñado que ninguna mujer es inmune a la tentación. No sabes lo que harás cuando tienes hambre y echas de menos unos brazos de hombre rodeándote. Tantos de nuestros hombres están en el ejército… o presos… o muertos.

Salgo de mi escondite y abrazo ese abrigo negro contra mi pecho… El olor de Yvette a rosa blanca y jazmín mezclado con la lluvia quedó grabado para siempre en las fibras de su lana. Me pierdo en el momento, recordando lo que dijo Yvette sobre lo importante que es para el esfuerzo de guerra el perfume que intento crear.

No puedo fallar. Se lo debo.



ANGÉLINE

París, 2003

—Por favor, *madame* —me ruega Emma—, cuénteme más sobre cómo nació Le Courage.

Asiento. Casi había olvidado dónde estaba, tan intenso fue el recuerdo de aquel día.

—¿Sabías que el sentido del olfato afecta al estado de ánimo? —empiezo—. ¿Que asociamos distintos olores con momentos íntimos de la vida? En eso trabajaba, en una fragancia que evocara tiempos más felices en la vida de una mujer, pero entonces no tenía la fórmula completa. Tras aquella noche, solo podía pensar en Yvette. No sabía qué había sido de ella, pero lo sospechaba. Palizas, hambre, privación del sueño… Tenía que sacarla de manos de la Gestapo. Le supliqué a Frederic que interviniera y lo intentó… no sé con cuánta intensidad. Tenía más miedo por su propio pellejo y volvió con malas noticias. Yvette no me dijo que la habían detenido por repartir panfletos antinazis en el teatro donde bailaba. Que estaba en la «lista roja» de la Gestapo y podían haberla detenido en cualquier momento. Fue entonces cuando comprendí lo que Lance quería decir con guardar las emociones en una caja para luchar esta guerra. No lloré, no me lamenté…, no grité. No. Hice planes.

—Fui a la casa de empeños a ver a Jarnak, asegurándome de que no me siguieran. Se desmoronó cuando le conté lo de Yvette. A través de sus contactos en la Resistencia, supimos que la metieron en régimen de aislamiento en la prisión de Cherche-Midi, la retuvieron allí, la interrogaron a diario y la amenazaron con fusilarla. Murió tres semanas después.

»Me culpo por su captura, pero yo era joven e inexperta, y las maniobras arriesgadas que hice no bastaron para salvarla. Ella sabía ver más allá del momento, que nuestro pequeño grupo de operativos tenía un cometido importante y que esta era su contribución. Creo que yo podría haber hecho más, que no tenía por qué pasar el tiempo que le quedaba en condiciones tan horribles, pero ella estaba convencida de que mi trabajo con el perfume era vital para la moral de las mujeres francesas.

—Siempre llevaré en la mente la imagen de Yvette tarareando la música deliciosa de la *Danza del cisne negro* mientras cerraba los

ojos por última vez y se veía de nuevo como una hermosa *prima ballerina…* bailando.

—Oh. —Emma no ha respirado en los últimos diez minutos… La expresión de su rostro es la misma que imagino que llevaba yo cuando el hombre de la Gestapo le ató las muñecas y se la llevó—. No sé si yo habría tenido su valor.

—Tienes la misma garra, Emma, o no te habría invitado a París. Atrevida, directa… y honesta con tus sentimientos. Quién sabe, quizá llevas ADN francés.

—Entonces podría ser una nariz… como usted, *madame* —bromea.

Es cierto, creo que Emma tiene un don, pero rezo por que no esté husmeando trapos sucios en el mundo del perfume porque de mí no los sacará. Sí, hay narices ególatras y arrogantes que te robarían la fórmula de tu última creación más rápido que un conejo se mete en su madriguera, pero pienso que son buenas personas. Gente honrada y trabajadora.

Avergonzada, evita mi mirada y escribe en su bloc amarillo.

—Yvette fue una verdadera heroína de la Resistencia, *madame,* y merece un lugar digno en mi reportaje para que nadie la olvide.

—*Merci.* Siempre llevaré su memoria cerca del corazón. Después de la guerra quise hacer algo más, así que creé un perfume con su nombre.

Emma sonríe.

—Ah, claro. Y. Con el delicado grabado de una bailarina *en pointe* en el frasco de cristal.

Asiento, la pena en mi corazón mengua. Me ha sentado bien contarle a Emma lo que viví aquella noche, desahogar lo que entonces no pude decir.

—¿Hacemos una pausa? —pregunto, levantándome de la mesa—. Luego tengo un regalo para ti, *mademoiselle:* la historia que estabas esperando.

—¿Material del bueno? —Se le ilumina la cara.

—*Oui,* el material del que están hechas las novelas románticas. Para eso necesitamos un escenario hermoso. Un lugar en el que dejar atrás el París en guerra, en el que recrearnos con la calma del campo, en el que jamás entró una bota alemana, en el que nunca ondeó una bandera nazi… y en el que me hice mujer con el hombre al que amé durante cuarenta y ocho años.

—Lance —remata Emma con una gran sonrisa.

—*Oui, mademoiselle.* Prepara tu bolsa y también tu paraguas. He olido lluvia en el aire hace un rato; después partimos hacia Le Château de Cadieux, a las afueras de París. Allí te contaré cómo aquellos anhelos de colegiala florecieron en amor, aunque me asaltaban dudas sobre ese hombre que se codeaba con la jerarquía nazi de Ámsterdam a Bélgica y París, asesorándolos sobre su arte expoliado, su valor y su historia. La guerra arreciaba en 1942. Los aliados bombardearon una fábrica de automóviles en los suburbios de París y a los judíos se les ordenó llevar la estrella amarilla de David.

—¿Y el profesor Zunz?

—No había conseguido visado para salir de Francia y supo entonces que ya no lo lograría. Advirtió a Ester que dejara de retozar con oficiales nazis, pero ella siguió bailando en los cabarets, bebiendo y fumando, y empeñada en que «el bueno de Frederic» le guardaba las espaldas. Yo seguía escéptica tras ver cómo el «bueno de Frederic» ayudó a Yvette. Nadie estaba a salvo. Todos los días detenían gente para enviarla a campos. Disidentes políticos, comunistas… y judíos. Incluso por montar en bicicleta… Se les prohibía tener una.

—¿Y a Lance no lo detuvo la Gestapo estando ya Estados Unidos en la contienda?

—No.

—¿Cómo podía moverse por París con tanta libertad?

—Descubrí que su conexión con el Alto Mando nazi era más profunda de lo que jamás imaginé.

—Oh, Dios mío, no…, ¿era colaboracionista?

La miro, sin estar segura de cómo va a reaccionar.

—*Mais non,* Emma, era un agente doble que trabajaba para los británicos.

Capítulo 27

PARÍS, 2003



EMMA

Perfume:
Doujan Princess
Mandarina, jengibre, ámbar

A la mañana siguiente temprano repaso mi nueva metida de pata.

«Podría ser una nariz como usted, *madame*», dije.

Chica, ¿en serio? ¿Podría ser más obvio que quieres algo más que una historia? ¿Qué toca ahora? ¿Hacerle la pelota?

Tuve la oportunidad perfecta de contarle mi talento de toda la vida para interpretar fragancias y olores y la eché a perder. Me faltó valor. Cuando *madame* habló de su vínculo con Yvette, debería haber dicho: «Ah, por cierto, ¿no crees que tú y yo también estamos creando un vínculo? Y adivina qué: creo que soy una nariz».

No me extraña que el cielo se llene de nubes de tormenta cuando estoy haciendo el *check-out* de la habitación antes de partir hacia el Château de Cadieux, al norte de París. Me señalan con el dedo por cobarde. *Madame* tenía razón sobre la lluvia. A media mañana cae a mantas cuando recogemos el equipaje y salimos del hotel.

Aspiro el aire mientras esperamos bajo la marquesina blanca a que Marcel acerque el coche con chófer. París bajo la lluvia tiene su propio perfume. Un aroma limpio pero seductor.

—El aire huele a gardenia blanca… —respiro hondo, buscando las notas adecuadas.

—Con un toque de rosa y una pizca de romance, *n'est-ce pas?* —añade *madame.*

—Sí. Y, si he de añadir algo, una pizca de clavel.

—*Bon.* Tienes un don, Emma, para el olor. ¿Te lo ha dicho alguien?

—Mi madre… dice que nací con olfato para las noticias y para el perfume. La volvía loca husmeando los frascos de su tocador y asaltando su alacena de especias para probar los olores.

Se me encoge el pecho. Por fin lo dije, pero mi mente está en otra parte. Anoche hablé con mamá y supongo que mi preocupación se me nota en la cara, porque *madame* me pone la mano en el brazo.

—Tu madre… ¿no se encuentra bien, Emma?

—Pues… en realidad… tiene cáncer de pulmón.

—Oh… —exhala un suspiro pesado—. Lo siento tanto. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —Me toma la mano y me la aprieta, luego me abraza. Es un momento que no olvidaré. La lluvia torrencial es un telón de fondo perfecto para el remolino de emociones que me atraviesa al comprobar que no me suelta.

—La llamé anoche —digo, manteniendo la voz firme—. Está bien.

Mamá no está bien, pero nadie quiere oír eso.

Madame exhala, aliviada.

—*Bon,* Emma. Mantenme al tanto, por favor.

¿Mantenerla al tanto? ¿Por qué me estoy abriendo así de repente con ella?

Es una locura. Puedo decirle que mamá está enferma, pero ¿no puedo hablarle de mi abuela polaca, que murió en Dachau? ¿Ni de mi sueño de ser una nariz? ¿Y de cómo todo se enlaza con mi reportaje sobre ella? Ya sé por qué. Me come la culpa: debería estar con mi madre.

Dios, la echo de menos.

—*Merci, madame,* por sus amables palabras.

¿Qué más puedo decir? No pienso seguir con esta conversación sobre mamá y no puedo explicarle a madame de Cadieux a qué he

venido. Creería que la uso para meterme en el mundo del perfume. No es así. Ni siquiera sé si tengo talento suficiente para ser nariz profesional. Solo quiero que la mejor me diga qué tengo, para poder seguir con mi vida en lugar de preguntarme qué podría haber sido. Llevo años dándole vueltas a esto, cada vez me angustia más.

Por otro lado, podría contarle que tenemos otra cosa en común, pero no menciono a mi abuela porque…, bueno, su bebé —mi madre — sobrevivió. Eso la destrozaría. No puedo permitir que nada estropee la buena sintonía entre nosotras, con ella contándome su historia como las mareas, con subidas y bajadas. Cualquier interrupción tempestuosa alteraría ese vaivén.

Mientras tanto, aplazamos la visita a la perfumería para evitar más enfrentamientos con Brooke.

Por fin se detiene el coche y Ryker salta con un enorme paraguas a rayas. Seguro que preferiría que me empapara. El hombre está tan guapo como siempre, lo cual no ayuda a mi humor. Traje gris, impecable, pero es la forma en que esos hombros anchos lo llenan lo que me hace mirar mientras ayuda a la diva del perfume a subir al coche.

Siento su mirada sobre mí.

Su mirada atractiva me recorre y asiente con aprobación por mi gabardina azul marino, para luego dedicarme un gesto de desaprobación al ver mis bailarinas.

—¿En Nueva York no llueve nunca? —dice, hablándome como a una niña.

—Nado como un pato.

—¿Con esos zapatos?

—También me salen alas.

¿Por qué me pongo a la defensiva con él? ¿Porque luce ese aire de héroe oscuro y magnífico? Tengo que demostrar que soy tan dura como él. Más, después de nuestro último encontronazo. Lo juzgué mal y saqué conclusiones precipitadas, pero se marchó dando un portazo. Ya está. Se acabó. Trabajaré con él, pero no voy a seguir castigándome.

No lo necesitas ni a él ni a su actitud.

Hombros atrás, caminar con gracia desde la acera y subir al coche.

Pan comido.

He corrido por las calles lluviosas de Manhattan con estos zapatos cientos de veces. Pero allí no tenía a un guardaespaldas canalla desequilibrándome. Me siento expuesta bajo su escrutinio mientras Ryker sostiene el paraguas sobre mi cabeza porque tiene que hacerlo, pegado a mí mientras me dirijo al bordillo. No cambiaré mi manera de caminar por él. Echo la coleta hacia delante y camino luciendo sonrisa hasta el coche.

Está todo controlado.

¿O no?

Hundo el pie en un charco enorme con mis delicadas bailarinas y me quedo sin fuerzas en las piernas. Me voy de lado en el pavimento con las rodillas temblorosas, arqueando la espalda… ¡Oh, oh!

Antes de caer de culo, Ryker suelta el paraguas y me recoge en sus brazos fuertes como un superhéroe reacio. Aspira entre dientes, los ojos centelleando, sus manos firmes clavándose en mis muslos. Ay, duele, pero me sujeta con seguridad. Eso me molesta más. Como si fuera su cautiva y disfrutara del control que eso le da sobre mí. Manteniéndome en mi sitio. ¿Por qué? Porque quiere vengarse de los periodistas.

Por su aroma abrumador mezclado y aderezado con la lluvia deduzco que está enfadado. Aun así, el olor es embriagador…, un cítrico fresco… y ¿eso que huelo es regaliz dulce?…

—Debería haberte dejado caer de culo, *mademoiselle* —dice entre dientes, las gotas salpicando ese traje caro.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —le replico con descaro.

—Porque *madame* me cortará la cabeza si te pasa algo.

—Como si te importara.

—No me importa —responde seco—. Pero no pienso permitir que vuelvas a acusarme de escaquearme.

—No me tientes.

Me revuelvo en sus brazos; él me agarra más fuerte. Estoy mojada, con el pelo pegado a las mejillas. Debería disculparme por pasarme ayer y acusarlo injustamente. Con cualquier otro tío lo haría. Pero la arrogancia del señor Traje Gris lo hace imposible.

Aun así, por *madame,* tengo que intentarlo.

—Madame de Cadieux me dijo…

—¿Te dijo qué? —Una sombra oscura le cruza los ojos y vuelvo a percibir dolor en ellos.

—Que ayer estabas en un encargo para la Casa Doujan.

Me lanza una mirada irritada.

—Ya he vuelto. Te aseguro que no se repetirá.

¿No hay forma de llegar a este hombre?

Me sigue mirando, esos ojos azules bruñidos estudiándome, curioso, preguntándose probablemente cómo he acabado en sus brazos y qué hacer conmigo.

Dios me ampare, conozco esa mirada.

Quiere besarme.

No lo hará. Le gustaría probar el fruto prohibido, compararme con las francesitas que, apuesto, guarda en una buhardilla de la orilla izquierda. Y, sin embargo, también intuyo un lado vulnerable que se empeña en ocultar. Como la pena poderosa que le veo cruzar el rostro cuando no sabe que lo observo. Observo cómo se va solo y se sienta al sol, dejando que el calor abrasador le golpee la frente. Como si hiciera penitencia por algo que salió mal. ¿Es eso lo que lo hace tan indómito y desafiante?

Trago, le sostengo la mirada sin pestañear. ¿Es cosa mía o me sujeta más tiempo del necesario?

¿Qué demonios haces? Está en juego tu trabajo, tu carrera. Esto no es un *reality* de citas.

¿Y ya se te olvidó? *Madame* observa cada movimiento.

—No te sulfures, *mademoiselle* —me provoca con la sutileza de un tigre enseñando los colmillos—. No voy a aprovecharme de ti.

—Ni se me había pasado por la cabeza. —Me retuerzo en sus brazos—. Déjame en el suelo. *Madame* espera.

¿Qué tiene este hombre que logra ser peligroso y atractivo a la vez?

—Si insistes, *mademoiselle* —dice con un brillo en los ojos. Hace un gesto teatral, me gira en círculo y me deja junto a la puerta trasera del coche.

Me subo al asiento trasero y pillo a *madame* sonriendo, disfrutando de mi momento bochornoso.

—Ryker es un oponente interesante, Emma, *n'est-ce pas?* —me susurra.

—¿Qué le hace pensar eso, *madame*?

—El amor es guerra, *mademoiselle,* y la victoria sabe más dulce cuando ambos ganan.

Luego se ríe, guardándose secretos, mientras veo al guardaespaldas sacar dos mantas finas del compartimento del vehículo para secarnos, y nos lanzamos hacia el norte por la autopista rumbo al Château de Cadieux. Me acurruco bajo la mantita blanca, echando vistazos a Ryker en el asiento delantero, notando que hasta la nuca es atractiva con ese pelo oscuro y mojado rizándose sobre el cuello blanco. No se vuelve ni una vez; mantiene los ojos clavados en el retrovisor lateral, y yo me pregunto qué habría hecho si me hubiese besado.

Pues besarlo yo a él.

Así quedamos en paz.



ANGÉLINE

Siempre que me ausento por trabajo del Château de Cadieux y regreso a casa, me detengo un momento en la tumba de mamá: un rincón escondido en la ladera del bosque de Chouffard. Me planto ante la lápida de mármol gris que añadí tras la guerra, inclino la cabeza y digo unas palabras. Le cuento dónde he estado, dejo un

vial con un aroma nuevo que le encantaría. Disfruto de la paz que encuentro aquí, el crujir de los castaños, el olor del pino silvestre… el arroyo que murmura y conduce hasta el lugar donde la dejé hace tantos años. Me da alegría cuidar las violetas silvestres que han echado raíces alrededor de su tumba, descubrir a veces que un ciervo o incluso un tejón astuto la vela cuando no estoy. Es la costumbre tonta de una anciana que rasca de este mundo acelerado un poco de intimidad donde sentirse cómoda hablando de sus sentimientos.

Hoy no. Vamos directas al castillo del siglo xvii de cuatro torres al que llamo hogar desde la guerra.

Mamá lo entenderá. Me río… Además, su fantasma nos buscará. Curioseando, preguntándose quién es esta chica americana de la que me he encariñado y que tiene esa nariz prodigiosa.

Repaso en mi mente cómo Emma se abrió conmigo sobre su madre y me reveló lo enferma que está. Desgarrador. Ojalá me contara más sobre su mamá, pero intuyo que no comparte sus problemas personales con facilidad.

Envié a Henri-Justin por delante para asegurarme de que el château estuviera listo para nuestra invitada. Y para que imprimiera la verificación de antecedentes que pedí de Emma con una letra lo bastante grande para que pueda leer la condenada cosa. Me siento una fisgona yendo a sus espaldas —los viejos hábitos del oficio no mueren…— pero ahora más que nunca necesito saber más de ella para poder ayudarla si me necesita.

Suelto un suspiro: estoy a punto de sumergirme en información íntima, pero algo me empuja a hacerlo sin que comprenda bien qué es. Instinto. Por otra parte, detesto cuando la prensa bucea en mi pasado. Me repito que mi motivo es ayudar a la joven y a su familia. Claro que, en cuanto Emma regrese a Nueva York y entregue su reportaje en la emisora, se olvidará de mí.

Y eso me entristece.

Primero, tenemos una entrevista que terminar. Y esta es una parte tan hermosa de mi vida, cuando inicié un camino con el

hombre que me amó y me adoró durante casi medio siglo de altibajos, de penas y alegrías. La primera noche que hicimos el amor… Me río, jamás pensé que lo compartiría con nadie. Rezo para que le levante el ánimo.

Tener a Emma aquí levanta el mío.



—¿De dónde sacó este precioso kimono rojo, *madame*?

Emma está sentada en el largo diván azul del estudio del piso de arriba, con sus notas desplegadas alrededor. Envuelta en mi kimono rojo de satén de *geisha,* con el pelo húmedo, lápiz en mano, está lista para que continúe mi relato. La lluvia azota los cristales, sin amainar, pero dentro estamos acogidas después de asegurarme de que mis dos tortolitos se pusieran ropa seca. Me encantó ver lo que pasó entre Emma y Ryker cuando él la alzó en sus brazos, pero me cosí los labios y no hice preguntas.

De algún modo haré que esos dos acaben juntos. Me siento tan maternal con Emma. Está sola…, demasiado volcada en su carrera para dejar que nadie vea su corazón. Y Ryker es mi obra en ciernes. Un hombre extraordinario que necesita sanar. Están hechos el uno para el otro. No pararé hasta que lo consiga.

—El kimono fue un regalo de Lance hace años, cuando andaba dándose garbeos por el Lejano Oriente. —Sonrío—. Recuerdo sus palabras exactas cuando apareció tras un viaje a Kioto después de la guerra. Había ido a ayudar al equipo del Ejército estadounidense a evaluar los daños en los antiguos tesoros de la ciudad espiritual.

»Lance siempre me traía regalos de sus viajes: un juego de copas de cóctel del bar del Raffles Hotel de Singapur, en 1949; una réplica en alabastro blanco del sarcófago de Tutankamón en los cincuenta. Y un collar nupcial tuareg de cuentas azules y plata que le regaló un noble, señor del desierto, cuando viajó al Sáhara en una excavación en 1970. Te lo enseñaré después… y tendrás la historia de amor que

viniste a buscar, *mademoiselle,* y por qué jamás renunciaré a este lugar.

Aprieto el timbre del escritorio junto a mi butaca cómoda y entra una joven con una bandeja de plata llena de cruasanes, mermelada de frambuesa, tazas y una cafetera. Mantengo algo de personal doméstico aquí en el *château:* ama de llaves, cocinera y dos chicas del pueblo cercano que ayudan con las tareas, además de Henri-Justin, Marie y Marcel.

Emma consulta sus notas.

—Se casaron después de la guerra, ¿verdad, *madame*?

Asiento.

—Sí, pero *Mon amour* no sabía estarse quieto… Salía disparado a una nueva aventura en un abrir y cerrar de ojos, lo que causó más de un roce en el matrimonio. Aun así lo amaba. Siempre volvía a mí y a nuestro hogar, el *château.* Tras la guerra, restauramos el castillo: de los tejados al yeso y las vigas de los techos, comprando antigüedades de casas solariegas que sobrevivieron a los bombardeos. Yo acababa de convertirme en copropietaria de la Casa Doujan, pero no me reconocieron oficialmente como nariz jefa hasta mediados de los sesenta, cuando una nueva generación puso patas arriba el mundo del perfume tradicional.

—Se refiere a la cultura pop de las minifaldas y las botas gogó blancas —dice Emma, untando mermelada en el cruasán.

—*Oui, mademoiselle.* Pero me adelanto. Cuando mi clan Litaro acampó aquí por primera vez, hace más de doscientos años, el *château* pertenecía al duque de Parmontagne, pero los escándalos familiares vaciaron sus arcas, obligándolos a sobrevivir cultivando verduras que vendían en Les Halles en París. El último noble murió en 1912 y fue enterrado en el pequeño cementerio del bosque. Durante la Gran Guerra, tropas francesas y americanas requisaron la residencia como cuartel, luego la usaron *okupas,* pero el último duque declaró el *château* monumento histórico y pagó los impuestos durante años vendiendo oro que había encontrado y que pertenecía a…

Emma sonríe.

—Al emperador romano Constantino.

—*Voilà.* Para cuando mamá, papá y yo acampamos aquí con nuestra caravana, estaba en ruinas y abandonado. Un frío helador en invierno, un calor pegajoso en verano. Cuando Lance y yo convertimos el *château* en nuestro lugar de encuentro, dormíamos en el suelo, luego en jergones de paja hasta que trajimos una vieja cama con dosel en un camión de coles, con el colchón relleno de rifles, pistolas y granadas enviados por los británicos en paracaídas. Hicimos el amor aquí, como locos, sobre ese colchón durante una tormenta primaveral de 1944 y muchas noches después, un lugar donde hallábamos paz del fragor de la guerra y donde fue concebido nuestro hijo…

—¡*Madame*! —exclama Emma con tal fuerza que se le cae mermelada en la mano—. Ay, cielos, qué desastre. Voy a limpiarme. —Se escabulle a su cuarto antes de que termine. La he sobresaltado con algo que dije… ¿Mi franqueza al hablar de hacer el amor? No me sorprende. Los estadounidenses son pudorosos con el sexo y no debería hablar tan libremente. ¿O hay algo más? Un escalofrío: aquí hay más de lo que cuenta.

Otra vez ese cosquilleo en el cerebro: Emma esconde algo.

Miro con atención el sobre marrón que me dejó Henri-Justin. La biografía de Emma. Llevo rato debatiendo si abrirlo o no. Lo estamos pasando tan bien, dos mujeres compartiendo, aprendiendo… no quiero estropearlo.

Pero ¿y si…?

He aprendido a lo largo de mi vida a no ignorar el instinto. Y me dice que no desestime la advertencia de Henri-Justin cuando insistió en que leyera el informe lejos de los oídos de *«la jolie mademoiselle».* Que lo hallaría «revelador».

Lo rasgo. *Bon,* ahora es el mejor momento para echar un vistazo. Recorro el resumen habitual de la vida de la chica. No viene de una crianza estirada. *Mais oui,* nació en Filadelfia, hija de Judy Elizabeth Keane, de soltera O'Flaherty, enfermera militar, y Terence Keane,

exsoldado y profesor de matemáticas. Se licenció en periodismo, trabajó en varios oficios mientras estudiaba, entre ellos modelo de perfumes (no me sorprende), hizo prácticas en una cadena de TV de Nueva York, luego trabajó unos años en canales locales antes de dar el gran salto a WJJR-TV. Ha recibido numerosos premios por sus reportajes en profundidad, entre ellos uno sobre supervivientes del Holocausto hace unos años. Humm, interesante.

Sigo leyendo… Investigó Ravensbrück, Auschwitz, Dachau, entrevistando a mujeres que sobrevivieron a los campos, contando sus historias con sensibilidad y detalle. Uno en particular me toca la fibra.

No puedo contener las lágrimas al leer la pieza de Emma sobre la anciana alemana moribunda en la residencia… y sus recuerdos de Dachau. La inmundicia, la enfermedad…, los horribles sótanos. El calor del verano…, los inviernos fríos con nieve. Debió de estar allí bastante y, aun así, sobrevivió, Dios la bendiga. Entrecierro los ojos ante la foto granulada. La mujer me resulta familiar. Delgada, huesuda. No veo número en el brazo, pero en Dachau no tatuaban. Miro más de cerca. Rasgos agraciados y esa trenza larga. ¿Por qué me suena? Entonces todas llevábamos el pelo corto.

Empiezo a sudar, el pecho me pesa de pena al repasar detalles demasiado familiares de la vida en los campos. Nadie mayor sobrevivía mucho… La humillación les pesaba en el alma más que a nosotras, las jóvenes; el horror de desnudarse y correr por una hilera de SS las mataba antes.

Suelto un suspiro hondo. Rezo una oración. Paso la página. ¿Qué es esto? Una fotocopia de un documento marcado «Desclasificado»: «Liberación de Dachau por el Ejército estadounidense. Declaración de una prisionera alemana tomada por el capitán Sean O'Flaherty, 5 de mayo de 1945».

¿El abuelo de Emma? El nombre cuadra. Sigo leyendo. Jerga militar habitual, normas, reglamentos, y luego…

Mon Dieu… No puede ser. Una anotación del investigador dice que la abuela de Emma fue prisionera en Dachau. Murió antes de la

liberación en 1945, tras dar a luz a una niña.

Lo recorro deprisa. No hay nombre, solo información muy básica: que se creía polaca y una mención breve de que su bebé fue adoptado por el oficial estadounidense al mando. Sé de varios bebés húngaros nacidos en el campo, pero no polacos. Debe de ser la madre de Emma… Y ahora la pobre está enferma; con razón la chica está tan alterada. Se me detiene el corazón y ese manojo de nervios que no sentía en años me oprime el pecho. Me sorprende, pero no me extraña que Henri-Justin desenterrara esto. Fue secretario de un miembro del Foreign Office británico antes de venir conmigo. Debió de mover hilos para ver documentos aliados desclasificados que rastrearan el servicio del abuelo de Emma durante la guerra.

Se me encoge el estómago. Desde que empezamos la entrevista imaginé que Emma ocultaba algo. ¿Por qué no me lo contó? Claro, la niña. Con razón siente curiosidad por mi «bebé secreto». Su madre también lo fue.

—Ya estoy, *madame.*

Emma me sonríe, ladeando un poco la cabeza, con los ojos azules chispeando como…

Me invade una emoción extraña que no sé explicar… Me pone la piel de gallina.



—¿Cuándo se mudó al *château, madame?* —Emma coge un cruasán sin mermelada y le hinca el diente, con los ojos bajos. Le veo girar la rueda en la cabeza. Nota que la observo, sabe que algo ha cambiado. Lo curioso es que yo también lo sé. Solo que no puedo decirle qué.

Chica lista… Sigue con la entrevista sin revelar nada.

—Fue en el verano de 1942, se conoce como la redada del Vél d'Hiv —empiezo, decidiendo rumiar esta información después, cuando se asiente en mi mente—. Una época de dolor y caos en que la policía francesa, por orden de los nazis, hacinó a miles de judíos

en el Vélodrome d'Hiver, el velódromo cubierto donde se celebraban pruebas deportivas.

—Explíquelo, por favor, *madame.*

—Durante dos días de julio, la policía detuvo a más de trece mil judíos con ciudadanía extranjera solo en París y alrededores. Hombres, mujeres y niños apretujados en el estadio cubierto, con pocos retretes y poca comida y agua. Entré en pánico… pensando si los gitanos éramos los siguientes. Sí, tenía papeles nuevos, pero notaba una corriente subterránea en la vida diaria que me asustaba. Ciudadanos franceses espiando a otros ciudadanos para luego acusarlos de delitos ante la Gestapo. No podía arriesgarme, sobre todo tras la muerte de Yvette.

»Seguí en el piso de la rue du Sommerard hasta que hubo nueva portera. Una mujer mustia, de dedos largos y nerviosos, fisgoneando, haciendo preguntas, restregando su nariz chata contra los cristales, observándome entrar y salir. Tenía que irme, pero ¿adónde? No podía quedarme en la casa de empeños y era difícil conseguir habitación con los nazis requisando todo para sus generales y oficiales. Así que volví a Argenteuil, tomé una habitación en una pensión y trabajé en mi fórmula secreta de Le Courage. Recuerda, yo no era química, así que necesitaba al profesor Zunz para guiarme por el arduo proceso de ajustar las proporciones de aceites esenciales y absolutos de cualquier componente, desde lo floral dulce a lo especiado y lo amaderado. Él tenía la mente en otra parte… Lo veía limpiándose las gafas muchas veces por hora, y siempre miraba a su alrededor. Estaba en tensión, esperando que la policía irrumpiera en el laboratorio y se lo llevara. Como no lo hicieron, creímos que Frederic había usado su influencia con el comisario de policía para mirar hacia otro lado; no por decencia, sino porque las aptitudes y el talento del profesor eran clave para mantener rentable la Casa Doujan durante la guerra. Ningún otro químico tenía su talento.

—Gracias a Dios, *madame,* estaba tan preocupada por él… —Emma suelta un suspiro—. ¿Qué fue del profesor tras la guerra? ¿Y

de su sobrina?

—Estaba convencida de que el profesor y Ester estaban a salvo, sin embargo… —dejo la taza y me llevo la mano al pecho—, me equivoqué.

—*Madame*…, ¿qué pasó?

Su cuaderno resbala del regazo a la alfombra. No se molesta en recogerlo.

—El profesor se enteró por una fuente inesperada, Frederic, de que Ester le era infiel a monsieur Baptiste; se escabullía del piso elegante del *16*e *arrondissement* de madrugada, mientras su prometido dormía.

—No puedo decir que me caiga bien, *madame.*

—A mí tampoco. Sobre todo cuando descubrí que estaba liada con un aristócrata francés colaborador de los nazis.

—¿Y cómo se las apañaba?

—Su amante no tenía idea de que era judía húngara. Se escondía detrás del título de su exmarido conde y de una historia fantástica que se inventó sobre su conexión con un barón imperial del siglo xvi de Budapest.

—Lástima que no empleara sus artes en ayudar a la Resistencia.

—Supe por el profesor que se metió con una banda cruel conocida por los nazis como la Gestapo francesa, criminales que hacían los trabajos que los nazis no querían. Aún más temidos porque eran franceses y podían infiltrarse en operaciones partisanas. Estaban metidos en el mercado negro ya en 1942 y se codeaban con parisinos adinerados…, incluido el amante de Ester. Él no pudo salvarla del escrutinio cuando no pagó sus deudas de juego…, deudas con su cabecilla, un tipo famoso por su «sótano de ejecuciones».

—¿Y ese horrible comandante como se llame no estaba coladito por ella? —pregunta Emma, recogiendo las notas y garabateando—. ¿Por qué no la ayudó?

—El comandante Von Risinger prefirió «mirar hacia otro lado», lo cual no me sorprendió. El hombre no tenía agallas.

—Quiere decir que el nazi no tenía huevos.

Ahora soy yo la que se queda a cuadros.

—Exactamente, *mademoiselle.* No lo habría dicho mejor. La ironía es que no la atraparon por judía, sino porque el delator de la banda era un exdetective. —Suspiro—. Su especialidad: seguir a esposas y novias infieles. Así se hacían las cosas en París, así la Abwehr, la inteligencia militar alemana, se alió con las bandas del hampa francesa para realizar los trabajos más sórdidos que la Gestapo no quería asumir. Si te atrapaban, te mataban el alma, un asunto sucio y obsceno.

—Pobre profesor Zunz —dice con sincera emoción—. ¿Y después?

—El profesor me rogó que consiguiera una nueva *carte d'identité* para su sobrina y la sacara de París. Me quedé helada. ¿Sabía que yo ayudaba a la Resistencia? ¿O era una trampa?

—No, el profesor no. No me lo creo —su tono es tierno e incrédulo a la vez.

—Yo tampoco; así que me la jugué. Le dije que tenía «amigos» que podrían ayudar a Ester, ya que él no se atrevía a salir de Argenteuil por miedo a que lo detuviera la policía francesa. Aun así, recelaba de ponerme en peligro después de lo de Yvette. Pero no pude decir que no. Había visto cómo el juego se apoderó de mi padrastro, volviéndolo un desesperado, tan desesperado que me vendió a la Gestapo. Ester también era adicta, aunque no conocía su historia, ¿qué la empujaba a buscar la euforia de retar lo desconocido? Me pregunté si tuvo un padre abusivo o si sufrió a manos de soldados invasores en su país. Conozco bien las cicatrices del abuso en el alma de una mujer, pero eso no la excusaba, en mi opinión. Si la detenían y descubrían que era judía… Te digo, *mademoiselle,* lo que sabíamos entonces de los campos era impreciso, pero lo bastante atroz para que no pudiera darle la espalda. Volví a París para advertirla.

—Yo no sé si sería tan valiente, *madame.*

Alzo una ceja y suelto la pregunta que me ronda:

—Si yo estuviera en apuros, Emma, ¿te enfrentarías al peligro para ayudarme?

—¿Usted, *madame*? —Da un salto—. Haría lo que fuera por ayudarla, sin importar el riesgo.

—Apenas me conoces, *mademoiselle,* ¿por qué me ayudarías?

—Bueno, además de que usted es increíble —dice con una sonrisa enorme—, porque es lo correcto.

Asiento, el corazón complacido con su respuesta.

—Como yo ayudé a Ester.

—Hizo falta valor. Ojalá me pareciera más a usted.

—¿De veras?

—Sí. Usted trabajó duro para seguir su sueño en las peores condiciones… y se enamoró de un hombre maravilloso que la adoraba. —Su voz refleja envidia, pero también una carencia, y me da pena—. Yo no he tenido tanta suerte en ese terreno.

Miraba con tanto anhelo a Ryker cuando la llevaba en brazos… Ha caído más hondo de lo que creía.

—Encontrarás a un hombre así, Emma… Te pareces más a mí de lo que piensas.

Eso le hace arquear las cejas.

—¿Yo, *madame*? ¿En serio?

Si hubiera esperado una reacción a mis palabras, desde luego no era que se quedara blanca. Hasta parece asustada. Vierto más café y me pregunto a qué estoy jugando. «¿Por qué te afecta tanto esta joven? ¿Porque quieres desesperadamente verte en ella?».

¿O estoy buscando algo que no está allí?

Bebo el café despacio.

—Quizá he pintado todo de rosa, *mademoiselle,* como tendemos a hacer en retrospectiva. Aquella joven romaní llena de brío, la chica que desafió a los nazis con temeridad… para 1942 se había replegado a otro mundo en el París ocupado. Un mundo en el que las parisinas glamurosas resistían a los ocupantes sin renunciar a la alta costura, a los sombreros elaborados, a las joyas exquisitas. Y al perfume de la Casa Doujan.

—Su perfume, *madame.*

—Sí. Esas chicas glamurosas se negaban a convertirse en *collabos,* como llamamos a los colaboradores tras la guerra, y seguían como antes. Cuando las veía entrar en la tienda de la Casa Doujan con sus sombreros con velo y sus pieles suaves, yo deseaba ser como ellas. ¿Por qué no? Yvette me había enseñado a vestir, actuar, hablar. Jamás soñé que entraría en ese mundo, pero antes tenía que salvar a la que consideraba una mujer egoísta y vana de la Gestapo francesa. Estaba enfadada con Ester por retozar con el enemigo mientras Yvette perdía la vida, pero estaba segura de que la antigua bailarina aprobaría mi misión. —Pausa—. Perderla me pasó factura. No confiaba en nadie.

—Salvó a Ester…, lo entiendo, pero ¿cómo?

—Tomé el siguiente tren a París, fui a la casa de empeños y le dije a Jarnak que necesitaba ver al Conde. Que la Gestapo francesa tenía los pagarés de las deudas de juego de Ester y planeaba extorsionar a monsieur Baptiste para que pagara, o Ester sería enviada a un campo de trabajo. Su vida estaba en juego y yo no aceptaría un no por respuesta.

—¿Y vino, *madame*?

Emma se recoge las rodillas, ansiosa por saber más. Le brillan los ojos de expectación y siento la súbita tentación de ir derecha al «material del bueno», como diría ella, pero debo preparar el terreno primero.

—Esperé horas a ese hombre que convertía las palabras en oro al hablar. Cerré los ojos y me quedé medio dormida en el sillón azul, soñando con perderme en sus ojos oscuros increíbles.

»Cuando amaneció, Lance apareció con sus gafas de montura redonda y su *tweed* inglés, preguntándome por qué debíamos sacar a Ester de París. Además de por ser judía, le dije, podía tener información sobre movimientos de oficiales alemanes que interesaría a los británicos. Estuvo de acuerdo, pero había un problema: tras la redada, los nazis reforzaron la vigilancia en los trenes, junto con hombres de la Gestapo, con la esperanza de cazar judíos que

intentaran escapar. Ester era una chica de alta sociedad muy vista en reuniones nazis y los SS la reconocerían. No podíamos esconderla en la casa de empeños… y yo había dejado mi piso. Además, no confiaba en ella ni sabía dónde estaban sus lealtades, sobre todo si la detenían y la encarcelaban en un campo. Podría intentar hablar para salvarse, lanzando acusaciones falsas contra mí o cualquiera de la Casa Doujan. Aun así, teníamos que convencerla de que debía abandonar París o acabaría en manos de la Gestapo.

—Entonces, ¿qué hicieron, *madame*?

—La secuestramos.

Capítulo 28

En una carretera al norte
de París, 1940



Angéline

Perfume:
Empress
Bergamota, canela de la India, cedro

—¿Estás seguro de que la mordaza está lo bastante apretada para que no pueda chillar? —pregunto, con el corazón en la garganta.

Lance sujeta fuerte el volante.

—Está tan indefensa como un cerdo cebado, atado y listo para el mercado.

Viajando a buen ritmo en un Peugeot verde de 1936 que Lance había requisado, salimos de París tras la puesta del sol, con la mirada fija en los nubarrones que rugían sobre nuestras cabezas, después de emboscar a Ester saliendo a hurtadillas de su apartamento en el *16*e *arrondissement.* Sin duda iba a reunirse con su amante secreto, pero nos adelantamos. Vestidos de negro y con bandanas cubriéndonos la cara, esperamos fuera y la sujetamos; luego la enrollamos en un tapiz medieval del siglo xii, tejido en seda e hilos de oro, con las manos atadas y la mordaza en su sitio. El origen del tapiz para nuestra aventura sigue siendo «clasificado», lo que supongo significa que lo «tomó prestado» del alijo de piezas que está ayudando a los nazis a catalogar.

Llevaba un vestido de noche ceñido, sandalias, pulsera y pendientes de diamantes. Y una tiara. Recuerdo pensar cuando pataleaba y gimoteaba: «Espero que no pierda un pendiente, porque tendrá que venderlos cuando llegue a Londres. No me preocupa que se las arregle una vez fuera del país. Una mujer como ella siempre se apaña, y me la imagino encandilando al piloto de la RAF mientras nuestro automóvil se dirige a un aeródromo secreto donde la recogerá un Lysander monomotor».

No contábamos con tres…, no, cuatro soldados alemanes de guardia más adelante, en un control en mitad de la carretera de dos carriles. Luces parpadeando, dos barreras colocadas en ángulo; nos hacen seña de parar. A un lado de la vía hay aparcado un largo Mercedes gris de turismo.

—¿Damos la vuelta y regresamos a París? —pregunto, presa del pánico.

—¿Y dejar que los boches nos metan una bala en la cabeza? —dice—. Déjame a mí, Angéline.

Mantiene una velocidad constante por la carretera, sin hacer movimientos bruscos que justifiquen que nos disparen. Entrecierra los ojos.

—Sígueme la corriente.

—¿Tengo opción?

—No.

—Eso pensaba.

Llevamos enzarzados desde que empezó la misión: Lance imponiéndose como un salteador enmascarado y yo comportándome como un arcángel vengador. Desaprueba que me ponga en peligro, y me gusta creer que es porque le importo. Mi empeño en demostrar que ya no soy una niña, sino una mujer, no tiene impacto en él. Al contrario, su postura protectora hacia mí se ha intensificado. No para de murmurar que se equivocó, que soy demasiado joven, demasiado inexperta para trabajar con su circuito —su célula—, una unidad cerrada sin contacto con otras células para que, si nos capturan, no podamos identificar a miembros de la Resistencia.

Yo me callo, en vez de entrar en otro choque con un hombre que me ha dejado claro que no siente simpatía por esta mujer. Y no le culpo. Ester no se calmaba ni cuando él le dijo que la Gestapo francesa no tendría reparo en enviarla a un campo de concentración en cuanto descubrieran que es judía. Sacarla volando de Francia es algo que jamás me hubiera esperado. Los rescates de emergencia que no se programan con luna llena son raros porque el piloto depende de la luz de la luna para calcular el aterrizaje en un prado, me dijo Lance, pero ocurren cuando un agente tiene información vital para el Foreign Office británico. O, en este caso, cuando se trata de la arrogante prometida de un empresario francés prominente que puede ser útil a los aliados.

Se me revuelve el estómago al pensar en su trabajo como doble agente, pero quiero que este plan de locos funcione para ver alivio en el rostro redondo del profesor Zunz, con los ojos parpadeando detrás de las gafas. Espero que Ester comprenda cuánto se preocupa su tío por ella pese a su vida descarriada.

—*Halt!* —grita el soldado alemán, blandiendo la bayoneta del fusil ante nuestras narices cuando aminoramos.

Un oficial nazi, flanqueado por un soldado, se acerca al automóvil y nos enfoca con su linterna dando unos golpecitos con el guante en la ventanilla del conductor.

—Sus papeles.

—*Guten Abend,* Herr Oberleutnant —dice Lance, bajando la ventanilla—. ¿Cuál es el problema?

Esboza una sonrisa perezosa y amistosa a pesar de la luz en plena cara, mientras yo no me atrevo a respirar. Intento concentrarme, con las manos en el regazo, notando el cuero áspero del asiento clavándose en la espalda. Una brisa templada entra por la ventanilla y trae un olor preciso a clavo y a sudor humano que me hace apartar la cara.

—Buscamos a un piloto de la RAF abatido, *monsieur* —dice en francés el oficial alemán, asomándose al interior del coche con la linterna describiendo un pequeño arco—. Debo registrar su vehículo.

—No será necesario, *monsieur.* Soy arqueólogo y comisario de arte estadounidense. —Lance saca el pasaporte y una carta con aspecto oficial con una esvástica en la esquina izquierda—. Doctor Langston MacBride. Tengo permiso especial de Herr Göring para entregar este tapiz de valor incalculable a su agente para el museo del Führer.

—Pero conduce usted en dirección contraria a París, *monsieur.*

El oficial ojea el papel y luego rodea el automóvil con las manos a la espalda, aporreando el suelo con las botas claveteadas para sacudirse la tierra.

—¿Cree que Herr Göring es estúpido, citándome con su agente en París, donde podrían robar el tapiz? —Lance pasa a la ofensiva—. Me reúno con él en Amiens.

—Por supuesto —cede el oficial, poco dispuesto a ofender al Reichsmarschall.

Luego apunta con la luz al asiento trasero. Entro en pánico. Si Ester se mueve, si el tapiz se desliza y la ve atada… No puedo permitirlo.

Coqueteo un instante como haría una francesa sensual; con curiosidad y audacia bajo la ventanilla y le pregunto:

—No querrá hacer esperar a Herr Göring, *n'est-ce pas, monsieur?*

Le dedico una gran sonrisa, me paso los dedos por el pelo teñido de negro de un modo provocador, gesto que no sienta bien a mi compañero americano cuando el nazi me ilumina la cara y me mira con una sonrisa dentuda.

Ya se le pasará. Dice que soy demasiado joven para el trabajo.

Lo hago demasiado bien.

Con una mirada aprobatoria a mi busto, perfilado por un ceñido jersey negro, el boche me observa salivando como un zorro asomado al gallinero. Me entran ganas de escupirle a la cara.

—Y tampoco haría esperar a una mujer hermosa, *mademoiselle.*

Apoya la bota en el abultado parachoques delantero. Se limpia los guantes, se ajusta la gorra y sigue sonriéndome.

Lance resopla, molesto, y suelta de carrerilla:

—Es urgente, Herr Oberleutnant. Debo entregar esta pieza al agente de Göring, que me espera antes de que salga el transporte hacia Linz.

No sé si hay ni un gramo de verdad en lo que dice, pero el nazi pica.

El oficial alemán se ríe por lo bajo.

—El Führer tiene un gusto excelente para el arte. —Sigue mirando mi pecho y yo le sostengo la mirada, negándome a mostrar miedo aunque el pulso me vaya tan deprisa que me arden las mejillas—. Y para las mujeres. Mis felicitaciones, *monsieur,* por añadir a la colección a la bella *mademoiselle.*

Tiro de aire cuando arrecia el viento y un olor dulce y penetrante me golpea las fosas nasales… Viene lluvia. ¿Cuánto tiempo más estarán de nuestro lado los cielos encapotados?

—Mademoiselle trabaja para el grupo y me asiste —dice Lance, intentando mantener el tono neutro, pero le noto un filo en la voz. Sé qué está pensando. Si llueve, se cancela la recogida—. Y ahora, si nos disculpa, nos pondremos en marcha…

El teniente no ha terminado.

—Imagino que *mademoiselle* es sensible a las penurias que sufrimos los oficiales por nuestro Führer, tan lejos de casa. —Asoma la nariz por la ventanilla y me llega un aliento avinagrado, punzante —. Y me acompañará a tomar un brandi en mi automóvil.

—Llegamos tarde —protesta Lance, rechinando los dientes—. Debemos seguir.

—Insisto.

—¿Es una orden? —pregunta en tono neutro.

—Una petición, si lo prefiere.

El oficial alemán abre la puerta del pasajero y hace chasquear los talones. Un gesto deliberado de superioridad que me enfurece, seguido de una orden fría y tajante:

—¡Baje del coche, *mademoiselle!*

No me muevo. No pienso subirme a un coche con un oficial nazi solitario que me considera a punto de caramelo.

—Me quedo aquí. Tengo cosas que hacer.

—Así que la bella *mademoiselle* quiere hacerse la difícil.

Me acaricia la mejilla con los dedos enguantados.

—Quíteme… las… manos… de… encima.

Escupo cada palabra como si fuera una bala, sosteniendo la mirada agitada del alemán e ignorando la expresión desdeñosa de Lance mientras lucho por no perder el control. El recuerdo intenso de otro encontronazo con un oficial alemán arrogante me irrumpe en la cabeza. No deseo que me maten. El miedo debe notarse en mis ojos, porque Lance intenta ayudarme… No, está… ¿Qué?

—Baja del coche, *mademoiselle* —me dice Lance con voz suave—. Es de mala educación rechazar la petición de un oficial alemán. —Y al teniente—: Estará encantada de acompañarle en su automóvil, Herr Oberleutnant. Luego volveré a recogerla, cuando hayan disfrutado de… —suelta una risita— su brandi.

Una punzada feroz de ira me atraviesa. No puedo creer lo que oigo. ¿Piensa entregarme al nazi… y luego qué? ¿Me emborracho con él, le dejo meterme mano? No puedo; no voy a hacerlo. Abro la boca para hablar…, pero no me sale nada.

—Gut… sehr gut.

—Debo advertirle —continúa Lance con un gruñido hondo y *sexy,* los ojos brillantes—: es una gata salvaje con esas uñas largas. —Lanza un silbido bajo—. Y le gusta morder. Hondo. Hasta hacer sangre.

¿Qué está haciendo? Entonces pienso en lo escrupuloso que ha sido el alemán, limpiándose los guantes, sacudiendo la tierra de las botas. Una *parisienne* fiera no es su tipo.

Entendido. Brillante.

Recojo su guiño, le gruño al oficial alemán y le enseño las uñas, que no son tan largas, pero en la oscuridad no se nota. Él se echa atrás, se estira el impoluto uniforme, tira del cuello.

—Franceses sucios e incivilizados. ¡Circulen… ya!

Lance no pierde el tiempo: mete primera y sale disparado carretera abajo como una liebre con las patas traseras chamuscadas,

mientras del asiento trasero nos llegan sonidos apagados de Ester. Pero se acabó. Exhalo hondo y me abrazo el pecho para dejar de temblar.

—¿En qué estabas pensando, Angéline? —me reprende Lance, áspero—. Coqueteando con ese boche.

—Estaba salvando la misión… hasta que tú me arrojaste a la cama del nazi.

—Ha funcionado, ¿no?

Suelto una risita.

—Dime, por favor, ¿qué habrías hecho si acepta tu oferta?

—Le habría pegado un tiro.



No sé si sentirme halagada o insultada por cómo se desarrolló la escena con el oficial nazi. Poniéndome en bandeja como a una sierva atada. ¿Habría disparado Lance al oficial alemán? ¿Y a los otros tres soldados? Estoy temblando, pero no me arrepiento de lo que hice. Estamos salvando la vida de una mujer, su dignidad, y creo de corazón que Ester aceptará lo que hemos hecho por ella. Tal vez cambie. Aunque agradezco que tuviera el buen sentido de no llamar la atención cuando el nazi asomó la nariz al asiento trasero. Como si estuviera tan aterrada como yo. Lance se mantuvo frío bajo presión. El hombre es de acero y estoy convencida de que no tiene corazón. Fui una tonta al creer que podría enamorarme de él. Solo me protege porque soy un activo, parte de su operación.

¿Por qué eso me hace sentir tan sola como la última amapola en el campo?

Seguimos conduciendo en silencio hasta llegar al campo de aterrizaje secreto, en un claro rodeado de robles altos. Lance aparca el coche tras los árboles y salta fuera, escudriñando el cielo mientras se cubre nariz y boca con la bandana; luego me hace señas para que yo haga lo mismo.

—No tenemos mucho tiempo, *mademoiselle.* Cuanto más nos quedemos, más probable es que nos detecten.

Asiento rápidamente, me ato la bandana y miro arriba, pero el cielo nocturno no revela más que una franja de luz de luna que corretea… Oh, espera…, el zumbido de un monomotor sobre nuestras cabezas.

—¡Ahí está!

—Rápido, preparemos el paquete y que se ponga en camino.

Cuando desenrollamos el tapiz, Ester cae al suelo como un muñeco de trapo, sudorosa y aturdida, la escena iluminada por las luces cortas del automóvil. Lance le quita la mordaza y la desata, luego la ayuda a ponerse en pie. Ella se tambalea, mareada, farfullando en húngaro mientras se recoloca los tirantes del vestido y se seca la cara con el dobladillo de la falda.

—Pensé que ese petimetre nazi no nos soltaría nunca. —Escupe su evidente desprecio por los boches, para mi sorpresa.

Lance le agarra el brazo.

—Te vas de Francia, condesa, y no vas a volver. ¿Entendido?

Ella arquea una sonrisa.

—París no es el único lugar donde puedo ejercer mi oficio, *monsieur.* El mundo está lleno de hombres a los que les agrada mi compañía.

Le sonríe y, a la luz, juraría ver una ternura en sus ojos hacia él que relampaguea un instante y se apaga. Lo alarmante es que, en ese mismo instante, a Lance se le esfuma el enfado con ella. Y me hiela.

¿Qué pasa entre estos dos?

Ester se vuelve hacia mí.

—*Merci,* Angéline. Has demostrado tener agallas, *mademoiselle,* por cómo manejaste a ese cerdo alemán. Pese a lo que pienses de mí, no soy desagradecida. Gracias por salvarme la vida.

—¿Sabes quién soy? —pregunto, sorprendida.

Sonríe.

—Tu aroma te delata. Único, embriagador. —Se refiere a la nueva fragancia en la que trabajo—. Nunca he olido nada igual… —Me observa bajo párpados pesados—. Salvo cuando visité a mi tío en el laboratorio. Dile al tío Oskar que mantenga la cabeza agachada, *mademoiselle;* son tiempos peligrosos y no todos saldremos de esta. *Adieu.*

No tengo tiempo de encajar por qué ha querido darme las gracias. Esa no es la mujer que conocí en París. Lo achaco a nuestro encontronazo con el nazi lascivo. Su personalidad dominante, sin hablar del hedor ofensivo de su cuerpo, bastan para disuadir a cualquiera de colaborar con ellos.

La recogida comienza sin contratiempos aunque hay poca luz de luna. Lance agita una pequeña luz de bicicleta sujeta a un palo y envía una letra preestablecida en código Morse; el piloto responde con su luz, luego colocamos dos antorchas encendidas y el avión aterriza.

Sin vacilar, Ester sube por la escalerilla fija del lateral y entra en la cabina como si lo hubiera hecho mil veces, y el pequeño aparato despega. No mira atrás. Me pregunto qué será de ella. Y me irrita preocuparme. Es una mujer egoísta que se sirve de los hombres. Otra vez me recorre un escalofrío hondo que enturbia toda la escena como perfume adulterado con azúcar. Algo no cuadra.

Empujo esas inquietudes al fondo de la mente y dejo que se apaguen. Debo hacerlo. Si no, no superaré los celos por «esa mirada» que Ester le lanzó a Lance. No le digo nada a él mientras apagamos las antorchas. Pensará que soy una niña mimada, y eso no ayuda a que me vea como una mujer.

Y nos vamos, como si no hubiéramos estado allí. Gracias a Dios. Toda la operación dura unos tres minutos.

Entonces empieza a llover, y la carretera se convierte en una plancha de barro resbaladiza.

—Es demasiado arriesgado volver a París esta noche. —Lance conduce despacio por la vía desierta—. Esperaremos a la luz del día, antes que arriesgarnos a topar con otro control alemán.

Reclino la cabeza en el asiento, con el corazón todavía acelerado. Tiene razón. Ya es el toque de queda.

—Tendremos que dormir en el automóvil —dice, desviándose por un camino secundario.

—No, no hace falta.

—¿Quieres arriesgarte a que te pille una patrulla alemana y pasar la noche en una comisaría de París?

—Bueno…, no, pero…

—A Alain lo pilló la semana pasada, después del toque, un soldado alemán en bicicleta. Por suerte, no sospechó de él, pero le hizo limpiarle las botas antes de dejarle ir.

—Tengo una idea mejor, doctor MacBride —le llamo por su título para agitarle la mente, hacerlo pensar.

—¿Sí?

—Una vez me preguntaste de dónde salieron las monedas de bronce de mi pulsera. —Se me ensancha el corazón al recordar nuestro primer encuentro y aquel beso en la oscuridad, pese a su frialdad conmigo. Es un agente canalla que presume de autoridad y me trata como a una niña, pero no puedo evitarlo. Le sigo queriendo —. Te lo enseñaré.

Capítulo 29

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Emma

Perfume:
Red Tango
Rosa roja española, bergamota, ambreta

—Viniste aquí, al *château,* esa noche, ¿verdad, *madame?*

Asiente mientras yo me recuesto y tomo aire. La habitación está bañada en sombras moradas cuando me recojo en la silla, el kimono rojo apretado alrededor de las piernas. Ryker asomó la cabeza para ver cómo íbamos; se le abrieron los ojos cuando vio mis piernas largas asomando por debajo del kimono. Con desaprobación. Me considera una mala influencia para *madame.* Me las cubrí rápido, bueno, no tan rápido, y admito que disfruté permitiendo un vistazo de tortura antes de que desapareciera.

Rezo para que vuelva, así sigo el juego. Por cierto, voy ganando.

—Sí —admite, rellenando su taza—. Después de un episodio tan agotador me sentía mareada y, a la vez, eufórica. Y muerta de miedo, como diría mamá. —Se ríe—. Tuve mi primera dosis real del terror al que se enfrentaban a diario los agentes en la Francia ocupada, y aun así todo salió a pedir de boca. O eso creía. Luego supe lo peligroso que fue para el piloto aterrizar con tan poca luz de luna, que casi se sale del campo y se come un pajar. Que la avioneta fue detectada por los reflectores alemanes cerca de la costa y que

solo la mano de Dios evitó que los derribaran. Nunca sentí que estuviera a la altura del resto, pero en esa misión me curtí: desafié al teniente nazi y aprendí cómo funcionaban las recogidas en zonas designadas. Y cómo Lance envió una carta cifrada en un mensaje personal por Radio Londres para pedir la recogida inmediata de un agente.

—¿Un agente? —pregunto, picada. Huelo a secretos femeninos flotando en el aire—. ¿Qué quiere decir?

Sonríe y me posa la mano sobre la mía. Está fría y eso me entristece. Tiembla: el recuerdo de aquella noche la sigue afectando.

—Qué joven era, *ma chère* Emma, y qué ingenua. Lance tenía razón. Inexperta se quedaba corto. El instinto me ayudó y me salvaría la vida más de una vez cuando terminé en Auschwitz y Dachau.

Hace una pausa, los ojos oscureciéndose como jade en bruto; sospecho que recuerda tantas cosas horribles que presenció y que padeció. Cosas inhumanas. Cicatrices invisibles a las que aún no hemos llegado en la entrevista. Luego me mira y sus ojos vuelven a aclararse cuando el momento pasa.

¿Cómo lo hace?

—Aquella noche de 1942 —continúa—, me engañaron las artes de una agente profesional que no solo llevaba mi perfume, sino que lo restregaba en las narices de los nazis. No fue hasta años después cuando Lance me confesó el engaño que urdieron entre los dos.

Se me escapa un gemido:

—No querrá decir… ¿Ester?

Asiente.

—Tras la guerra tuve el gusto de reencontrarme con ella en Londres y pasamos horas hablando de aquellos días y de cómo se convirtió en agente especial del SOE, los servicios de inteligencia británicos, en la sección francesa.

Agito mi bloc en el aire, negando con la cabeza.

—No me lo puedo creer…

—Era polaca, no húngara, y vio cómo los nazis asesinaban a su madre y a su hermana a finales de 1939. Trabajó en el teatro de Varsovia y se integró sin esfuerzo en la alta sociedad francesa, usando sus dotes de actriz para convertirse en esa criatura fascinante que los oficiales nazis no podían resistir. Era tan llamativa, tan extravagante, que la Gestapo no la tomaba en serio.

—¿Y monsieur Baptiste? Era buen tipo…, ¿lo sabía?

—Ester admitió que aquel caballero alimentó un amor verdadero por ella y no tenía idea de que fuese agente del SOE. Odiaba engañarlo, pero odiaba más a los nazis. —Toma un sorbo; los ojos se le suavizan—. Y sí, Ester era judía, pero eso jamás la frenó para lanzarse al peligro. Poco después del incidente en París, los británicos le dieron una nueva misión y la lanzaron en paracaídas a la Bélgica ocupada, donde trabajó para la Resistencia el resto de la guerra.

—Supongo que Lance estaba al corriente de su identidad.

—Oh, por supuesto. Él y Ester colaboraron antes de la caída de Francia. Se conocieron en un tugurio de Montmartre: ella se ganaba la vida como modelo de artistas y Lance adquiría arte bohemio para su instituto de Boston. También supe que tuvieron un idilio tórrido…, pero Ester lo cortó.

—Increíble…

No me da la mano para escribir tan rápido. Una agente secreta de alto perfil desenmascarada. Una belleza judía arriesgándolo todo para vengar el asesinato de su familia. Parece que *madame* y Ester tenían más en común de lo que pensaban. ¿Quién lo diría?

—*Mais oui,* todo el teatro de atarla fue por mí: para mantenerla a salvo por si me interrogaba la Gestapo.

—¿Y el profesor Zunz? —pregunto—. ¿Qué papel jugaba si no era su sobrina?

—El profesor era uno de los agentes de mayor confianza de Lance. Ya habían trabajado juntos en El Cairo en 1937, cuando necesitó un *parfumeur* para identificar la composición de ungüentos egipcios desenterrados en la tumba de un faraón.

No oculto mi sorpresa.

—El profesor me la ha colado bien.

—A mí también —añade con una risita—. Por eso hacía aquellos viajes al campo y por eso me pidió ayuda para sacar a Ester. La Gestapo francesa la tenía en el punto de mira, lo que le impedía contactar a nadie sin levantar sospechas… excepto al profesor. No tenía otra vía que yo para hacer llegar un mensaje a Lance sin arriesgar su vida… y la de ella.

—Nunca ha mencionado a estos dos agentes en otras entrevistas, *madame,* ¿por qué ahora?

—Es hora de no guardarme nada, Emma. Ester murió el año pasado y el profesor falleció en 1966, se le paró el corazón. Nunca habría llegado a ser *parfumeuse* sin él. Me enseñó todo lo que sé de la química del perfume. Supe tras la guerra que lo arrestaron poco después que a mí y lo mandaron a Drancy, el campo a las afueras de París, donde lo retuvieron hasta la liberación en 1944. Frederic ya no pudo contener más a la Gestapo y se llevaron a aquel químico brillante, recluyéndolo con otros disidentes judíos. Esquivó el convoy a un campo de exterminio alegando que su condición de nariz podría ser útil a los nazis en algún momento. Funcionó.

—Qué historia tan increíble —casi no respiro—. Ojalá hubiera conocido al profesor.

—Quedó muy enfermo tras su paso por el campo de internamiento —prosigue—, aunque juraba que nunca perdió el olfato y que se escabullía por las noches a aspirar la dulzura de las flores silvestres que crecían junto a las alambradas. —Frunce la nariz, los ojos húmedos. Me entran ganas de abrazarla, pero no lo hago. Se recompone y vuelve al asunto—. Sea o no cierto, considerando el hedor a muerte que nos rodeaba día y noche, jamás lo puse en duda. Su habilidad como nariz era su orgullo y yo nunca le quitaré eso. —Suena tan triste como yo me siento, pero firme—. Quiero asegurarme de que los dos reciban crédito por su enorme trabajo y sacrificio, porque ya estoy muy mayor y no tengo familia…

Clavo el lápiz en el bloc con tanta fuerza que se parte cuando suelta esa frase. No esperaba oírsela así, de sopetón.

Me agarra la mano y la aprieta. Me ilumino. Así que ella también siente esa necesidad urgente de contacto humano. Esto, en una mujer que se protege de la prensa con cierta frialdad. Pero conmigo sabe que hay algo distinto. ¿O estoy viendo cosas donde no las hay? Quiero contarle la relación de mi familia con la guerra, pero tengo la horrible sensación de que la entrevista se irá por al garete si lo hago.

Está recordando un tiempo atroz y ha tenido que hurgar hondo para llegar hasta aquí. Hablar del profesor y de Ester por primera vez en público, con una maestría de narradora tan fluida como triste. Contarle mis lazos con Dachau la conmocionaría demasiado. Si la saco de su zona ahora, se acabó.

Así que no lo hago.

Una vez más, reportera firme, saco otro lápiz del bolso y cambio de tema, centrándome de nuevo en aquella noche alucinante de 1942 cuando ella y el arqueólogo rompecorazones se meten en faena.

Con cara seria, le pregunto qué pasó después.

Ella habla en un tono suave que me emociona cada vez que pronuncia su nombre:

—Lance bajó la guardia… La lluvia y los truenos de fondo, dramáticos… El agotamiento del examen nazi se iba disipando… y el aroma de mi perfume lo iba excitando… Una mezcla de melocotón, rosa de terciopelo blanco, orquídea… y algalia removiéndole los sentidos con una intensidad irresistible. Ya no podía negar lo que sentía y quiso demostrármelo…

—Sí… —Me inclino, mordiéndome el lápiz—. Cuéntemelo, por favor.

Mira sus manos; un momento de placer inmenso le recorre el cuerpo al revivir esa noche en su mente.

—Haciendo el amor conmigo.

—¡Oh, *madame*! Por fin.

—Pero antes, *chère* Emma, debo descansar, recobrar fuerzas… —dice, la voz sin aliento, apagándose—. Seguiremos mañana…

¿Cómo puede hacerme esto? Cierra los ojos y reclina la cabeza en un cojín rojo rosado, pero la veo espiarme.

Me está provocando.

—No puedo esperar a mañana, *madame* —estallo, siguiéndole el juego—. Por favor.

Relámpagos atraviesan las altas ventanas francesas, el estudio pequeño y acogedor, butacas forradas de damasco, escritorio de teca, librería… y los truenos retumban sobre nuestras cabezas. En un parque arbolado con los árboles más frondosos y un jardín de rosas, el *château* tiene la elegancia del siglo xii, con ocho dormitorios y seis cuartos de baño y una bóveda más increíble en el gran salón. Por todas partes cuelgan tapices que descienden hasta el parqué en espiga. Estos detalles son apuntes en los márgenes de la historia real.

Un momento inolvidable en la vida de *madame.*

Es la una de la madrugada. Me mata la mano de tanto tomar notas. Madame de Cadieux me reduce a una cría ojiplática cuando estoy con ella, pero me encanta cómo no se arredra ante el peligro. Ni ante el hombre que quiere.

Puedo aprender de ella.

—¿Lista, Emma?

—¡Y tanto!

Sonríe y abre los brazos con un gesto teatral grandioso:

—Era una noche oscura y tormentosa cuando esta lila perdió su flor…

Capítulo 30

Le Château de Cadieux,
París, 1942



Angéline

Perfume:
Bel Amour 67
Chipre, mimosa, almizcle

—Gira a la derecha a unos cinco metros de los dos robles altos que se inclinan el uno hacia el otro… Aquí, donde el arroyo se junta con el pequeño cementerio.

Se me quiebra la voz al pasar por el lugar donde está enterrada mamá, pero no digo nada. Los altos narcisos amarillos que planté están doblados, tocando la tierra y empapados por la lluvia, pero siguen ahí. Eso vuelve a poner a punto mi brújula. Mi pícaro doble agente no comprendería mi profunda devoción por ese rincón de tierra. Aunque antes sintió curiosidad por saber más de mi vida romaní cuando acampamos aquí, de dónde sacó papá las monedas de bronce…, preguntas a las que responderé a su debido tiempo.

—Has estado muy convincente con el oficial alemán, inventándote esa historia —aparto a un lado mis emociones temblorosas—. ¿Cómo lo haces?

—Es mi trabajo, Angéline.

Resulta que la historia que le contó al oficial nazi es cierta. Catalogó varios objetos de una residencia en Saint-Germain-en-Laye confiscada a su dueño, que escapó por los pelos con vida. Luego

Lance «tomó prestado» el tapiz de su nuevo hogar en la galería del Jeu de Paume de París para la escapada de esta noche, cambiando los datos para ajustarlos a su relato. Una jugada temeraria que habría dado al traste con nuestra misión si el teniente nos hubiera detenido y hubiera comprobado con la oficina de Göring en vez de quedarse mirando mi pecho en el jersey negro ajustado.

Digo en voz alta lo que me hierve en la cabeza.

—¿Cómo puedes halagar el ego de los boches, sabiendo lo que le están haciendo a Francia?

No puedo seguir callada. Adoro a este hombre y Dios sabe que lo he echado de menos desde nuestras intensas sesiones de entrenamiento antes de irme a Argenteuil. Este hombre valiente que vaga por París de noche, recogiendo inteligencia en reuniones clandestinas y organizando recogidas. Este mismo hombre que luego toma el té con los alemanes de día, con traje de *tweed* y unas gafas falsas (me las puse) y cataloga arte robado. Me recuerda a los grandes señores del castillo de los cuentos que mamá me narraba cuando era pequeña. Príncipes que corrían el mundo disfrazados de leñadores o salteadores, ayudaban a los pobres y besaban a las muchachas.

Lance tiene ese mismo aire señorial, como si su sangre fuera azul. Curioso que lo piense, pero así es. Tiene una manera de hilar las frases que suena a poesía, la forma tan correcta de comer con el tenedor en la izquierda y el cuchillo en la derecha, su extraordinario conocimiento de arte e historia que llevó años adquirir. Años que un joven que labra la tierra o se sienta en un pupitre no tendría. Un hombre lejos de mi alcance. Si estoy en lo cierto, ¿por qué arriesgaría tal hombre su libertad para luchar contra un enemigo capaz de destruirlo con un chasquido de dedos? ¿De enviarlo a prisión si por un tropiezo alguien desenmascarara a este príncipe que se mueve en la oscuridad pero deslumbra en *tweed?*

—Ya te he contado demasiado, Angéline; la acción está hecha —sus palabras son frías. No revelará sus secretos, lo deja claro—. Ahora tienes que seguir adelante, como haré yo.

No alcanzo a entender sus motivaciones mientras avanzamos por el terreno embarrado hacia las verjas de hierro del *château.*

Tomo su silencio por lo que es… una firme negativa a tratarme como a una igual en este loco mundo del espionaje. Me permito aspirar la rica memoria de jazmín de mi niñez al acercarnos al *château.* Paso la mano por el vaho de la ventanilla y suspiro. Poco ha cambiado desde que acampamos aquí. Veo a mamá bailando al son de una melodía tarareada…, a papá desenterrando monedas de bronce…, a mí rastreando el prado en busca de violetas y jacintos. Un tiempo inocente en el que mi corazón estaba colmado de su amor, cuando tenía una familia…

Los echo tanto de menos; lucho contra unas lágrimas que nunca se agotan.

Mi ánimo cambia cuando Lance gira bruscamente a la derecha, bajo una lluvia que martillea el parabrisas. Mi determinación de mantenerme fuerte me hace afianzarme y seguir. Me sujeto a la manilla de la puerta mientras botamos por el camino irregular. Papá tuvo que empujar y empujar para que nuestro vardo pasara por aquí cuando llovía, pero el Peugeot es una máquina recia y sus ruedas grandes y pesadas prometen sacarnos del barro. Entonces lo veo. La visión de la construcción de piedra recortándose ante nosotros como un arcángel gótico dándonos la bienvenida.

Apenas alcanzo a inhalar la infusión de olores del pasado antes de que Lance abra la puerta del pasajero y me apremie a entrar, manteniéndonos secos con el tapiz centenario sobre nuestras cabezas. La lluvia nos acribilla y él ni pregunta si los grandes portones dobles están cerrados con llave. No me cabe duda de que habría volado la cerradura de un tiro si lo estuvieran. Sí, vi una pistola antes en el suelo del Peugeot. No me había fijado. No bromeaba cuando dijo que habría pegado un tiro al oficial alemán.

Intercambiamos unas palabras, agradecidos por el tapiz que nos mantiene a cubierto, aunque no sé cómo piensa explicar a los nazis que está empapado, pero salvó a dos almas que buscaban refugio en un *château* vacío. El olor a cerrado y las finas telarañas que

recuerdo de la última vez se ven sustituidos por olores estancados de cocina, y eso me pone en guardia. Nosotros siempre cocinábamos fuera, prefiriendo los deliciosos aromas tostados de un fuego al aire libre. Le digo que alguien ha estado aquí desde que mi clan se refugió por última vez en el *château;* alguien que no es romaní. Alguien que probablemente se escondía de los boches.

Lance enciende su linterna de campaña (no dejaba de ser un arqueólogo) cuando abrimos con un chirrido la puerta del estudio. Un cuarto encantador con un gran ventanal. Las paredes, antaño de un rojo elegante, sangran ahora un óxido apagado; vigas de madera; un parqué en aspa marcado de huellas de botas a lo largo de los siglos, aunque me juego algo a que ninguna es de boche. Su estado actual de deterioro y descuido no les agradaría. La lluvia golpea los cristales plomados con un ritmo constante que acompasa los latidos de mi corazón. Chimenea de piedra.

Lance recorre el cuarto con el haz de luz; los dos nos asombramos al ver la estancia amueblada con un diván de terciopelo azul desgarrado por partes, un chal floreado azul y blanco deshilachado por encima… y botellas vacías de vino y colillas esparcidas por el suelo de parqué. Por la colocación de colillas y botellas, Lance concluye que solo hubo un ocupante.

Y que se fue hace tiempo.

Exhalo un suspiro de alivio.

Lance rebusca en los bolsillos y enciende un fuego con cerillas de azufre que, gracias a Dios, están secas. Cansados y todavía con la ropa húmeda, nos acurrucamos en el diván… Ojalá me abrazara. En cambio, habla con voz lenta y serena, como si hubiera pensado lo que quiere decir.

—¿Cómo explicar este trabajo de locos que he asumido, Angéline? —Lance atiza el fuego con un atizador de hierro negro—. Uno no se levanta una mañana y anuncia al mundo: hoy me haré espía. Pero cuando el mundo en que vive enloquece, no le queda elección. Tiene que hacer algo o no podrá vivir consigo mismo.

—Pero eres científico.

—Sí, soy un hombre que desentierra el pasado, pero el presente es ahora mi llamada. —Se mueve y el diván cruje. Aprovecho para acercarme, inhalar su aroma varonil mezclado con lluvia fresca. Dudo que lo note—. Debo hacer algo para frenar esta inhumanidad contra hombres y mujeres inocentes… y lo que más me duele, niños. Este monstruo ha destruido incontables vidas y, que Dios nos ampare, temo que serán incontables más según se alargue la guerra. Es cierto, soy un soñador. Voy donde me llevan los sueños y, a diferencia de otros en esta guerra, no he sufrido la pérdida personal de familia, aunque sé lo que es perder a alguien querido. Una hermosa conservadora de arte egipcio que trabajaba por la libertad… Era una lingüista experta, una telegrafista a la que la Gestapo torturó y asesinó.

Espero, con el corazón a saltos. Me inunda la culpa por mi falta de sensibilidad hacia él…, por haberme atrevido a negarle un corazón cuando, en efecto, lo tiene, pero roto.

Me levanto, paseo por la estancia. Incluso viéndolo de perfil, veo a otro hombre. Un hombre que no ha superado una gran pérdida. Entonces somos más parecidos de lo que pensé. Como yo, no está listo para compartir más de lo que me ha dicho. ¿Cómo culparlo? Yo tampoco le he contado todo sobre mamá ni sobre el asqueroso comandante que me obligó a verla exhalar su alma hermosa en un charco de sangre.

Deja pasar el momento antes de seguir.

—No podía enterrarme en tumbas antiguas cuando el mundo había perdido el norte, así que creé mi propia red. Usé mis contactos en arqueología para conseguir un puesto en el equipo de Hitler, haciéndome pasar por un crítico de arte resentido al que los británicos despidieron por colarles falsificaciones. Me quedé en Berlín trasladando piezas valiosas, entre ellas el busto de Nefertiti, a refugios seguros, observando, vigilando. Llegué a París semanas antes de que los nazis desfilaran por los Campos Elíseos para establecer operaciones aquí. Contacté con el SOE en Londres ese verano, pero me ignoraron. «¿Cómo puede un arqueólogo combatir

a los nazis?», preguntaron. Seguí adelante, enviando desinformación a los alemanes. Como miembro del círculo de Göring, recogí datos cruciales de movimientos de tropas a partir de oficiales alemanes borrachos que vivían la gran vida parisina, incluida inteligencia sobre los detalles del plan propuesto por Rommel para desembarcar en Trípoli y unirse a los italianos contra los británicos el noviembre pasado.

—Así que ahí era donde estabas.

—Sí. Los británicos por fin se fijaron en mi trabajo y me sumé a una red secreta en Londres con un puñado de dobles agentes. Al Foreign Office le gusta mi estilo, cómo uso jerga artística para confundir a los nazis.

—Y así te convertiste en el Conde. Un Pimpinela Escarlata.

Sonríe.

—Me gustó la idea de un enmascarado correteando por París de noche, salvando a bellas damiselas.

—¿Como yo?

—Eres todo un reto, Angéline…, y estabas tan hermosa con tu falda de volantes y enagua roja. No sabía qué hacer contigo, pero no podía abandonarte a la vida en la calle. —Suelta un gran suspiro—. Eres una muchacha inocente y jamás me aprovecharía de ti.

—Ya no soy una niña, Lance. —Me planto ante él, manos en las caderas, el fuego de la chimenea calentándome la espalda. Un pellizco fuerte me encoge el estómago. Un dolor que me quema y al rato me hace temblar con escalofríos—. Casi tengo diecinueve. Soy una mujer y una nariz. Creé mi primer perfume para la Casa Doujan. Lo llamé Naomie's Dream.

—Eso he oído. El profesor Zunz dice que agotasteis existencias en la tienda de París.

Sonríe, luego se pone serio, me toma por los hombros y sus ojos oscuros brillan a la luz del fuego.

—Estoy preocupado por ti, Angéline.

—¿Y qué pasa contigo, Lance? Estados Unidos está en guerra. Pueden detenerte en cualquier momento. Sabes lo astuta que es la

Gestapo, inventándose cargos para atrapar a cualquiera con una mínima sospecha de ser espía.

—Los nazis no son fáciles de engañar, pero de momento se tragan mi información. Londres me da material suficientemente veraz para que se crean cualquier inteligencia falsa que yo les cuele. —Me acerca; apoyo el oído en su pecho. Oigo retumbar su corazón—. Se avecina algo grande, Angéline. No puedo hablar de ello, pero cambiará el curso de la guerra.

Me separo un poco.

—¿Un arma secreta?

Se ríe.

—No puedo contarte más… Prefiero hablar de aquella muchacha salvaje e impetuosa que conocí la primera noche y que no podía esperar para vengarse de los boches.

—Y lo hice.

—¿Qué has hecho? —gruñe—. La Gestapo te va a respirar en la nuca.

—Le di a un comandante nazi un frasco de perfume.

Un perfume especial para que nunca me olvide. Algún día me aseguraré de que pague el precio máximo por asesinar a mi madre. Lo juro sobre la tumba de mamá.

Él exhala, aliviado.

—¿Es el que llevas ahora?

—No. Estoy probando una fragancia nueva. Rosa blanca, melocotón… musgo de roble. ¿La hueles? —Me inclino para que la aspire.

—¿Intentas seducirme? —Me mira sin amedrentarse, pero detecto un repunte de peligro en esa mirada, y aviva el fuego en mí.

—¿Y si fuera así? —pregunto—. Eres un hombre al que le gustan los retos, *n'est-ce pas?*

—Te prometo que no funcionará. Soy inmune a tu encanto.

—¿Lo eres? —Le rozo el cuerpo con el mío y siento cómo se tensa. Respira más fuerte, aprieta los puños: señales claras de un hombre sopesando sus opciones.

No es inmune.

Me contraigo de placer cuando Lance me planta besos arriba y abajo de los muslos, me hace cosquillas, me acaricia.

Ah…, rezo para que no pare nunca.

Yacemos en el diván junto al fuego, con la ropa húmeda hecha un revoltijo, la piel desnuda caliente y sudorosa. Nuestra pasión intacta, las barreras derribadas en esta noche de lluvia porque lo ansiaba demasiadas noches como para seguir preguntándome si, mejor dicho, cómo llegaría a conocerlo como hombre. He visto lo fugaz que es cada instante en esta guerra, cómo hay que atrapar la felicidad… cualquier cosa puede destruir una vida no vivida. O no amada. Estoy decidida a que no nos pase aunque él sea demasiado terco para verlo. Desde el momento en que escuché su voz imperiosa en la oscuridad, aspiré su aroma almizclado y me cortó la respiración, me infundió una confianza nueva: no tengo por qué estar sola. Algo que tanto temo, una chica romaní sin su clan, sin su familia, sin su mamá y su papá… Rezo para que mi hombre canalla me ame como mujer.

Así que me lanzo atrevida. Ocurre tan deprisa: ese beso abrasador cuando me pego a su pecho y me derrito y él me atrae más; una calentura brota en él que me excita y me asusta a la vez. Hemos pasado el flirteo, la pulla, los besos a oscuras. Lo quiero así, hambriento de mí, pero no he tenido en cuenta que no hay vuelta atrás… y no sé nada de complacer a un hombre. Oh, quiero hacerlo, quiero tenerlo dentro, hallar ese espacio arrebatado en el que no piensas y sigues la pasión hasta ser uno, tu alma se vierte en la suya, tu olfato despierta más vivo y penetra en tu nariz la rosa sedosa más pura y el jazmín exótico… y el ámbar aterciopelado.

Desprendiéndonos de cada capa como criaturas nocturnas mudando la piel, lanzando la ropa a un lado, abro los ojos para contemplar su desnudez, su piel bronceada, su cuerpo musculoso. Nunca soñé que un hombre pudiera ser tan magnífico de ver… Abdomen tenso y fibroso, pecho ancho que ondula, hombros tan

generosos que podría acurrucarme en ellos y perderme para siempre. Ni creí que un hombre así pudiera verme lo bastante bonita como para mirarme como ahora. Ojos de ébano en los que arremolinan secretos que quiero conocer, hipnotizándome hasta rendirme… Han cambiado las tornas…, ahora él me seduce y yo no me resisto.

¿Cómo podría?

Me pesa el cuerpo, me pesa mucho; sus besos me abrasan la piel; mi excitación se dispara. Cierro los ojos y su intensidad haciendo el amor me agita salvajemente sobre el desgarrado diván de terciopelo azul, mi ansia de sus caricias borra cualquier idea de que él no me desea.

Gimo, lucho por mover brazos, piernas. No puedo. Mis pensamientos se enredan mientras sus manos recorren mi cuerpo arriba y abajo, acariciándome, y él murmura:

—Qué hermosa eres. Qué broma cruel me han jugado las hadas.

Exhala un suspiro hondo, luego un gemido de angustia. ¿De qué está hablando? ¿Empieza a arrepentirse de hacerme el amor? ¿He hecho mal en querer estar con él?

¿O hay algo en su pasado que le causa tal dolor que no puede dejar de sufrir? ¿Podré yo calmarlo algún día? Oh, Dios, tengo que intentarlo aunque mi cabeza no pueda concentrarse en nada que no sea este instante. Su contacto me vuelve loca; sus palabras me confunden. No les hago caso mientras nos fundimos en un solo ser.

Un largo suspiro me nace muy adentro cuando amaina la última ola de placer; me duermo entonces en sus brazos… y sueño.

¿Me atrevo a soñar que el amor durará para siempre?

Sueños ya no inocentes, sino llenos de un oscuro encantamiento. Y recuerdos del hombre que esta noche me ha amado dulcemente.

El misterioso doble agente, de nombre en clave el Conde.

No amaré a ningún otro hombre.

Capítulo 31

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Emma

Perfume:
My Destiny
Rosa absoluta, narciso negro, vainilla

—Hicieron el amor aquí… en esta habitación, *madame.*

—Sí.

Me observa, esperando que diga algo más. No puedo. Nunca me había conmovido así, con el corazón desbordado de emoción… Era 1942, su bebé nació en el campo al final de la guerra…, lo que significa que pasaron otras noches aquí… Ay, Dios.

—Vivía asombrada por ese hombre —continúa *madame—;* su intensa masculinidad y su profundo misterio cada vez que hacíamos el amor me resultaban excitantes, sabiendo el riesgo que corríamos, que a cualquiera de los dos nos podía estar siguiendo la Gestapo y arrestarnos a la menor indiscreción. Una palabra descuidada sobre el Führer, silbar una melodía prohibida, no ceder el paso a un oficial en la acera… Sus ojos traicionaban ese miedo; sus palabras insistían en que debía protegerme, que podía asignar a un agente para que me escoltara, pero yo insistía en que no necesitaba protección.

¿Te suena?

—¿Con qué frecuencia se veían, *madame*?

—Nos reuníamos en el *château* una o dos veces por semana amparados por la oscuridad si no estaba engañando a los nazis con desinformación. Jarnak era nuestro intermediario: se jugaba el tipo viniendo desde París en una moto disfrazado de soldado alemán, se colaba en el laboratorio cuando todos se habían ido y me dejaba un «poema» en el bolsillo de la bata. Poema de rosa roja: no. De rosa azul: sí. Luego, equis por besos: tres equis, miércoles; cuatro, jueves; y así. Después, la palabra «Love» seguida de puntos que marcaban la hora, siempre ya de noche. Siete puntos: las siete. Cualquiera que encontrara la nota pensaría que tenía un amante secreto. Algo que ni los nazis podían racionar.

—Muy francés, *madame.*

Asiente.

—Venía en bicicleta desde Argenteuil al caer la tarde por el bosque y lo esperaba aquí. Él entraba por la larga avenida cada vez en un coche requisado distinto; el sonido del motor era una música precisa que despertaba mis sentidos como un tigre ronroneante. No era el secretismo de la cita lo que me excitaba, sino otra cosa. Algo primario y audaz, como la nota de fondo de un perfume que te quema la piel al rociarlo, marcándome con su recuerdo que aún me estremece.

—¿Me está diciendo, *madame,* que la pasión no disminuye con la edad?

—Cambia a algo más profundo. Este anhelo feroz por mi amor persiste pese a la insistencia de la naturaleza en que envejezca… Una mujer disfruta de cambios físicos que acaba aceptando, incluso acogiendo. Y los impulsos… *ah, mais oui,* confías en lindos sueños para liberar esa sensación placentera en el fondo del vientre, pero el corazón necesita compañía. Yo la he encontrado en mi círculo de amigos, incluidos quienes trabajan conmigo y, gracias a Dios, esa compañía también se cumple en recuerdos perdurables que reproduces una y otra vez en tu mente cuando te sientes sola. —Me sonríe—. No lo entenderías, Emma…, hasta que alcances mi edad y

conozcas la satisfacción de ver cómo el amor romántico se ahonda con los años y se hace más fuerte. Rezo para que lo vivas.

Ojalá.

Bebe café frío, pero le tiembla la mano.

—Gracias a ti, *mademoiselle,* esta noche he sentido el sol en la cara y no estoy tan sola. *Merci.*

—Oh, *madame,* si pudiera hacer retroceder el reloj…

—Ya lo has hecho. Contarte mi historia me ha devuelto la juventud, la dicha de convertirme en quien soy junto al hombre que me amó, algo que he temido recordar en una estancia en penumbra por la noche o en un cuarto vacío con olor a pasado. Contártela enriquece mis recuerdos, los hace menos dolorosos. He estado tan enfrascada en amasar una fortuna y llegar a dirigir la Casa Doujan… y en envejecer pese a cremas carísimas y postizos. Me has devuelto lo único que no he logrado retener desde que era aquella joven romaní que corría por los campos con su mamá.

—¿El qué, *madame*?

—La familia.

Vale, este es el momento. Pregúntale. Ahora o nunca, chica.

—Tengo algo que decirle, madame de Cadieux…

—¿No te vas de París?

Se queda con la boca abierta, el brillo de los ojos se atenúa como si le bajara un velo de encaje por la cara. Parece frágil y herida; aunque quisiera irme, no lo haría.

—Oh, no, nada de eso —bromeo—. ¿Recuerda cuando dijo que nos parecíamos, que tengo un don para el olfato?

—*Mais oui,* un don extraordinario. Me recuerdas a mí hace tanto, olfateando y exaltándote con la alegría de oler.

—Pues también tenemos otra cosa en común…, tiene que ver con…

Un golpe fuerte en la puerta del estudio y se abre de par en par antes de que pueda terminar la frase. Me sulfuro.

Ryker.

Otra vez me chafa los planes. Ese hombre es lo más inoportuno que hay… o el universo se está quedando conmigo. Prefiero pensar lo segundo. No es tan bueno como para leerme la mente… ¿o sí?

Está empapado hasta los huesos. Camisa blanca desabrochada hasta la cintura, pegada al pecho bronceado desnudo. No debería mirar, pero no puedo evitarlo. Es un bellezón con o sin traje gris de seda. El pelo, en un desorden atractivo, le cae sobre la frente; los ojos, llameantes. Parece recién salido de una pelea y sí, capto todo esto en menos de cinco segundos.

¿Por qué ahora? Justo cuando iba a contarle a *madame* mi vínculo con una prisionera de Dachau.

¿No puede esperar?

Parece que no. Se me cae la mandíbula cuando anuncia:

—*Madame*… tenemos un problema. —Me fulmina como si fuera culpa mía—. He pillado a una merodeadora fuera, mirándola por la ventana.



ANGÉLINE

Una fisgona rubia y cargante… Plantada, chorreando, en mi gran salón.

Manos en las caderas, sin parar de quejarse del barro, de la lluvia y del camino infernal que lleva al *château* —pensado así, añado, para mantener lejos a intrusos con sus mismas intenciones—.

Brooke Hansen.

Arruinando esta velada preciosa en la que me siento tan conectada a Emma mientras afronto los altibajos de mi pasado. Cuando estaba tan deshecha y decidida a sobrevivir pasara lo que pasara… ningún hombre, ningún régimen, nadie volvería a quebrarme.

Y ahora esto.

Se me cae el alma a los pies. Me entran ganas de llorar, de lo decepcionada que estoy. Esta mujer no ceja. Suelo admirar esa cualidad, pero esta persona usa su talento para mancillar vidas por su propio beneficio. Mi pasado pintoresco me convierte en carnaza para la prensa, sí, pero ¿por qué me castigan? No es justo, aunque ¿qué lo es? ¿Lo fue la guerra? ¿Fue justo lo que los malditos boches le hicieron a mi gente, a los judíos? Fue más que despreciable, pero sobrevivimos, yo sobreviví, maldita sea, y no dejaré que esa Hansen ni nadie me conviertan en una antiheroína gitana medio enloquecida con sed de venganza; por eso he evitado el escrutinio, incluso antes de que esa mujer me fijara en su diana. Luego llegó Emma y el aire volvió a entrarme en los pulmones, fresco y limpio. Vuelvo a ver el mundo como un rollo de gloriosa seda, listo para desenrollar y empezar de nuevo. Casi como si hubiera encontrado el parentesco que me faltaba desde la guerra… y desde que perdí a mi amor.

Aprieto los ojos. Necesito unos segundos para reconectar con él.

Oh, mi querido Lance… Ojalá pudieras conocer a Emma. La adorarías como yo. Se parece mucho a mí de joven. ¿Viste cómo se le iluminaban los ojos, cómo le temblaba el labio cuando reviví aquellos momentos contigo? No te enfades conmigo por compartir nuestro gran amor con ella… Quiero que escriba sobre nosotros para que el mundo sepa lo que logramos durante la guerra…, para que nadie lo olvide.

Pero primero tengo que lidiar con esta Hansen.

—¿Husmeando por mi *château* como una gata curiosa? —le suelto —. No te debo nada y te cantaría las cuarenta si no estuviera segura de que lo convertirías en portada. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? —dice, indignada—. ¿Por qué no le preguntas a *ella* qué hace aquí? —Le sacude el dedo a Emma, deseando morderla—. Invadiendo mi territorio para hacerse un nombre…

—No le haga caso, *madame* —se interpone Emma con un arrebato furioso, como si defendiera su territorio…, yo…, lo cual me divierte… ¿y está temblando?

La miro con ojo crítico y respiro hondo, triste. Sé que oculta la relación de su abuela con Dachau, y eso me inquieta. ¿Por qué? Unas ondas de tensión me atenazan. ¿No confía en mí?

—No sabe lo que dice —prosigue Emma—. Solo busco su bien.

—¿Ah, sí? —escupe Brooke—. ¿O es tu pellejo el que está en juego?

—Estás equivocada.

—¿Ah, sí?

—Eres una vergüenza para la profesión, Brooke —dispara Emma —. Usas todas las tretas del manual para sacar historias, y no solo con *madame.* No es ningún secreto que sobornas a tus fuentes para conseguir cotilleos despreciables de famosos.

—Eso es hablar por hablar y lo sabes.

—¿Ah, sí? Tengo mis propias fuentes que jurarán…

—¡Basta! —Un escalofrío me recorre los hombros. No me gusta adónde va esto—. Ignoro qué hay entre vosotras, mes demoiselles —digo firme—. Supongo que celos profesionales, pero no lo toleraré en mi casa. Sea cual sea el juego, me avergonzáis las dos. —Respiro —. Te veré por la mañana, Emma… y en cuanto a usted, mademoiselle Hansen…

Le hago un gesto a Ryker que, aunque siempre caballeroso, es el músculo que necesito para zanjar esta discusión ridícula entre estas dos reporteras. Suspiro. Sea cual sea su juego, no me fío de la rubia víbora.

Él la saca fuera y la devuelve a su coche con un paraguas grande y una manta para ella (la idea de que conserve algo con mi emblema me da repelús). Con la cabeza gacha, Emma desaparece sin decir palabra, llevándose su bloc amarillo y sus secretos.

Trago saliva. Que Emma siga guardándose información sobre la historia de su familia me trastorna. No sé por qué lo hace. Aun así, la idea no se disipa de mi cabeza y, *mon Dieu,* me atraviesa el corazón con un dolor agudo. Estaba a punto de decirme algo…, ¿era sobre su abuela polaca? Lo triste es que no puedo preguntarle. Entonces sabría que he hurgado a fondo en su pasado y la culpable

sería yo. No volvería a confiar en mí, así que debo callar, fingir sorpresa si algún día me lo cuenta y esperar lo mejor. Me siento fatal. Podría arruinarlo todo con mi veleidosa curiosidad, después de haber forjado un lazo que permitía a Emma preguntarme cualquier cosa de mi vida y yo se la contaba. Tal vez sobrevaloro nuestra relación; quizá solo soy una historia para ella. Aun así, he disfrutado rompiendo mi aislamiento autoimpuesto y abriéndole las puertas. No será fácil volver a las sombras y a la soledad cuando se haya ido. Así que, para aliviar el ego de esta vieja, dejaré las cosas como están. La necesito tanto como ella a mí, aunque barrunto que nuestros motivos no son los mismos.

Lo que me preocupa es ¿y si la Hansen tiene razón?

¿Y si Emma piensa hacer conmigo un escarnio público para promocionarse y está buscando porquería?

Me destrozaría. Me rompería el corazón. ¿Puedo arriesgarme? Estoy demasiado mayor para librar batallas en la prensa. A veces me canso tanto que solo quiero abandonar. Pero no lo hago. No soy así. Incluso cuando tengo dolor, me obligo a bloquearlo y me pongo a trabajar. Así resistí a los campos, así debo hacerlo ahora. Porque no tengo elección si me estoy haciendo una idea equivocada de Emma. ¿De verdad quiero torturar mi alma otra vez con la pérdida? Sería más fácil mandarla a casa, pero lo último que quiero es acabar nuestra amistad con mal sabor de boca. Llámalo vanidad, pero ¿seré más tonta por aferrarme a la idea de que le intereso por mí misma y no porque soy «una gran historia»?

Voy y vengo por el estudio. Tengo que prepararme para llevar esta entrevista hasta el final. Revivir cada momento devastador que casi acabó conmigo para que Emma entienda que la victoria tiene un lado oscuro. Que no se tapan las atrocidades que te hicieron; que hay que encontrar el valor para hablar de ellas. He tardado más de sesenta años en entenderlo.

Rezo para que mañana amanezca radiante, con un sol resplandeciente y un cielo sin nubes que deja a un lado la lluvia para otro día. Necesito esperanza en el corazón, que Emma sea lo que

deseo que sea. Porque en algún rincón de mi cerebro se forma una idea escalofriante… y tiene que ver con aquella alemana de la que escribió en su reportaje del Holocausto, un recuerdo de Dachau que regresa lento, apremiante. Me estremezco.

Mais oui.

Lo deseo con toda mi alma.



Emma

Tenía que impedir que Brooke Hansen reventara mi tapadera y usara el vínculo de mi familia con la historia de *madame* para hacerme quedar como una trepa barata. Sobre todo después de ese buzón de voz terrible de mi padre diciendo que mamá ha vuelto al hospital.

Tengo un dolor agudo en el pecho de tanto preocuparme por ella que no se me va. Necesitaba oír su voz, decirle que la quiero y que estoy trabajando en una gran sorpresa para ella, pero papá dijo que dormía cuando llamé hace un minuto. Estoy muerta de miedo por ella, pero mi padre dice que no puedo hacer nada y que responde bien a la medicación.

Mientras, estoy hecha un trapo, desasosegada.

No puedo dormir.

¿Cómo se torció todo tanto?

La cabeza me da vueltas, intentando entender por qué sentí la urgencia de confesarlo todo esta noche, de suplicarle a *madame* que entendiera por qué quería tanto esta entrevista. No tenía por qué creerme enseguida, lo sé. ¿Decirle a una *parfumeuse* famosa que quieres hurgar en su memoria sobre prisioneras que conoció en Dachau porque tu madre está enferma y quizá, solo quizá, *madame* conoció a tu abuela y eso le daría paz a tu madre? Venga ya, suena a locura hasta para mí.

Así que la fastidié.

Esperé demasiado para jugar mi carta y madame de Cadieux no volverá a confiar en mí. Me tenso, culpando a mi mal juicio, o ¿lo llamo cobardía? Siempre me he preguntado cómo perdió a su bebé… Los rumores que alimentó Brooke Hansen decían que no la quería, pero la madame de Cadieux que he llegado a apreciar jamás abandonaría a su hija. ¿Qué horror indecible le sucedió en Dachau para darle la espalda a la maternidad? Tengo que saberlo, aunque imagino que está dividida respecto a terminar la entrevista conmigo. Es una profesional, así que espero que termine su relato de los años de guerra, como acordamos, y luego cada una por su lado.

Yo escribiré mi historia, ella la leerá y me enviará una nota de agradecimiento. Y fin.

«¿Te rindes? ¿Y te llamas periodista, Emma Keane?». Oigo a Granger en mi cabeza: «Vuelve ahí y pelea. No me decepciones… ni a ti».

Tiene razón. Pero esta vez no es mi ego profesional lo que está en juego. He abrazado a *madame* como familia y me siento responsable de cómo la verá el público. Puedo hacerla humana a sus ojos. Y vale, voy a echar de menos los rifirrafes con ese irlandés. Si no se portara como un ceporro, a una que yo sé podría gustarle.

No va a pasar.

Bajo por el largo corredor hacia mi habitación, dispuesta a enfrentar a madame de Cadieux a primera hora, cuando…

—No eres tan dura como aparentas, *mademoiselle.*

Me giro y los ojos intensos de Ryker se me clavan, preguntan, esperan respuestas que no estoy preparada para dar. Brazos cruzados, figura alta y musculosa recortada contra la luz tenue del pasillo hacia la escalera. Se ha puesto ropa seca… Camiseta ajustada, pantalones cargo negros y botas marrones. El pelo, húmedo, le cae perezoso sobre la frente. Dios, no soporto que me mire como si fuera una mala persona. Primero meto la pata con *madame,* luego Robin Hood me asalta en un corredor oscuro y no me deja ir. ¿Qué va a ser lo próximo? Todo este incidente me ha pillado a contrapié, algo a lo que no estoy acostumbrada. Siempre

llevo las preguntas escritas, las respuestas en la punta de la lengua. Maldita sea, sé las respuestas antes de preguntar. Pero este canalla irlandés, que me acelera el corazón y me pone la libido a marcarse un tango como nunca, me acusó de blandita. Ni hablar.

—¿Que soy blandita? No lo diría, Ryker.

Descolócalo. Ataca. Siempre funciona.

—¿Ah, no? —replica, con media sonrisa.

—No. Te he visto con *madame*: le das espacio, pero nunca estás a más de un suspiro si te necesita; la proteges de todos, incluida yo. —Aspiro hondo—. Será tu jefa, pero la quieres como a tu familia.

—Para mí lo es. Madame de Cadieux me recuerda a mi nana…, mi abuela.

Me mira con estupor a pecho descubierto, como si nadie se hubiera atrevido a entrar en su vida.

—¿Solo eso? Venga, hay más —lo pincho para que hable.

Entorna los ojos.

—Excavas hondo, ¿eh, *mademoiselle?*

—¿Te da miedo hablar conmigo, Ryker? ¿Miedo de que descubra que tienes corazón?

Me tiemblan las rodillas y estoy en tensión como un conejito con las pilas a tope, pero este momento tenía que llegar entre nosotros. Ahora es tan buen momento como cualquier otro porque lo tengo hablando.

—Mi abuela me crio, un crío de nueve años huérfano durante el conflicto en Belfast cuando mi madre me abandonó. Nunca conocí a mi padre. Lo perdí en un atentado cuando yo era un bebé. —Hace una pausa—. Crecí queriendo venganza, pero mi nana era sabia y paciente, y me animó a canalizar la rabia en otra parte y usar mis habilidades en inteligencia militar. También dio su bendición cuando me casé con mi chica, una *au pair* de un pueblito francés, pero mi querida nana ya había muerto cuando volví a sufrir una pérdida.

Asiento. Me deja sin aire.

—Lo entiendo. Tú y *madame* compartís la pérdida de la familia.

—Sí. Y aunque no te incumbe, madame de Cadieux me sacó del pozo cuando había tocado fondo y no tenía a nadie. —Aspira hondo; la pena que irradia es tan densa que podría cortarse.

—¿Quieres hablarlo? —Suavizo la voz; espero que le reconforte, porque me duele ver a este tiarrón sufriendo tanto. Me odia, pero me habla.

—Perdí a mi mujer y a mi hija en un accidente de coche hace siete años cuando yo estaba fuera de misión. Pero no fue un accidente.

Suelto un grito ahogado. No puedo evitarlo.

—Lo siento tanto, Ryker.

Quiero acercarme, tocarle el brazo, rozarle la mejilla, pero no lo hago. Si lo hiciera, no lo soltaría. Lo que me ha contado me desarma, pero explica mucho. Su trabajo en el Ejército… me imagino que encubierto, luego su familia paga el precio en un ajuste de cuentas. El horror de lo que arrastra me golpea tan fuerte que me deja sin aire. Quiero pedirle detalles, guiarle por pasos que he aprendido en mi oficio y que ayudan a sanar, pero esa mirada dura que me lanza dice que no comparte con facilidad y que ya se arrepiente.

Sus siguientes palabras lo confirman.

—Ahora no es momento de hablar de mí. Me preocupa más lo que ocultas. Hay algo que no le has contado a madame de Cadieux, algo que te asusta y te ilusiona decirle.

—Sí… ¿Cómo lo…?

—No pasas una década en inteligencia militar sin reconocer las señales de una operación tapadera. Al principio te tomé por una periodista sin escrúpulos, que quería sacar tajada del dolor de *madame,* pero te he observado. Admito que me ha llevado un tiempo aceptarlo, pero no eres una simple anotadora de historias. Sientes cada tristeza en el corazón, aunque intentes esconderla tras tu pose de reportera dura. No creo que quieras hacerle daño a madame de Cadieux. Al contrario, creo que intentas ayudarla; pero si me equivoco, me tendrás enfrente. Recuérdalo.

Se me planta encima, brazos cruzados; su mirada me recorre como si fuera suya para hacer conmigo lo que quiera, que lo soy, pero no voy a decírselo. Me acelera el pulso más que una oferta de Black Friday y hace confeti con mi cordura.

Contrólate, chica.

Carraspeo y me centro en lo que quiero decir, la verdad sobre mi obsesión por entrevistar a *madame*; pero temo que, si lo miro, perderé el valor. Se las arregla para derretirme y, a la vez, sacar la tigresa que hay en mí. Ahora no quiero pelear. Necesito un amigo.

—Tengo un vínculo personal con *madame* que se remonta a la guerra. —Me cubro las piernas con el kimono. Me siento desnuda bajo su mirada—. Sé que suena a locura, pero creo que madame de Cadieux conoció a mi abuela.

Ya está. Lo dije.

—¿Crees? —Suelta un silbido suave; esos ojos negros no se ablandan. Aún no se sube al carro—. Es una bomba, Emma. ¿Puedes probarlo?

—Bueno, no… no exactamente.

—Ya. Otra corazonada de reportera en busca de foco.

—No, te juro que es cierto, pero necesito saber qué pasó en Dachau antes de soltarlo. De niña oí la historia de cómo una prisionera pidió a mi abuelo que se hiciera cargo de una niña cuando el Séptimo Ejército liberó el campo en 1945. Una niña de una polaca, presa política que murió. Es todo lo que mi familia supo.

—¿Y si te equivocas? Te sentirás más culpable por tu encantadora farsa.

—Intenta entenderme. Vine a París a buscar respuestas a un misterio que me ronda desde que empecé a entrevistar supervivientes del Holocausto, y que me hizo pensar que quizá podría saber más de mi propia abuela, sobre todo ahora que mi madre lucha contra el cáncer. Significaría mucho para ella saber de su madre biológica. Pensé que *madame* podía ayudarme, ya que estuvo en Dachau. Tengo que intentarlo, por mi madre. Iba a preguntárselo cuando Brooke apareció con sus acusaciones. ¿Cómo

se enteró…? Debe tener espías por todas partes. Alguien de la cadena le pasó el soplo o chantajeó a algún alma para que me delatara o… —parpadeo—. Sabías que la reportera nos seguía en el coche.

—Cuando vi que alguien nos pisaba, deduje que sería ella, tras el incidente de la rue Saint-Jacques. —Me lanza una mirada dura—. No tenía ni idea de que iba a por ti.

Se me encienden las mejillas.

—Te hiciste de rogar para atraparla. Estaba calada.

Sonríe.

—Exacto. Justicia poética, *mademoiselle.*

—Con razón *madame* te adora.

—No me entusiasma que le ocultes cosas —dice—, pero le veo lógica a tu plan. Dios sabe que esta entrevista es importante para ella. Nunca he visto a madame de Cadieux tan viva como esta última semana; pero no quiero verla herida. —Me mira con tal brasa oscura en los ojos que me siento a la vez encendida y culpable—. Tiene previsto volar a Grasse la semana que viene para una reunión del consejo. Para entonces deberías haber terminado. Luego espero que le digas la verdad sobre por qué estás aquí.

—Lo haré. Te lo prometo.

—Rezo porque sepas lo que haces, Emma.

—Lo sé, Ryker. Confía en mí, por favor.

Sus ojos me traspasan el kimono con una mirada tan aterradora como seductora.

—No debería decírtelo, pero nos desarmas a todos con tu arrojo y con ese gesto ladeado tuyo que…

—¿Que qué? —me atrevo, con la voz hecha un nudo.

Da un paso largo hacia mí, puños cerrados, respiración agitada. Hay una intensidad en sus ojos oscuros que habla de muros que caen entre nosotros y ninguno puede detener.

—Maldita sea, que da ganas de besarte.

¿Ha dicho besar?

Quiero centrar la cabeza, imposible.

—No te atreverías. ¿Qué diría *madame*?

—La conozco muy bien: sus manías, cómo le encanta un buen juego. Yo diría que lo aprobaría.

—Pues… ¡bésame!

Antes de que piense en cómo se me han escapado esas palabras sin medir consecuencias, de cómo he dejado que el calor acumulado explotara, su boca cubre la mía, presiona mis labios con una pasión ardiente que derrite mi voluntad —si es que me queda alguna con él — y me da el beso francés más *sexy* que ninguna mujer tiene derecho a disfrutar tanto como yo.

Le agarro los hombros anchos y, antes de que sepa qué trama, me enrolla las piernas desnudas a la cintura.

¿Cuánto tiempo puede este hombre sostener en brazos a una mujer de cincuenta y seis kilos?

Nos besamos… y nos besamos… Estoy a punto de desmayarme por falta de oxígeno, pero a quién le importa. Se aparta al cabo de… ¿diez…, quince minutos? Uf. Suelto el aire de golpe. Los dos jadeamos al unísono; él me deposita en el suelo de piedra, frío, y yo me ciño el kimono.

—Ahora que ya hemos despachado eso, *mademoiselle* —exhala en un susurro ronco, apartándose el pelo mojado de los ojos (y cómo me pone ese gesto)—, nos será más fácil hacer nuestro trabajo. ¿Estás de acuerdo?

—Eso dices tú. —No dejo de hormiguear; tengo los labios hinchados; lo repetiría en menos que canta un gallo—. Yo no estoy tan segura.

Tengo la sensación de que él también estaría dispuesto, pero en cambio sus ojos se hacen un caldero lento de chocolate derretido cuando dice:

—Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, Emma. Eres brillante, excitante, fascinante. ¿Y he dicho ya que eres preciosa? No me arrepiento de haberte besado, ni un ápice, pero mi lealtad a madame de Cadieux está por encima de todo.

La fiereza de su voz me deja clavada y no tengo dudas de que lo dice en serio.

—¿Incluso del amor? —pregunto.

—Sí.

No te dejes engañar por esa mirada ardiente. Ahora que ha retomado su papel de escolta personal de *madame,* la intimidad de estar en sus brazos se ha ido. Un escalofrío leve. Ahí está, claro y simple. Soy un picor que no pudo evitar rascarse, un momento sexual para calmar su ego viril irlandés.

¿Qué otra cosa puedo pensar?

Y sin embargo hay algo en la forma en que me mira, en cómo mantiene la mirada, que dice lo contrario. Que la herida personal que me ocultó sigue viva y que el hombre aún llora por su esposa y su hija. Pero veo una chispa… No, me lo estoy imaginando; un terreno peligroso al que no voy a entrar porque saldré herida. Respeto su posición, así que aparcaré mi flechazo y volveré a hacer lo que mejor se me da. Fingir que no necesito a un hombre. Por desgracia, me encantó cada minuto, pero hasta aquí. Tengo mi propia agenda y no la cambiaré por un beso.

Me despido sin desmoronarme y me voy a mi cuarto, balanceando las caderas porque sé que me mira: mi forma de poner punto final a esta conversación. Punto y aparte. No permitiré que este hombre precioso me haga sentir culpable por emprender la búsqueda de saber si madame de Cadieux llegó a cruzarse con mi abuela. Y cómo era.

Puedes apostar tu maldita vida a que no.

Capítulo 32

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Emma

Perfume:
Mademoiselle Doujan
Violeta, iris, vainilla

Apenas duermo dos horas, pero no se me caen los ojos cuando llego al estudio a las ocho en punto. Estoy lista. *Madame* está perfectamente instalada, vestida con un conjunto informal de pantalones y camiseta de yoga en gris sedoso; su pelo rojo juguetea en ondas suaves alrededor del rostro. Bebe café; su cruasán de frambuesa está intacto.

Ay, Dios, las cosas han cambiado entre nosotras. Es amable e intenta mostrarse cordial, pero se esfuerza demasiado. Como si estuviera dándole vueltas a la escena de anoche. No la culpo, aunque no creo que se tome en serio nada de lo que dice Brooke Hansen. Aun así, yo le oculto cosas sobre mi familia, pero no quiero contarlo todo ahora que estamos entrando en la recta final. Me preparo para una montaña rusa emocional. Quiero hacer justicia a su tiempo internada en Auschwitz y Dachau y ofrecer una comprensión nueva y singular de lo que allí ocurrió.

Dios mío, ayúdame a dar sentido a lo que ella —y mi abuela— pasaron para traer vida a este mundo.

Y, sin embargo, hoy la entrevista no va bien. No hacemos bromas como de costumbre y percibo un trasfondo desagradable que huele a leche agria. De algún modo tengo que encontrar la manera de tranquilizarla. Al menos me alegra haberle dicho la verdad a Ryker. No podía permitir que pensara que yo era una mentirosa conspiradora como Brooke Hansen. La cara de satisfacción con la que se marchó me encendió las alarmas. Está tramando algo, pero ¿qué?

No puedo preocuparme por ella. Tengo que arreglar lo mío con *madame,* una relación que iba viento en popa y se ha detenido en seco porque yo no he sido honesta con mis intenciones. Es algo que tengo que afrontar, pero primero debo centrarme y ser la maldita mejor periodista que haya entrevistado a esta mujer extraordinaria, y dejarle claro que nadie puede contar su historia como yo.

En lugar de distanciarse de mí como está haciendo ahora. Tomo notas a mansalva mientras la dejo hablar de lo difícil que fue llevar un negocio de perfumes a medida que la guerra avanzaba en 1943; cómo las doscientas botellas que hicieron de Naomie's Dream resultaron ser toda la producción hasta después de la guerra. Cómo la Casa Doujan pidió disculpas a las mujeres ansiosas de Francia por la escasez de perfume poniendo anuncios en revistas de cine, implorando a su clientela que tuviera paciencia. Que algo nuevo y emocionante en perfumería estaba en camino para calentarles el corazón.

Madame me observa mientras habla y siento que la tensión aumenta mientras intento procesar las consecuencias de mis palabras duras de anoche, pero dudo entre defenderme o callar para no empeorarlo. La ceja alzada y los labios fruncidos me dicen que no está preparada para perdonarme, que lucha con los demonios del pasado y yo le agravé el dolor montando una escena.

Así que no digo ni una palabra. Escucho.

—Manteníamos vivo el nombre de la Casa Doujan añadiendo nuestros aromas a jabones —dice madame de Cadieux, clavando en mí sus extraordinarios ojos verde avellana con una intensidad que no

había visto aún en ella—. Luego racionaron el jabón, pero teníamos acceso a algunas materias primas que Monsieur Baptiste guardaba en un lugar secreto cerca de Argenteuil. Un convento rodeado de altos muros y ocupado por una orden de clausura. Y ocurrió un milagro cuando curioseaba en el cuarto de almacén detrás de la capilla: descubrí una cuba olvidada de La Rózsa 8.

Me incorporo, una bombilla zumbando en mi cabeza.

—La Rózsa 8 es una base sintética, *n'est-ce pas?*

Parpadea, pero nada más. Al menos es una reacción. No soy química, pero recuerdo haber visto esa base en la historia de la empresa en su web cuando pasé horas anoche estudiando los compuestos de carbono empleados en la fabricación de perfumes. Descubrí que no es raro que las casas usen una mezcla de materias primas de calidad, aceites naturales y un ingrediente extra y potente como La Rózsa 8. Le demostraré que no soy ninguna tonta.

—La base contenía lo que entonces llamaban aldehído C14… Huele a piel de melocotón.

Sus ojos se disparan hacia mí, como si le hubiera revuelto el cerebro y no pudiera creerlo. Por fin tengo su atención.

—Sí, *mademoiselle,* La Rózsa 8 era una base especial que creó el profesor a mediados de los años treinta con un…

—Acorde floral…, un aroma mezclado que incluía rosa húngara importada del país del profesor.

Estoy lanzada y ella asiente, aprobadora.

—*Très Bon,* Emma; luego se combinó la base con un olor boscoso de musgo de roble que recordaba a tabaco punzante y a cuero, un elemento vital en la composición de Le Courage.

—A ver si acierto, *madame*: isobutilquinolina…, un líquido amarillo pálido con un olor intenso, terroso, un recordatorio subliminal del hombre que esperan que vuelva a casa. —Aspiro el aroma imaginario por las fosas nasales—. No una nota de fondo demasiado fuerte, que se sentiría demasiado masculina, sino más bien una sensación de anticipación por su regreso, dándoles valor para seguir.

Alza una ceja.

—Me impresionas, *mademoiselle.* ¿Y nunca has estudiado el arte del perfume?

Niego con la cabeza. Está escarbando, tratando de descifrarme. Que escarbe. No he recuperado su confianza, pero tengo una buena oportunidad.

—Estaba decidida a usar la base en un plan descabellado —prosigue—. Tenía que levantarles el ánimo a las francesas creando un perfume que evocara todo lo que amaban de su hogar, de su hombre, de su familia.

—¿Fue en el otoño de 1943?

—Sí, el año en que bombardearon las afueras de París y nosotras nos libramos; en el que detuvieron a un importante líder de la Resistencia y la Gestapo lo torturó horriblemente; y en el que era ilegal no llevar la *carte d'identité.*

Cuando habla de la gravedad de la vida de entonces, noto que su acento se hace más áspero, más marcado. Ella también lo nota: apura más café, tensa los hombros y luego se toma unos segundos para asentarse y relajarse.

—Durante la guerra yo seguía siendo una aprendiz en el arte del perfume; mi pericia en química era limitada, pero el profesor Zunz insistía en que mi talento natural, mi nariz, equivalía a cualquier formación científica. Ese consejo me sirvió en el laboratorio cuando me frustraba mi falta de experiencia. No pretendo decir que entonces fuera en absoluto la *parfumeuse* que soy hoy. Me llevó años llegar aquí, probando a diario mi olfato con toda clase de aromas, oliendo, experimentando… Entendiendo cómo el aceite de rosa extraído de un campo de flores difería del de otro por la composición del suelo.

No doy abasto a escribir.

—Pasé horas, días…, semanas intentando dar con una fórmula para una fragancia que lo significaba todo para mí, una reafirmación de mi amor por Lance —continúa—. Entonces algo que dijo me recordó a Yvette antes de partir rumbo a Lisboa. Estábamos acostados uno junto al otro en el castillo abandonado, un lugar que

hicimos nuestro con muebles y cachivaches de la casa de empeños, un colchón apelmazado, pero en nuestros momentos más apasionados, con sus brazos rodeándome, ni lo advertíamos. Me susurró una palabra al oído: *courage.* Y se fue.

Se le quiebra la voz y me muero de ganas de cogerle la mano, apretarla mientras revive un momento tan decisivo de su vida. No lo hago, y luego desearía haberlo hecho cuando tiembla, pero el momento ya ha pasado.

—Tras probar más de cien variaciones, completé la fórmula de la composición de la fragancia seductora que me ardía en el alma. Ah, la alegría que me recorrió. El aroma era aún más provocador y traspasaba más el corazón de lo que había imaginado. Volví a aspirarlo, saboreando el instante y anticipando su efecto en toda mujer que se atreviera a abrazarlo.

Se pone en pie y da una vuelta, como si quisiera creer en la magia, y me entran ganas de girar yo también.

—¿Y luego qué pasó, *madame*?

—Entonces, *mademoiselle* —susurra, encantada—, le pasé la tira olfativa bajo la nariz al profesor Zunz y vi cómo se le salían los ojos de las órbitas.

Capítulo 33

PARÍS, 1943



ANGÉLINE

Perfume:
Glamour Doujan
Orquídea negra, jazmín, almizcle

—Courage.

—¿Perdón, *mademoiselle?* —El profesor Zunz me mira por encima de las gafas.

Aunque el profesor es un seguidor consumado de los grandes narices que lo precedieron, su atrevimiento con los aromas innovadores está constreñido por la guerra y la realidad. Yo, en cambio, trabajo por instinto y no tengo que cumplir las expectativas de nadie, así que me arriesgo donde él no lo hace. Como el plan audaz que me bulle en la cabeza para mantener a la Casa Doujan en el ojo público durante la Ocupación.

—El nombre del nuevo perfume es Le Courage —le digo, agitándole bajo la nariz la preciosa tira de prueba—. Prueba número 167… ¿o 68?

A pesar del calor de mi pasión, me recorre un escalofrío. El laboratorio improvisado conserva la frescura gracias a los altos robles que cobijan la vieja casa de piedra donde hemos estado encerrados con nuestros viales, balanzas, montones de tiras olfativas y un cuentagotas. Las chicas y mujeres que trabajan en el edificio principal cuchichean y se ríen cuando me ven dirigirme cada mañana a la casita. Corre el rumor de que el profesor y yo estamos

cocinando una fragancia provocadora y mágica a base de cáscaras de patata y sustancias químicas. A medias cierto. He persuadido al profesor para que trabaje conmigo en la creación de un compuesto químico sintético a partir de un ingrediente secreto que traje al laboratorio. Él le dio vida mediante síntesis: descomponiéndolo e identificando la estructura molecular para poder duplicar el aroma, transformándolo así de un estado sólido a vapor.

Pero la magia vendrá de ellas. De las chicas y las mujeres.

Mis raíces rubias, bien visibles, también han sido tema de conversación entre el personal. Llevo semanas sin teñirme. Detesto el olor del amoníaco y prefiero mantener pura mi nariz antes que conservar el aspecto de melena azabache. Me corté el pelo a la altura de la barbilla para que las raíces no cantaran tanto mientras crece.

También he adelgazado y he empezado a llevar pantalones de pernera ancha y blusa blanca por dentro, junto con sandalias de cuña con pulsera al tobillo. Apenas como. Mi olfato es más agudo en ayunas. Lo único que me preocupa es acertar con la composición de Le Courage.

Y lo he conseguido. Doy saltos de alegría y olisqueo el frasquito de perfume que contiene mi fórmula. La luz de la tarde se filtra y baña de un cálido tono amarillo el impoluto laboratorio blanco, tan brillante como el vial de líquido amarillo que reposa en mi mesa.

El profesor Zunz no está convencido.

—Monsieur Baptiste prefiere que a las fragancias les pongamos nombres glamurosos o sofisticados, como Un Bel Amour.

—Créame, profesor. Huélalo…, por favor.

—Bien, me pica la curiosidad.

Los ojos del profesor se tornan grises con la duda; luego aspira hondo y se lleva una buena olfateada de la tira blanca que le meneo bajo la nariz. El corazón me late a un ritmo salvaje y no puedo dejar de golpetear con mis sandalias el antiguo suelo de piedra, esperando. Entonces, el destello en sus ojos explosiona como

diminutas estrellas que caen… por todas partes. La sonrisa radiante que le ilumina las mejillas sonrosadas me dice lo que necesito saber.

Le Courage deja de ser una fragancia soñada para convertirse en realidad.

—Dios mío, Angéline —dice, con la voz habitualmente serena temblándole de emoción—, este aroma no se parece a nada creado en la Casa Doujan. —Se quita las gafas, cierra los ojos, se pinza el puente de la nariz, pensando—. La nota de salida, corteza de limón con un melocotón rosado de final de verano… La nota de corazón, pura y suave, rosa de terciopelo blanco, orquídea azul fragante con tallo verde… y un musgo de roble rico y terroso en el fondo, acentuado con un toque de algalia y… —Huele de nuevo la tira, perplejo—. ¿Qué me falta?

Sonrío.

—¿Recuerda el compuesto químico que me ayudó a crear, profesor?

Se quita las gafas, frunce el ceño.

—Sí. Un aroma bastante extraordinario. Ah, así que ese es su ingrediente secreto… ¿y no me lo dijo? —protesta con una risita.

—Entonces ya no sería secreto, profesor.

—Debo de estar haciéndome viejo. Me ha engañado. No he olido nada igual, pero averiguaré de dónde ha sacado ese material orgánico, *mademoiselle.*

No lo hará, pero no le digo nada. Le da al profesor filósofo algo en lo que cavilar en estos días oscuros de la Ocupación. Sé que teme que la Gestapo lo detenga a la mínima. Hasta ahora, la influencia de Frederic con los nazis adecuados lo ha mantenido a salvo. Después de la guerra… *mais oui,* el profesor lo sabrá todo sobre este ingrediente escurridizo, lo prometo.

—Solo puedo decir, Angéline, que ha creado una obra maestra… Como un gran pintor impresionista que mezcla los colores del arcoíris, usted ha mezclado los colores del alma de una mujer en estos tiempos difíciles. Su vida, sus amores… Pero con un nombre como Le Courage, ¿se venderá?

—Se venderá solo.

—¿Cómo?

—Cuando la *mademoiselle* o la *madame* abra el frasco, olerá la dulzura de días pasados de primavera y le hará clic en la memoria… Luego llega la nota de corazón, a las tres o cuatro horas, y con ella el anhelo de que la vida vuelva a ser normal… Y, por último, cuando apoye la cabeza en la almohada por la noche, el perfume perdurará con el olor de su hombre… induciéndola a no rendirse, a combatir a los boches, a no ceder a sus exigencias. Le Courage alimenta el alma cuando lo pronuncias y tu corazón llora cuando lo hueles, porque te recuerda a él.

El profesor se da unos golpecitos en el pecho.

—Ahora comprendo por qué ha creado este perfume, por qué habla con tanta pasión… La mujer es usted, *mademoiselle.* Está enamorada.

—¿Tan obvio es?

—Solo para mí. Debo advertirle, Angéline: tenga cuidado si se ha enamorado del misterioso hombre de negro. Es un granuja y le romperá el corazón.

—¿Qué sabe de él? Dígamelo, por favor.

El corazón me retumba. Me pregunto si Yvette le habló al profesor de Lance y si ella también se enamoró de él y acabó con el corazón roto. Es la única explicación lógica que se me ocurre… El profesor no mencionó su *alter ego* de arqueólogo, lo cual me hace pensar que tengo razón con Yvette.

—Rumores, nada más —dice—, pero estaré eternamente agradecido por lo que hizo por Ester.

Sabe de mi trabajo con la Resistencia, pero confío en él. Es el único en quien confío. No trato con los ayudantes varones del laboratorio y las mujeres del pueblo me ven como una rareza, aunque sienten curiosidad por cómo me he abierto paso en el mundo masculino de la perfumería. Aprovecharé esa curiosidad para reclutar su ayuda en el envasado de Le Courage cuando tengamos suficiente perfume para llenarlos y les explique mi plan. También he

visto a varias mujeres romaníes acercarse al convento a pedir comida. Les di pan extra de los viajes del profesor al campo, hablándoles en romaní. Necesitaré su ayuda también si quiero que mi plan funcione.

El profesor cierra su cuaderno, silbando y tarareando, y me deja preguntándome si soy una ilusa, porque llevo dos…, tres semanas sin ver a Lance.

—No voy a preguntarle cómo conoce a ese hombre, *mademoiselle.* En estos tiempos, es mejor permanecer a oscuras sobre hombres como él —dice, limpiándose las gafas con la manga de la bata—. Ahora, ¿vamos a contarle a Frederic su plan para salvar la Casa Doujan y Francia?



Mis cuñas de suela de corcho suenan con un suave taconeo sobre el suelo de piedra cuando entramos en el despacho de Frederic, un espacio sobrio con una ventana de arco que da a campos de flores troceados que antaño lucían un glorioso tono ciruela. Campos a la espera de la próxima plantación de hortalizas. Si es que llegan a crecer… Hasta la tierra detesta a los boches que trae a su despacho. Muebles ricos de caoba y un masculino escritorio de roble con una pantalla de lámpara de seda blanca, en forma de tulipán, sobre el flexo. Un toque femenino para las *mademoiselles* a las que entretiene mientras las induce a reclinarse en la *méridienne* de terciopelo dorado del rincón.

Prefiero quedarme de pie cuando le hablo del nuevo perfume. Sé lo que viene después. Lo olerá, hará uno o dos comentarios, algo que me ha oído a mí: «Preciosa nota de corazón… jazmín, n'est-ce pas?». A él solo le interesan el envase y la venta, más ahora que las ventas han caído desde que empezó la Ocupación.

—¿Le gusta el nuevo perfume, Frederic? —Me atrevo a mirarlo directamente a los ojos.

Entorna los párpados, frunce el ceño, como si ya hubiera dictado sentencia. Deja caer la pluma con frustración y le da la vuelta al papel en el que estaba garabateando. Me pregunto qué lo tiene tan contrariado. No me atrevo a preguntar. Soy una subalterna, una ayudante y, peor aún, una mujer. En su cabeza, no sé nada de negocios.

Huele el pequeño vial que he traído, mirándome a mí y al profesor, que está a mi lado. El *parfumeur* húngaro se quita las gafas y las limpia en la manga de la bata, rehuyendo la mirada como acostumbra desde que teme por su puesto, hoy tan frágil como una cáscara de huevo.

Frederic vuelve a oler… más hondo… aspirando el aroma hasta lo más alto de sus fosas nasales; y entonces hace algo totalmente impropio de un hombre que ocupa su tiempo libre en halagar y seducir mujeres. Besa al profesor en ambas mejillas.

—Ah, *mais oui, c'est magnifique…* El perfume más exquisito que haya creado nunca para la Casa Doujan, profesor Zunz. *Merci, merci, merci.*

Me deja completamente descolocada, con las mejillas coloradas, y al profesor también, que se pone las gafas al revés. Nos miramos, tratando de procesar el entusiasmo de Frederic mientras buscamos la manera de decirle la verdad sobre que yo soy la creadora del perfume. Y nuestro plan de promoción. No, mi plan de promoción. El profesor Zunz cree que he perdido la cabeza, pero no voy a echarme atrás. Hay que sacudir el árbol, hacer algo innovador para mantener nuestros perfumes ahí fuera, ya que la producción está bajo mínimos: una pieza para construir tiempos mejores. No puedo…, no, no quiero creer que Francia vaya a estar siempre ocupada, no cuando la Resistencia está creciendo y Estados Unidos ha entrado en la guerra. Recuperaremos el país y este perfume es una parte pequeña pero vital de ello.

Con calma y deliberación, doy un paso al frente y me planto frente al hombre que es mi superior, pero no sabe nada de perfumes.

—Le Courage es creación mía, Frederic —declaro con valentía—. Una composición de flores vibrantes y notas de fondo terrosas.

Se atraganta.

—¿Perdón, *mademoiselle…* creación suya?

—Sí.

El profesor asiente.

Frederic echa la cabeza atrás y se ríe.

—No me lo creo.

Cruzo los brazos sobre el pecho y frunzo los labios.

—No me hace gracia que se niegue a reconocer que una nariz femenina es tan buena como una masculina.

Me fulmina con la mirada, con los ojos llameantes, esperando que me achante. Me mantengo firme, con el pecho subiendo y bajando, los labios en una línea resuelta.

—No, no me ha entendido, *mademoiselle.* Si se supiera que una nariz femenina está detrás de nuestra nueva fragancia…, este Courage… o como demonios lo llame… Seré el hazmerreír.

—Se refiere, por supuesto, a sus amigos nazis. No tiene por qué preocuparse. No busco fama. Quiero ayudar a las francesas a sobrevivir a esta guerra llamándolo Le Courage… y mantener viva la Casa Doujan.

Algo aliviado de que no pretenda desbancarlo como el nariz oficial, a Frederic se le enciende otra idea en la cabeza.

—¿Y cómo piensa producir nuestra nueva fragancia, *mademoiselle?* Según las últimas cifras de inventario, nuestras reservas de esencias están casi agotadas y recibir envíos de nuestra planta de Grasse es poco fiable con las carreteras bombardeadas por esos malditos resistentes.

De pronto me tiembla la mano al pensar que Lance está por ahí fuera, trabajando de incógnito, jugándose el pellejo, pero tengo que imponerme al anhelo del corazón con hechos fríos y duros. Si no recuperamos Francia, se perderán más vidas, incluida la suya.

Aprieto más firme el vial, sacando fuerzas del sutil aroma que asciende hasta mis fosas nasales.

—Gracias al profesor Zunz, localicé una cuba olvidada de La Rózsa 8 en el convento, y luego combiné otras esencias e isobutilquinolina para crear Le Courage.

A Frederic se le queda cara de póker: no tiene ni idea de qué hablo, pero el profesor se apresura a intervenir, avalando lo dicho.

—En 1935 teníamos excedente de un absoluto de rosa único que importé de Budapest y con el que elaboré la base. Guardamos el sobrante en el convento y nos olvidamos. Mademoiselle lo ha usado para crear este perfume deslumbrante.

Recojo el testigo y continúo antes de que Frederic me corte.

—Si mis cálculos son correctos —digo—, usando La Rózsa 8 con las esencias que tenemos, podemos producir ochocientos o novecientos frascos de Le Courage.

—¿Cómo? El fabricante al que compramos dejó de hacer sus frascos exclusivos. —Señala la carta que estaba leyendo, sembrada de garabatos—. Todo lo que tenemos en almacén son frascos de cristal de formas y tamaños dispares.

—No importa que los frascos no sean iguales en tamaño, forma o color —me exalto, cada vez más ilusionada—; ya tenemos un lote de etiquetas blancas y doradas.

—¿Quién va a llenar los frascos? Falta mano de obra.

—Reclutaré mujeres del pueblo y de las granjas y aldeas cercanas —lo interrumpo—; hasta las monjas nos ayudarán.

—Luego está la comercialización… Nuestra fuerza de ventas es prácticamente inexistente… Nuestros contables se han escondido…, ¿quién llevará el control de las ventas? —exige.

—¿Ventas?

Se me sube la sangre a las mejillas; el pulso se me desboca mientras salto al vacío. Un perfume nuevo pueda lanzarse en plena Ocupación. Que Le Courage ayudará a las francesas a levantarse y no perder la esperanza en la liberación de Francia.

—No vendemos Le Courage —le digo con una sonrisa—, lo regalamos.

Capítulo 34

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Angéline

Perfume:
Le Courage
Limón y melocotón, rosa de terciopelo blanco, musgo de roble

—Me río cuando recuerdo cómo Frederic se desplomó en su silla y pidió sales aromáticas.

Sonrío al ver a Emma apuntarlo en su bloc amarillo con una sonrisa en los labios. Abrió los ojos como platos cuando le dije que regalamos el perfume; le daba vueltas en la cabeza, preguntándose cuál era mi estrategia.

A su debido tiempo, *mademoiselle.* Primero, estamos en una misión.

Se la ve cansada, con ojeras, pero no pestañeó cuando sugerí que esta tarde hiciéramos una caminata por las laderas cerca del *château* después de almorzar. Hamburguesas americanas y patatas fritas en honor a mi invitada. Quiero continuar mi historia aquí. Vamos de peregrinaje a la tumba de mamá para hacer algo que debí hacer hace años, pero que no me pareció correcto hasta ahora.

Estamos en una búsqueda del tesoro, pero eso Emma aún no lo sabe.

—Lo admito, *madame,* me tomó por sorpresa —dice—. ¿Regaló su perfume? ¿Cómo, por qué?

—No me guardaré nada, *mademoiselle,* pero antes veamos si puedes seguirme el paso.

Le brillan los ojos.

—Acepto. Soy neoyorquina…, estoy acostumbrada a caminar.

Sonrío, deseosa de empezar. Siento una alegría que ni la humedad de finales de verano puede arrebatarme mientras nos internamos a buen ritmo en el bosque. Nunca olvidaré aquel día en el despacho de Frederic, cuando creí que podía cambiar el mundo… o, al menos, la guerra. Me gusta pensar que lo hice.

Somos un trío errante esta tarde de verano, tras el chaparrón de anoche: yo, en cabeza, marcando el camino; Emma detrás, y Ryker cerrando la marcha. Paseamos junto al arroyo que serpentea en el bosque verde y vibrante, donde una brisa cálida arrastra hacia nosotros el aroma penetrante y terroso de un campo de acianos azules. Es un lugar animado, con conejos y ardillas lavándose el hocico y las patitas en el agua fresca y haciendo compañía, según Emma, a «algún príncipe disfrazado de rana».

Capto las miradas frustradas que lanza a su príncipe irlandés y confieso, en voz baja, que percibo más fricción que de costumbre entre ellos. Supongo que se debe al fiasco con esa tal Hansen. No le he dicho que la he perdonado. Quiero hacerlo. Mucho. La vi susurrando con Ryker cuando creyó que no miraba. Discutían. Conozco esa mirada entre ellos. ¿Lo hicieron? ¿Se besaron? ¿O hay otra cosa que ha alterado a Emma?

Tengo la clara sensación de que tiene que ver conmigo.

Bien, se lo pondré más fácil: dejaré mis sentimientos a un lado y continuaré la entrevista como si nada. Sea cual sea la razón por la que Emma perdió los estribos, esta mañana se esforzó muchísimo por impresionarme con sus conocimientos de perfumería. Aun así, no puedo evitar sentir que quiere algo más que una entrevista, y que tiene que ver con la historia de su familia. Los años que pasé vigilando mi espalda siguen conmigo, pero no puedo permitirme atascarme en el presente con recelos tontos cuando tengo tanto dolor del pasado que revivir… Días, semanas, meses en los que me

sentí presa, no por el alambre de espino y los perros de presa, sino por mi propia paranoia y miedo intenso, sola, sin poder confiar en nadie.

Quiero confiar en Emma.

Que me cuente su historia cuando esté lista.

Así que le daré otra oportunidad.

Sigo adelante hasta que alcanzamos un rincón sombreado en la ladera, sorteando con cuidado las lápidas agrietadas y deterioradas del pequeño cementerio, con inscripciones que se remontan a la década de 1850. La que busco está marcada únicamente por una pieza de mármol gris incrustada en la tierra con la palabra *mamá.*

Prosigo mi relato caminando y rezando para que la caja de hierro que enterré aquí hace más de cincuenta años me esté esperando.

—Frederic no podía concebir la idea de regalar nada, y menos nuestra corta reserva de perfume —continúo, aminorando el paso—. Y menos en tiempo de guerra, cuando los especuladores se estaban forrando.

—No aguanto un minuto más, *madame* —suplica Emma, protegiéndose del sol con el dorso de la mano—. Quiero saberlo todo sobre ese reparto de su perfume.

Me aparto de la cara un mechón rebelde y le indico a Emma que se siente conmigo en un viejo banco de piedra, bajo un roble imponente. Ryker permanece a un lado, atento. Ella no deja de mirarlo de reojo y luego a mí, lo cual me divierte. *Alors,* hay algo entre esos dos. Juraría que me lo ocultan, pero mi curiosidad tendrá que esperar.

—Reunimos cientos de frascos —de todos los tamaños, formas y colores— de la reserva del almacén de Argenteuil, y logramos sacar un centenar más que cogían polvo en la bodega del convento —digo —. Luego diseñamos una etiqueta sencilla, blanca, ribeteada en oro, con una sola palabra: Le Courage.

—¿Cómo lanzó el perfume con la escasez de mano de obra? —pregunta Emma.

—Recluté madres, tías, hermanas, hijas, chicas adolescentes, monjas, mujeres romaníes…, incluso abuelas deseosas de ayudar. Les prometí el pan extra que el profesor conseguía en sus viajes al campo —Dios lo bendiga— y nos pusimos manos a la obra. Día y noche, llenamos frascos. No podíamos fabricar Le Courage a gran escala, pero con mi plan causamos sensación —como dicen ustedes, los americanos— entre el público femenino. Por supuesto, Frederic estuvo descontento durante todo el proceso y juraba que la Casa Doujan estaba condenada. ¿Regalar perfume? ¿Decirles a las francesas que tuvieran «coraje»? Hizo lo posible por desvirtuar nuestro mensaje, aduciendo que tener coraje significaba aceptar a los ocupantes. No importaba. Los alemanes se reían de nuestro intento, satisfechos de que el negocio estuviera «arianizado» con Frederic al timón, aunque, si los beneficios seguían cayendo, estaba convencido de que la propiedad de la fábrica de Grasse acabaría en manos de sus amigos alemanes para hacer con ella lo que quisieran.

—¡Dios mío, no!

—Un ataque aliado acabó con esa idea. La fábrica se cerró temporalmente, y estaré eternamente agradecida al piloto de la RAF que salvó a la Casa Doujan de convertirse en un instrumento nazi de guerra.

—Siga… Impresionante, *madame*… ¿Qué pasó después?

Sonrío, encantada con su entusiasmo.

—Regalamos los frascos de Le Courage. Las mujeres del pueblo los llevaban a todas partes, a las Mesdames agotadas en las colas del pan, a sus amigas y parientes, a maestras curiosas, enfermeras solícitas, dependientas risueñas, a las mujeres en los trenes, alabando el producto y difundiendo mi discurso promocional mientras yo iba en el cercanías de Argenteuil a París y recorría la ciudad repartiendo frascos de Le Courage. Al cabo de un tiempo, todas las mujeres con las que me topaba me daban las gracias por darles «coraje». Daban por hecho que yo era la creadora porque hablaba de él con tanta pasión. Entonces no comprendí hasta qué punto mi éxito me ponía en peligro.

—Vale, entiendo la publicidad gratuita, pero ¿cuál fue la chispa que le dio a Le Courage la fama que tuvo? —pregunta Emma con ese gesto inquisitivo de reportera que ya conozco tan bien.

Sonrío a lo grande.

—¿Te refieres a mi *pièce de résistance?*

—Eso es.

—Sencillo. En lugar de aplicar Le Courage sobre la piel, donde duraría unas cinco horas, pedí a cada mujer que recibía un frasco que se pusiera unas gotas en un objeto personal: un pañuelo, unos guantes, una bufanda, el cepillo del pelo…, incluso en su sostén y su combinación, para lograr un efecto de larga duración.

—¿En serio?

—Sí. Las fibras del algodón y de otros tejidos retienen el aroma del perfume más tiempo del que imaginas…, incluso después de lavar.

—¿Y luego?

—Les pedí que pasaran el frasco a una amiga, una compañera de trabajo, su madre, su hermana, su hija, su *grand-mère…,* con las mismas instrucciones de aplicarlo sobre la ropa, para que el aroma de Le Courage las acompañara. Funcionó. Las parisinas y las francesas de la Zona Ocupada propagaron el mensaje pasándose cientos de frascos de unas a otras. No podía creer las reacciones que recibíamos. Se convirtió en una experiencia de unión, una hermandad de mujeres que se apoyaban mientras sus hombres estaban fuera: en el Ejército, en prisión, en la Resistencia.

—Impresionante. Una pregunta, *madame*: ¿no hubo mujeres que acapararan su frasco? ¿O que lo rellenaran con otra fragancia y lo hicieran pasar por Le Courage?

—Imagino que sí, *mademoiselle,* pero a mí no me llegó ningún caso. Prefiero creer que la inmensa mayoría de mujeres estaba tan deseosa de ayudar a liberar Francia que ni se les pasó la idea por la cabeza. Es ingenuo por mi parte, sí, pero quería creer en la bondad de la naturaleza humana en una época en que existía tanto mal.

—¿Los altos cargos nazis o la Gestapo no torcieron el hocico con su éxito? —Emma sonríe, disfrutando del juego de palabras.

—No creo que nos tomaran en serio, *mademoiselle…* Sobre todo cuando la esposa de Goebbels y otras esposas de jerarcas nazis seguían vistiendo alta costura francesa, fumando como chimeneas y dándose caprichos con zapatos italianos hechos a mano. Además, Hitler aborrecía el maquillaje y el perfume en las mujeres. «¿Cómo iba a ganar una guerra un perfume bobo?», imagino que les diría a sus generales. Igual que subestimó la astucia de los aliados al planear el desembarco de Normandía.

—¿En algún momento temió que su plan no funcionara, *madame*?

Vuelvo a un instante que nunca me ha abandonado.

—Lo que más me desarmó, Emma, y me sumió en el pánico, fue cuando una joven madre romaní me contó que apenas escapó cuando los nazis encerraron a los míos, en la Zona No Ocupada, en un hospital destartalado custodiado por la policía francesa…, su niño murió de hambre y luego a su hombre lo enviaron a un «campo gitano» especial en el sur de Polonia. Solo por suerte logró escapar, descolgándose por una ventana del segundo piso y bajando por la celosía enredada de rosas con espinas, con el corazón roto por la pérdida de su hombre y de su niño. No se rindió y encontró a un granjero partisano y a su familia dispuestos a cobijarla… En definitiva, ella —y otras como ella— eran las mujeres para las que creé Le Courage. La animé a seguir contando su historia y las historias que corrían en susurros, cómo a los míos los hacinaban en campos abarrotados y los obligaban a hacer trabajos sin sentido por raciones miserables… Las palizas, los experimentos médicos, cómo a las prisioneras romaníes las obligaban a bañarse desnudas en grupo ante la mirada de oficiales de las SS, una violación flagrante de nuestro código moral. Y luego soportar el dolor y la desesperación de que les tatuaran en el antebrazo izquierdo un número de identificación, precedido por la letra Z de *zigeuner,* gitano. Yo pronto me convertiría en una de ellas.

A Emma se le cae la mandíbula mientras hablo, con los ojos muy abiertos. Está demasiado conmocionada para decir o escribir nada. Ya le advertí que habría momentos difíciles, pero, maldita sea, apenas he arañado la superficie. Rezo por que esté preparada para lo que viene… *zut alors,* ¿lo estoy yo? Aparté a un lado las pesadillas, los sudores y la agonía después de la guerra y me lancé de cabeza a mi trabajo de *parfumeuse.* Tenía a Lance a mi lado y al profesor para aliviar el dolor. Nunca he querido volver a aquel tiempo en Dachau, cuando nació mi bebé, pero una fuerza desconocida me empuja ahora y no puedo detenerla. Siento un escozor inquietante tras los ojos, pero me niego a que caigan lágrimas.

Me estremezco y continúo, dejando a Emma un instante para asimilar mis palabras.

—Había sobrevivido a un intento de violación y al asesinato brutal de mi madre, y no me asustaba con facilidad, pero lo que escuché de esos campos me aterrorizó. Se cumplió eso de lo que se jactaba el comandante: aquel loco de Hitler no se conformó con conquistar a un pueblo, sino que pretendía exterminar a cada judío, a cada romaní y a cualquiera que osara discrepar. Solo iba a París si era necesario; la cacofonía de ruidos era impredecible. Podía estallar en tiros y luego hundirse en un silencio mortal por la escasez de automóviles en los bulevares, para volver a subir y convertirse en un martilleo en la cabeza con el paso acompasado de botas claveteadas que te destrozaba los nervios.

—Pero sobrevivió, *madame.* Y, lo más importante, se convirtió en una voz de coraje para las francesas que los nazis no pudieron sofocar.

—Sí. Sobreviví. *Merci,* Emma. Tienes razón. Pudimos regalar Le Courage porque teníamos los frascos y las etiquetas para fabricar la fragancia y las mujeres del lugar y las monjas ayudaron con el envasado y la distribución. El movimiento continuó en 1944, mientras todos esperaban a que los aliados desembarcaran en la costa de Francia. ¿Pero cuándo? ¿Dónde? No lo sabíamos.

Emma golpea con el lápiz su bloc, pensativa.

—¿Hicieron más perfume?

Niego con la cabeza.

—No teníamos ingredientes: ni sintéticos ni materias primas.

—Y aun así, la Casa Doujan sobrevivió.

—Sí. Los nazis fueron comprando todo el *stock* que teníamos durante la guerra. Luego empezamos a preparar el lanzamiento de nuevas fragancias tras la liberación de París. Estábamos tan seguras de que los aliados ganarían. Mientras tanto, el aroma persistente dio coraje a las mujeres. Me salvó cuando llegó la traición, en la primavera de 1944. Tenía un frasquito de Le Courage escondido en el laboratorio por precaución. Quería mantener la composición viva en mi mente. Impregné de perfume cintas azules y las usaba para recogerme el pelo. Por suerte, llevaba el pelo atado con una cinta azul larga, empapada en el perfume, el día en que… No, revelaré ese capítulo más tarde. Basta con que sepas que conservé esa cinta cuando me enviaron a un campo de tránsito a las afueras de París para prisioneros políticos, luego a Auschwitz-Birkenau y después a un subcampo en Dachau. Me la llevaba a las fosas nasales cuando todo se volvía insoportable, aspirando su aroma. Juro que nunca perdió el olor, aunque el hedor de la muerte que nos rodeaba a veces debilitaba mi olfato.

—No me ha dicho cuál es el ingrediente secreto de Le Courage.

—Por eso te he traído aquí. Este lugar guarda un rincón sagrado en mi corazón. Ven. Te lo mostraré.

Emma me sigue en silencio, con Ryker, mientras la conduzco hasta la tumba de mamá, donde las violetas silvestres están en flor y su dulzura nos recibe… junto con el fantasma de mamá. Juro que oigo su risa cuando nos acercamos, tan feliz está de tener compañía.

Se parece a mí, Tiena, ¿no?

Esta *mademoiselle* con los ojos del color de los míos. ¿Es por eso por lo que te atrae? ¿La has tomado bajo tu ala porque te sientes sola?

¿Por qué miras la foto de la mujer alemana del reportaje que escribió Emma?

Desesperada por creer que es la misma mujer que conociste hace tanto, en el campo cerca de Dachau… Eso lo explicaría todo, *n'est-ce pas?*

Tonterías, me digo.

Ignoro a mamá hablándome. Es mi propio subconsciente, soñando despierta y deseando algo que no puedo tener.

Capítulo 35

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Emma

Perfume:
La Romaní
Rosa escarlata, jazmín, almizcle

Con las manos cubiertas de tierra, hundo los dedos en el barro blando del pequeño cementerio. ¿Orgulloso de mí, Granger? ¿Quién habría pensado que, cuando dijo que «cavara» más hondo, acabaría sacando barro alrededor de una lápida?

Siento un escozor detrás de los ojos cuando veo una sola palabra grabada en el mármol agrietado.

Mamá.

Madame me observa con cautela, consciente de que me ha pedido perturbar el lugar de reposo de su madre, y consciente también de mi reticencia a hacerlo, pero animándome. Me dice que aquí encontraré la respuesta, lo cual para mí es un misterio. Esperaba verla con los ojos vidriosos y la mirada ida, pero no ha despegado los ojos del punto exacto donde yo me dedico a cavar.

Medio metro desde la parte superior de la lápida, cerca de un roble alto, me indicó. Unos cuarenta y cinco centímetros.

La veo sonreír, darse golpecitos en la mejilla con los dedos, inclinar la cabeza, asentir… y luego reír, como si estuviera… ¿escuchando a alguien?

Claro. Al fantasma de Naomie.

Suena a locura, pero juraría que también oigo los susurros suaves de la mujer romaní, aunque sé que es la brisa de la tarde burlándose de mí. Ojalá *madame* compartiera conmigo su alegría, pero no lo hace. Sigo, apartando piedras redondas de la tierra empapada. Tengo que superar la culpa por callarme, pero Ryker me convenció de que no le hablara aquí de mi familia, aunque fue tras una discusión acalorada lejos de los oídos de *madame.* Quiero quitarme este peso de encima y suplicarle que me perdone para poder seguir y terminar esta entrevista como una periodista honesta a sus ojos, pero Ryker dijo que no era el momento y que esperara a terminar la entrevista, tal y como acordamos. He esperado tanto, insistió, puedo esperar un poco más.

Tiene razón. Definitivamente este no es el momento. Ella está reviviendo aquellos últimos días de la guerra, días cruciales en los que su mundo dio vueltas a una velocidad de vértigo y la arrojó a un campo de la muerte; los sonidos estruendosos y desgarradores del sufrimiento y la agonía le resonaron en la cabeza durante meses…, años. Él quiso ayudarme a cavar, pero *madame* lo espantó con un gesto.

—No, quiero que Emma experimente por sí misma el maremágnum de emociones que sentí cuando enterré aquí la caja de hierro en 1944.

—¿Caja? —Levanto la vista; se me para el corazón—. ¿Qué hay dentro?

Sonríe.

—Ya lo verás, pero antes dejaré que descubras el ingrediente secreto de Le Courage.

—¿Aquí? —No disimulo mi sorpresa.

—*Mais oui, mademoiselle,* tómate un momento y huele la tierra, el barro de tus manos.

Con el pulso acelerado, los hombros encogidos, huelo los dedos.

—Ya lo tengo. La tierra.

Percibo un olor fuerte, almizclado, que recuerda a un sándalo profundo con un aroma a naranja y rosa que desconcierta mis fosas nasales. Es francamente *sexy…* Por supuesto, mi superhéroe irlandés supervisa mientras chapoteo los dedos en el barro, y su aroma varonil me trae a la nariz nuestro glorioso beso de anoche, con los cuerpos enredados, calientes y pegajosos. Y hoy vuelve a su actitud pensativa. Los hombres… ¿quién los entiende?

—¿Qué te parece, Emma? —pregunta *madame.*

—Es un aroma increíblemente atractivo, huele a… —Lo inspiro de nuevo y evito mirar a Ryker para que no vaya a delatar las ganas que tengo de agarrarlo y besarlo. Con el pelo despeinado y las manos llenas de barro, debo de parecer un poco loca, pero estoy curiosa, desbordada, emocionada—. Un pedazo de hombre.

—Exactamente, *mademoiselle.* Lo noté cuando venía aquí a sentarme con mamá por las tardes, cuando tenía que huir de la locura de la guerra. Una mezcla inusual de minerales del alijo de monedas romanas de bronce que papá encontró aquí y de las raíces de las flores entrelazándose en la tierra durante siglos. Como si las monedas de bronce hubieran oxidado la tierra. El aroma proviene de las raíces de las violetas y de las flores silvestres que fertilizan el suelo, lo enriquecen y confieren a la nota de fondo una potencia que perdura muchísimo…, la clave para que Le Courage durara más.

—¿Cómo convertiste la tierra en un ingrediente para perfume? —pregunto.

Sonríe.

—Le pedí al profesor Zunz que me ayudara a diseñar un compuesto de carbono sintético que duplicara ese aroma y luego lo mezclé con los aceites esenciales tradicionales que teníamos a mano, con la nota de fondo.

—Me he perdido. ¿Un compuesto de carbono qué? —Parpadeo, avergonzada—. Tendría que haber cursado química en el instituto en lugar de Animadoras 101.

Se ríe.

—Me imagino que eras de lo más encantadora, *mademoiselle,* pero yo fui animadora de Francia cuando me puse Le Courage detrás de los lóbulos y aspiré la fragancia que había creado. Me sentí una mujer sensual y libre por primera vez. —Me mira de frente, con los ojos avellana lúcidos y decididos a que no me pierda ni una palabra, implicando que es de suma importancia para ella no ocultarme sus pensamientos. Una sensación extraña y cálida me cosquillea en los dedos de los pies. Lo que quiere decirme también es importante para mí—. Una mujer que podía estar a la altura de cualquier hombre —continúa—, incluido el hombre al que amé con todo mi corazón.

—Lance —susurro.

—Sí. Quise contarle que había tenido un susto en el laboratorio, pero ¿qué mujer enamorada quiere estropear el momento cuando *l'amour* está en el aire, encendiéndote y excitándote? No podíamos quitarnos las manos de encima. Pero aquella noche la alegría estaba en la respuesta emocional que él despertaba en mí, dándole intimidad a nuestros besos, un hambre que no podía saciar por mucho que me advirtiera de las consecuencias, una necesidad primigenia de concebir. Con nuestros cuerpos en sintonía moviéndonos al unísono, cedí al anhelo de darle un hijo… y me entregué. A él. Y para el resto de mi vida lo único que necesito… que quiero… es tenerlo en mis brazos. Y ahora, para siempre, en mi corazón.

Se detiene en seco y tiembla. El recuerdo es tan real para ella que le tiemblan las manos.

—*Madame*, ¿está bien?

Me limpio la tierra del sudor con la sudadera y pongo mi mano sobre la suya. Está fría.

Asiente. A duras penas.

Dios me ampare, si alguna vez me he quedado sin palabras, es ahora.

No puedo creer que comparta una intimidad así conmigo una reportera. ¿O es que siente, muy dentro de su alma, que somos

espíritus afines unidos por nuestro don del olfato?

—¿Me está diciendo lo que creo que me está diciendo, *madame*? —digo con una ronquera en la voz que me sorprende.

—Sí. Era una chica joven y mi cuerpo estaba fértil y listo para la maternidad, pero, más importante aún, quería quedarme embarazada. Nada sensato, de hecho, una estupidez, pero me creía a salvo de los nazis en Argenteuil. Cabalgaba la ola del éxito de Le Courage. No tenía ni un *sou* a mi nombre, pero tenía glamur para parar un tren y, cuando eres joven, ah, *mademoiselle,* eso basta para llenarte de la esperanza de que puedes sobrevivir a todo. Quería un hijo al que transmitir mis habilidades como *parfumeuse;* ninguna garantía de que fuera niña, y menos aún nariz, pues la naturaleza tiene la costumbre de saltarse generaciones…

Se le apaga la voz, pero su cerebro sigue en marcha. Me mira raro y me recorre un escalofrío. La curiosidad de sus ojos se vuelve de un verde oscuro, y la confusión le enturbia los pensamientos. Como si hubiera algo que se le escapa. Una sensación inquietante me resbala por la espina dorsal. No hablo. Parpadeo. Debo de parecer un maniquí de cera en un museo.

Carraspea; el momento pasa.

—Creo que aquella noche se cumplió mi sueño de ser madre.

—Qué emocionante para usted, *madame* —me adelanto, comentando que algún día me gustaría ser madre, mientras sigo escribiendo, anotando observaciones personales además de lo que me cuenta. He superado la vergüenza por su franqueza y, poniéndome en su piel, descubro que me queda mejor de lo que pensaba. Estoy aprendiendo más de lo que imaginé sobre esta mujer. Me hace cuestionar mi propio reloj biológico. Algo que vengo posponiendo porque estoy esperando el «bombazo», la gran historia que me coronará. Primero la carrera, me repito; los bebés, algún día. ¿Por qué suena ahora tan vacío?

¿Me estaré perdiendo algo mucho más valioso?

Decido aparcar, otra vez, ese debate conmigo misma… y volver al trabajo para hacerle las preguntas difíciles.

—Debió de sentirse eufórica al saber que iba a tener un hijo, *madame*… pero ¿no hizo eso más peligroso su trabajo en la Resistencia?

Por un momento, guarda silencio.

—Sí, pero era joven y estaba sola, Emma, sin familia, y tan enamorada de Lance que quise conservar ese amor conmigo para siempre. Creí que yo había sido concebida con ese tipo de amor entre papá y mamá y, de un modo irracional, quise mantener vivos sus espíritus teniendo mi propio hijo. Y reconozco que, en medio del caos, la idea de ser madre me despertaba sensaciones cálidas y reconfortantes, la idea de que podía con todo. Estaba cansada de la guerra. Todos lo estábamos. Nunca tuve en cuenta la creciente falta de comida en Argenteuil ni cómo recibiría atención médica si el embarazo se complicaba. Nunca me arrepentí de aquella noche, *mademoiselle,* la noche en que concebí a mi bebé, aunque la sabiduría de la edad me hace suspirar de frustración, no por mí, sino por haber puesto en riesgo a otros en Auschwitz y Dachau y, por supuesto, por lo que fue de mi niña.

Se me revuelve el estómago, como cuando me quedo encallada en una entrevista. Diga lo que diga, no saldrá bien, así que espero a que continúe.

Madame suelta un suspiro hondo, nostálgico.

—Tras perderla, recé a todos los santos que mamá me enseñó para que mi hija estuviera viva y a salvo y no…

De nuevo, un instante callado, pero no me nace decir nada; por doloroso que sea, tengo que dejar que esto siga su curso en silencio.

—Aquella noche especial, antes de que mi mundo se viniera abajo —prosigue, dejando en el aire lo último—, pasé las horas en la dicha de los brazos de Lance, pensando en la vida que estaba segura de que crecía en mí…, hasta que el pájaro del jardín, bajo nuestra ventana, trinó la llegada del alba. Anhelé quedarme en aquel lugar onírico en el que la guerra estaba lejos y nuestras vidas no dependían de los caprichos de ese malvado y sus secuaces, y no

existía nada salvo nuestro amor. —Suspira hondo—. Pero no pudo ser.

—¿Qué ocurrió, *madame*?

Su voz baja de tono y me atraviesa como una hoja afilada.

—Me traicionaron.

Capítulo 36

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Angéline

Perfume:
Bal de Cadieux
Fresa silvestre, jazmín rosa, ambreta real

La ira me sube cuando aprieto los puños y lucho por recomponerme justo antes de que las palabras me estallen en la boca y Emma se ponga pálida, con los ojos muy muy abiertos por la sorpresa. Durante años reprimí el recuerdo de aquel día; lo guardé en un lugar muy hondo y oscuro, dentro de mí. Nunca llegó a cicatrizar. Y ahora he abierto la herida y está supurando… y duele.

—¿Cómo la traicionaron, *madame?* —pregunta Emma—. ¿Quién fue?

—Frederic.

—¡Está bromeando! —No puede ocultar su asombro—. El hombre era un canalla engreído, pero no esperaba eso de él después de que usted se desviviera por mantener abierta la Casa Doujan mientras otros bajaban la persiana.

Sigue cavando, y luego más deprisa. ¿Habrá encontrado la caja de hierro?

—El falso nariz egoísta continuó su alianza con los alemanes, aceptando dinero, favores. De otro modo, la Casa Doujan no habría sobrevivido.

—Es un acto valiente, *madame,* admitir abiertamente que Frederic colaboró con el enemigo.

—Es una parte vital de mi historia que me avergüenza. Era un estúpido arrogante ansioso por complacer a los boches y yo pagué el precio.

—¿Cómo, *madame*?

—Sabía que llegaría el día en que mi descaro y mi determinación por ser *parfumeuse* me pondrían en peligro —pausa—. Tenía que protegerme y asegurar el porvenir de mi hija. Mantener la fórmula de Le Courage en un lugar seguro. Enterré aquí una caja rectangular de hierro con la fórmula, el brazalete de monedas de bronce de mamá y su anillo, junto con mi navaja celta. Le dije a Lance dónde había enterrado la fórmula por si me pasaba algo.

—Me ha traído aquí para encontrar esa caja, ¿por qué, *madame*?

—Porque quiero que entiendas que, pese a todo mi éxito con Le Courage, descubrí que había un lado oscuro. Llámalo instinto romaní, pero sabía que debía mantener mi pasado gitano en secreto. A ojos del Reich, yo era vulnerable al arresto y a la deportación.

—¿Qué la asustó, *madame*? Usted estaba a salvo en Argenteuil.

—Dejé que mi pasión por Le Courage se impusiera a la razón. Viajaba en tren a París, hablaba con las vecinas y con las mujeres romaníes que rondaban el convento en nuestra propia lengua. Sin duda me gané enemigos, me puse en peligro. No podía tener certeza de quién me era leal y quién me vendería a los nazis por una hogaza de pan y un pedazo de queso.

—¿La reconocieron?

—No estoy segura, pero alguien entró en el laboratorio y me destrozó el escritorio, llevándose las notas que había tomado sobre el lanzamiento de Le Courage. No tengo duda de que buscaban la fórmula. La escondí en una botella vacía de cristal azul, coloqué el tapón para sellarla y la guardé luego en una caja de hierro.

—¿Y la botella está aquí? ¿En la caja?

Sonrío.

—Al alcance de tus dedos, *mademoiselle.*

Imagino que tiene las piernas entumecidas, pero sigue hurgando en el suelo empapado, ansiosa por dar con la caja. Entonces, los rayos del sol se deslizan sobre su hombro y hacen brillar algo enterrado en la tierra.

No tardará.

No podía haber pedido un día mejor para venir a cavar. Un cielo limpio y azul tras la lluvia. El aroma sanador de la tierra y las flores, que saturan el aire húmedo. Aspiro la fragancia conocida, que solo se hace más densa con el tiempo. Como un velo de rocío sobre este terreno sagrado. Una dulzura empolvada tan seductora que no puedo evitar aspirarla cuando una brisa la arrastra hacia mí. Un aroma divino convocado por los dioses.

Miro a Emma. Ella se detiene un instante y también olfatea el aire. Una sonrisa enorme le curva los labios y se le pone «esa mirada», un arrobamiento que solo una verdadera nariz comprende. En ese momento encajo todas las pistas y abro la mente a algo tan descabellado que permanece apenas un instante, pero está ahí.

«La naturaleza tiene la costumbre de saltarse generaciones», le dije antes.

Me sacudo con un escalofrío; el corazón se me dispara. ¿Y si su abuela fue nariz y Emma nunca lo supo? Era polaca… ¿o no? Estoy segura de que la mujer alemana de la foto en la residencia es alguien a quien conocí entonces.

El cerebro me va a toda velocidad y aun así no es capaz de atar cabos lo bastante rápido, porque mi parte emocional ya ha llegado a una conclusión.

Emma es mi nieta.

No tengo pruebas… y, sin embargo, de algún modo, mi hija sobrevivió a aquel día horroroso en que me la arrebataron y se confundió su nacimiento con el de la criatura de otra presa, o, que Dios la ampare, con la muerte de aquel bebé. Tropiezo, me siento desfallecer, pero debo seguir. ¿Y si me equivoco? Entonces sí que pareceré una vieja tonta.

Divago, hablo, cualquier cosa para no soltarlo hasta tener una prueba.

—Durante años corrió el rumor de que conté con la ayuda de un espía británico para reducir la fórmula a un micropunto y esconderlo detrás de la etiqueta de una botella de Le Courage —empiezo, confiando en que mi mente termine el relato por mí, porque ya no puedo pensar, no puedo razonar—. No me cabe duda de que quien guardó una botella vacía arrancó la etiqueta para ver si la tenía. No sé cómo empezó el rumor, pero contribuyó a la leyenda del perfume.

—¿Por qué no relanzó Le Courage tras la guerra? —pregunta Emma, y luego ahoga un grito cuando sus manos topan con algo duro. Sigue cavando.

—El mundo era otro. Los hombres habían vuelto a casa, las mujeres regresaron a la cocina y nadie quería hablar de la guerra no fuera a ser acusado de colaborar con los boches. Mejor barrerlo todo bajo la alfombra, como decís los americanos, y ponerse a reconstruir Francia. Las mujeres anhelaban el glamur y, tras cuatro años de sacrificios, racionamiento y penurias, las francesas querían sentirse jóvenes y libres, querían algo nuevo. Le Courage les recordaba el racionamiento, las suelas de corcho y la ausencia de mantequilla. Las casas de perfume de París no eran inmunes a las dificultades de posguerra. Teníamos más competencia que antes. Nueva York se convirtió en el lugar donde lanzar una fragancia…

Ella raspa el barro del metal.

—¡La encontré, *madame*!

Arremete contra la tierra empapada como un ángel vengador rescatando un alma perdida. Los últimos rayos brillantes del sol señalan, como un láser, algo metálico. Quita la tierra, el aliento se le acelera cuando saca la caja de hierro y la abre.

Se le cae la mandíbula.

—*Madame*… está aquí. La botella de cristal azul…, su anillo…, la navaja… y, oh, Dios mío, su brazalete.

Murmuro palabras en romaní cuando meto la mano en la caja y saco el brazalete; las monedas tintinean, me lo deslizo por la

muñeca.

—*Mais non,* no puedo llorar. Aún no.

—¿Por qué, *madame*?

—Porque recuerdo aquella madrugada gélida y escarchada en la que me puse de rodillas y enterré aquí la caja. Y el horror indecible que vino después. Los primeros meses de enero y febrero de 1944 trajeron nieve y nubarrones, mal tiempo para volar, lo que mantenía los aviones alemanes en tierra. Los americanos avanzaban a pesar del peligro, bombardeando instalaciones industriales. Teníamos tantas esperanzas de que la guerra terminara pronto, pese a las ejecuciones, las detenciones y las deportaciones de judíos. Nadie se sentía seguro. El profesor Zunz se quedó muchas noches en mi sofá y se alojó en una celda diminuta del convento.

—La guerra hace extraños compañeros de cama, *madame* —sonríe Emma—. Debió de percibir el cambio en el ambiente.

—No dudábamos de que los alemanes estaban cansados de sostener la farsa de los «parisinos felices», pero sus redadas de judíos continuaban. Ni nosotros ni los nazis sabíamos que los mandos aliados no consideraban París un objetivo principal de la liberación.

—¿En serio? —Se limpia las manos en la toalla que Ryker le tiende—. ¿Dejar la Torre Eiffel en manos de los boches?

Asiento.

—Me alegra que no lo supiéramos; habría hundido la moral al mínimo. A la larga, los Aliados cambiaron de planes, pero ignorábamos que la mayor batalla terrestre aún estaba por librarse en Bélgica y Luxemburgo. En cuanto a mí, me alarmé cuando Frederic trajo la noticia de que el comandante Von Risinger había regresado a París. La noticia hizo algo más que llamarme la atención. Me atravesó, un horror que crecía dentro de mí y no podía negar. No solo yo estaba en peligro, sino también una vida nueva, mi criatura…, el bebé de Lance. Me sentí más vulnerable que nunca. La paradoja era que me había vuelto descuidada con mi aspecto: había dejado crecer el cabello hasta un tono más claro y llevaba una

melena corta rizada. Creía estar a salvo mientras permaneciera en Argenteuil y que la guerra acabaría pronto. Pero me equivocaba, terriblemente.

—Hablamos de comienzos de 1944, ¿no?

—Sí. Mi vida cambió para siempre en abril; el frío nos tenía con jerséis durante el día, y yo tenía mi precioso abrigo negro de Yvette para mantenerme abrigada y con el ánimo alto. —Procuro aliviar la voz, que no se note la bobina de película que aún se desenrolla en mi mente y me empuja a concluir que Emma y yo somos familia—. Cuidé mucho ese abrigo. Se convirtió en símbolo de su sacrificio, un recordatorio tangible de por qué tuve la oportunidad de crear Le Courage.

—¿Aún conserva el abrigo, *madame*?

Le agarro la mano para sostenerme, con los dedos clavados en su palma. Ella me aprieta la mano en señal de comprensión. Cierro los ojos, reviviendo el instante que no he dejado entrar en mi alma desde que el terror de aquel día me envolvió.

—Llevaba ese abrigo el día en que la Gestapo me detuvo.

Capítulo 37

ARGENTEUIL, A LAS AFUERAS DE
PARÍS, OCTUBRE DE 1944



ANGÉLINE

Perfume:
Luxor
Canela, jazmín egipcio, ámbar gris

—Ah, justo la *mademoiselle* que busco. La mejor nariz del negocio… y la más guapa.

Frederic irrumpe en el laboratorio tan contento como un caniche correteando por el bosque un domingo por la tarde. Arruga la nariz al ver mi pelo bicolor. Rizos oscuros hasta la barbilla… y raíces rubias crecidas.

—*Mon Dieu,* ¿qué te has hecho en el pelo?

Jugueteo con las puntas deshilachadas.

—Me estoy poniendo rubia.

—Pareces un mapache… *Bon,* no importa. Traigo noticias importantes, Angéline, y necesito tus talentos.

Debería halagarme, pero no. Noto otra energía en cuanto entra. Una confianza excesiva…, cumplidos forzados. Quiere algo de mí, y eso me incomoda.

Dejo las tiras de prueba, mi último intento de capturar el olor santo de una vela de capilla, un ámbar dulce inspirado por el trabajo de las hermanas con Le Courage. Necesito mantenerme ocupada. La fábrica de Grasse pende de un hilo tras el bombardeo aliado; se

dañaron varias cubas y se agotaron nuestras esencias, pero mi nariz es un instrumento delicado que debo mantener afinado. Experimentar con acordes para crear nuevas formulaciones, estudiar la descomposición química de los sintéticos y probar con toda especia reseca que encuentre en el armario. Un reto mientras cuento los días hasta ver de nuevo a Lance y rezo por tener noticias de la inminente invasión, una pista…, algo que me dé esperanza de que esta guerra acabe pronto.

Estoy desesperada.

Mi regla se retrasa. ¿Me atrevo a esperar que una vida nueva crezca dentro de mí?

El sol baña mi mesa de trabajo con un alegre «buenos días» que me da una falsa seguridad. Me he estado escondiendo en mi minilaboratorio, trabajando, planeando…, soñando con un embarazo perfecto, una vida perfecta con Lance. Una bendición gitana, como decía mamá cuando echaba las cartas. No esperaba que Frederic se presentara para solicitar mis «talentos».

Trama algo, pero ¿qué?

—Yo también tengo noticias, Frederic, sobre Le Courage.

Frunce el ceño.

—¿Sigues torturándome con esa locura tuya? Debo de haber perdido la cabeza dejándote convencerme para regalar perfume el año pasado… Fue la idea más tonta que he oído jamás.

—¿Ah, sí? —Huelo la tira de prueba número 36. Cielo puro, una base de vainilla sedosa—. Que sepas que las hermanas del convento participaron en nuestra entrega y varias mujeres levantaron un pequeño altar en la capilla con botellas que aún huelen a perfume, rodeadas de velas votivas. Cuando van a rezar, reciben una bocanada de Le Courage. Todo el mundo habla de ello.

—A mí solo me interesa de qué hablan los alemanes, y son buenas noticias para la Casa Doujan.

—¿Qué puede tener de bueno lo de los nazis?

Ignora mi comentario.

—Me han solicitado como invitado de un oficial alemán para una exposición especial en el Jeu de Paume esta tarde. —Se alisa el pelo y tira de los picos de los puños—. Querría que me acompañaras.

—Conmigo no cuentes, Frederic.

Suelto la tira; un vaivén de náusea me revuelve el estómago. Esto no pinta bien. Lo último que necesito es que un ignorante de las SS me someta a escrutinio con la intención de arrebatar lo que nos quede de perfumes. Que no es mucho.

—Insisto en que me acompañes a la exposición, Angéline.

—¿Por qué no sobornas a una de tus *mademoiselles* con una botella de tu coñac de estraperlo para que juegue a los salones con los nazis?

—Porque ellas, *ma chère,* no son una nariz.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver?

—Todo. La exposición muestra perfumes balsámicos de los días de los faraones de Egipto. Cajas de alabastro blanco enterradas en una tumba de hace más de dos mil años —se inclina y trata de encandilarme rozando su hombro con el mío. Me aparto para librar a mis fosas del ataque de su fijador, abundante y aceitoso—. El oficial alemán necesita una opinión experta que dé procedencia a las piezas e impresione al agente de Göring con su origen y la composición de los aromas hallados en los frascos antes de que puedan venderse…

—Quieres decir confiscados.

Frunce el ceño; el fuego de sus ojos no casa con la miel de su voz.

—Al Reich. Ahí entras tú, *mademoiselle.*

Esbozo media sonrisa, más bien un mohín.

—Entiendo. Hacemos nuestra habitual pantomima: yo huelo el perfume, desgloso los ingredientes para ti y luego te soplo la lista para que te lleves el mérito.

—Exactamente, *mademoiselle* —ni puede ni quiere negarlo—. Piensa en el prestigio si conseguimos permiso para exhibir una caja de perfume egipcio de dos mil años en nuestra tienda.

La idea de ser la primera nariz en siglos en deleitarse con el aroma místico de los faraones me intriga, explorar sus mezclas que, según el profesor, los egipcios escribían en las paredes de las tumbas. A menudo conversamos largamente sobre la historia del perfume y su vínculo con la inmortalidad. ¿Es posible que los frascos antiguos exhalen mirra, miel y almendras?

No…, por tentador que sea para mi nariz, está mal. No voy a codearme con nazis.

—La respuesta es no. Además, no tengo experiencia con perfumes egipcios. El profesor Zunz es el experto.

—*Ma chère* Angéline, sé lógica —su voz, suave como el brandi—: el profesor es judío y, además, hombre… no es la pareja de baile perfecta para el comandante. Bastante me ha costado ya mantenerlo en plantilla.

—¿Has dicho comandante? —suelto de golpe. Un recuerdo nítido del oficial arrogante presumiendo de traer obras de arte de Egipto me inunda la mente. Un pinchazo nervioso me atraviesa y me doblo, temiendo vomitar.

—Sí —prosigue, imperturbable ante mi miedo, mi jadeo—. El comandante Von Risinger ha vuelto del Norte de África y ha pedido que te traiga, lo que no habría podido salir mejor ni queriendo —aplaude, exultante.

—No he cambiado de idea. No voy.

Entorna los ojos; su humor se ensombrece.

—Harás lo que se te dice o acabarás en la calle, *mademoiselle.* Y el profesor en un campo de concentración. No permitiré que tu arrogancia hunda la Casa Doujan.

—¿Y tú no lo has hecho ya colaborando con tus amigos nazis?

Me arrepiento de la acusación en cuanto la suelto. Es de dominio público que Frederic se codea con los boches, pero nadie del personal se atreve a llamarle simpatizante nazi.

Salvo yo.

Me cruza la cara con fuerza.

—¡Cómo te atreves, *mademoiselle!*

El escozor del dorso de su mano me tambalea, pero no reculo. Le sostengo la mirada; me palpo la mejilla. Arde, pero es la expresión de su rostro la que graba una nueva imagen de él en mi cerebro. Como un animal herido lamiéndose las patas. Aguantando. No dudo de que cumplirá sus amenazas si no hago lo que pide. No puedo permitir que envíen al profesor a un campo.

—Hago lo que debo, *mademoiselle* —insiste Frederic—, para que mi legado sobreviva, para que Francia sobreviva —su tono es seco, tajante. No va a ceder—. Mi padre es un anciano y esta guerra lo ha roto. No entiende cómo se juega. Yo sí. No dejaré que los alemanes me lo quiten todo, así que arréglate y vámonos.

—Te acompañaré a la galería —digo, con la mejilla ardiendo y el corazón helado—. Pero solo para salvar al profesor.

Tengo demasiado que perder si no juego bien. Debo dominarme y no permitir que nada de lo que diga el comandante me altere hasta hacerme fallar.

—*Bon.* Y, por Dios, ¡haz algo con ese pelo!



Es mi pelo lo que me delata.

Sé que no debería estar aquí en el mismo momento en que entro en el Jeu de Paume, el olor de los boches de alto rango imponiéndose con su arrogancia a mi absoluto de rosa. Me da arcadas, pero no tengo elección. Frederic está resuelto a que la Casa Doujan sobreviva hasta la liberación. Yo lo llamo colaborar y me enferma. Él no lo ve así y me pregunto cuántos más, al servicio de los nazis, sienten lo mismo: que lo que hacen es salvar Francia. Me pregunto cómo se les juzgará tras la guerra, porque creo firmemente que los aliados expulsarán a los ocupantes. Casi me da pena cuando Frederic deja escapar cuánto debe a los nazis. Medio millón de francos. Aun así, creo que el profesor y yo ayudamos a la causa manteniendo ojos y oídos abiertos, y Dios sabe que Le Courage cumplió su parte.

Entonces, ¿por qué me siento tan sucia?

Bajo la cabeza para esconder la vergüenza, me odio por ceder, y sigo a Frederic por el largo pasillo de la galería, echando un vistazo al número de cuadros apilados en hileras y recostados contra la pared. Oigo voces masculinas altas resonando en alguna parte del edificio. Por curiosidad, asomo a una sala llena de archivadores y un arrogante oficial de las SS me cierra la puerta en las narices. ¿Será aquí donde catalogan los pecados de los saqueadores nazis?

Mis pasos suenan en las alfombras gastadas que adornan cada estancia a medida que nos acercamos al gran arco de entrada de la sala principal cuando…

Veo a Lance.

Se me para el corazón. Él no me ve. Conversa en alemán con un hombre de traje rígido y oscuro y dos oficiales de las SS, ante dos grandes y hermosos paisajes.

—*Vite, mademoiselle,* rápido.

Frederic me coge de la mano y me arrastra de vuelta en sentido contrario, pero no puedo olvidar lo que he visto. *Mon amour* rodeado de oficiales alemanes. Su voz de barítono suave y profunda los tiene en trance mientras señala los cuadros, dando órdenes; el hombre del traje saca otro cuadro del montón y entran en una acalorada discusión. El agente de Göring, supongo. Incluso desde lejos percibo el hielo azul de sus ojos. Regatea con ellos; Dios sabe cómo acabará.

Me duele el hombro de los tirones de Frederic, que me arrastra de una estancia a otra, escasamente amuebladas. Me siento como una gallina aterrada colándose en la guarida del zorro, alborotando plumas, intentando volar. No puedo. Por qué Lance está aquí me lo puedo imaginar…, para catalogar las últimas obras que parten hacia un castillo en Baviera para su salvaguarda. Cómo ha llegado aquí me eriza la piel. Los nazis deben de confiar en él a ciegas, porque Frederic ha dejado caer que se trata de una operación secreta; ni siquiera permiten la presencia de funcionarios franceses, salvo una

callada comisaria parisina que me mira raro cuando la sorprendo observándome, y luego desaparece tras una puerta cerrada.

—Si es tan secreto, ¿por qué estamos aquí? —le susurro a Frederic, que me mete en una antecámara pequeña.

La sala está desnuda salvo por una mesa redonda de caoba pulida. Encima, una exquisita caja de alabastro blanco, esculpida como un retablo, junto a un alto vaso de diorita que centellea con escamas cristalinas negras y blancas. No he visto nada igual. Me impresiona no solo su belleza, sino su estado impecable. Como nuevos.

—El comandante está en una situación delicada, *mademoiselle.* Lo necesitan en el frente oriental, pero prefiere quedarse en París.

¿Y quieres que le ayude? Eso me desgarra el alma más de lo que te puedas imaginar.

—Piensa comprarse billete para la buena vida impresionando al agente de Göring con su conocimiento de estas piezas egipcias.

Que robó.

—Te aseguro, *mademoiselle,* que nadie sabrá que estuvimos aquí. Haz tu trabajo y el comandante quedará en deuda con nosotros.

¿Y así saldarás la tuya?

Luego se marcha a ver qué retiene al comandante. Eché un segundo vistazo somero a las piezas cuando…

—*Bonjour, mademoiselle* —oigo a mi espalda, y una mujer con fuerte acento alemán se presenta como Ute Schmidt, «amiga» del comandante y ayudante de la esposa del Reichsmarschall—. Qué abrigo tan precioso llevas. Alta costura, *n'est-ce pas?*

—*Bonjour* —le regalo una sonrisa débil y nada más.

—Frau Göring es devota de la moda francesa, como yo —añade; su olor a cedro fuerte se filtra a través del sudor cuando se seca la frente.

Con abrigo y sombrero gris metálico, me barre con la mirada mientras examino las piezas egipcias. Mantengo la cabeza baja, la espalda vuelta. He oído hablar de la esposa del oficial alemán y de sus caras correrías de compras por boca de las dependientas de la

Casa Doujan: cómo exige atención, fuma y se vaporiza con cuanto perfume hay en la tienda.

La asistente, sin embargo, está fascinada con el cuello y los puños trenzados de mi abrigo negro, le parece tan *parisienne.* No he tenido tiempo de cambiarme y apenas para anudarme un pañuelo negro de seda a modo de turbante para ocultar el pelo… después de recogerlo con una cinta azul empapada en Le Courage. Me he frotado barra roja en las mejillas, ya que no me queda colorete, y me he dibujado cejas altas y oscuras con el diminuto final de un lápiz. Añadí carmín, rezando por haber cambiado lo bastante como para no reavivarle al comandante el recuerdo de aquella chica gitana.

Además, voy glamurosa. Con pantalones grises y blusa blanca, cuñas altas… la rolliza alemana me ve como competencia por la atención del comandante.

Lo que acelera mi pulso es su curiosidad por Le Courage.

—He oído que la Casa Doujan está detrás de ese reparto del que las dependientas no dejan de hablar —me provoca—. Ese perfume con el ridículo nombre de Le Courage.

—Yo solo trabajo en el laboratorio, *mademoiselle* —insisto, deslizando las manos por el vaso alto y liso antes de menear el tapón para aflojarlo. Alguien ya rompió los sellos de ambas piezas—. Creo compuestos químicos para nuestras fragancias. Nada sé del producto final.

—¿Ah, no? Llevo años poniendo mis talentos al servicio del instituto alemán de la moda —presume— y si algo sé es que Le Courage no lo creó monsieur Baptiste. Solo una mujer tendría la sensibilidad para ese nombre y esa estrategia.

—Se equivoca, *mademoiselle.*

¿A qué juega?

No puedo evitar que me irrite cómo agita una situación ya de por sí tensa. Me atenaza un ataque de nervios monumental, que no ayuda al malestar de mi estómago. Me esfuerzo por no vomitar mientras tiro con más fuerza del tapón hasta que salta. Oh, Dios, un aroma candente y especiado me golpea las fosas con intensidad

salvaje, envolviéndome como un escudo. Tras unos minutos al aire debería asentarse y podré dictarle la composición a Frederic.

Pero no me sacudo a esta metomentodo.

—¿Ah, sí? —me dice con desprecio—. Por fortuna para ti, la Gestapo no tiene tiempo para conspiraciones tan mezquinas contra la autoridad alemana, pero podrían verse «persuadidos» de investigarlo si…

—Le aseguro, mademoiselle Schmidt —la corto—, que la Casa Doujan cumple las directrices del Reich.

—Excepto en lo de mantener judíos en plantilla —inclina la cabeza, coqueta, aguardando mi respuesta.

Se me resbala la mano y casi dejo caer el vaso milenario. Lo poso. Despacio.

—¿Qué quiere de mí, *mademoiselle?*

—Tu abrigo. Es un diseño exquisito con unas trenzas tan hermosas, tan elegante y tan francés —ronronea, mordiéndose el labio. Babosea con una mirada primitiva, aunque dudo que el abrigo le cierre en esa cintura ancha—. La lana y la seda escasean; sería un bonito gesto que la esposa del Reichsmarschall lo recibiera como obsequio de la Casa Doujan.

No cometeré el error de creer que «pide». Es una boche. Cogen lo que quieren.

Esta vez no, Fräulein.

Me esfuerzo por mantener la voz calma.

—Lo que quiere decir, *mademoiselle,* es que lo quiere para usted —me revuelve el estómago pensarla tocando el abrigo de Yvette, que el forro de seda envuelva a esa vaca nazi con el sacrificio de la francesa—. Con todo, no es su estilo.

El golpeteo de botas pesadas sobre la alfombra anuncia la llegada del comandante, todo sonrisas y saludos. Frederic va justo detrás.

—¿Qué es eso de un abrigo, Ute? —pregunta el comandante, atiborrándose los pulmones con el olor de hembras en celo; lo saborea en el brillo de sus ojos. Me atrevo a mirarlo de frente y me

asalta la certeza de estar a punto de saltar al abismo. Me llevo la mano al corazón, que late tan deprisa que me siento desfallecer.

¡Corre, muchacha, corre!

Esta vez no puedo. Tengo los pies atados. No puedo moverme sin levantar sus sospechas y entonces estaré perdida. No cambia cómo me siento, cómo me gustaría verlo sangrar, al bastardo, suplicando a las puertas del infierno que lo dejen entrar, porque no es nada comparado con lo que yo le haría si pudiera. Fanfarrón, pretencioso, no ha cambiado desde Argenteuil. Ese paso marcial nazi, los hombros de pega, la cara tan rasurada que la piel brilla bajo la luz amarilla. Salvo la cicatriz del pómulo derecho.

La que yo le hice.

Fräulein Schmidt sonríe, melosa.

—Frau Göring estará preciosa con el abrigo de *mademoiselle.* Un regalo de la Casa Doujan.

—Yo no he aceptado eso —me interpongo, defendiéndome, cuando Frederic me agarra el brazo y aprieta fuerte.

—Estaremos encantados de obsequiar con el abrigo a la esposa del señor Göring —se apresura a añadir Frederic, con su habitual encanto de francés jovial—. ¿Verdad, Angéline?

Me gustaría arrancarle los ojos a la alemana, pero un vuelco brusco en el vientre me frena. ¿Y si estoy embarazada? No puedo arriesgar al bebé. Pero tampoco se lo pondré fácil a la germana.

A Fräulein Schmidt se le encienden los ojos.

—*Gut…* Permíteme probármelo.

—Le quedará justo de cintura, *mademoiselle* —la pincho.

—Tiene razón, Ute —se ríe el comandante y le da con la porra en el trasero haciendo que se le salgan los ojos de las órbitas. Ella aguanta la rabia—. Te has aficionado en exceso a los chocolates parisinos de estraperlo, a diferencia de *mademoiselle,* a quien le sienta de maravilla. —Me recorre con la mirada, fija en mi figura esbelta; se relame—. Esta noche cenarás conmigo en el Ritz, *mademoiselle.*

Asiento.

—*Avec plaisir, monsieur* —me dan ganas de vomitar sobre sus preciadas piezas egipcias para librarme de la cena.

Se vuelve hacia Fräulein Schmidt.

—No todas las casas de moda han cerrado, Ute. Haz de esto una prioridad: encuentra a Frau Göring un abrigo similar.

—Pero, comandante…

—Basta. Tenemos asuntos más importantes. Toma nota de los ingredientes. Cuando acabemos, llevas la lista a la comisaria.

—¿A quién? —salta, impertinente.

—Esa francesa bobalicona de gafas que siempre está al teléfono.

Despide a la alemana con un gesto de su mano enguantada. Por su sumisión, deduzco que no es su amante, lo cual me deja ventaja. Y tampoco se rinde. Tiene obsesión con este abrigo. Ah, *mais oui,* eso es. Quiere ser su amante y cree que, si se viste como esas francesas que él ansía, le resultará más atractiva.

Ni el abrigo más hermoso convierte a esa salchicha alemana en un pastel francés.

Me esmero en ignorarla mientras el comandante sigue deshaciéndose en alabanzas por tener a la primera nariz de la Casa Doujan aportando procedencia a las piezas junto con su encantadora ayudante. Yo hiervo por dentro al tomar el vaso; la ironía me marea: ese hombre tiene un poder inmenso sobre mí. Otra vez no puedo sino aplacarlo cuando lo único que deseo es que pague por la muerte de mamá.

Estoy por romperle el artefacto en la cabeza cuando se coloca detrás y me sopla el aliento caliente en la nuca desnuda.

—Te dije que volveríamos a vernos, *mademoiselle* —me posa la mano en el hombro y me pongo rígida. El sofoco del pajar en aquel momento asfixiante, cuando disparó a mamá, me asalta con tal fuerza que solo percibo el olor a cobre de la sangre. Es tan poderoso que me anega el cerebro—. Estás tan hermosa como entonces.

Y tú eres un boche arrogante con un uniforme demasiado grande.

En voz alta, digo:

—*Merci…,* monsieur Baptiste es un excelente maestro —me tomo un segundo para calmar los nervios y oler; intento recuperar el olfato. Me llevo el vaso a la nariz y aspiro, desesperada por recordar qué notas me vinieron antes del pánico—. Canela… —empiezo, a trompicones—. Pasas… maceradas en vino…, menta piperita —añado varios ingredientes de los que me enseñó el profesor, pero no puedo asegurarlos. Incluso si recupero la nariz, harán falta semanas de pruebas, tiempo del que no dispongo.

—Bien, *mademoiselle…* Perfecto. Repasemos la composición del perfume de la caja de alabastro —Frederic le sonríe al comandante, mientras la alemana pone mala cara y garabatea—. La he entrenado bien.

Zut alors, ¿su desfachatez no tiene fin?

Huelo la caja de alabastro; mi nariz, ciega a lo que quede tras dos milenios. Tengo que decir algo, así que aventuro, tirando de ingredientes populares siglos atrás. ¿Quién me va a rebatir? Frederic no. Dudo que el agente de Göring sea un nariz, ni ningún nazi de por aquí. Es como decir que un boche distingue una rosa damascena de una Louis Philippe. Imposible.

—Mirra, lirio, cardamomo…, azafrán…

—*Sehr gut, mademoiselle* —alza la mano, dando por concluida la sesión—. Ahora lo celebraremos cenando en el Ritz. *Allons-y,* mi coche espera. —Me toma del brazo y hace señas a Frederic para que nos siga. Fräulein Schmidt se nos pega; el comandante frunce el ceño—. Te he dado una orden, Fräulein. Lleva la lista a la comisaria. *Schnell!*

Suelto el aire, aliviada. La pesada no está invitada, pero subestimo su desesperación por conseguir lo que cree que le corresponde. Lo que no tuvo en Alemania y vino a buscar a París. Glamur.

Mueve ficha, y es buena.

Hay una amenaza en sus ojos castaños, entornados; me mira y se vuelve hacia el oficial de las SS.

—Es una traidora al Reich, comandante. No puede fiarse de ella.

—¿Qué? —Parece genuinamente sorprendido, como si nunca se le hubiera ocurrido.

—Ella es la nariz detrás de esa estratagema de Le Courage que usted desestimó cuando la Gestapo empezó a hacer preguntas, convenciéndolos de que a las francesas solo les importa el aspecto y no la política porque quería mantener la Casa Doujan fuera de su lista negra para su propio beneficio.

Al comandante no le hace gracia. Se vuelve hacia Frederic.

—¿Es cierto, *monsieur?*

Frederic tira del cuello.

—Pues no, quiero decir, sí… Angéline vino con la idea y yo lo vi como una manera de mantener vivo el nombre de la empresa para reorganizarme y saldar mis deudas. —Me deja vendida del todo añadiendo—: Llegó un día sin referencias. Debí saber que era un error contratarla.

—Me decepcionas, *mademoiselle.* Una mujer con tu talento podría prosperar bajo mi tutela. Sin embargo, no tengo claro dónde están tus lealtades.

—Soy francesa antes que nada, comandante, y, a diferencia de Fräulein Schmidt, cuyo único talento es la envidia, me he dejado el alma en perfeccionar mi oficio. Si me disculpa, ya he hecho lo que quería usted.

Con el pulso desbocado, me giro para largarme cuando la alemana me bloquea la salida. Piernas abiertas, manos en las caderas generosas; temo que busque una pelea de gatas, un juego sádico para conseguir lo que ansía.

—Cómo te atreves a insultarme, *mademoiselle.*

—Solo he dicho la verdad. Déjame en paz —me doy la vuelta y me voy.

—No tan deprisa —grita, me agarra del cuello del abrigo y me zarandea hacia atrás. Tropiezo, resbalo en la alfombra con mis cuñas y caigo de culo. Un pinchazo agudo me atraviesa la cadera, pero instintivamente me abrazo el vientre, rezando por no perder al bebé. Se me viene el mundo abajo cuando el pañuelo negro que me

sujetaba el pelo se desata y cae a la alfombra, dejando al descubierto…

—Eres rubia, *mademoiselle* —el comandante jadea—. Pareces otra…, como… —maldice— *Gott im Himmel,* eres la gitana que me hizo esto —se señala la cicatriz del pómulo—. Siempre creí que me sonabas, solo que no podía creérmelo.

—Se equivoca, *monsieur.* Soy Angéline de Cadieux, de Lyon. Tengo papeles que lo prueban.

—Falsificados, sin duda. Pagarás tu engaño, *mademoiselle.* Quedas detenida por agredir a un oficial alemán.

El corazón me golpea el pecho; respiro a borbotones cuando llama a los guardias; me entra el pánico y atraigo la atención de los SS que se reúnen en otra sala cercana, incluido Lance, su cuerpo alto y fuerte a la cabeza de la entrada: irrumpen bramando en alemán. Nunca me ha alegrado tanto ver su cara hermosa, esos hombros anchos en su habitual *tweed.* Se quita las gafas de un manotazo y la preocupación en su rostro es tan poderosa que fuerzo mi respiración a calmarse; el momento, tan inesperado, nunca lo olvidaré. De veras amo a este hombre. Es más alto que los nazis, más fuerte, pero están en mayoría y, por cómo mide a los guardias, a los oficiales, calculando, lo sabe. Tengo que afrontar la verdad.

No puede salvarme.

La fiereza de sus ojos dice que se jugaría el tipo. Da un paso hacia mí, pero niego con fuerza, advirtiéndole en silencio que no se acerque. Contiene el puñetazo que quiere estampar en la mandíbula del guardia que me sujeta clavándome los dedos en los brazos con un agarre firme y tirante. Cualquier intento de forcejeo es respondido inmediatamente con más presión, tan fuerte que casi me desmayo. No tiene sentido resistirse. He visto a hombres fusilados por menos. Pero no me iré sin vengarme del comandante.

—Podrá detenerme, pero no me olvidará.

—Ya lo he hecho, *mademoiselle.*

—¿Ah, sí? El perfume que regalé a su esposa, Naomie’s Dream, lleva el nombre de mi madre, la mujer a la que usted asesinó.

—¡Cómo te atreves! —ruge—. Llévensela.

El SS me sacude el brazo, pero yo planto los talones.

—Cada vez que huela el jazmín dulce en su mujer, recuerde lo que le hizo a mi madre.

—¡Llévensela!

—¡Espere! —Fräulein Schmidt me lanza una sonrisa triunfal, satisfecha—. ¿Y el abrigo?

—Es tuyo. A la gitana no le hará falta donde va.

El guardia me arranca el abrigo y se lo arroja a la alemana, que chilla como un cerdo. Yo ignoro sus rebuznos y mantengo la cabeza alta, los ojos clavados en los de Lance. Me pregunto si lo volveré a ver mientras el guardia de las SS me saca a rastras de la galería hacia la tarde temprana de primavera. No puedo dejar de tiritar, tanto por el miedo como por el frío. El líder de la Resistencia haría cualquier cosa por mantenerme a salvo, pero esto es imposible. Si se mueve, se descubre su tapadera. Ambos sabemos lo que está en juego. Los alemanes pondrán en duda cada pizca de desinformación que les ha servido y eso pondrá en peligro la invasión que está por venir.

Tengo miedo, más que el día en que el comandante disparó a mamá, a sabiendas del poder de dar vida o muerte que los nazis tienen sobre nosotros. Las escenas ricas de color en celuloide que enseñan al mundo son falsas. La verdad son las torturas en las cloacas de la Gestapo en la avenue Foch y la cárcel militar, fría y oscura, del *6*e *arrondissement.* Hacia ese pozo me llevan. Sola. Y tengo un hijo que considerar; mi cuerpo en transformación se rinde al agotamiento brutal de esta tarde espantosa. No me quedan fuerzas y tiemblo, pero no podía dejar que Lance lo viera. Tenía que hacerle creer que no flaquearé, que no me rendiré. Él no permitirá que me pase nada. Encontrará la manera de rastrearme, de llegar a donde me lleven. Quiero creer que me hallará y me devolverá a su lado, a casa, al lugar al que pertenezco.

No me queda otra opción si quiero sobrevivir.

Capítulo 38

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Emma

Perfume:
Forever Paris
Rosa damascena, jazmín, clavel especiado

—Me muero por dentro, *madame,* con ese comandante despreciable y esa alemana sádica tratándola así. —Me recojo el pelo húmedo en una coleta, pensando—. No había pensado mucho en las mujeres de las SS, en cómo encajan en toda la ecuación nazi. ¡Qué cabrona!

Madame alza una ceja, pero no desmiente lo que digo.

—Fräulein Schmidt no era de las SS, pero no tenía corazón; aunque hubo un oficial de las SS compasivo en Auschwitz que avisó a los romaníes de una redada en 1944 para que pudiéramos prepararnos. —Un largo suspiro—. También conocerás a una guardiana de las SS… y a una muchacha alemana en Dachau que jamás olvidaré. Ah, pero eso lo contaré cuando lleguemos. Primero, té.

Le tiembla la mano mientras me sirve una taza de una tetera de plata.

—¿Lance no pudo hacer nada por usted? —Huelo el té… lavanda dulce, cilantro.

—Hizo averiguaciones discretas, pero lo único que pudo saber es que me habían arrestado y encarcelado.

—Es horrible, *madame.* Me desgarra por dentro. Como una herida purulenta que no cicatriza.

No debería presionarla. Ha sido un día largo: fuimos a la tumba de su madre y encontramos la fórmula de Le Courage. Y su pulsera y su navaja. Ya estamos de vuelta en el *château. Madame* parece renovada con un pantalón de yoga y un top en blanco y limón; yo llevo vaqueros limpios y mi sudadera azul favorita. La verdad es que me gustaría subirme la capucha y esconderme. No sé explicarlo, pero tras la emoción de antes, me va calando una depresión sorda al acercarnos a la siguiente parte de la entrevista. Estamos acostumbrados a las historias de supervivencia, pero el horror nunca desaparece, solo se intensifica a medida que mi mente absorbe más detalles punzantes que me hacen hervir la sangre cada vez que nos metemos en ese terreno…

Los campos.

Madame pasó el resto de la guerra en más de uno… y, pese a todas las entrevistas que he hecho a supervivientes del Holocausto, siempre termino con una depresión de caballo y llena de rabia contra esos seres inmundos con botas claveteadas y esas porras estúpidas que destrozaron a tantas buenas personas. Romaníes, judíos, presos políticos, homosexuales, personas con discapacidad.

Y casi matan a mi madre…, pero mi abuela no tuvo tanta suerte.

Mi familia.

Oh, Dios, ¿cómo voy a aguantar sin delatarme?

No. Me digo que no voy a tomar distancia. Si me entran ganas de llorar, pues lloraré. Ya se lo explicaré a *madame* después. Porque cuando la gente deja de reaccionar ante lo que pasó en esos campos, entonces ya no podemos llamarnos humanos.

—Emma, ¿estás bien?

Me observa por encima del borde de la taza. Estamos sentadas en el estudio, un rincón acogedor que me encanta.

—*Très bien, madame.* —Presumo un poco y eso la hace sonreír; luego me pongo seria, bloc amarillo en mano—. Dijo que era primavera en París, 1944, cuando la detuvieron… Para situarme.

—Sí. Faltaban menos de dos meses para el Día D y no creí que Lance pudiera rescatarme antes del desembarco aliado, así que blindé mi mente y mi alma para no derrumbarme, para no admitir nada. Lo que me pasara no era ni de lejos tan importante como esos chicos desembarcando en las playas de Normandía. Estábamos en guerra, *mademoiselle,* y, para ser sincera, tu generación no tiene idea de a qué precio ganamos esa guerra. Yo tuve suerte. Sobreviví, pero millones no. He sido egoísta guardándomelo dentro, pero se acabó.

—Bien dicho, *madame.* Se ha escrito muy poco sobre la persecución nazi de los romaníes. Ya toca.

Termina el té y aparta la taza con el platillo.

—*Bon.* ¿Seguimos? Esta etapa de mi vida también está llena de los deseos sexuales de una joven perdidamente enamorada, con las hormonas en llamas a medida que avanzaba mi embarazo. —¿Se me encienden las mejillas? Debe de ser, porque añade—: Omitiré esos sentimientos si te incomodan, Emma. No quiero avergonzarte.

—Ya lo ha hecho, *madame.* —Me río—. Varias veces.

Sonríe.

—Entonces, una vez más no hará daño. Tiré de emociones intensas y sensuales para bloquear la angustia mental que me cayó encima como aceite hirviendo cuando las SS no me llevaron a la jefatura de la Gestapo, sino que me depositaron en Cherche-Midi, la misma prisión militar donde murió Yvette.

—No, *madame…,* qué crueldad.

—Al cruzar el arco de entrada de aquel lugar horrible, oí el espíritu de Yvette recordándome que la prisión había sido un convento y que debía sacar fuerzas de ahí. Lo intenté, pero apenas pude soportar la humillación de tener que desnudarme y que luego una guardiana aburrida me registrara. Mi embarazo no se notaría en meses, así que mi bebé estaba a salvo. Después me hicieron una foto con un número prendido al pecho y la cabeza inmovilizada en un armazón metálico para que no me moviera. Me ficharon como Angéline de Cadieux, de Lyon. Un guardia vino a llevarme al tercer

piso, el de mujeres, pero un funcionario sin uniforme…, Gestapo…, rompió el papel con mi número y le ordenó llevarme a lo que llamaban la celda de castigo. Dijo que, si tenía suerte donde iba, me pondrían un número nuevo.

—Auschwitz.

—Sí. Caminamos por la prisión y se me doblaban las rodillas, pero el guardia me arrastraba. No había posibilidad de escapar. Los centinelas estaban en sus puestos, fusiles con bayoneta calada. No había aire; las ventanas estaban altas y eran del tamaño de tu bloc amarillo. En lugar de oler el perfume de París, olía a orina y moho. Cuando me empujó dentro y cerró de un portazo, pasé la noche recordando los brazos de Lance apretándome y sus labios deslizándose por mi cuello y mi piel desnuda, entre mis muslos… Sus besos hambrientos excitándome… Luego su cuerpo duro y musculoso moviéndose contra el mío, nuestra pasión alcanzando un estado febril. Juro que tocó al bebé que crecía en mí y lloré de alegría.

Mantengo la cabeza baja, no digo nada… y apunto todo lo que dice. Ya lo depuraré luego. Una lágrima me resbala por la mejilla… No, no cambiaré ni una palabra.

—Estaba convencida de que me fusilarían —prosigue *madame*—, y quise que mis últimos momentos fueran con el hombre al que amaba, aunque solo estuviera en mi mente.

—¿Cuánto tiempo estuvo en esa celda de castigo? —pregunto, con la respiración agitada por su relato.

—Por suerte, solo dos días. No tenía más que un banco de piedra para dormir y un orinal de hace un siglo para mis abluciones. El hedor empeoró cuando vomité. Náuseas del embarazo. Apenas me dieron de comer más que té flojo endulzado con un químico que reconocí. Sacarina. Y una sopa nadando en una muestra de ingenio alemán hecha con carne de ballena.

—¿Lo dice en serio? —Sonrío. ¿Intenta aligerar la tensión?

Me dedica una sonrisa pícara.

—Uso acordes animalescos, incluido el ámbar gris, para formular mis perfumes, *mademoiselle.* También sé reconocer la carne de ballena cuando la huelo.

Reconozco que su giro de frase me mantiene alerta y me dan ganas de contarle mi vínculo personal con Dachau, de tomarle la mano, dejar que llore en mi hombro si le da la gana, pero le prometí a Ryker que esperaría. Así que sigo anotando cómo el comandante la delató ante la Gestapo y por qué, contra lo que cabía esperar, no la ejecutaron.

—Supe después de la guerra que Lance y Jarnak «secuestraron» a Frederic y le encañonaron para que intercediera por mi libertad, advirtiéndole de que la Gestapo francesa los había contratado para liquidarlo. Era mentira, pero Frederic se asustó mucho y aceptó averiguar dónde me tenían. Me dijo después que ese loco vestido de negro con el que me acostaba casi lo mata.

—¡Bravo, Lance! —aplaudo—. ¿Y luego?

—El comandante quería que me ejecutaran, pero Herr Geller creyó que tenía información sobre la Resistencia. Muerta no le servía, así que ordenó enviarme a una prisión de disidentes políticos para «reeducar» mi mente. Un viejo fuerte convertido en campo de internamiento para presas políticas y rehenes capturados como represalia por las operaciones de la Resistencia. Me perdonaron la vida, pero me cambiaron de nuevo el nombre a Tiena Cordova, *zigeunerin.* Gitana. El comandante nunca me encontraría allí.

—Increíble.

—Lance sabía que faltaban pocas semanas para la invasión aliada y planeó sacarme de la prisión. También hizo algo especial por mí —me provoca, y sonríe—, pero lo guardo para cuando terminemos la entrevista.

—¿Una pista…, por favor?

Niega con la cabeza y sigue con su historia; me frustra tanto que muerdo la goma del lápiz. La tercera de hoy.

—Claro que yo no sabía nada de esto y di gracias por estar viva cuando me cargaron en un camión rumbo al Fort de Romainville con

otras *asociales* y señoras judías. Todas mujeres.

Contengo el aliento. Nunca he visto tanto horror en su rostro.

Por fin dice:

—Temía qué actos indecibles me aguardaban allí.

Capítulo 39

Fort de Romainville, a las afueras de París, primavera de 1944



Angéline

Perfume:
Mademoiselle Mimi
Rosa de Marsella, jazmín, vainilla salada

Tirito de frío, agitando los brazos como las alas de un colibrí. Llevamos como una hora en un vehículo descubierto, rumbo al este de París, el viento dándonos en la cara y el estómago vacío.

Y yo sin abrigo.

Sigo temblando por dentro, sin forma de satisfacer mi rabia contra aquella alemana que se apropió del abrigo de Yvette. Un símbolo de su sacrificio y su valor. A cambio, tengo mi cinta de seda azul que huele a Le Courage para recogerme el pelo, y eso me da fuerzas. Es una tontería, claro, pero pensar en otra cosa impide que el pavor me invada el cerebro. Lo desconocido que nos espera. Mujeres llorando… Otras inquietas… Pero una, muy amable.

—¿Puedo, *mademoiselle?*

Una mujer de cincuenta y pocos abre su sencilla maleta marrón, con las correas de cuero gastadas, pero las hebillas de latón relucientes, y saca un jersey azul con un cuello festoneado y una estrella de David amarilla cosida en el lado izquierdo. Con mano cariñosa va soltando los hilos uno a uno y guarda la estrella en el bolsillo. Luego, sonriendo, me coloca el jersey sobre los hombros.

Vuelvo a estremecerme, esta vez por la bondad de una desconocida.

—*Merci, madame.*

—Me llamo Sara —me dice.

Me pregunto si los nazis la detuvieron cuando tenía el pan en el horno. Huele a harina y manteca. Sal *kosher.* La esposa de un panadero del barrio del Marais. Tiene una cara dulce, mejillas de manzana y unos ojos graves que brillan mientras me ajusta el jersey sobre los hombros.

—Lo tejí hace una vida con lana gruesa de oveja, cuando las estanterías de nuestra tienda estaban llenas de pan trenzado de huevo y bollos salados de cebolla. —Suspira—. Ahora solo tengo harina para hornear dos hogazas al día… Una para el oficial nazi que nos hostiga con sus amenazas… y la otra para su amante. —Entorna los ojos—. No es una *shiksa* agradable como tú, *mademoiselle.* Es mala, con una boca que no se la deseo ni a los perros.

—Soy romaní, *madame.*

—Oh… —murmura, apretándome la mano en gesto de hermandad entre quienes sufrimos la opresión nazi, cualquiera que sea nuestra fe—. ¿Y dónde está tu hombre? —Baja la mirada—. Al mío se lo llevaron a los trenes. No sé si volveré a verlo.

Entonces empieza a llorar en silencio y yo la rodeo con el brazo y noto sus sacudidas. Si supiera que estoy embarazada y no casada, ¿importaría que mi amante fuera de la Resistencia? ¿Lo haría menos pecado? Veo que hay cosas que es mejor callar, cosas que jamás diré… Nunca. No permitiré que me juzguen por atreverme a amar a un hombre bueno y fuerte. En su lugar, le cuento que hago perfumes para la Casa Doujan mientras jugueteo con las mangas largas que me cubren las manos y me las calientan. También lloro cuando me cuenta que una amiga le dejó ponerse una gota de Naomie's Dream detrás de las orejas y cuánto le gustaba a su marido olerla así… Fue la semana antes de que los nazis se lo llevaran.

Terminamos el viaje en silencio, cada una con sus pensamientos, y llegamos a la prisión ya de noche. Piedra fría, más fría aún bajo el amparo de la oscuridad. No distingo gran cosa, pero el olor a indiferencia apesta. Tabaco fuerte. Hedores corporales.

En las dos semanas siguientes no mejora. La prisión aloja sobre todo mujeres, hacinadas en celdas diminutas. El guardia me trae un cuenco de sopa y media hogaza como ración diaria. Apenas logro retenerla. Cada día me golpea una oleada de miedo cuando oigo a los guardias golpeando a las mujeres, sus gritos rebotando en la torre de vigilancia frente a mi celda. Me pregunto si seré la siguiente, y me aterra abortar. Los guardias son brutales con las presas que identifican como operativas o rehenes de represalia. Por suerte, se saltan mi celda, llamándome «gitana sucia» y que no vale la pena molestarse por mí.

Rezo para que Sara esté a salvo. No la he visto desde que llegamos. Ojalá nos pusieran juntas; tengo tanta hambre de una palabra amable, una mirada tierna, cualquier cosa que me recuerde que sigo viva y no me muero por dentro lentamente de pura soledad. Hambrienta, enferma, alucino. No veo a las mujeres torturadas, pero tengo pesadillas. Me abofetean el cerebro con visiones que giran a mi alrededor como fantasmas que aúllan, colándose por la cerradura de mi mente. Me tapo las orejas para bloquear los gritos de agonía, pero la mente es una maga poderosa que convierte lo desconocido en algo peor de lo que pueda ver. Imagino a mujeres inmovilizadas, la piel de la espalda abierta por los latigazos una y otra vez, los ojos vacíos, el cabello otrora hermoso apelmazado con su propia sangre.

Hasta que, un día, el patio está en silencio. Sin gritos, sin alaridos de guardias. Me pregunto si los boches han abandonado la prisión, pero la paz que se asienta dentro de mí dura poco.

—Levántese, *mademoiselle* —grita el guardia, abriendo de par en par la puerta de la celda—. Se va de viaje.

—¿Adónde? —exijo, apretándome el jersey al cuerpo mientras sus ojos me recorren, como decepcionados de que me trasladen.

—Ravensbrück.

—¿Dónde está eso?

—En Alemania… Es un campo de mujeres.

Dios, no. Aprieto en las manos el haz de paja, con sus puntas ásperas clavándose en la carne de mis dedos. El dolor del corazón es peor. Lance nunca me encontrará, me repito una y otra vez, incluso cuando Sara corre hacia mí y la veo con su maleta de siempre, los ojos alegres de verme mientras nos empujan a la camioneta de carga. Está demacrada, la barbilla vencida, ojeras oscuras como lunas negras.

¿Yo también estoy así?

—¡Vosotras dos, *halt!*

El guardia nos señala. Nos aferramos la una a la otra, con los oídos zumbando cuando nos informa de que acaban de llegar órdenes: tres mujeres judías y la gitana serán reasignadas a Auschwitz.

¿Qué más da? Ravensbrück… Auschwitz. Lo que importa es que vamos juntas, y vuelvo a agradecer la compañía de la mujer del panadero cuando nos trasladan a otro camión. Su jersey y sus palabras suaves de esperanza me dan calor durante el viaje largo mientras intento sobrevivir soñando con Lance, pensando en el futuro, en que algún día, cuando seamos viejos y nuestra pasión sea un oleaje manso en lugar de un temporal, miraremos atrás a este tiempo y nos preguntaremos cómo demonios salimos adelante.

Rezo por que así sea.

Capítulo 40

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Emma

Perfume:
Riviera Madness
Rosa amarilla, naranja limonera, almizcle cálido

—¿Volvió alguna vez a Auschwitz después de la guerra, *madame*? —tengo que preguntar.

—Sí. En la primavera de 1975. Lance y yo fuimos juntos.

Como si lo hubiera ensayado, saca una foto del bolsillo del pantalón. Parpadeo. Qué pareja tan poderosa formaban. En la Polaroid en color, *Madame* posa en Auschwitz con un traje pantalón blanco de pernera acampanada, botas blancas y grandes gafas de sol oscuras. El cabello platino recogido en un moño. Lance se alza a su lado —no tenía ni idea de que fuera tan alto—, con cazadora de cuero negra, vaqueros, gafas de aviador, barba de unos días y el pelo oscuro largo, atado con una tira de cuero. Un hombre endiabladamente atractivo para…, ¿qué edad tendría entonces, sesenta y tantos? No puedo dejar de mirarlos. Verlos juntos me pone la piel de gallina. Nunca piensas en los abuelos de nadie como personas atractivas, pero vaya si lo eran.

—Nunca imaginé que volvería al campo para intentar salvar mi matrimonio —dice.

—¿Qué quiere decir, *madame*?

—No éramos las mismas dos personas que fuimos durante la guerra, el apuesto agente doble y la salvaje muchacha romaní. Intentamos hallar nuestro lugar en tiempos de paz, pero al hacerlo nos fuimos distanciando. Volver a Auschwitz fue algo que debíamos hacer antes de poder seguir adelante. Tenía que enfrentarme a las sombras que tiraban de mí y concentrarme en lo que mantenía mi espíritu fuerte.

—¿Y qué era eso, *madame*?

—*Mon amour.* No tuve ocasión de decirle cuánto lo amaba aquel día en el Jeu de Paume, antes de que las SS me separaran de él. Me dolió tanto que juré que volvería a ser libre para abrazarlo y no soltarlo jamás. Estaba decidida a mantenerme firme. Por él. —Un largo suspiro se escapa de sus labios—. Aquel día afrontamos juntos mis demonios. Antes me daba demasiada vergüenza hablar de ello. Nunca creí que compartiría el horror de lo que me ocurrió con nadie más que con Lance. —Sonríe.— Y entonces apareciste tú, *mademoiselle.*

Avergonzada, me obligo a volver a conectar con mi bloc amarillo y mi lápiz, y espero a que continúe.

—Nos reconciliamos antes de que él partiera hacia El Cairo, después de visitar Auschwitz —dice—. Antes de que se fuera, hablamos sinceramente sobre la guerra. Algo que no hicimos cuando nos reencontramos en 1945. ¿Quién querría recrearse en el pasado? La suciedad, la humillación, el hedor de la muerte. No es propio de los romaníes. Además, estábamos demasiado llenos de planes de futuro, y no fue hasta años después de aquel día de abril en París cuando supe que Lance había planeado mi fuga de la prisión militar, pero tuvo que cancelarla al enterarse de que Angéline de Cadieux estaba «muerta», aunque no lo creyó. No tenía ni idea de que yo iba en un camión rumbo al campo de tránsito bajo la identidad de la gitana Tiena Cordova.

—Debió ser devastador saber lo cerca que estuvo de recuperar la libertad.

—Así fue. Nuestra relación tuvo cosas buenas y cosas malas… Las pesadillas…, por no mencionar la culpa del superviviente. También me avergonzaba la humillación que sufrí a manos de los nazis y me acomplejaba mi cuerpo. Lance lo comprendía y me abrazaba cada vez que tenía un «mal momento», pero los ataques de pánico no cesaban. Rezábamos para que lograra lidiar con lo que viví en Auschwitz, cómo escapé de la muerte, y pudiéramos seguir adelante.

—¿Nunca regresó a Dachau?

—No. Era demasiado doloroso. Ya no podía llorar; las lágrimas no aliviaban mi angustia.

Se refiere a la pérdida de su hija.

Odio verla tan abatida. Como si lo hubiera enterrado en el pasado, pero ahora regresara sigilosamente y ella no supiera cómo afrontarlo. Me concentro en las dos personas de la foto.

—¿Cómo logró ese viaje salvar su matrimonio?

—No eran solo mis pesadillas y mis problemas de autoestima los que causaban dificultades. Yo dirigía la Casa Doujan, creando distintos perfumes maravillosos, mientras Lance buscaba aventuras en sus viajes a Egipto y Oriente Próximo. Tampoco ayudaba que no pudiéramos tener otro hijo y que nuestra bebé se nos hubiera ido. Otra razón más por la que no quería volver a Auschwitz, la sola idea me provocaba episodios de náuseas, me hacía hervir la sangre, me temblaban los labios y no podía parar. Luego me invadía una humedad fría, un desespero que cortaba como un cuchillo… el mismo miedo que sentí en el campo gitano cuando lavé mi ropa interior y tuve que dormir con ella puesta. Mojada. —Está reviviendo el momento; luego me lanza una mirada, casi como si hubiera olvidado que estoy allí—. Envuelta en un hatillo, guardaba mi ropa interior bajo la pierna hasta la mañana siguiente para que nadie me la robara.

—¿Robar era algo común en los campos?

Durante un momento me observa como si sopesara si responder o no.

—Sí… Yo robaba comida, *mademoiselle,* cambiaba cosas para conseguir zapatos que mantuvieran mis pies secos, trapos con los que envolver a mi bebé; luego los cosía para cubrir su pequeño cuerpo tembloroso. Cambiaba mi ración de pan por leche para alimentarla, celebrando cada onza que ganaba como si fuera una derrota nazi. Mentía cuando era necesario, cualquier cosa para sobrevivir un día más. Me servía del instinto animal, del ingenio y de mi don romaní para el trueque para obtener lo que necesitaba para vivir. Estaba acostumbrada a los cambios fuertes, y eso jugó a mi favor. Cuando regresé era distinta, quería dejar atrás a aquella chica, pero su sombra me seguía a todas partes, hasta que al fin la dejé descansar cuando volvimos a Auschwitz. Una purificación que tardó semanas en completarse. Anhelaba con todas mis fuerzas salvar mi matrimonio. Aquel viaje nos sanó, fue una manera de reparar la grieta que habían provocado el sufrimiento y la degradación que soporté a manos de las SS. Lance me comprendió mejor, comprendió por qué me había vuelto más independiente.

»Él también tenía que enfrentarse a sus propios demonios. Era un hombre rico. No trabajaba para el Instituto de Boston: era su propietario, además de dueño de una acería. Su abuelo había sido un gran filántropo y fundó el instituto para devolver algo a la ciudad que le había hecho rico y ofrecer a los niños la educación que él nunca tuvo. Lance no necesitó trabajar ni un solo día de su vida, pero su pasión por corregir los errores del presente estudiando el pasado lo dominaba por completo. Durante la guerra financió varias operaciones de la Resistencia mucho antes de que el Foreign Office británico creyera en él. Sin embargo, su verdadera pasión era la arqueología, el desafío, el misterio.

En 1975, estaba empeñado en unirse a una expedición en Egipto para explorar una tumba recién descubierta, pero no quería dejarme. Yo le insistí en que fuera, sabiendo lo que significaba para él. ¿Cómo no hacerlo? Lo amaba y entendía su pasión, aunque casi le costó la vida cuando quedó atrapado en un derrumbe. Nunca

volvió a ser el mismo, pero no quedó postrado en cama hasta principios de los años ochenta. Lo cuidé hasta el final.

—Dios mío…

Me reclino, con el corazón encogido, y cierro los ojos. Ya era bastante duro escuchar lo difícil que fue su matrimonio, pero saber que aquella fue la última vez que estuvieron juntos antes del accidente me deja atónita.

—Por eso nunca hablé de nuestro viaje a Auschwitz.

—¿Por qué lo hace ahora, *madame*?

—Tú, Emma, con tu curiosidad sincera, tan distinta a la de otros periodistas, y tu profundo deseo de comprenderme. Y de entender lo que ocurrió en los campos. —Suspira hondo—. Me convenciste de que llega un momento en que hay que hablar de ello para que el mundo no olvide jamás lo que allí sucedió.

—*Merci, madame.* —Agradezco el cumplido y prosigo—. ¿Qué la ayudó a sobrevivir en el campo?

—No qué, *mademoiselle,* sino quién. —Se inclina hacia delante.— Se llamaba Rosela y era sintisa…, una gitana alemana. No habríamos sobrevivido la una sin la otra. Necesitabas a alguien cuando las cosas se ponían tan mal que ya no sabías si podrías resistir.

Sus ojos se oscurecen y vuelve a Auschwitz. Esta vez no es en 1975, con Lance, después de la guerra.

Es abril de 1944.

Capítulo 41

AUSCHWITZ-BIRKENAU,
POLONIA, ABRIL DE 1944



ANGÉLINE

Perfume:
Angéline
Mimosa española, tuberosa, almizcle

—*Sei ruhig, Fräulein!* ¡Quédate quieta!

Aparto mi brazo del prisionero judío que sostiene la aguja larga en la mano. ¿Qué acto de barbarie pretende llevar a cabo? Él me grita en alemán. Yo le grito en francés. Entonces un guardia de las SS me golpea en la espalda con la culata de su fusil. Maldiciendo en romaní, caigo al suelo, y me abrazo el vientre, me muerdo el labio, decidida a no mostrar debilidad delante de los boches, cuando una voz grave de mujer me susurra al oído:

—¿Quieres morir, chica? —dice en romaní—. Morirás si no te tatúan el número.

Inclina mi cabeza para que la mire y veo a una joven de mi edad que lleva un vestido azul desteñido, con un chal beis ceñido a la cintura y un pañuelo rojo y amarillo cubriendo su pelo corto y negro. Su piel es tersa y oscura, sus ojos refulgen como brasas. Por su dialecto, es sintisa. Una gitana alemana.

—Quiero vivir —susurro en nuestra lengua y, al mirar por encima del hombro, veo a otros esperando que la aguja les atraviese la piel, los ojos desorbitados, la boca abierta. En estado de *shock.* Ancianos

esparcidos en el barro del suelo, gimiendo y rezando, niños llorando. A diferencia de los judíos que llegan en los trenes, las familias romaníes no son separadas; siguen a las SS inmersas en un trance. No es de extrañar que los nazis hagan con nosotros lo que quieran.

—Entonces levántate. —Me empuja hacia el prisionero con la aguja larga, el ceño fruncido. En voz baja añade—: Te ayudaré.

Se llama Rosela. Con los dientes apretados, hago lo que me dice; sus palabras escalofriantes me atraviesan. Por primera vez desde aquel día en París cuando el hombre de las SS me ató las manos a la espalda tan fuerte que se me entumecieron los dedos, temo no volver a ser libre jamás.

¿Cómo puede el hombre hacerle esto a su semejante, mamá?

Astutos, crueles, se recrean en destruir la autoestima de una mujer como fichas de dominó que caen una tras otra con cada humillación. Nos conducen como ganado en un camión de carga o en un vagón; nos ordenan dejar nuestras pertenencias fuera, en un montón, y luego nos marcan como ovejas sin sentido.

Rezo para que su fantasma no esté cerca.

A pesar del miedo, no puedo evitar seguir con el drama: observo al tatuador judío meter la aguja, unida a un portaplumas, en el fuego de la estufa mientras Rosela toma mi muñeca izquierda y me empapa el antebrazo por fuera con alcohol de una botella sucia. Luego sostiene un papel con números mientras mantiene mi brazo firme.

—A los gitanos no los registran por nombre —susurra—, solo por número.

El tatuador moja en tinta el otro extremo y me perfora la piel con la aguja caliente. Mi piel es blanda, sangra. Me estremezco; cada clavada de la aguja me aguijonea como un insecto zumbador y un doloroso ajuste de cuentas sella mi destino.

La letra z… de *zigeunerin.* Gitana.

Luego cuatro cifras.

Trazada en mi piel, la tinta negra reluce en mi brazo sudoroso, cada pinchazo fijando en mi mente el proceso extenuante que me

trajo hasta aquí. Me visualizo de pie, en fila recta tras habernos sacado del camión a gritos y empujones los hombres de las SS. Tiritando, desesperada, tomé mi sitio en la fila, mirando a todas partes, mi sentido del olfato saturado por el hedor de la quema y las nubes negras de humo. Lo que me llamó la atención fueron las llamas rojo sangre tocando el cielo. Percibí un leve aroma afrutado en el aire, de dónde venía, no lo sé.

Evalué un plan de fuga. Imposible. Guardias armados, perros aullando y tirando de sus correas, hombres de las SS blandiendo porras, gritando, chillando para que nos mantuviéramos firmes mientras nos contaban una y otra vez, hasta que un vagón se estacionó al final de las vías con más de cien personas apiñadas dentro, judíos y romaníes, los muertos yaciendo encima de los vivos.

Justo cuando pensé que podía respirar, empezó el proceso de selección.

¿Selección para qué?

Todas las miradas clavadas en un imponente oficial de las SS que tomaba la decisión desde una lista en la mano, el aire nocturno mordiendo mis mejillas, la espera insoportable sobre todo cuando me di cuenta de que los presos asustados no lograban ni un pestañeo de sus pesados párpados conforme avanzaba la fila. El boche señaló a la izquierda y luego a la derecha… ¿A dónde los enviaban? Cuando llegó a la mujer del panadero, sonrió con sorna y señaló a la izquierda… Me sonrió… y señaló a la derecha.

Yo no protesté cuando Sara me empujó su maleta, suplicándome que la tomara, rezando para que muriera pronto antes de que alguien profanara su cuerpo, prohibido por la Torá.

Se refería al tatuaje.

Ya está hecho.

Miro la tinta fresca. Ya no soy Tiena ni Angéline, sino un número. Las primeras palabras que aprendo en alemán proceden de ese número. «Memorízalo —susurra Rosela— y díselo cuando pregunten o te darán una paliza».

Asiento. La dura realidad se instala en mis huesos; lucho mentalmente contra la indecencia que nos han infligido. Estas mujeres inocentes, sus hombres, incluso niños. No puedo ignorar los susurros; voces quedas, los sollozos mientras salimos de los barracones, por una amplia calzada, yendo… ¿a dónde?

Si van a asesinarnos, me convenzo, no se molestarían en inscribirnos, lo que significa que Sara está muerta. ¿Cómo? No oí disparos, pero el olor a humo contamina mis fosas nasales con un aroma potente que me revuelve el estómago. Mi agudo olfato capta lo que detecto como carne asándose.

¿Qué? No, no… No puede ser.

Me pitan los oídos en negación, se me retuercen tanto las tripas que me falta el aire, pero sigo andando, agarrando el asa de cuero gastado de la maleta con la palma sudorosa. Mis nervios se entumecen ante el dolor punzante en el brazo embadurnado de tinta, sangrando por los pinchazos, pero el corazón me pesa como una losa en el pecho. Estoy desesperada por saber qué ocurre, ordeno a mi cerebro que permanezca alerta… Me concentro en el montón de ropa, maletas, zapatos atados cerca del gran edificio de ladrillo del que sale humo por la chimenea.

Incluidos unos zapatos rojos con medias de algodón metidas dentro, bajo el foco acusador. Esperando que su dueña vuelva.

Es entonces cuando me doy cuenta de que no regresará jamás.



—¡Desnúdate, Fräulein, vamos!

Titubeo desabrochando los botones del suéter, preparándome para perder lo último de mi dignidad. Aspiro aire hondo, contengo el vientre, todavía plano. Me pregunto si tendrían compasión de una embarazada. Por la expresión burlona del guardia descarto esa idea inútil y me quito los zapatos, las medias —escondo mi cinta azul en el zapato izquierdo—, luego los pantalones, la blusa… Giro la espalda

al bajarme los tirantes del sujetador por los hombros; la piel se me eriza por el frío repentino, como si alguien hubiera abierto la puerta.

Un oficial de las SS, bajo, recio y con gafas, pasea entre las filas de mujeres y chicas semidesnudas y empieza a azotar con fuerza con su gato de nueve colas, apurándonos, diciéndonos que vamos con retraso… y anuncia con tono gozoso que las duchas son lo siguiente. *«Macht schnell!»*

Es de madrugada y este infierno viviente empeora a la luz del día. Veo ola tras ola de carne humana de todas las formas convirtiéndose en una masa sin nombre… la humillación final. Durante la noche más larga, después de recibir la marca del demonio teutónico, los guardias de las SS llevaron otro vagón de hombres, mujeres y niños sinti y romaníes a los barracones para tatuarlos; luego, presos con camisetas y pantalones a rayas se afanaron como ratones para coser en nuestra ropa un triángulo negro invertido junto con nuestro número. Después, una gran x en aceite rojo en la espalda. Nos dijeron que las limpiarían y las desinfectarían de parásitos, que luego nos las devolverían porque íbamos al *zigeunerlager,* el campo gitano, en Birkenau, a unos dos kilómetros y medio del campo principal de Auschwitz.

No sé si reír o llorar.

He vuelto con los míos, mamá.

Pero nunca había visto a los romaníes así: en *shock,* horrorizados, estos orgullosos nómadas desencajados y aterrados. Siento compasión por las mujeres mayores obligadas a desnudarse ante los suyos. Estoy paralizada por el caos hasta que oigo pasos de botas pesadas detrás y un hombre de las SS me arranca el sujetador, luego lo hace girar en la punta de su bayoneta, riéndose.

Riéndose.

He visto monstruos antes… y volveré a verlos, pero nunca me había llenado de tanto odio hacia todos los boches como ahora. Cerdos repugnantes sin decencia. Tengo un miedo terrible de morir aquí y él se ríe. A duras penas consigo sujetarme la lengua para no sellar mi destino. Se me ponen los pelos de punta. He sentido la

mano pesada del enemigo antes, y sé que responder significa la muerte, pero no le permitiré que me degrade. Un momento después, cuando va a por mis bragas, me escabullo entre las sombras, luego me quito la ropa interior y se la lanzo a la cara; casi espero sentir la hoja de su bayoneta entre los omóplatos. Mi desafío provoca un grito del oficial bajo de estatura, que obliga a las mujeres histéricas a ponerse en fila y nos hacen atravesar a todas —cien, doscientas— un pasillo de sus hombres que nos insultan y gritan en alemán; sus gruñidos guturales me provocan un odio tan ardiente que no siento el frío matinal.

Nos hacen correr como animales de cuatro patas hacia la sauna donde el mismo oficial sádico cambia el agua de fría a caliente… y luego fría. Empapadas y temblando, volvemos a alinearnos, pasando por turnos frente a unas prisioneras estoicas armadas con tijeras y navajas. Una prisionera de rostro pétreo, caderas anchas y un trapo en la cabeza me corta el pelo y para siempre se pierden los restos de mi tinte negro que mostraba con tanto orgullo aquel día en el Hôtel Ritz. No puedo creer que ese día haya existido siquiera, de pie aquí en esta amalgama de humanidad, hombres, mujeres y niños… despojados de nuestra dignidad como liebres despellejadas.

Por sus gestos con la mano, me está ordenando subir al taburete. Titubeo, y el golpe de la porra de un guardia en la parte posterior de mis piernas me obliga a obedecer con tanta rapidez que me tambaleo sobre el taburete hacia delante y hacia atrás. Entonces, para mi horror, me afeita el vello púbico. «Cómo se atreve, qué indecente…». En ese momento me derrumbo, encorvo los hombros y pongo las manos, palmas hacia abajo, sobre mi vientre ligeramente abultado. Ella las empuja hacia los costados, refunfuñando en polaco, y un instante de comprensión la atraviesa. Me mira con ojos hostiles e inquisitivos. Me pongo rígida, luego me encojo, desesperada por contener el miedo.

Pero ella lo sabe. Lo sabe.

Para mi sorpresa, sus ojos marrón oscuro se ablandan; se lleva el índice a los labios, advirtiéndome que guarde silencio. Con

movimientos rápidos y parejos de la maquinilla, baja la cabeza y termina el trabajo con cuidado antes de pasar a la siguiente mujer. Su compasión me da coraje.

Permanezco inmóvil sobre el pequeño taburete.

Desnuda.

La piel lisa. Afeitada por completo. Es increíble la corriente que siento entre las piernas, me da escalofríos, incluso en esta habitación caliente. Debería avergonzarme, pero a menudo me baño desnuda en los arroyos que rodean el *château… Mon amour* me salpica con agua fría, y yo llevo un collar de flores silvestres con el que reclamo mi derecho como reina de las hadas. Tengo que pensar en algo para mantener la calma o me volveré loca rodeada de hombres malvados e inhumanos cuando…

—*Raus!* ¡Fuera! —grita un guardia de las SS.

Se acerca lo bastante como para ver la determinación en mis ojos y levanta la porra para golpearme otra vez, pero esta vez no retrocedo; desato mi «espíritu gitano» sobre él, provocándole descaradamente con el contoneo de mi cuerpo, advirtiéndole con la mirada que no dañe la mercancía… No soy tonta. La violación y el sexo forman parte de la guerra tanto como los disparos y el avance de las tropas. Este soldado nunca ha intentado humillar a una chica romaní antes. Mejor aprovecho la ocasión mientras puedo, antes de perder mis curvas femeninas que lo enloquecen, antes de perder el atractivo por la falta de comida, por la inmundicia…, antes de que, Dios no lo quiera, si ocurre lo peor, se apague el fuego en mí. Si la crueldad que he presenciado aquí indica el trato subhumano que nos espera a romaníes y judíos por igual… entonces afronto mi mayor desafío.

Me deslizo descalza del taburete y me uno a las demás. He aprendido una cosa: muestra coraje y encuentra sus debilidades. Úsalas contra ellos, explótalas, porque no me importa lo que hagan conmigo.

Sobreviviré.



Dos semanas después

—Le llaman el Ángel de la Muerte.

—¿A quién, Rosela? —pregunto, observando a los oficiales de las SS que rondan los barracones del hospital, riendo, fumando. Leyendo números de una larga lista. Contando prisioneros…, siempre contando. Llamando a recuento por la mañana, por la noche. Cuando les place. Me vuelve loca.

—A ese de ahí…, el moreno de buen porte. Es tan malvado como el mismo Lucifer.

Nos pegamos al lateral del barracón de madera, nuestros pañuelos cuadrados bien anudados en pequeños hatillos y llenos de hierbas que recogimos alrededor del perímetro para la sopa del campo. Jengibre. Romero. Albahaca. Y ajo silvestre que crece en el bosque. No puedo comer demasiado ajo porque provoca sangrados. Una caída, un golpe de un guardia… podría abortar y desangrarme hasta morir.

Por fortuna, nadie nos presta atención. Como mujeres romaníes, estamos sujetas a normas distintas de las otras presas, pero eso no mejora nuestras vidas. He oído demasiadas veces que «a Auschwitz no se viene a vivir, sino a morir».

Aun así, tengo curiosidad. Me asomo un poco y miro alrededor…

Rosela me tira hacia atrás. «No lo mires… es retorcido y no te puedes fiar de él. Sobre todo, no le digas que estás embarazada».

—¿Por qué?

—Es sentencia de muerte para tu hijo.

Sí, ella conoce mi estado. Era un riesgo que tenía que correr. Nos colocamos juntas en la lista de recuento cada mañana y noche, comemos juntas, cuidamos a los niños en la «guardería». Nos cubrimos mutuamente la espalda. Ella también está sola aquí, después de perder a su marido en una pelea durante una redada y

quedar separada del resto de su familia. No tiene ni idea de qué fue de ellos.

—Y no te fíes de sus artimañas —termina, me empuja y nos alejamos de ese hombre horrible antes de que nos vea— o acabarás en el crematorio, quemada viva.

—No puedo ocultar mi embarazo para siempre.

Se acerca a mi oído.

—Conozco a una médica, una prisionera, que puede ayudarte con eso.

Palabras duras, violentas, que atraviesan el alma de una madre con un tenedor del diablo, pero sus ojos cuentan otra historia. Ojeras profundas cargadas de tanto dolor que tengo que preguntar…

—¿Tú lo hiciste?

—Sí.

Me quedo pasmada.

—Perdí dos hijos por inanición —dice Rosela—, de cuatro y siete años, las mejillas carcomidas, con grandes agujeros en la carne, las bocas llenas de llagas… La infección les consumió el cuerpo. Ninguno de mis emplastos los curó y murieron. —Se estremece, se encoge, se agarra las rodillas—. Luego nació mi Nicolas, un niño fuerte de rizos oscuros. Se lo llevaron, ese médico nazi con el corazón de hielo, a su laboratorio.

—¿Laboratorio? —Una palabra que nunca pensé oír en este lugar.

—Sí, en los barracones de la sauna… Infectaron a mi hijo con tifus como experimento. Murió una semana después. —Se golpea el pecho con el puño—. Cuando volví a quedarme embarazada, juré que no dejaría que otro bebé sufriera así. Preferiría morir antes.

Sus palabras me atormentan esa noche cuando nos apiñamos en la litera. Cuatro de nosotras: una chica callada de unos catorce años y su madre junto con Rosela y yo. Juro que siento bichitos minúsculos arrastrándose por mi piel. Me esfuerzo por mantenerme limpia, casi imposible. No hay agua corriente y un suelo de barro en lo que fueron establos, un caldo de cultivo para las enfermedades.

Los días se devoran unos a otros, absorbiendo al anterior, sin saber si habrá un mañana. Lo que me aterra es que estoy perdiendo mi identidad. Angéline de Cadieux, *parfumeuse.* He logrado conservar la cinta azul que empapé con perfume con tanto cariño, pero algunos días no puedo oler la fragancia vigorizante de Le Courage porque el hedor circundante es tan fuerte, mezclado con el olor corporal de las otras tres mujeres y el mío propio.

Coraje… qué palabra tan valiente. Antes no sabía lo que significaba la palabra.

Ahora sí.

Sara tuvo coraje… y me ayudó a sobrevivir. Rezo por ella cada mañana. Cuando abrí su maleta, encontré dos barras de pan rancio cubiertas de un moho verde espectral, que despedacé para que nadie las comiera y enfermara. ¿Pan destinado al nazi y a su amante? Me imagino que disfrutó un poco de privarles de su pan requisado. También hallé medias de algodón, zapatos marrones con cordones, bragas, un fondo, unas gafas redondas de ámbar… y un anillo de boda de oro colgado en el cordel de las gafas. Me lo puse en el dedo y, aunque aprieta, mantiene a los hombres romaníes a distancia. Respetan la familia y el honor de la esposa de otro y creen mi historia sobre que mi marido es prisionero político en otro campo, a pesar de su servicio militar a Francia.

También he empezado a llevar las gafas ámbar, ya que no es raro ver a los hombres romaníes con sus sombreros anchos, fumando sus pipas cortadas, las mujeres con chales y pañuelos. Cada día el hedor de los cuerpos sin lavar y de hombres con aliento a tabaco y dientes podridos me provoca jaquecas tan intensas que me cubro la nariz con el pañuelo. Mantengo la cabeza gacha, los hombros encogidos…, cualquier cosa para evitar a los hombres de las SS.

Lo que más me preocupa es perder a mi bebé. Según creo, estoy de ocho semanas y el parto sería en diciembre.

Entonces, una mañana, el hombre de las SS encargado de nuestro bloque pasea de un lado a otro frente a la fila de mujeres en el recuento, ofreciendo a las futuras madres raciones extra de leche

si se presentan. Mis ojos se iluminan. Estoy perdiendo peso, mi bebé necesita más comida, pero hago caso a la advertencia de Rosela. Ella tiene razón. Las mujeres disfrutan de su leche y luego desaparecen. Se van al crematorio.

No hablamos de ello…, no podemos.

Hablando en romaní y enseñándome el suficiente alemán para sobrevivir, Rosela me llena la cabeza de normas del campo: cómo conseguir comida extra a cambio de las baratijas que encontré en la maleta de Sara, ganarse al kapo, el supervisor que también es prisionero, conseguir un puesto en la cocina para que ella y yo podamos trabajar juntas recogiendo hierbas.

No hubiera sobrevivido sin ella. Me enseña a evitar la atención no deseada de los hombres de las SS rascándome la entrepierna y las axilas cuando vienen buscando «voluntarias» para el burdel del campo principal.

Entonces, un día de mayo de 1944, los hombres de las SS dejan de venir.

El director del campo gitano —un nazi— ordena a todos permanecer en los barracones. Ha recibido una notificación del Ángel de la Muerte; las condiciones fétidas del campo dictaminan que hay que tomar medidas.

La cocina cierra, los guardias de las SS abandonan sus puestos, la puerta permanece cerrada y los hombres no salen en los vagones a recoger piedras, arena y tierra para construir las vías dentro del campo.

Empiezan los susurros entre prisioneros romaníes y sinti. Se dice que la orden de permanecer en los barracones se envió como advertencia.

El *kommandant* ha decretado que el campo gitano y todos los que están en él deben ser exterminados.

Capítulo 42

Le Château de Cadieux,
París, 2003



Angéline

Perfume:
Sintessa
Uva moscatel, lirio del valle, cedro

—Me armé con un cuchillo y un palo largo, con piedras en los bolsillos, y luego me atrincheré con los demás en el campo gitano, esperando… desafiando a los nazis a que nos hicieran salir.

Emma deja de escribir y se aprieta las manos.

—¿El levantamiento romaní, *madame*?

—Sí. El 16 de mayo de 1944, una horda de hombres de las SS armados con ametralladoras rodeó los barracones, gritando *«Los! Los!»* para que todo gitano saliera y se mostrara.

—¿Y salieron? —pregunta.

—¿Para que nos gasearan? No, juramos que no nos rendiríamos tan fácilmente. Nos mantuvimos firmes en silencio… Hombres con palancas y palas, muchos con experiencia militar, aguardaban para liderar la carga. Yo ocupé mi puesto junto a Rosela, armada como los hombres y lista para luchar. Pasaron horas. Silencio total en los barracones. El crepúsculo se hizo noche… y ningún gitano salió de los barracones. Los hombres de las SS se quedaron atónitos, soldados tan acostumbrados a dar órdenes, desconcertados por nuestro valor.

—Estoy tan orgullosa de usted y de su pueblo.

—Por fin oímos un silbido —prosigo—. Fuerte. Luego el sonido de las botas claveteadas retirándose y todo terminó. Oh, la euforia que sentimos, la fuerza, el poder. Habíamos hecho retroceder a los boches atrincherándonos en los barracones; les demostramos que éramos capaces de resistencia organizada. Estábamos convencidos de que tendrían que dejarnos marchar. —Suspiro—. No lo hicieron, por supuesto, y la vida siguió… más sucia, más fea… con menos comida. Y yo fui creciendo… El vientre más redondeado, los pechos más llenos, aunque, con la malnutrición que sufríamos en el campo, la hinchazón no era rara. Jugué esa baza, sabiendo que mientras pudiera trabajar y mantenerme en pie en el recuento de la mañana y de la tarde, sobreviviría un día más. Ayudó que me volviera imprescindible en la cocina con mis habilidades para mezclar hierbas. Para mi alegría, el kapo hacía la vista gorda cuando robaba margarina, salchicha y mermelada de las despensas nazis y lo compartía con Rosela. A la larga, dio resultado. No nos moríamos de hambre lentamente… Todavía no.

Me reclino, agradecida por haber verbalizado por fin el horror de aquellas primeras semanas en Auschwitz. «Quitarse un peso de encima», dice Emma. Está visiblemente conmocionada y me pide si puede hacer una pausa. Le veo las lágrimas asomando a los ojos. A mí también me asoman.

—Necesito ir a llorar —dice—. Un llanto de dolor.

Asiento. La comprendo.

Ryker emerge de las sombras y se acerca a mí con una pregunta en los ojos y la frente arrugada de preocupación.

—Si me permite, *madame*… Ella me necesita.

—Sí, ¡ve con ella! Estoy bien.

No lo estoy, pero he tenido más de cincuenta años para rumiar estos hechos horribles y he aprendido a sobrellevarlos. Emma no. En medio de tanto dolor y horror, me reconforta sentir cómo crece la cercanía entre esos dos y haré cuanto pueda por fomentarla. Ya más

tarde, esa misma noche, después de un ligero picoteo de queso, fruta, *baguettes* recién hechas y café, continúo mi relato.

Capítulo 43

Auschwitz-Birkenau,
Polonia, abril de 1944



Angéline

Perfume:
Gypsy Fleur
Rosa Pasión, jazmín de Casablanca, sándalo

Voy a enloquecer si no me deshago del hedor de este lugar.

Tengo el olfato tan sensible que el olor es una tortura física que me atraviesa el cerebro, me hincha la nariz y me impide respirar bien. Tengo que hacer algo para curarme. Con el suéter envuelto sobre la cabeza, avanzo por la calzada ancha que lleva a la enfermería de los hombres. Casi me desmayo durante el recuento de la tarde cuando el guardia de las SS descubrió que faltaba alguien y tuvimos que permanecer de pie dos horas hasta que la encontraron. Me perdí la ración de la cena y ahora estoy lo bastante desesperada como para pedirle al médico amable con quien he hecho amistad que me permita una gota de aceite de menta de los suministros médicos. A los prisioneros solo se les concede un corto rato de tiempo libre para socializar en los barracones, pero me arriesgué y me escabullí. El médico no me denunciará al kapo. Me conoce por mi trabajo con hierbas en la cocina; sabe que soy de París. Hillel Platt también es prisionero, un médico judío de Polonia, pero estudió en París y habla francés… Un deleite para mis oídos incluso cuando mi nariz sufre.

Me limpio la cara con la falda; la humedad me deja la piel caliente y pegajosa. Llevo la cinta azul de *Le Courage* atada a la muñeca, el humo negro hoy es especialmente espeso. Estoy a punto de dar la vuelta cuando oigo toses… no un sonido áspero, sino un estallido violento de frustración que sale de alguien en apuros.

Curiosa, me asomo por la puerta entornada y veo al doctor Platt golpear la espalda de un oficial de las SS que se está ahogando, mientras intenta sacarse algo de la garganta. Se me corta la respiración, el pulso se me acelera: reconozco al oficial a cargo del bloque. Casi siento alegría al ver sufrir al nazi… ¿por qué no habría de sufrir? ¿A cuántas mujeres ha matado, violado?

Aun así, no puedo apartar la mirada.

La intensidad de verlo sufrir me provoca algo que jamás habría imaginado.

Me recuerda que soy humana, aunque él no lo sea.

—Podría matarlo, docteur, haciéndole eso —digo en francés—. Lo he visto pasar.

El médico me mira, con el puño golpeando la espalda del hombre. Luego el reconocimiento le ilumina los ojos.

—¿Qué está diciendo, *mademoiselle?*

—Si lo que lo atraganta se mueve, bloqueará por completo la respiración.

—Tengo que intentarlo, *mademoiselle.* Ayúdeme.

Vuelvo a dudar: mi rabia, mi desesperación y el odio puro por todo lo que representa el hombre de las SS martillean en mi cabeza; y, sin embargo, también oigo la voz de mamá suplicándome que no la defraude ni me convierta en uno de ellos cuando sé cómo ayudar. Papá me mostró qué hacer cuando alguien de nuestra caravana se atragantaba, un truco que aprendió de un tragasables del circo. Un hombre con demasiadas situaciones de vida o muerte por asfixia.

—Ponga su pierna entre las suyas, *monsieur* —empiezo, indicándole al médico que se coloque detrás de él—. Localice el ombligo con el dedo…, luego cierre el puño y colóquelo con el pulgar contra su estómago.

—No consigo abrirle la chaqueta.

—Tiene que hacerlo.

El hombre de las SS tose cada vez con más violencia y, aunque me revuelve el estómago, me acerco tanto que le huelo el pollo grasiento en el aliento. Debe de haberse tragado un hueso. Aprieto la mano en su cinturón y lo desabrocho, luego los botones de la guerrera, con el temible emblema de las SS mirándome de frente. Cada medalla, cada galón, cada símbolo representa vidas destruidas. Lo odio…, los odio a todos. Y aun así no puedo detenerme. Le abro la chaqueta de golpe para darle al médico acceso al abdomen, con las manos en posición como le indiqué y entonces…

—Manténgase por debajo de las costillas; ahora agarre su propio puño con la otra mano y empuje hacia dentro y hacia arriba, una y otra vez…

El preso judío no es alto, pero es fornido, brazos fuertes, pecho ancho. Sigue empujando hacia dentro y hacia arriba con fuerza sin parar… el médico gruñe, el oficial de las SS se ahoga con una violencia tal que tiemblan las paredes cuando…

—¡Aaaah…, *mein Gott!* —grita el hombre de las SS cuando el hueso de pollo sale despedido, llevándose las manos al cuello, los ojos desorbitados como si no pudiera creerlo. Aprieto los puños, expectante. El médico asegura al hombre en alemán que se recuperará; luego él se vuelve hacia mí.

—¿Dónde aprendió eso, *mademoiselle?*

—De mi papá. —Reto al oficial con la mirada y añado con orgullo en alemán—: Un Zigeuner.

El de las SS me observa sin cambiar la expresión: ni agradecimiento ni odio. Entonces los veo a él… a ellos… tal como son. Bastardos arrogantes y faltos de respeto, incapaces de sentir o de emocionarse.

Se relame, se alisa el pelo rubio rapado, se ajusta la chaqueta y sale corriendo, ni siquiera un «*Heil* Hitler». No sé si sentirme insultada o agradecida. Me da igual. He hecho lo correcto. Cierro los ojos, exhalo, escucho. A mi alrededor queda un aura asombrosa.

El médico polaco murmura.

Yo me pregunto si me arrepentiré de haber salvado al hombre de las SS.

Un pensamiento extraño, pero real: que algún día ese mismo hombre me envíe a la muerte.



—Está embarazada, *mademoiselle.*

Entro en pánico y le agarro la manga al médico.

—Por favor, no me denuncie. Matarán a mi bebé.

—¿Hemos llegado a eso, *mademoiselle?* —dice el doctor Platt, frotándose la frente. Es un médico joven, de no más de treinta y pocos, pero el rostro se le cae, lastrado por los horrores que ha visto —. ¿A olvidar mi juramento, lo que prometí hacer? Salvar vidas, no quitarlas. —Me sujeta por los hombros, y el dolor en sus ojos oscuros y profundos se arremolina como las cortinas de lluvia que convierten este campo en ríos de barro.

Han pasado dos semanas desde que le ayudé a salvarle la vida al hombre de las SS. Nos hemos vuelto cercanos: él me consigue raciones extra a escondidas, medicinas para las enfermas de mi barracón. Recuerdo cómo me miró aquel día, cuando salvamos al nazi: el blanco sucio de su bata era un faro de bondad frente al verde oliva apagado del uniforme alemán, sus ojos me mostraban respeto. Algo que no he sentido desde que estoy aquí.

Hablamos en francés en voz muy baja; el pulso se me acelera. Me pregunto si puedo confiar en él. Mi hijo corre peligro cada día que pasa. No se me nota… todavía, pero si el médico nazi lo descubre, no puedo soportar imaginar lo que nos ocurrirá. A mí. A mi hijo.

—Estaré a salvo en el campo gitano. —Empiezo a pasear, olvidándome del jengibre que venía a buscar para calmar los dolores de estómago—. Allí los nazis nos dejan en paz…

—Tiene que escucharme, *mademoiselle;* ha llegado otra orden —dice, y sus ojos me suplican con tal intensidad que me enfada y me

confunde a la vez—. El levantamiento de mayo solo fue un aplazamiento.

—¿Un aplazamiento? ¿Qué quiere decir?

—Esta noche vendrán camiones para llevarse a todos los del campo gitano… No puedo ayudarlos, pero puedo salvarla a usted, *mademoiselle.* La esconderé en el hospital del campo, donde no la encontrarán.

Con la mandíbula apretada, mi cerebro no alcanza a comprender lo que intenta decirme: que el horror es un fuego vivo que respira y que no se apaga. Ingenuamente creí que podría sobrellevar el suplicio continuo de sobrevivir, los retortijones de hambre que me desgarran por el día y el terror que me hiela la sangre y me mantiene despierta por la noche. He aprendido a no decir nada, a rezar para que cualquier tarea que se le ocurra al oficial de las SS sea algo que pueda hacer, a mantener la vista baja. «Sobrevivir… un día más», me repito, con el calor volviéndose insoportable, sobre todo de noche, cuando nos apiñamos en la litera. El sudor humano mezclado con un deseo crudo tan abrumador que entierro la cabeza en las manos y casi dejo de respirar para que el hedor no me invada el cerebro. Los sonidos de sexo urgente entre hombres y mujeres desesperados, acurrucados en la letrina, sus almas clamando no solo por el desahogo físico, sino por la fuerza de una caricia humana y amorosa… No los culpo. Yo ansío el contacto de *Mon amour,* pero encuentro consuelo al frotarme el vientre, sabiendo que su amor vive dentro de mí.

Durante el día recojo mis hierbas, y ayudo a Rosela con los niños.

—¡Rosela! —suelto, presa del pánico—. Tengo que avisarla.

¿Cómo he podido ser tan estúpida y no ver venir este día? Las señales estaban ahí. Trasladaron a otros campos a los hombres romaníes aptos para trabajar, y les permitieron despedirse de sus familias: les prometieron que pronto se reunirían con ellos. Fue una farsa. Los nazis tienen un plan, siempre lo tienen.

—Debo volver a los barracones antes de que lleguen los camiones, buscarla… nos esconderemos juntas, nos…

El doctor Platt Hillel me rodea la cintura. Tiene el hedor del asqueroso desinfectante que usan los alemanes impregnado en la ropa, pero me da un abrazo cálido, protector. Me susurra con aliento caliente, me suplica:

—No puede hacerlo, *mademoiselle.*

La voz se le vuelve tierna, y trasluce lo que siente por mí. No lo esperaba. Le he oído hablar de una prometida, una maestra polaca que trabaja en la Resistencia. Dios sabe si sigue viva.

—No puedo quedarme aquí, doctor. No puedo.

—Si intenta salvarla, las gasearán a las dos, *mademoiselle.* —Pausa—. Piense en su bebé.

Sus palabras me golpean con fuerza. Ya no puedo seguir durmiendo en un sueño sin fin donde estamos a salvo el bebé y yo. Con esas palabras, todo lo que sé sobre la vida en Auschwitz deja de existir.

Los camiones llegan esta noche, dijo, para llevarse a todos los gitanos y asesinarlos.

Con su ayuda, me escondo en el hospital del campo, moviéndome de una sala a otra… Paso dos horas inmóvil bajo un cadáver antes de ocultarme bajo una camilla en el despacho del médico cuando cae la noche y la habitación queda en completa oscuridad.

Entonces oigo el rugido de los camiones, los chirridos de los neumáticos, los gritos de los guardias de las SS, los ladridos de los perros, disparos, los alaridos de los prisioneros confinados en los barracones del campo gitano. Sacan a rastras a mujeres y niños, a los enfermos y a los pocos hombres que quedan, los suben a los camiones y los llevan a la cámara de gas, donde queman sus cuerpos en fosas junto al crematorio.

Jamás olvidaré esta noche. Es 2 de agosto de 1944.

El campo gitano queda completamente arrasado y listo para recibir un nuevo convoy de prisioneros judíos húngaros.

El zumbido de mis oídos no cesa en días; el pulso se me dispara cada vez que oigo botas claveteadas retumbar por el pasillo del hospital. «No puedo quedarme aquí, no es seguro. Si me

encuentran, nos torturarán y nos colgarán de un gancho de carnicería, al médico y a mí».

Me escondo en el gran armario de la cocina durante los recuentos de la mañana y de la noche…, aplastada entre sacos de patatas; luego el médico me oculta en su despacho, a veces bajo el escritorio, otras con una bata de enfermera con una estrella amarilla que me cubre el antebrazo para que nadie vea mi número de gitana. Llego a tal perturbación que empiezo a tener alucinaciones, sueño que he vuelto a París, sin saber qué día es, pero agradecida por el descanso, sin trabajos forzados…, con mi bebé a salvo. Dos…, tres semanas después, no estoy segura, sigo aturdida cuando el doctor Platt irrumpe para sacarme del armario; su voz es seca, pero tranquilizadora.

«Ha llegado el momento», dice, y añade mi número a la lista de presas transferidas fuera de Auschwitz… Añade dos cifras y omite la Z de gitana para que coincida con los demás números de la lista. Luego iguala con un rotulador negro el número de mi brazo, rezando para que aguante, e intenta decolorar la Z. Quién sabe si funcionará. Para completar la transformación, me indica que me ponga un vestido de presa con un triángulo rojo cosido. Una presa política. «Necesitan trabajadoras donde va», susurra, y se me hiela la sangre. ¿Ravensbrück? Corren rumores en el campo de que allí obligan a las prisioneras a prostituirse…, ¿soy la siguiente?

Sin embargo, no puedo creer que el médico polaco me envíe a la muerte. Es un buen hombre. Jamás me pidió favores sexuales a cambio de más raciones, como es tan habitual aquí. Le sostengo la mirada cuando me levanta la barbilla y me desea buen viaje con voz ronca, cálida y tierna, como si no estuviéramos en el hospital del campo, sino bajo un dosel prometiéndonos.

Está enamorado de mí.

Me aferro a ese pensamiento, y rezo para que no lo descubran cuando, ya entrada la noche, me veo de pie bajo la lluvia junto a las vías del tren, empapada, con hombres de las SS dando vueltas como gallos de pelea, ansiosos por terminar su tarea y librarse de

nosotras. Mujeres consideradas lo bastante aptas para trabajar para el Führer.

No en un burdel.

Sino en una fábrica de Messerschmitt.



—No es usted judía, ¿qué hace aquí? —Es lo primero que oigo al llegar al campo de concentración de Augsburgo. El hombre de las SS con gafas de montura metálica alude al triángulo rojo cosido en mi vestido.

—Soy francesa —respondo con voz serena—. Prisionera política.

—Ah, *ja,* lo veo aquí…, una prisionera francesa —lee en una lista de la oficina del *kommandant* de Auschwitz. De algún modo, el doctor Platt cambió la lista original por otra donde añadió mi nombre. Me examina el brazo ajustándose las gafas, el sol se le refleja en los cristales—. Su número no se ve claro…

Antes de que pueda mirar mejor, recito mi nuevo número en alemán y luego en francés, intentando confundirlo, pero sin desafiar su autoridad. Conozco el juego. El proceso de selección se despliega igual en todos los campos, como un reloj. Los nazis siguen un procedimiento establecido, como hormigas sin mente que ejecutan ejercicios interminables sin saber por qué. Algún día, rezo por que un gigante con un pie enorme los aplaste a todos.

Otro oficial de las SS grita:

—¿Qué retrasa la fila?

El hombre de las SS rezonga y bufa, la frustración le puede. Me marca en la lista y me hace señas para que avance a las duchas. No tiene ningunas ganas de explicarle a su superior que, de entre trescientas prisioneras judías húngaras, está perdiendo el tiempo interrogando a una francesa de pelo claro con aspecto ario. Sigo a las otras mujeres hacia el edificio de la fábrica para ducharme, pero no siento el horror que me devastó en Auschwitz. Estamos aquí para servir a la maquinaria de guerra alemana como mano de obra

esclava, trabajando en la fábrica de armamento, no para que nos asesinen. Los aliados se acercan; los nazis necesitan aviones, pero eso no me ocupa la mente cuando me deshago de la ropa húmeda y sucia, de los zapatos —como siempre, escondo mi cinta azul, deshilachada y mellada, en el zapato— y me ducho sin miedo a una violación. El agua fría me cae encima y borra todo rastro de Auschwitz; la tinta negra corre por mi brazo. Ya está hecho. Si consigo mantenerme fuera de la línea de fuego, mi bebé y yo tenemos una oportunidad de sobrevivir.

Cojo jabón, aspiro con placer el aroma de los tacos de grasa con su matiz ácido a limón, luego me seco y recojo un vestido limpio. Calcetines, zapatos. Doy gracias por el valiente médico polaco que arriesgó su vida para traerme hasta aquí y nos salvó, a mi hijo y a mí, de un destino atroz.

Pronto descubro que mi pelo corto rubio y mis ojos avellana, que chispean verdosos en este septiembre otoñal, me consiguen un trabajo especial, digno de mi «inteligencia superior».

Me salva la vida. Por un tiempo.

De niña romaní, mamá y papá insistían en que asistiera a la escuela parroquial allí donde acampábamos. A veces nos quedábamos toda una temporada en un pueblo y las monjas me enseñaron una caligrafía preciosa, que daba un toque elegante a las etiquetas que pegábamos a nuestros frascos de perfume.

Ahora copio tablas en alemán sobre componentes de armamento, que luego se producen en serie en una máquina grande. No tengo más elección que obedecer. Cualquier sabotaje significa la muerte inmediata.

Me siento detrás de un escritorio durante mi turno de doce horas, con el vientre en crecimiento oculto a la vista. Salvo para el supervisor alemán: un hombre mayor, de manos grandes y agrietadas, que resopla con mal genio.

Lo sorprendo mirándome con compasión y a menudo encuentro comida extra envuelta en gasa en el cajón: patatas cocidas, zanahorias hervidas.

Me mantengo diligente para pasar desapercibida a medida que me crece el vientre y el verano se va.

El otoño se desprende del bosque en oleadas de rojos herrumbrosos, amarillos, naranjas. Pronto empezaré la cuenta atrás. Estoy de siete meses y salgo de cuentas en diciembre. Mantengo la cabeza baja, las manos ocupadas, la boca cerrada. Tengo un trabajo de oficina en la segunda planta, así que no me presento al recuento. El abrigo del supervisor en estos días fríos me disimula el vientre en los trayectos entre los barracones de mujeres y la fábrica.

Encuentro una paz extraña en este ritual diario hasta que mi mundo se derrumba a principios de noviembre.

Voy con retraso para imprimir, apilar y entregar el encargo de hoy al oficial de las SS responsable. El chirrido del mimeógrafo me taladra los oídos mientras escupe el trabajo del día, pero los engranajes se atascan. Unos chillidos agudos, estridentes y… oh, no, hojas con tinta azul salen disparadas de la máquina y vuelan por todas partes. Por todas partes.

Al suelo, bajo mi mesa.

Tengo la cara cenicienta, húmeda. El sudor me resbala por la columna. No puedo agacharme a recogerlas. Si me pongo a cuatro patas, no me levantaré.

Y el maldito teléfono no deja de sonar.

Me entra el pánico cuando, minutos después, el *kommandant* de las SS irrumpe en la oficina y descarga la porra contra el mimeógrafo, luego patea los papeles esparcidos por el suelo y exige saber por qué los planos del día no están en su mesa. Himmler los necesita… *schnell.*

El corazón se me va a salir del pecho; el instinto me empuja a cruzar los brazos sobre la barriga hinchada para proteger a mi bebé. El oficial arrogante brama, con voz de trueno, que lo pagaré… y se dispone a golpearme con la porra cuando mi supervisor alemán entra corriendo en la oficina y encaja el golpe; la sangre le chorrea por el brazo mientras suplica clemencia para mí.

Una mujer embarazada.

El oficial de las SS parpadea; esa noticia lo empuja a un desenlace fatal. Inflado de orgullo y desprecio, despide al alemán y luego se vuelve hacia mí, gruñendo.

¿Mi castigo?

—De vuelta a Auschwitz, Fräulein.

Capítulo 44

Dachau, Alemania, 2003



Angéline

Perfume:
Ma Capri
Rosas rosadas azucaradas, pomelo rosa, benjuí

—No volvió a Auschwitz, *madame,* ¿qué ocurrió?

Emma clava los dedos en la tapicería de cuero del Mercedes de alquiler que avanza a toda velocidad por la carretera comarcal hacia el recinto del campo de concentración de Dachau, incrédula. Sus ojos inquisitivos se oscurecen hasta un azul más profundo y hoy hay en ellos una intensidad, un empeño por entender cómo mi historia entró en barrena después de que me condenaran a muerte segura en Auschwitz, en la cámara de gas.

—Dos hombres de las SS me acompañaron a la estación —empiezo. Bajo la ventanilla trasera y me lleno los pulmones con la fragancia más dulce de flores; dejo que los ojos se empapen de la belleza que ha vuelto aquí desde aquellos tiempos insufribles. La llegada de la primavera insufla nueva vida a los campos cubiertos de dientes de león que flanquean la carretera y luego se adentran en densos bosques—. Muy pronto lo sabrás todo, te lo prometo.

—Su historia no deja de sorprenderme, *madame* —dice Emma.

Confieso que alargo mi relato porque no quiero que la entrevista termine. Si alguna vez la he necesitado es ahora. Venir aquí, a Alemania, es mi intento torpe de prolongarla. El vuelo de París a Múnich duró una hora y media, nada que ver con el viaje en tren

que hice entonces, custodiada por dos guardias de las SS. Luego la marcha desde la estación hasta el subcampo de Dachau, de noche, sin saber si me iban a violar, pero por suerte los soldados de las SS me dejaron en paz.

Entonces no olía flores; qué agradecida estoy de olerlas ahora.

Alquilamos un coche en Múnich para venir hasta aquí. Emma está a mi lado; Ryker delante con el conductor, que habla inglés y algo de francés. Noto una nueva cercanía entre Emma y Ryker, y eso me complace. Ella necesitará su fortaleza para superar esto. ¿Y yo? Los tengo a los dos y, por primera vez, me siento preparada para revivir aquellos meses en Kaufering I y mi arriesgada fuga. No fue hasta después de la guerra cuando comprendí la fortuna que tuve al convivir con las mujeres más extraordinarias y un brillante médico judío.

Dejamos atrás los campos abiertos y, al acercarnos al sitio, el conductor nos señala dónde se alzaban distintos edificios del campo. Yo los veo en mi mente, aunque ahora los árboles del bosque hacen guardia alrededor de los claros donde estuvieron los barracones, llenos de sufrimiento y miseria, prisioneros que morían de hambre, de palizas.

No queda nada.

—*Madame*, hemos llegado.

Palabras sencillas. Hemos llegado. Oí las mismas palabras cuando el tren se detuvo y los hombres de las SS me trajeron aquí, aquel día gélido de noviembre de 1944.

Descorro la cortina de mi pasado, el corazón desbocado.

—Nunca pensé que lo recordaría con tanta claridad, Emma.

—¿El qué, *madame*?

—Veo los focos de las torres de vigilancia, oigo a los perros furiosos ladrando… Huelo la fetidez del sufrimiento, peor que la de la propia muerte. Una miseria humana que jamás debe repetirse. Pero también hubo bondad y hermandad entre mujeres y aquí nació mi hija. Y por eso acepto lo que estoy a punto de revivir. Y lo que perdí.

—Mi bebé, susurro para mí, esforzándome por no romper a llorar—. Y todo mi interior tiembla de miedo, Emma… Dios, qué miedo.

—*Madame*…, estoy aquí. Siempre estaré aquí.

Me agarra la mano sin dudar y, mientras pienso lo que dice y cómo me reconforta, me aprieta sin soltarme. Y ya no tengo miedo.

—Empezó con aquel viaje en tren, *mademoiselle* —digo con voz firme—. Y con una manzana.

Capítulo 45

En un tren en algún lugar de Alemania, noviembre de 1944



Angéline

Perfume:
Red Apple
Flor de manzano, canela, ámbar

—¿Por qué lleva el pelo tan corto, Fräulein? ¿Está enferma?

Niego con la cabeza ante aquella joven madre con una cesta de fruta sobre las rodillas. No puedo apartar la vista de la piel roja y lustrosa de la manzana, salpicada de vetas doradas. Dos hombres de las SS me arrojaron junto a esa mujer alemana en un tren de pasajeros y luego se fueron al vagón contiguo a fumar, prometiéndome una sorpresa a su regreso.

¿Van a tirarme de un tren en marcha?

El olor a tabaco, el aroma de gente en movimiento y la dulzura de una manzana fresca contribuyen a la sensación irreal que me da vueltas en la cabeza. Tengo un vago recuerdo de haber preguntado por qué hemos cambiado de tren hace un rato, pero los hombres de las SS me ignoraron. Pienso en mi destino, sin importarme que la mujer no aparte la vista del triángulo rojo cosido en mi vestido, mientras su hija señala mi pelo corto, rizado en la nuca. Lo había cubierto con un pañuelo gris y apagado, pero me he quedado dormida y se me ha escurrido. Me lo coloco de nuevo, estirando la

tela fina del vestido azul descolorido con la presión de mi barriga, sin botones ya en la chaqueta negra para poder taparme.

—Estoy en un campo de trabajos forzados —digo, mirando la manzana.

La expresión vacía de su rostro me dice que no tiene idea de qué significa eso. En ese momento, me entran ganas de llorar. Una oscuridad inminente se cierne sobre mi alma. ¿Por qué puede ella moverse libremente y hacer lo que quiere, tener una hija buena, manzanas frescas y hermosas? Mientras yo me siento aquí temiendo por mi vida, por la de mi bebé… y el hombre de mi corazón no sabe dónde estoy, ni siquiera que llevo a su hijo dentro. ¿Qué cruel giro del destino me ha traído hasta aquí? Echo tanto de menos a Lance, nuestra vida de antes, mis perfumes exquisitos, y cuando llegue el momento, estaré sola. Sin su presencia intensa capaz de hacer temblar la tierra bajo mis pies cuando me toca, cuando me besa. Es alto, magnífico y apasionante, pero también sensible a mis miedos, a mis necesidades… y Dios sabe que soporta mi osadía. Pero no estará conmigo cuando el llanto de mi bebé rompa el silencio del vientre, y eso me llena de una tristeza y una rabia infinitas.

Observo a aquella joven que me mira; no veo odio en sus ojos, solo curiosidad. Oigo la voz de mamá diciéndome que no la juzgue, que me concentre…, que sobreviva.

Me reclino en el asiento, apoyo la cabeza. Debo de estar volviéndome loca. No es de extrañar; no he tenido comida ni agua desde que salimos de Augsburgo. A los hombres de las SS no les importa. Soy otra prisionera más para la cámara de gas. El estómago me ruge y mi bebé me da una patada, como si dijera: tengo hambre. Seguramente Dios no se enfadará si intercambio algo por una manzana, ¿no?

—Puedo leerle la fortuna, meine Frau. —Me siento segura hablando alemán con aquella mujer joven, agradecida por las horas que Rosela dedicó a enseñarme. La sombra más profunda, negra y vacía cae sobre mí cuando recuerdo su nombre. Ella querría que sobreviviera. Que sobreviviera el bebé.

—¿Es usted gitana? —Sus ojos se agrandan.

—Sí. —Apoyo la mano sobre el antebrazo tapando el número. Si los hombres de las SS me sorprenden hablando con ella, no dudarán en golpearme—. Desciendo de una reina gitana…, se llamaba Naomie y me enseñó a leer las palmas.

—Oh, sí, por favor. Léame la fortuna. —Baja la vista—. No tengo mucho dinero.

—Una manzana, meine Frau. Eso es todo lo que pido.

—Ja, gut.

Ríe, y me muestra la palma. No sé leer la fortuna; esa era la habilidad de mamá. Ella me animaba, en cambio, a deslumbrar con mis perfumes. Pero eso no me detiene.

—Su marido es apuesto, fuerte… está en el frente oriental.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

Sonrío. Los alemanes estaban empeñados en avanzar en Rusia antes de que me enviaran a Auschwitz. Una suposición fácil.

—Tiene frío, mucho frío —prosigo, modulando la voz con dramatismo—, pero su corazón se calienta cuando piensa en usted y en…

—Else.

—Ja, Else. —Trazo un círculo en su palma con los dedos—. Ah, está escribiéndole una carta… «La victoria llegará pronto…».

Un alboroto en el vagón me distrae cuando los pasajeros, molestos, se apartan para dejar pasar a los dos hombres de las SS que avanzan por el pasillo riendo y hostigando a todos con un «Heil Hitler».

No, tengo que conseguir esa manzana.

—Volverá pronto a casa, se lo prometo.

Alargo la mano para coger la manzana de su cesta, pero el guardia de las SS me grita que me levante justo cuando el tren se detiene. «¿Ya, tan pronto?». Me agarra del brazo y me arrastra por el pasillo hacia la salida.

—¡Se deja la manzana, Fräulein!

La joven me lanza la manzana, pero el soldado la atrapa en el aire y se burla. Da un mordisco a la fruta preciosa antes de arrastrarme fuera del tren. Casi caigo de rodillas, pero me niego a suplicar. Ceñudo, aún no ha terminado conmigo. Lanza la manzana al andén de madera. Me abalanzo a por ella, las rodillas me flaquean y me derrumbo. No me importa. Aprieto la media manzana contra el pecho y la devoro con ansia mientras los dos soldados alemanes sueltan comentarios repugnantes.

Cerda. Sucia puta francesa.

No me importa. La textura blanda me cubre la boca seca, me alivia los labios. Está deliciosa, el aroma dulce y jugoso llenándome las fosas nasales.

—*Steh auf,* Fräulein! ¡Levántese!

Mi alegría dura poco cuando me obligan a ponerme de pie. Es entonces cuando veo el cartel colgado en el almacén de la estación. Una ciudad que no había oído nombrar nunca.

Dachau.

Capítulo 46

Dachau – Kaufering I, 2003



Angéline

Perfume:
Dancing Princess
Caléndula silvestre, melocotón, musgo de roble

—Nunca olvidé el sabor suculento de aquella manzana, *mademoiselle…,* el olor azucarado, su textura suave sobre la lengua…, la sensación de plenitud asentándose en el vientre. Después de la guerra, creé un perfume que evocaba la ligereza de las flores de manzano en primavera —le digo a Emma, que se ha quedado boquiabierta tras escuchar mi historia del tren—. Mi manera de enfrentar los malos momentos y calmar el alma.

—¿Arrastrarse de rodillas para agarrar una manzana sucia? ¿Una manzana con la baba de un SS? —Me sostiene la mirada, desafiante —. Yo se la habría estampado en la…

—Entonces estarías muerta, Emma, con las manos untadas de tu propia sangre tras el disparo. —Miro por la ventanilla lateral cuando el coche se detiene. Estamos donde antaño se alzaron búnkeres de hormigón subterráneos y miles de prisioneros judíos trabajaron y murieron—. Es fácil plantar cara con palabras cuando estás segura en tu propia piel, *mademoiselle.* Pero cuando se te retuerzan las tripas porque has visto lo que hace una bala o un cuchillo en el cuerpo humano, cuando te ahogue el hedor de la carne podrida, entonces podrás hablar. Durante demasiado tiempo se ha criticado a

los supervivientes por las decisiones que tomamos. Por eso quiero que sientas, huelas, saborees lo que significa sobrevivir.

Se le apagan los humos.

—Perdóneme, *madame,* tiene razón.

Mi franqueza la serena; se le contrae la comisura de la boca. La oigo murmurar mientras Ryker abre la puerta trasera y me ayuda a bajar del coche, y luego a Emma. Él ha escuchado cada palabra —sus ojos me lo dicen—, pero guarda silencio. No es de endulzar un mal trago, ni siquiera para ella.

Seguimos en silencio el sendero de piedra alrededor del área despejada que fue Kaufering I, uno de los once subcampos de Dachau. Hay algunas placas, un cercado de piedra con una puerta conmemorativa judía…, pero nada más. Más tarde visitaremos el campo principal de Dachau, presentaremos nuestros respetos, veremos el museo y escucharemos la audioguía. El conductor nos ha dicho que los barracones se han reconstruido, que todo está aseado, por eso hemos venido aquí primero, para que Emma absorba lo que yo vi, lo que viví. Me caería al suelo si creyera que es posible ver la caseta de madera donde nació mi hija, tan consciente soy del poder que este lugar ejerce sobre mí.

Señalo donde creo que estaba…, luego el oscuro calabozo del sótano adonde me llevaron primero, la cocina donde trabajé —conjeturas por mi parte, pero mi momento desgarrador está haciendo efecto en Emma, obligándola a ver cuánta desesperación comporta querer vivir. Que soltar bravatas es fácil. Llevarlas a cabo es muy distinto. *Bon.* Se ha quedado de piedra. Ahora lo pondrá en su texto de una forma oscura, poderosa y contundente.

No deja de mirarme con recelo, ese azul tan suyo enviándome de nuevo un susurro de reconocimiento que me dispara la tensión. Soy una vieja tonta, leyendo señales en su presencia porque quiero hacerlo. Porque la necesito. La he arropado bajo mi ala porque no tengo con quién estrechar lazos como otros supervivientes, familia que haya pasado por el horror de los campos. *Mon amour* lo entendía, pero ya no está. Creí haber dejado atrás los campos, pero

nunca desaparecen… Nunca he cortado el cordón que me une a este lugar.

Dachau. Hoy lo voy a hacer.

—Quería…, necesitaba sobrevivir, *mademoiselle.* Por mi bebé.

Emma sigue callada, los ojos concentrados en grabar en la mente lo que ve, lo que huele. No hay flores; el polvo se nos mete por la nariz. Aspira, estornuda. Está tan incómoda como yo. Se me deshilachan los nervios. Le conté la historia de la manzana porque preparaba el terreno para lo que me ocurrió aquí. Esperanza, miedo, dolor y el valor de hacer lo necesario para sobrevivir. Arrastrarme cuando fue preciso. Para entonces estaba insensibilizada a todo salvo a las pataditas de mi bebé.

—Me faltan palabras, *madame.* Su determinación y su coraje y su franqueza me obligan a enfocar de otra manera esta parte de su historia —reflexiona—. ¿No corría usted más peligro, *madame,* con el parto cerca? Estaba… ¿de ocho meses?

—Sí. No podía imaginar por qué me habían enviado aquí, a este subcampo, y no lo supe hasta después de la liberación: el Ejército Rojo avanzaba hacia Auschwitz y lo liberaría a comienzos de 1945; se estaba produciendo un cambio de mentalidad en el Alto Mando nazi. Necesitaban monedas de cambio para lo que parecía una derrota… Yo era una de esas monedas.

Emma deja escapar un silbido bajo.

—Vaya bombazo, *madame.* Soy toda oídos.

—Jamás he contado esta parte de mi historia, *mademoiselle.* Cuando un periodista me preguntaba por los campos, siempre admitía haber estado presa en Dachau. Nunca mencioné Kaufering.

—Por eso la tal Hansen la acusó de mentir. No pudo encontrarla en la lista de prisioneros de Dachau porque miles de presos nunca fueron inscritos, *n'est-ce pas?*

Sonrío. Se afana en tomar notas.

—Por eso quiere ver su número —prosigue—, para poder localizarla.

Nos miramos, con un instante de miedo. No creo que nos podamos olvidar aún de esa reportera, sobre todo después de que yo haga mi anuncio especial sobre mis planes para la Casa Doujan cuando regresemos a París. No voy a inquietar a Emma con eso ahora.

—Los franceses presos en Dachau fueron muy pocos —digo—. Nunca supe si había mujeres. Los guardias de las SS me dejaron en el subcampo y me metieron en una celda en un sótano para las embarazadas. Una única bombilla colgaba del techo, encendida día y noche. Fueron llegando una a una, hasta que fuimos ocho. Judías húngaras y yo. Oh, *mademoiselle,* no puedo describir la riada interminable de lágrimas que derramábamos cada vez que una nueva mujer bajaba aquellas escaleras a nuestro mundo.

—¿Cuánto tiempo las tuvieron en el sótano?

Cierro los ojos.

—Una semana…, quizá dos. Recuerdo el terror cuando unos guardias de las SS irrumpieron en el sótano a grito de *Raus!* Nos agarramos unas a otras, decididas a que no nos separaran. Nos trasladaron a una caseta de madera. Sin calefacción, ventanas cubiertas con lona. Creímos que era el final, pero se convirtió en nuestra sala de partos.

—¿Trabajó en el campo? Estaba en el último trimestre… No podía cargar piedras, ladrillos.

Abro los ojos y arrugo la nariz.

—Lavábamos la ropa de los prisioneros en la lavandería, les quitábamos el hedor y los parásitos con jabón pardo, que olía a naftalina. Un prisionero valiente, el kapo de cocina, arriesgó la vida para traernos suficiente comida para mantenernos sanas a nosotras y a los bebés que llevábamos dentro. Y jamás olvidaré a la valiente joven letona, también presa, que soportó una paliza a manos de las SS para conseguirnos una estufa y luego trapos para nuestros niños.

—¿Los nazis validaron su propósito de tener a sus hijos? —pregunta Emma, escribiendo en su bloc—. ¿Qué les hizo cambiar de idea después de empeñarse tanto en asesinar a las embarazadas?

—Con el poco húngaro que aprendí en Augsburgo, fui encajando las piezas que me contaban las otras. Los nazis sabían que sus días estaban contados; evacuaban prisioneros, borraban sus crímenes con asesinatos en masa. Lo más probable es que quisieran salvar el pellejo, así que decidieron mostrar «compasión» con nosotras, en la última etapa del embarazo.

—Ocho futuras madres… Dígame que nacieron ocho bebés sanos —pide Emma, con esperanza.

Le sonrío, ella siempre optimista, buscando un final feliz.

—Tienes un don, mademoiselle Keane, para desarmarme.

—Culpable, *madame.* —Sonríe.

¿Qué voy a hacer sin ella?



EMMA

Madame es una rebelde con una causa impresionante.

Directa, con criterio, justa… y atinada al llamarme la atención como lo hizo. Yo escribo las historias, no las vivo. No tengo derecho a colar mi opinión en el reportaje, por mucho que sea mi familia de la que estamos hablando. Estoy deseando decírselo, pese a que hemos tenido un momento tenso cuando ha revivido la escena de la manzana y mi arrebato le ha sentado mal. Me he dejado llevar, pero tiene razón: no sé lo que es plantar cara a dos SS medio muerta de hambre y embarazada. Y sin embargo tengo que conseguir que mis lectores y mis espectadores sientan lo que sentía ella.

Vaya lección la de hoy. Ryker me ha mirado con cara de «a *madame* no la engañas», atento a todo, pero comprensivo. Y también me he dado cuenta de lo mucho que confío en él. Su inteligencia, sus recursos… y que sea guapo tampoco está de más. Pero hoy ha sido su compasión lo que me ha reconfortado, susurrándome «está bien equivocarse» y «ella admira tu pasión».

Lo que me trae de vuelta a mi tarea: reunir los hechos sobre el *schwanger kommando* —la unidad de embarazo— y dar vida al viaje emocional de *madame* y de esas mujeres y sus bebés milagro.

Ryker nos trae agua embotellada de la nevera y los tres nos sentamos en un banco de piedra bajo unos árboles de grandes ramas: un lugar para contemplar, meditar. Y perfecto para seguir con la entrevista; el espíritu de cada mujer que caminó aquí hace más de cincuenta años escucha, asiente. Y espero que les guste que *madame* cuente la historia de todas.

—En diciembre el viento aullaba y sacudía por las noches nuestra caseta de madera; por la mañana, el suelo amanecía nevado —dice *madame,* dando un sorbo—. Cada día estaba más grande; me dolía la espalda y tenía un resfriado constante, mi nariz sufría tanto con los horribles olores que sangraba. El kapo de cocina me contó que había guardado hierbas secas del jardín de los nazis en Dachau en una bodega improvisada. Me volví loca machacando hojas secas de albahaca sobre el pan para intentar provocarme el parto, y tomaba infusión de menta para calmarme. Con mi conocimiento de hierbas ayudaba a las otras madres; sentía la mano de mamá en el hombro guiándome, pero no habría sobrevivido sin el médico judío que jamás se rindió con nosotras.

—¿Tenían un médico para los nacimientos…? Increíble.

—Sí, el oficial de las SS al mando encontró a un ginecólogo judío húngaro, también prisionero. Sufría desnutrición y no se sostenía en pie sin ayuda, pero todas nos uníamos cada vez que alguna se ponía de parto.

—¿Y a usted, *madame*? —pregunto, con la voz entre pensativa y emocionada—. ¿Cuándo le llegó el momento?

Los ojos le brillan y la forma en que se lleva las manos al pecho me dice que es un instante que llevaba años esperando revivir.

—Jamás olvidaré el día, *mademoiselle,* en que tuve a mi hijita en brazos por primera vez. Fue el 28 de diciembre de 1944.

Angéline

—«¡Empuje, *fräulein,* empuje! No voy a dejar que mueran ni usted ni su bebé», me aseguraba el doctor, con una voz cálida y profunda que me traía algo que necesitaba desesperadamente. Fe. La certeza de que no estaba sola en la lucha, de que mi niña tenía la posibilidad de regalarme su primera sonrisa —le digo a Emma; aquellas palabras de antaño me resuenan en los oídos.

—¿Cuánto tiempo estuvo de parto? —pregunta Emma.

—Horas… Un día… Más.

«Lance, amor mío, ¿me oyes? Es el momento…», lo llamé entonces como lo llamo ahora.

Quiero compartir contigo ese instante en que nació nuestra niña, cómo nuestro viaje culminó aquella noche en el nacimiento de nuestra hija… y sí, *Mon amour,* esta joven también nos pertenece; el rubor que le enciende las mejillas me dice que Emma siente el vínculo, aunque no sepa qué hacer con él. Que nuestra historia tiene un final nuevo.

—Afuera bramaba una ventisca que sacudía las vigas —prosigo—; la vieja estufa escupía el calor que podía. Alguien me echó una manta por los hombros mientras paseaba por la caseta, con una mano en la espalda, aferrando con la otra lo que quedaba de mi cinta azul, las contracciones cada vez más seguidas… Una madre húngara me enjugaba la frente, otra me sostenía del brazo para que no me tambaleara… y entonces se me rompió la bolsa. El médico me aseguró que el bebé estaba bien colocado y listo para… ¿cómo lo decís, despegar?

Emma ríe.

—Ay, *madame,* solo usted puede hacer que eso quede bien.

Suspiro, agradecida por el respiro. Me siento cómoda contándole todo. Tras una vida de desconfianza, de suspicacia, no estoy habituada a tener apoyo, a poder contar con alguien… Sí, tengo a Ryker, pero el oído de una mujer es esencial para compartir las

pruebas del parto. El dolor, el primer llanto. Eso es sagrado; el olorcito sentimental de un recién nacido. No se puede duplicar.

Ni olvidar jamás.

Como el recuerdo de unos mofletes regordetes y una boquita perfecta. No, nunca… ni décadas después. Nunca dejé a nadie acercarse tanto. Y sienta bien. Las lágrimas de gratitud me asoman a los ojos mientras sigo:

—Jamás olvidaré el miedo, el dolor lacerante, como si me desgarraran, *mademoiselle,* pero el dolor era bienvenido. Significaba vida, no muerte. No pensaba rendirme, aunque el doctor no tenía instrumentos…, apenas unos trapos y un cubo de agua caliente.

—¿Anestesia? —deja caer sin mucha fe.

—Ninguna. Me tumbé en un banco de madera; el doctor me urgía a empujar y seguir empujando, listo para coger a la criatura con las manos desnudas —le digo a Emma, con los puños cerrados y un empuje hacia delante, y luego suelto un gran resuello—. El cielo retumbaba encima… ¿Truenos? ¿O bombarderos aliados? Sabíamos que venían… americanos, británicos, rusos… ¡Cuándo! Y entonces, con un último empujón, Naomie Fleurine vino a este mundo: dulzura y alegría, mofletes rollizos y un llanto potente. Y me cruzó un pensamiento extraño. Mi bebé jamás conocería la humillación de llevar un número de presa tatuado en el muslo. Mi bebé nacía libre. Y me deshice en llanto.

Nos quedamos juntas en silencio, de la mano, con el rumor de las hojas por encima, como alas de ángeles barriendo el pasado para que abrace el futuro. Ya lo he dicho. He terminado. Es hora de seguir.

Por fin, Emma pregunta:

—¿Se documentaron los partos, *madame*?

—Sí, el doctor registró siete nacimientos vivos en Kaufering I, cuatro niñas y tres niños, pero como yo era romaní y, por orden de Himmler, debían exterminarme, omitió mi nombre. Nunca aparecí en el diario del campo.

—Ajá, otro obstáculo para mantener a la tal Hansen alejada de los asuntos de su familia. Y de los míos.

Sigue escribiendo, me hace sonreír; no se da cuenta de que acaba de confirmar lo que me ronda desde que empezó esta entrevista. De algún modo, esta encantadora *mademoiselle* es familia mía. No sé cómo, pero no puedo contener las lágrimas. Las señales están ahí… el azul único de sus ojos, su extraordinaria capacidad como nariz… su tozudez tan parecida a la mía. Estoy exultante, pero aún no hemos terminado. Falta un personaje oscuro que apareció en Kaufering.

—Hasta ahora te he contado solo la *parte buena,* como te gusta decir, nuestra hermandad de madres embarazadas, mademoiselle Emma. —Me gusta pronunciar su nombre—. También hubo un aspecto siniestro, sofocante… un ser humano que encarnaba la crueldad de la doctrina nazi.

—¿Una oficial alemana, *madame*?

—Sí… una mujer de las SS.

Se vuelve hacia mí, atónita.

—¿Una mujer?

—Berta era una guardiana de las SS asignada a la lavandería; rubia amarillenta, el pelo siempre desgreñado, cejas negras espesas. Se pavoneaba con una pistola en la cartuchera, el látigo en la mano derecha, dispuesta a golpear a cualquier presa que flojeara un minuto. —Suelto un suspiro—. Sentí su furia más de una vez cuando estuvo a punto de golpearme el vientre. Mi bebé daba patadas sin control cada vez que esa mujer se me acercaba. Le veía odio en los ojos hacia mí, hacia las otras embarazadas, como si tuviéramos algo que ella deseaba. Con desesperación.

Me encorvo un poco, bajo la cabeza. Estoy agotada.

Emma me abraza.

—Estoy aquí, *madame,* ya no puede hacerle daño.

Le sonrío.

—*Merci, mon enfant,* pero es importante que entiendas a esa mujer. A Berta le encantaban los perfumes y se rociaba con

fragancias. Hallaba insoportable el olor de la lavandería, se jactaba de que su «amante» le traía perfumes caros de París. También presumía de saber qué llevaba cada perfume solo con olerlo. Mi nariz andaba saturada por tantos olores, pero incluso con las manos en agua caliente le recitaba la composición del perfume que usaba y el nombre si reconocía la fragancia de la Casa Doujan. Me odiaba porque la dejaba en ridículo ante las otras presas y se reían de ella.

—¿Y qué pasó, *madame*?

—Se enfureció cuando le dije que no sabía nada de perfumes ni de cómo llevarlos.

—¿Tomó represalias contra usted?

—Me amenazó con golpearme, pero una joven guardia de las SS le recordó que estaba prohibido hacer daño a una embarazada y que la denunciaría. Eso me dio esperanzas de que mi bebé pudiera nacer sano y salvo.

—¿Quiere decir que no todas las SS eran horribles?

—No. Esa chica trabajaba en una tienda de ropa antes de que la reclutaran. Le fascinaban mis historias de París y que yo fuera *parfumeuse* de verdad. Me traía comida extra a escondidas en los bolsillos amplios de su chaqueta.

—¿Recuerda su nombre?

—Luise.

Emma se lleva la mano a la garganta.

—¿Está segura, *madame*?

—Sí. Llevaba el pelo oscuro recogido en una trenza larga alrededor de la cabeza y era delgada y de pecho liso, algo que Berta no le dejaba olvidar. Que no encarnaba el ideal robusto alemán y no podría darle muchos hijos al Führer.

Emma se ha quedado pálida; le suda la cara y ha dejado de escribir.

—¿Está bien, *mademoiselle?*

—Ahora lo entiendo. Nadie creería que una mujer de las SS la ayudó después de la liberación de Dachau. El horror, la vergüenza, los vecinos obligados por el Ejército de Estados Unidos a enterrar a

los muertos, a los prisioneros desnudos. El miedo a ir a prisión. Pero ella siguió su corazón e hizo lo correcto.

—¿Qué hizo, *mademoiselle?*

—Salvar a su bebé.

Ahora soy yo la que siente una descarga de emoción como jamás he sentido.

—¿De qué está hablando, *mademoiselle?*

Sí, reconocí a Luise en la foto del artículo de Emma, pero no veo cómo pudo salvar a mi hija. Debo de haber estado demasiado tiempo al sol. Me estoy mareando.

—No puedo decirle más, *madame,* hasta que consiga más detalles de lo que ocurrió después de que naciera su bebé… Entonces se lo diré. Lo prometo.

Se cierra en banda, deja el bloc amarillo. Conozco bastante a Emma como para saber que lo dice en serio. Es periodista y quiere tener los hechos atados antes de abrirse conmigo.

Es hora de irnos, de dejar este lugar con más preguntas que cuando llegamos. Pensaba cerrar aquí el último capítulo…, pero no será así. Nuestro día en Kaufering termina con una revelación increíble: ¿Emma me dice que Luise salvó a mi hija? ¿Cómo? Jamás he olvidado aquel día, cada minuto, cada estallido de dolor cuando no volví a ver a mi niña.

Ryker me ayuda a incorporarme, pero me tiemblan tanto las piernas que me derrumbo en sus brazos. Es demasiado para mí. Me recoge y me lleva al coche, y me recuerda que soy una mujer de cierta edad, pero que no pienso dejar que eso me frene. Tengo grandes planes para la Casa Doujan… Para Emma.

Conducimos hasta el hotel en Dachau en silencio. Emma repasa sus notas, murmurando:

—Claro, tiene sentido, ¿cómo no lo vi?

Luego, con té fuerte con limón y hojas de frambuesa, le cuento el resto: la desesperación nazi por borrar sus huellas de sangre, cómo creció el odio de Berta hacia mí y el horror inconcebible que siguió cuando, en abril de 1945, a mí y a las siete madres húngaras y a

nuestros bebés nos metieron en un tren rumbo al campo principal de Dachau. No sabíamos que semanas antes había llegado la orden de enviarnos a Bergen-Belsen.

Para ejecutarnos.

Pero la orden no se había cumplido. Hasta ahora.

Íbamos camino de la muerte.

Capítulo 46

Dachau – Kaufering I,
26 de abril de 1945



Angéline

Perfume:
Fleurine
Angélica, madreselva, lavanda

Observo a la mujer de las SS con una concentración obstinada; su fuerte olor a jazmín y civeta me provoca arcadas mientras los guardias nazis cargan a varios cientos de prisioneros en los vagones abiertos del tren. Berta se regodea al verme esperar mi turno, con el bebé pegado al pecho, envuelto en harapos contra el frío, su carita asomando bajo la tela. Doy gracias a Dios de que esté sana. El kapo nos procuró leche y comida a las madres, aunque se nos partía la espalda cargando cadáveres; los nazis insistían en que siguiéramos trabajando. Siento una necesidad desesperada de mantenernos con vida a las dos y pongo la mano sobre el diminuto pecho de mi niña para sentirle el latido, negándome a creer que pueda apagarse por lo que nos espera.

Es tarde y un crepúsculo inevitable arroja un resplandor fantasmagórico sobre la cara de la guardiana. No deja de mirarme. Acuno a mi bebé, meciéndolo de un lado a otro. Mi hija tiene hambre, agita los brazos; lo que queda de mi cinta azul le rodea la muñeca. No puedo abrirme el corpiño para darle de mamar. La

forma obscena en que esa mujer de las SS me mira cuando acerco a mi bebé al pecho me repugna.

Me recorre un escalofrío.

Tengo la mirada fija en ella, por eso no veo al guardia de las SS hasta que me empuja dentro del vagón con cincuenta, sesenta prisioneros. Quedo aplastada entre dos mujeres; el olor a orina reseca que impregna la paja del suelo me da náuseas. Protejo la naricita de Fleurine del hedor, pero no deja de llorar. Han pasado tres, cuatro horas desde que la alimenté. Nos evacuaron del campo de Kaufering, nos obligaron a marchar hasta el tren bajo la nieve, algunos sin zapatos, con hombres de las SS a los dos lados y los perros ladrando. No daba crédito a mi suerte cuando apareció Luise, sonriendo al encontrarme y ayudándome a llevar a Fleurine. Entonces dijo algo que no olvidaré jamás: que le avergonzaba no haber hecho más por ayudarme, y que lo sentía, que lo sentía muchísimo.

Al llegar a las instalaciones ferroviarias, dieciocho o diecinueve vagones vacíos nos aguardaban.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—A Dachau —susurró, y desapareció.

Casi perdí la esperanza entonces. Nos mandan a Dachau para asesinarnos.

Berta lo sabía; sonreía con una lentitud sádica que le retorcía el rostro, dejándome indefensa ante los nazis; mi dicha de madre se vio sustituida por un pavor fulminante.

Encogida entre las sombras del vagón, sus palabras son un recordatorio brutal de la crueldad nazi: enviarnos a otro campo cuando los aliados están tan cerca. Cruzaron el Rin semanas atrás, según los rumores del campo, y los rusos estaban bombardeando Berlín.

El tren traquetea por la vía; el tacataca me destroza los nervios, el olor penetrante del miedo, los aullidos insufribles… Cuando el tren chirría hasta detenerse, las ruedas grandes y pesadas chisporrotean sobre los raíles… Ese siseo incandescente me zumba en los oídos.

No podemos haber llegado aún a Dachau, y entonces oigo *«zug steckt fest»,* tren atascado. Rezo para que no sea mucho tiempo. Fleurine duerme, gracias a Dios, cuando lo impensable me sacude el alma.

Un zumbido ensordecedor cubre el cielo y me llena los oídos con un estruendo de trueno. Me inclino hacia delante, ansiosa por ver.

Bombarderos aliados, volando bajo.

Los prisioneros chillan y se asoman por los vagones abiertos, bocas abiertas, asombro, júbilo… y luego horror cuando los bombarderos ametrallan el tren. El ratatatá desata el pánico: empujones, golpes… gente saltando del tren detenido.

¿Por qué? Somos prisioneros… civiles.

Entonces me arrastra una conclusión terrible que me hunde el corazón.

No lo saben…, no lo saben.

Fleurine no deja de llorar, agita sus manitas, el cuerpecito le tiembla. Tengo que decidir.

Quedarme o saltar.

Me vuelvo hacia un hombre con uniforme a rayas y le suplico que me sostenga al bebé. Asiente. Me quito los zuecos y mis pies apenas tocan el suelo cuando los guardias de las SS empiezan a disparar a los prisioneros que corren en todas direcciones con una locura que hiela. El prisionero se inclina, me entrega a Fleurine y salta y echa a correr. Cae la oscuridad, pero no puedo permitir que eso me detenga ni que los alaridos de los prisioneros alcanzados me paralicen.

Puedo correr… Correr hacia la libertad.

—No tan deprisa, Fräulein.

Me giro. Es Berta, con la pistola desenfundada, apuntando a la cabeza de Fleurine.

—Suéltame —grito, y la ira sustituye al miedo—. Esos son bombarderos americanos. La guerra se ha acabado. Tú y tus amigos nazis estáis acabados.

La guardiana dice gruñendo:

—Dame… a… la niña.

—No, jamás. —La aprieto contra mi pecho.

—Dámela ahora o te disparo a ti y a ella.

—No te atreverías.

—Ponme a prueba, *fräulein.* —Muestra los dientes; un gesto que solo puedo describir como de perra en celo cruza su rostro—. ¿Quién va a notar a dos prisioneras muertas más?

Trago saliva, pero tengo la garganta tan seca que le escupo las palabras:

—¿Por qué no puedes dejarnos en paz? Mi hija no significa nada para ti.

—Lo significa todo, Fräulein. Perfecta y rubia.

Mira a mi hija; le tiembla la mano, pero hay un dolor en sus ojos que me revela lo que no había visto: se pavonea como el ideal Ario, pero no puede tener hijos. Ha fallado al Führer y quiere a Fleurine. ¿Entonces por qué la amenaza, por qué apoya el cañón en su cabeza?

Porque trato con una mujer que se regocija matando como otros haciendo el amor. Busca el único modo que conoce de recuperar su lugar en el Tercer Reich: quitarme a la niña y reclamarla como suya. No ve cómo se desmorona el régimen nazi a su alrededor. O no quiere verlo. Está desesperada. Y eso la hace peligrosa. Para mí. Para mi bebé. La matará si no hago lo que me exige.

Tomo una decisión con la que tendré que vivir.

Darle lo que quiere… por ahora.

Muero un largo instante; se me rompe el corazón, las lágrimas me queman las mejillas, pero abro despacio los brazos y le entrego a mi hija. No hago caso de los gritos a mi alrededor, del fuego de las SS, de los aviones que descienden en picado sobre nosotros, ametrallando el tren y sembrando el caos.

Solo veo a mi bebé tendiéndome los brazos, los ojos muy abiertos, la boquita temblorosa.

Un sollozo fuerte se me escapa. Tengo que dejarla ir o la perderé para siempre.

—Ahora corre, Fräulein. ¡Corre por tu vida!

—No te saldrás con la tuya… Te encontraré.

—Nunca la encontrarás y ese será tu infierno, Fräulein. No voy a matarte, prefiero que sufras sabiendo que está viva, pero sin saber nunca dónde está. Ahora corre, antes de que cambie de idea y os pegue un tiro a las dos.

Dispara y la bala me rasga el vestido hinchado por el viento y casi me alcanza la pierna. ¿Qué otra opción tengo? Si me hiere, me desangraré en la nieve. No: debo confiar en que su ansia demencial por tener un hijo propio la hará cumplir su palabra y no dañará a mi niña y que algún día, de algún modo, encontraré a Fleurine.

«Nunca dejaré de buscarte, *ma petite.* Te lo prometo».

Con un beso y una oración para mi bebé, echo a correr en la oscuridad, las balas silbándome junto a la cabeza. Prisioneros en fuga que caen a mi alrededor, cuerpos por todas partes. No puedo morir aquí. No voy a hacerlo. Le quito las botas a un SS muerto por las ráfagas para calentarme los pies. Milagrosamente, no me alcanzan antes de llegar al bosque denso.

Busco abrigo bajo una gran rama colgante que casi toca el suelo, a resguardo del frío y del viento. Se me une otra prisionera, checa, luego una mujer judía alemana… Nos acurrucamos juntas, aferrándonos unas a otras; el calor de nuestros cuerpos impide que nos congelemos; permanecemos escondidas en el bosque hasta que amanece y caminamos hacia el este. Hacia Dachau por la posición del sol… Tropezando, levantándonos, pero sigo. Tengo que encontrar a mi hija… y una oleada de emociones salvajes me sacude cuando oímos motores rugiendo por el terreno… Dos vehículos abiertos con ruedas enormes y grandes estrellas blancas pintadas en el capó vienen directos hacia nosotras, media docena de soldados armados dentro.

Los vehículos se detienen y un soldado salta.

—¡Manos en alto!

Se me para el corazón. Americanos.

Caigo al suelo.

—¡Ayúdennos, por favor! —grito en inglés—. Somos prisioneras de Dachau.

—¿Prisioneras? ¿Dachau?

El soldado se sube el casco a la frente. No tiene idea de qué le hablo. Querría llorar, pero ya no me quedan lágrimas por los muertos; sí por los vivos. Rezo para que no sea tarde. Si hay justicia en el corazón de los hombres, estos soldados descubrirán el horror de Dachau y de cada campo que los nazis han orquestado con tanto cuidado para esconderlo del mundo. Salvarán vidas y enterrarán a los muertos.

Y luego contarán al mundo lo que vieron aquí.

El soldado se me acerca, ve mi ropa hecha jirones, el pelo corto…, el número tatuado en el brazo.

—Dios mío, ¿qué te han hecho esos bastardos? —Se le quiebra la voz. Entonces grita—: ¡Sanitario, aquí!

Luego se quita la chaqueta y me la echa por encima. Me derrumbo en brazos del soldado americano, delirante.

—Mi bebé… Por favor, encuentren a mi bebé.

Capítulo 48

PARÍS, 2003



EMMA

Perfume:
Velvet Nights
Amapola azul del Himalaya, jazmín, ámbar gris

La historia dista mucho de haber terminado.

Solo puedo conjeturar lo que ocurrió cuando el tren de transporte llegó a Dachau. De algún modo, Luise le arrebató de las manos a aquella mujer de las SS, Berta, el bebé de *madame,* pero a partir de ahí aún estoy recomponiendo el hilo. Necesito oír otra vez la versión de mi abuelo. Además, Granger quiere una biografía de madame de Cadieux cuanto antes. Dice que el interés por su historia está creciendo en todo el mundo y quiere ampliar la entrevista para que no sea un artículo blandengue.

Sus palabras, no las mías.

Y eso nos trae a este momento. Hemos vuelto a París. Los tres. Ryker está al lado de *madame* mientras nos preparamos para la rueda de prensa de hoy en la Casa Doujan, pero sus ojos están puestos en mí. No hemos tenido mucho tiempo para hablar desde que regresamos de Dachau, pero hemos forjado un nuevo vínculo entre nosotros. Parece que los dos somos demasiado testarudos y necesitábamos a una mujer sabia como *madame* para juntarnos.

Ahora toca ayudarla. Hoy es el día en que le contaré a *madame* mi vínculo personal con Dachau y que, de algún modo, creo que lo que Luise le dijo a mi abuelo fue una mentira, una forma de

proteger al bebé de *madame* para que aquella mujer de las SS no la encontrara jamás.

Le contaré que creo que soy su nieta.

Oscilo entre la esperanza y la desesperación, el coraje y el miedo. Hay algo más.

Es mamá.

Me necesita. Me carcome una culpa enorme por no estar ya en un avión de vuelta a Filadelfia. Anoche, cuando llamé a papá para saber de ella, rompió a llorar. Las noticias no son buenas. Mamá entra y sale de la conciencia y su cuerpo está perdiendo la batalla. El cáncer se ha extendido. Se me hiela la sangre cada vez que pienso en mi hermosa madre postrada en una cama de hospital, el cuerpo devastado por un enemigo contra el que no puede luchar.

Aun así, tengo que ver esto hasta el final. En cuanto cerremos la rueda de prensa, volaré a casa y rezaré para poder convencer a *madame* de que venga conmigo. No puedo probar mi teoría, pero *madame* necesita saberlo antes de que sea demasiado tarde.

Hasta entonces, no puedo dejar traslucir la locura que me desgarra por dentro. *Madame* está tan ilusionada como una niña en su primer recital de ballet; me promete un «gran acontecimiento» y el «remate perfecto» para mi historia (¿me ha escuchado a mí esa expresión?). Recorro la famosa perfumería con paredes de seda marfil acanalada, mullida alfombra roja y un medallón *art déco* elevado en el techo. Dos grandes escaparates dan a la rue Saint-Honoré, con luz natural para lucir las preciosas exposiciones de los perfumes de *madame.*

Naomie's Dream.

Angéline.

Y.

El decorado es puro lujo. *Méridienne* de terciopelo azul Naomie, butacas Luis XIV en terciopelo blanco… y una mesa redonda napoleónica al centro. *Madame* revolotea por la tienda, espantando a las dependientas que se mueren por mirar bajo la carpa de seda

que oculta el expositor especial, un secreto que desvelará en la rueda de prensa de hoy.

Ni a mí me lo cuenta. No puedo esperar.

—Lo hemos conseguido, Emma, gracias a ti —dice *madame,* mientras se alisa el vestido de lamé plateado, una única rosa roja húngara prendida al hombro, guantes blancos. Lleva el pelo rojo recogido con un flequillo pluma. Nadie luce el glamour como *madame,* pero sigo viendo a aquella fogosa chica romaní de faldas crujientes y enagua roja, con las pulseras tintineando. Luego a la sofisticada parisina con el abrigo negro trenzado de Yvette. A menudo me pregunto si aquel abrigo sobrevivió a la guerra.

—¿Lo hemos conseguido? —pregunto, sin entender—. ¿Qué quiere decir, *madame*?

—Que puedo soltar el pasado y abrazar aquello a lo que dediqué la vida. —Se vuelve hacia mí con los ojos brillantes—. Estuve a punto de perderlo porque dejé que la soledad me gobernara, en lugar de abrirme a nuevas aventuras. —Me hace la V—. Por eso estamos aquí hoy. Para agitar las cosas, como decís los americanos.

—Antes de que prenda fuego al mundo, como también nos gusta decir a los americanos —bromeo—, me queda una pregunta. —Cojo mi bloc amarillo por última vez; me hormiguean los dedos. ¿En serio ya me estoy poniendo nostálgica y aún no hemos terminado?—. Cuénteme cómo llegó a lo más alto como *parfumeuse* tras la guerra. Quiero oírlo de usted, no sacarlo de una nota de prensa.

—¿De veras?

—Sí. Por favor.

Aspira hondo.

—Trabajé muy duro después de la guerra, *mademoiselle:* leyendo, estudiando cada libro que me dio el profesor, cursando química y siempre, siempre entrenando mi nariz con nuevos aromas, ampliando mi rango de olfato. Aprendí a detectar los matices de innumerables ingredientes que componen un perfume… y luego usé la imaginación para crear la magia. —Hace una pausa—. En los años setenta, estaba en la cima en la Casa Doujan. Tendría poco más de

cincuenta y había dejado atrás el horror de los campos. Era una mujer sofisticada, con un marido que me amaba y un imperio de perfume que dirigir. Lo tenía todo. —Se lleva la mano al corazón, los ojos húmedos—. Permíteme que esta tonta sentimental recuerde un instante imborrable, un momento al que vuelvo a menudo: cuando Lance y yo nos reunimos tras la guerra.

—Sí, *madame,* por favor.

—París volvía a brillar con el corazón de Francia latiendo por los bulevares, en los cafés, y las estrellas reluciendo en el cielo cuando mi tren entró en la Gare de l'Est. Lance me esperaba con rosas, un coche y un lugar en sus brazos para siempre, me dijo. Había querido venir a buscarme a la oficina de triaje del Ejército estadounidense en Múnich, pero la verdad es que yo necesitaba tiempo para descomprimir, para volver a casa en mi mente, para afrontar la pérdida de mi bebé… y arreglarme para él. —Se pasa la mano por el pelo—. Aún lo llevaba corto; la piel bronceada… el cuerpo delgado, pero los pechos llenos, aunque la leche se me secó pronto por el trauma. Nada de eso importó cuando Lance me estrechó entre sus brazos musculosos, sujetándome por la cintura, con nuestros cuerpos irradiando calor mientras nos fundíamos en uno. Y así seguimos… unidos durante casi cincuenta años.

—El mundo era suyo, *madame.*

—Tuvimos más éxito que nunca con la eclosión del pop británico y francés y el mercado juvenil en los sesenta, luego el mundo de la disco en los setenta y el regreso de las hombreras y el *power dressing* en los ochenta. Mis ideas de *marketing* incluían hacer que las mujeres respondieran cuestionarios para saber qué perfume les iba mejor, y modelos jovencitas con minifalda y botas de gogó repartiendo muestras gratis en Galeries Lafayette. Descubrí que tenía talento para leer las necesidades de nuestras clientas y la Casa Doujan las satisfacía. Ajustamos precios para atraer al público joven y no pude pedir mejor equipo… —se le quiebra la voz—, aunque perdí al profesor años antes.

—¿Y monsieur Baptiste? ¿Cómo asumió usted la dirección de la empresa?

—Frederic entraba y salía de la clínica por un problema con el alcohol, pero se redimió ante la prensa escribiendo sus memorias, con una redacción que lo presentaba como víctima de la opresión nazi.

—¿Y usted no protestó?

—Era un hombre muy enfermo, *mademoiselle,* y no puso reparos cuando su padre, Jean-Claude, me dejó el control de la empresa. Lo vio como una manera de pedirme perdón.

—¿Y usted… lo perdonó?

—Después de la miseria humana que vi en los campos, no quería más sufrimiento. —Suspira—. Y volvemos a estar en una encrucijada.

—¿Lo estamos?

—Hemos llegado al final de la entrevista. Ya lo sabe todo sobre mí, la guerra, los campos, *Mon amour.* Me gustaría saber más de usted, *mademoiselle.*

—Es cierto que me he guardado algo. Ryker y yo hemos descubierto que uno es un número muy solitario y queremos seguir viéndonos.

Ríe.

—¿Por qué no me sorprende? —Me aprieta la mano y me guiña—. Es un buen hombre, Emma.

—Hay algo más, también. Pensaba esperar, pero mamá ha empeorado y tengo que estar allí, volver a Filadelfia… —se me traban las palabras.

Aparto la mirada de su gesto de sorpresa. ¿Qué diría si le confesara que estoy segura de que *madame* es mi abuela? Encaja. Luise atragantándose con su relato…, cambiando hechos y luego retractándose. Mi obsesión loca por los aromas… Se salta generaciones, dijo *madame.* Tenemos que ser familia…, me da en la nariz… y sí, es un juego de palabras tonto, pero es cierto. Quiero

decírselo… debería decírselo… esperaré a después de la rueda de prensa.

—Madame de Cadieux, la prensa se impacienta —interrumpe Henri-Justin, señalando a la multitud de reporteros estirando el cuello para conseguir el mejor ángulo y disparar sus cámaras.

Distingo entre ellos la melena desgreñada de Brooke Hansen. Miro a Ryker buscando respuesta. Asiente y se acerca a ella. Ese es mi chico.

—Ahora voy.

Madame se vuelve hacia mí. Está visiblemente afectada; nunca la había visto tan pálida. Aletea las pestañas, luego recobra la compostura y me atrae a un abrazo cálido; la exquisita nota de salida, limón-melocotón, de su perfume me captura con una sola bocanada.

—Naturalmente, Emma, debes irte justo después de la rueda de prensa. —¿Cómo la convenzo para que venga conmigo?—. Haré que Henri-Justin prepare los vuelos, pero antes tengo una sorpresa para ti.

—¿De veras?

—Relanzamos Le Courage con la fórmula original de 1943. Perfume, colonia, lociones…, incluso jabón de baño.

—Oh, *madame,* ¿qué puedo decir?

Me toma la mano, con lágrimas empañándole los ojos.

—Anunciémoslo juntas. Que sea un asunto de familia.



ANGÉLINE

—*Mesdames et messieurs,* señoras y señores de la prensa —anuncio en francés y en inglés—, bienvenidos a la Casa Doujan. Soy Angéline de Cadieux, *parfumeuse.* O, como me llaman en el laboratorio, la nariz jefa.

Risas.

—He convocado esta rueda de prensa para anunciar una iniciativa emocionante… Es una fragancia que tuve el privilegio de lanzar durante la guerra, cuando las parisinas necesitaban un perfume para sanar el ánimo, para darles esperanza… —Hago una pausa dramática y busco la mirada de Emma. Intenta sonreír, pero le tiembla el labio inferior. Se ha quedado en *shock* cuando he revelado mi conexión con ella. Yo sigo tambaleándome por la noticia sobre su madre. Me golpeó como un puñetazo en el estómago. Mi niña, estoy segura. Me necesita. Cómo hemos llegado hasta aquí es lo que no comprendo. Carraspeo—. Relanzamos Le Courage, un perfume que creé en los días oscuros de 1943.

Aplausos, vítores.

—Como muchas mujeres, yo también me vi atrapada preguntándome si se me valoraba a mi edad, si tenía el coraje de seguir durante mis propios días oscuros. Entonces esta encantadora *mademoiselle* entró en mi vida cuando más la necesitaba. Le debo mi nuevo espíritu al coraje y dotes de investigadora de mi nieta, mademoiselle Emma Keane, de Nueva York.

La cara de asombro de Emma no tiene precio.

Murmullos, *flashes* de cámaras. Preguntas que vuelan.

Me vuelvo hacia los reporteros, con las mandíbulas desencajadas, y otra andanada de *flashes* en la cara.

—*Merci, mes amis,* por venir hoy; espero verles en el relanzamiento de Le Courage. Hasta entonces, *à bientôt.* Mi nieta y yo tenemos un avión que coger.

Sonrío, les prometo una nota de prensa explicándolo todo y alguien descorcha el champán, dando por terminada la entrevista.

Brooke Hansen apura una copa y planta sus pies delante de mí.

—Es una farsante, madame de Cadieux —espeta con su habitual desparpajo—. Le ha mentido, le ha contado una patraña para ganarse su confianza.

Alzo el mentón, desafiante.

—No lo creo.

—Entonces crea esto —Brooke está en racha—: entrevistó a una mujer que decía conocerla de Dachau… La exprimió para obtener información y poder acercarse a usted y sacar una exclusiva sobre su tiempo en los campos durante la guerra.

Miro a Emma.

—¿Es cierto, *mademoiselle?* —Sé que hizo la entrevista, pero quiero oír su versión.

—Sí, hablé con una mujer en una residencia para un reportaje sobre supervivientes del Holocausto… Padecía demencia; la memoria se le iba al pasado con momentos tan vívidos y claros, como si fueran de ayer, y se hacía llamar Luise. Cuando le pregunté si conocía a una prisionera polaca que había tenido un bebé, se puso nerviosa y empezó a divagar sobre una francesa y su hija. Una *parfumeuse.* No pude corroborar su historia y no seguí por ahí, aunque quise. Seguí buscando a una superviviente de los campos que pudiera haber conocido a mi abuela… por eso la busqué a usted, *madame*: porque estuvo en Dachau al mismo tiempo. Cualquier cosa que pudiera contarme ayudaría a mi madre a encontrar paz. Jamás se me ocurrió que fuera mi abuela hasta que usted me contó la historia real de Luise. Creo que le mintió a mi abuelo para proteger a su niña.

Siento un instante de esperanza: ojalá sea verdad, pero es probable que nunca sepamos toda la historia.

—Cuando los soldados americanos me rescataron —añado—, yo estaba desesperada por encontrar a mi bebé. Les conté que una mujer de las SS me la había robado, así que no tenían motivos para interrogar a prisioneros. Me mantuvieron en una unidad médica hasta que estuve lo bastante fuerte para viajar; luego fui a Dachau y busqué a Luise, pero había desaparecido. Después de lo que me has contado, creo que se salvó a sí misma y a mi bebé poniéndose un vestido de prisionera. ¿Por qué no? A las mujeres en Dachau no las tatuaban, ella estaba delgada… consumida… y, al cortarse el pelo, ¿quién iba a saberlo? Pasó desapercibida, rezando para que nadie la reconociera como SS, y escapó disfrazada de prisionera.

—Lo que me asombra, *madame* —añade Emma—, es que tenía la respuesta y no la vi. Cuando vino a Nueva York, pensé en intentarlo una vez más para saber si usted era aquella francesa y si se cruzó con mi abuela, pero tenía que acercarme a usted, saberlo todo. Si soy culpable de algo, *madame,* es de querer saber la verdad.

—*Mon Dieu.* Claro que no tenías idea de quién era Luise.

—No hasta que hice la conexión cuando, en Kaufering, me habló de la mujer de las SS con ese nombre. Entonces estuve absolutamente segura de la relación entre nosotras. —Emma se vuelve hacia la reportera—. ¿Contenta, mademoiselle Hansen?

—No —rezonga Brooke—. No tienen una prueba definitiva de que estén emparentadas.

—¿Qué más necesita? —la desafía Emma.

—Una prueba de ADN.

—No será necesario, *mademoiselle.* —Noto que se me curva la boca; en cualquier momento enseño los dientes de la rabia. La intromisión de esta mujer tiene que acabar ya—. No me cabe duda de que mademoiselle Emma Keane es mi nieta —digo con firmeza—, y no necesito ADN para probarlo.

—¿Cómo puede estar tan segura? —Brooke frunce el ceño.

—Emma Keane es una nariz, *mademoiselle,* y una brillante conocedora del perfume, como yo. Nada me parece más concluyente que eso.

Ella pone mala cara, se da la vuelta sobre los talones y se larga dando zapatazos. Adiós, muy buenas.

Virgen santa, he removido el avispero y no se sabe a dónde nos llevará esto. Cuando veo la sonrisa agradecida de Emma, me alegro, y mucho, de haberlo hecho.

Capítulo 49

FILADELFIA, 2003



ANGÉLINE

Perfume:
Le Bel Ange
Jazmín, rosa, cedro

Una multitud de reporteros me bombardea a preguntas, rodeándome en un círculo estrecho cuando llego al Hospital Universitario. Me da vueltas la cabeza. El pánico me aprieta el corazón. Nunca soñé que mi historia suscitaría tanto interés en Estados Unidos. Salgo en todos los noticieros vespertinos con fotos glamurosas mías en París, intercaladas con imágenes en blanco y negro de los campos de concentración y presentadores informando sobre mi asombroso reencuentro con mi nieta.

Emma.

Ha estado al teléfono sin parar con su padre y el hospital. Está en una situación crítica. Me sujeta, me anima el espíritu con su sonrisa cautivadora, mientras Ryker abre paso delante de nosotras, siempre vigilante por si surge algún problema. No pienso rehuir ninguna polémica, pero más vale que nadie intente impedirme ver a mi hija.

El vuelo en el Concorde desde París transcurrió sin contratiempos, con muchas manos entrelazadas, susurros, luego oraciones y café caliente. En tantas ocasiones sentí la presencia de Lance, su fuerza y su arrojo recordándome que soy más fuerte de lo que creo, que la edad nada tiene que ver con lo que Emma llama «pura vitamina» y que soy una vieja de armas tomar.

¿Lo oyes, *Mon amour?* Ojalá estuvieras aquí conmigo para conocer a tu hija.

Al aterrizar nos escoltó la policía local hasta una limusina; el tráfico denso aumentaba la tensión. No puedo creer el interés del público estadounidense por seguir la pista a una *parfumeuse* francesa que corre a ver a su hija moribunda. He pedido privacidad, pero aquí soy noticia y el revuelo no cesa.

Emma me asegura que sus compañeros de WJJR rezan por nosotras y mantendrán una distancia respetuosa aquí en el hospital, y le pedirán a ella actualizaciones. Les he prometido una exclusiva cuando esté preparada.

Por ahora, quiero ver a mi niña. Naomie Fleurine.

Para su familia, Judy. Mi bebé hecha toda una mujer. No puedo contener las lágrimas mientras nos conducen a su habitación privada. Ojalá Lance estuviera aquí para conocer a su hija. Lo echo de menos más que nunca: su firme seguridad serena dándome valor. Mi largo viaje no ha terminado… lo más difícil está a punto de empezar.

Sé que estás aquí, mamá.

No te vayas. Te necesito.



Emma

—Maman est ici, ma petite… Mamá está aquí —susurra *madame,* tomando la mano de mamá entre las suyas.

Ojos cerrados, conectada a las máquinas que emiten pitidos, el olor a antiséptico y a un falso limón con lejía empapa el aire del sistema de ventilación. Mi madre no se mueve, ni siquiera el dedo meñique. Un suspiro pesado se escapa de los labios de *madame.* Se me parte el corazón en dos; me duele hasta el fondo que estas dos mujeres tengan que conocerse así.

Las enfermeras se quedaron boquiabiertas cuando entramos en la habitación privada, abriéndole paso a *madame* como si visitara la realeza. Sonrío. Lo es. Es la mujer más valiente que he conocido, junto con mi madre, que atendió a soldados heridos en condiciones de combate… Dos mujeres fuertes que por fin se están conociendo.

Madame abrazó a mi padre, y lo besó en ambas mejillas. Luego se irguió, solemne, cuando conoció a mi abuelo, el capitán del Ejército de Estados Unidos que salvó a su bebé y la trajo a este país. Le expresó su gratitud con un abrazo enorme, y fue la primera vez que vi a este militar enjugarse una lágrima.

Él estaba deseoso de contar su historia: estaba redactando un informe sobre los bebés nacidos en Dachau… Increíblemente, encontró cuatro más además de los húngaros cuando una joven con un uniforme de prisionera hecho trizas exigió ver al oficial al mando: había salvado a un bebé de las SS cuando dispararon a la madre.

Y el padre del bebé era estadounidense.

La única identificación de la niña era una cinta azul deshilachada atada a su muñeca rolliza.

Mi abuelo nunca me lo contó porque no le pareció importante.

Mientras asimilo esta nueva información, relata cómo la prisionera insistía en que la madre de la niña era polaca, mascullaba un nombre que mi abuelo no llegó a entender y confirmaba lo del padre americano. Los nazis habían destruido tantos registros en los campos que fue imposible verificar su historia. Como la madre había muerto, los mandos no siguieron investigando pero, de buena fe —y para evitar mala publicidad—, concedieron a mi abuelo permiso para adoptar a la niña.

A ambos les queda mucho por ponerse al día, pero por ahora *madame* quiere pasar cada minuto con su hija.

Al ver la expresión terca surcarle la frente, sabiendo lo vulnerable que está, tengo que decir algo, lo que sea, para darle esperanza.

—Ella la oye, *madame.*

Madame de Cadieux me mira.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Está llorando.

Inclino la cabeza y masajeo los hombros de mi madre como hacía cuando volvía de su turno en el hospital de veteranos, agotada pero feliz de ayudar a los soldados a los que adoraba. Cerraba los ojos y las lágrimas le corrían por las mejillas, perdida en recuerdos de guerra y sufrimiento.

Ahora lo entiendo.

Contengo mis propias lágrimas; los sentimientos se me desbordan. Llevamos un buen rato sentadas a su lado, con *madame* hablándole en su precioso acento francés, diciéndole quién es, lo que le pasó en los campos, Auschwitz y Dachau, la noche en que nació en una caseta de madera, cómo la obligaron a entregar a su bebé por culpa de una cruel guardiana de las SS cuando los aliados bombardearon su tren y luego cómo huyó, adentrándose en el bosque con las balas silbándole alrededor. Y después cómo la buscó cuando los soldados americanos la llevaron al campo principal de Dachau para el registro. No había rastro de una SS con un bebé… El dolor que eso le ha causado todos estos años. Después, cómo di con ella y ella descubrió que yo era su nieta y el viaje que hemos hecho juntas, que nos ha traído de vuelta hasta ella.

Un velo de sudor cubre la frente de mi madre y los labios le tiemblan. *Madame* se inclina aún más y la ilumina la sonrisa más hermosa.

—Sí, soy tu mamá. —Pausa. Los labios de mamá vuelven a moverse—. No, *ma petite,* me quedo aquí mismo.

Mamá parece tan en paz… Tiene los ojos cerrados, los rasgos suaves y lisos, la belleza intacta, el pelo claro crecido… Lleva la chaquetilla acolchada de satén rosa que le regalé. Papá contó que ella les dijo a las enfermeras que no se la quería quitar… Fue antes de entrar en este estado semicomatoso final.

Permanecemos a su lado cada día durante dos semanas… Las enfermeras van y vienen, toman las constantes vitales, ajustan medicación… Mamá recobra la consciencia dos veces y luego se

desvanece. *Madame* le cuenta más historias de París, de sus perfumes… y siempre, cuánto la quiere.

Y entonces, una mañana lluviosa, cuando un frío húmedo llena la habitación, mamá exhala su último aliento. Todo queda en silencio. El olor a lejía y antiséptico se disipa con nuestras lágrimas saladas. El único aroma que queda en el aire es una lavanda avainillada suave. Un aceite esencial que froté en las manos de mi madre.

Madame tiembla sin control cuando la enfermera confirma su fallecimiento, pero no suelta la mano de su hija, le seca la frente. Los ojos, solemnes, se le encogen hasta ser puntitos, el color avellana oscurecido. La barbilla le tiembla…, pero son sus palabras las que nunca olvidaré.

—Mi hija está contigo ahora, mamá, el círculo se ha cerrado. La tuve en brazos cuando llegó a este mundo en el campo y dio su primer aliento. Doy gracias a Dios por estar aquí cuando da el último.

Capítulo 42

Le Château de Cadieux,
París, 2004



Angéline

Perfume:
Emma Everlasting
Mandarina, rosa Louis-Philippe, almizcle

—Adelante, madame de Cadieux, cuéntenos los años de la guerra y cómo perseguía nazis.

Alzo una ceja.

—No perseguía nazis, *monsieur,* ellos me perseguían a mí.

Mi entrevista en la televisión no va nada bien. Ay, mamá, ¿por qué accedí a dejar entrar esta productora estadounidense en mi *château?* Emma me aseguró que no duraría más de tres días. Ya llevamos cinco. Con la lluvia torrencial fuera, el equipo deja el suelo de dentro con más barro de lo que he visto en cincuenta años.

El corazón me late con fuerza mientras aliso la lana de mi abrigo negro. Sí, ese abrigo. Lance localizó a Fräulein Schmidt y la «convenció» de que lo entregara.

—Llevaba este abrigo cuando la Gestapo me acorraló en un cementerio de Montmartre. Apenas logré escapar. Mi amiga Yvette no. Murió en una prisión nazi.

—Uf… es toda una historia, *madame* —dice el director, pasándose la mano por la cara—. No era lo que esperaba.

—¿Y qué esperaba, *monsieur?*

—Ya sabe… persecuciones de coches por las calles de París, con los nazis pisándoles los talones. Intriga. Romance. *Casablanca* y *café au lait.*

Suelto un suspiro largo.

—En París no había coches durante la guerra, *monsieur.* Los alemanes se llevaron la gasolina.

—Quédese ahí, *madame.* Tengo una idea. —Frustrado, el director grita—: ¿Dónde está ese experto en historia?

—Aquí, señor.

Un acento británico impecable y un exceso de colonia. Almizcle cítrico con demasiada vainilla dulce. No me gusta este tipo.

El respetable señor P. R. Kendall se sienta conmigo y empieza a disertar sobre los orígenes del socialismo nazi, el plan maestro de Hitler y cómo el Alto Mando requisó residencias privadas como mi *château* —lo cual no ocurrió—, pero no me atrevo a interrumpir y arruinar la toma. Todo el equipo nos observa: iluminación, sonido, maquilladora, figuristas. Parecen aburridos. Yo también lo estaría si tuviera que escuchar estas sandeces.

Lo único que me hace soportar esta entrevista es saber que el director la intercalará con imágenes del relanzamiento de Le Courage y metraje de la Segunda Guerra Mundial en París. La campaña fue un éxito rotundo. Mujeres de todo el mundo nos escribieron diciendo que Le Courage las inspira a ser quienes son. Que les encanta la idea de compartirlo y transmitirlo, como hicimos en 1943. Emma insiste en que el público quiere verme más, así que aquí estoy, aunque este historiador estirado no alcanza ni de lejos la superficie del dolor y el sufrimiento de aquellos años. Entiendo que eso no vende jabón —como dice mi nieta—, pero necesitamos algo que conmueva, que inspire…, no esta lección insípida.

Por cierto, ¿dónde están Emma y Ryker?

Es raro verlos separados, y no pude alegrarme más cuando anunciaron oficialmente sus planes de boda. Por supuesto, insistí en que la ceremonia se celebrara aquí, en el *château.* Les recuerdo que no soy demasiado vieja para ser bisabuela. Se me encoge el corazón

al recordar a mi querida hija, Naomie Fleurine —Judy para los suyos —. Durante tantos años tuve un vacío en el alma, pero todo encajó cuando la tomé de la mano. Le debo a Emma y a su loca y obstinada idea haberla encontrado. Si no hubiera sido tan testaruda, jamás habría recuperado a mi niña.

Doy gracias a Dios cada día por haber tenido la oportunidad de estar con ella. Espero que Emma me visite a menudo después de casarse con mi apuesto guardaespaldas. Piensan dividir su tiempo entre París y Nueva York. Ryker me ha prometido el mejor equipo de seguridad del sector cuando no esté aquí: exagentes del MI6 que le reportarán directamente.

Antes de ponerme a planear una boda, tengo que terminar esta entrevista. Tomo el frasco de Le Courage que hay sobre la mesa mientras el historiador sigue con su discurso.

—La vida en el campo de concentración era difícil —dice mirando a cámara—. A los prisioneros se les daban uniformes que no les quedaban bien, sufrían racionamiento de comida… y no tenían papel higiénico. —Esboza una sonrisa. Me gustaría verle el trasero sentado sobre un agujero abierto, junto a otros noventa y nueve presos refunfuñando—. Los guardias de las SS adiestraban perros para disciplinar a los prisioneros y las palizas eran habituales.

Sigue parloteando como un manual humano mientras yo niego con la cabeza, hasta que no puedo más.

—Basta, por favor. Esto está mal, horrorosamente mal.

—Le aseguro, *madame* —replica, ofendido—, que mis datos son precisos.

—Suena usted como un autómata.

—Madame de Cadieux —interviene el director—, el señor Kendall es un experto en historia europea de los campos de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Ah, sí? —Alzo las cejas—. Yo estuve allí. Él, no. —Me vuelvo hacia el historiador, que se ha puesto rojo como un tomate—. Respeto su conocimiento, *monsieur,* pero no tiene ni la menor idea

de lo que fue la vida en los campos. Si la tuviera, estaría llorando a mares.

Aprovecho el momento, imaginando que me despedirán después de este arrebato.

¿Pueden hacerlo?

Ahora que he empezado, no puedo detenerme.

—Durante años, al recordar mi cautiverio en Auschwitz y Dachau, creí que le había pasado a otra persona. No podía ser yo quien lo hubiera vivido, porque era demasiado cruel y doloroso para recordarlo. Olfatear ollas sucias para conseguir una lamida de guiso o un tarro desechado de mermelada de frambuesa para que tu lengua no olvidara el sabor. Hurgar en la basura de la cocina de las SS en busca de mondas de patata que comer. Los retretes abiertos, los cadáveres apilados. El hedor, la inmundicia… Al final, te adaptabas o no sobrevivías.

—Uf…, estaba equivocado, *madame,* discúlpeme —musita el director—. Continúe, por favor. Nuestros espectadores deben oír la historia real de lo que le ocurrió en los campos. Sigan grabando, Mac.

Asiento y aclaro la garganta.

—Nunca olvidaré la humillación. Ya no tienes nombre. Eres un número. Y luego están las pequeñas cosas…, los detalles que definen la vida en los campos y que jamás se olvidan… Cómo las SS te seleccionan para el trabajo o para la muerte. Si te mandan a la izquierda, mueres. A la derecha, vives. Por un tiempo. En Auschwitz te tatúan el número en el brazo izquierdo, la tinta se mezcla con tu sangre al pincharte la piel con la aguja larga.

Me remango el abrigo y muestro mi número al público. Con una Z. Por primera vez en público. Me siento lo bastante segura para mostrarlo gracias al apoyo de mi familia.

—Luego vienen las duchas, donde los hombres de las SS te observan desnuda, evaluando tu valor según si los pechos te cuelgan o no, mientras una prisionera te afeita cada pelo del cuerpo. El uniforme fino que te cuelga con el número de identificación

cosido. La estrella o el triángulo amarillos que marcan tu condición. Los pies siempre hundidos en el barro, la lucha en la oscuridad absoluta por encontrar un sitio donde dormir en los barracones, pelear por una litera del tercer nivel porque arriba se respira mejor. Robar un trapo para cubrirte la cabeza, porque, cuando te rapan, no imaginas cuánto frío se pasa. A medida que pasan las semanas, los meses, sin apenas comer, luchas por no rendirte. Aprendes a comerciar con tu ración diaria de pan y, aun así, las selecciones continúan. Quién vivirá, quién morirá. Lo que más me duele es ver a los niños enviados a la cámara de gas sin sus padres. Solos. Asustados, llorando y llamando a sus mamás. Se me rompía el corazón.

Hago una pausa. Silencio. Nadie se mueve. Pero no he terminado.

—El miedo a morir en los campos nunca se apaga. Ruegas no convertirte en uno de ellos, los que pierden las ganas de vivir. Ves las señales: la mirada vacía, la forma en que arrastran los pies… y un día no aparecen en la formación. Y lo sabes. Aunque logres sobrevivir, nunca recuperarás lo que tenías. Das gracias y haces lo posible por seguir adelante. Porque, por terribles que sean las cosas, quieres vivir un día más. Y yo lo he hecho. Soy una de las afortunadas. Tengo a mi familia, mis perfumes y mi jardín, un lugar donde siento el sol en el rostro y el aire huele dulce y puro. Llegué a casa. La vida es buena… Estoy a salvo. Nunca debemos olvidar el Holocausto, *mes amis,* pero tampoco debemos permitir que vuelva a suceder.

El equipo estalla en un aplauso espontáneo que dura varios minutos. Asiento en señal de gratitud, las lágrimas asomándome, el corazón cantando porque, por fin, soy libre. No de los recuerdos —ellos siempre estarán conmigo, como debe ser—, sino del miedo, de la frustración de que nadie me escucharía. Nadie me creería.

Lo han hecho. *Merci.*

Veo a Emma y a Ryker al fondo, él con el brazo alrededor de ella, mi nieta llorando mientras hablo. Son como nosotros, Lance. Locos

de amor. Rezo para que tengan tantos años felices como tuvimos nosotros… y cien más.

Me pongo unas gotas de perfume en las muñecas y aspiro el aroma delicioso.

Melocotón y limón, rosa blanca aterciopelada, musgo de roble.

—Conservé una cinta azul impregnada de Le Courage en los campos. Me recordaba que el arte del perfume se asemeja a la vida. La nota de salida es el presente, efímero. La nota de corazón es el pasado, los recuerdos que enriquecen el alma. Y la nota de fondo es el futuro…, eterno —digo mirando a cámara—. Y ahora voy a abrazar a mi nieta y a planear su boda mientras nos sentamos en mi jardín y respiramos el perfume de las rosas que inunda el aire. *La vie est bonne, n'est-ce pas?* —Sonrío a cámara—. Soy Angéline de Cadieux, nariz principal de la Casa Doujan —recalco—. *Bonne nuit, mes amis.* Buenas noches.

—¡Corten, toma buena! —grita el director, secándose el sudor de la frente.

Emma corre hacia mí y me abraza; luego me susurra al oído, con su dulce aliento a menta y besos:

—Ha estado increíble, *madame.*

Ryker asiente.

—Es un honor trabajar para usted, *madame.* —Se vuelve hacia mi nieta—. Tú también eres parte de mi trabajo, Emma; al fin y al cabo, eres familia.

—¿Eso significa que puedo darte órdenes? —bromea ella.

Él sonríe.

—Significa que no te librarás de mí.

—Puedo vivir con eso.

Le rodea el cuello con los brazos y lo besa largamente. La simple alegría de verlos juntos, la maravillosa complicidad que comparten, me calienta el corazón.

Suspiro.

—Hacéis que esta vieja se sienta joven otra vez.

Me reclino, cierro los ojos y veo a mamá y a Lance. A Yvette y al profesor Zunz. Y a mi niña, sonriéndome.

Estaré aquí todavía un tiempo. Mientras mi familia me necesite.

AGRADECIMIENTOS

La guerra es un infierno.

Pero ¿a qué huele? A uno le viene a la mente el humo acre que sale de los edificios bombardeados, los soldados avanzando cubiertos de polvo, el olor metálico de la sangre, la pólvora quemada… El hedor profundo de la muerte, que se cuela en los poros como gusanos invisibles.

Rara vez pensamos en el aroma exuberante de una rosa roja o en la frescura de una gardenia blanca mecida por la brisa.

Y, sin embargo, coexisten, incluso en la guerra…

Quise reunir ambos mundos en una historia sobre la Ocupación de París.

¿Qué pasaría si una joven francesa con un don excepcional para el olfato creara un perfume maravilloso que diera valor a las mujeres durante la guerra? Luego es enviada a un campo de concentración, donde debe soportar los olores más repugnantes de la desesperación humana, que ponen a prueba su propio coraje.

Así nació Angéline de Cadieux.

Una vez que tuve a mi heroína, me adentré en el arte del perfume y en lo que hace falta para ser una «nariz». En otra época trabajé como modelo de perfumes y tuve entonces la oportunidad de conocer la industria desde dentro. He utilizado ese conocimiento y aquella experiencia para dar forma a su historia.

Mi mayor desafío fue escribir sobre el Holocausto. ¿Por dónde empezar? Hay innumerables libros sobre el tema, pero descubrí que la fuente más auténtica eran los propios supervivientes. Gracias a todos ellos, que a lo largo de los años, con la ayuda de organizaciones del Holocausto, grabaron sus testimonios para las generaciones futuras.

Escuché horas y horas de relatos sobre lo que soportaron en los campos, no solo de supervivientes judíos, sino también romaníes.

Angéline es romaní, y quise incluir la extraordinaria historia de su pueblo dentro de la experiencia del Holocausto. También recurrí a libros, artículos de prensa y cartas publicadas tanto por quienes sobrevivieron como por quienes no.

Y, por último, sí, hubo siete bebés húngaros nacidos de madres judías en Kaufering I, en Dachau, entre finales de 1944 y comienzos de 1945. Pensé: ¿por qué no ocho? Así que añadí a Angéline y a su hija para contar su historia.

Dar forma a una narración y transformar la investigación en vida es tarea del escritor, pero todos necesitamos una mano que nos guíe para hacerla brillar. Gracias a mi editora, Nia Beynon, por su paciencia, su comprensión y su don especial para ver el corazón de esta escritora y entender la historia que quería contar.

Gracias también a Cecily Blench, mi correctora de estilo, y a Candida Bradford, mi revisora, por su pericia y su dedicación a su trabajo.

Y a todo el equipo de Boldwood, un grupo extraordinario de mujeres profesionales que trabajan sin descanso para ofrecer apoyo, orientación… y, sobre todo, un sentimiento de familia. ¡Gracias!

Jina Bacarr

Sobre la autora

Jina Bacarr es autora de novelas históricas para Boldwood Books y se enorgullece de sus historias sobre la Segunda Guerra Mundial en París, historias de supervivencia, valentía, espionaje y, por supuesto, amor.

A Jina le encanta viajar, darse un capricho con trufas de chocolate negro cuando termina un libro y pasar los días lluviosos en museos. Adora París y también es una entusiasta del Titanic.

Lira Ediciones le agradece la atención dedicada a *La chica perdida en París*, de Jina Bacarr.

Esperamos que haya disfrutado de la lectura y le invitamos a visitarnos en www.liraediciones.com, donde encontrará más información sobre nuestras publicaciones.

Primera edición en este formato: enero de 2026
Título original: *The Lost Girl in Paris*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© Jina Bacarr, 2021
© de la traducción, Isabel Fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Esta traducción se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Boldwood Books
Corrección: Teresa Ponce

Publicado por Lira Ediciones
Calle Roger de Flor, 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013 Barcelona
info@liraediciones.com
www.liraediciones.com

ISBN: 978-84-19235-59-6
THEMA: FV
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tabla de contenido

Nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 46
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 42
Agradecimientos
Sobre la autora